

UN THRILLER PSICOLÓGICO LLENO DE SUSPENSE Y ACCIÓN

L. G. DAVIS

LA NIÑERA

ELLOS CREEN QUE SOY
LA NIÑERA **PERFECTA.**

NO PODRÍAN ESTAR
MÁS **EQUIVOCADOS...**

JENTAS

La niñera

La niñera

Título original: The New Nanny

© L.G. Davis, 2023. Reservados todos los derechos.

© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

ePub: Jentas A/S

Traducción: Maribel Abad Abad, © Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1374-4

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

First published in Great Britain in 2023 by Storyfire Ltd trading as Bookouture.

PRÓLOGO

La suave música clásica de mi teléfono masajea mi mente mientras introduzco el trapo en el agua tibia y jabonosa. Lo escurro y aparto un jarrón de esponjosas hortensias blancas para limpiar la encimera de mármol.

Conforme me balanceo al ritmo de la música, mis pensamientos giran en torno a él, el hombre que guarda mi corazón. Imagino nuestro futuro juntos en una casa preciosa como esta, con al menos cuatro dormitorios, un amplio jardín para que jueguen nuestros hijos y mucha luz natural que entre por las ventanas.

Nos veo desayunando juntos en nuestra luminosa y colorida cocina, sobre un mostrador que parece no tener fin y rodeados de artilugios modernos. Por la noche, disfrutaremos de nuestra mutua compañía compartiendo risas, bebiendo vino y cocinando codo con codo.

Perdida en mis pensamientos, me detengo a mirar por las ventanas enrejadas las montañas que se extienden a lo lejos, cubiertas de pinos. La puesta de sol ha pintado el cielo de atrevidos tonos naranjas y rosas. Es un espectáculo impresionante.

Hago una pausa en mi trabajo para contemplar el paisaje y, al sentir un escalofrío en la nuca, me doy la vuelta.

Alguien me ha estado observando... y hay una mirada en sus ojos que hace que el corazón se me llene de angustia.

Mi secreto ha salido a la luz. Lo saben todo.

¿Cómo he podido ser tan estúpida como para pensar que podría alcanzar esta vida perfecta, que no me la arrebatarían? Debería haber sabido que era demasiado bueno para ser verdad.

Todo sucede a una velocidad de vértigo. A una rápida pero acalorada discusión le sigue un golpe en la cabeza que siento como un rayo.

Al principio, estoy tan conmocionada que no siento el dolor. Aturdida y desorientada, lucho por mantenerme erguida mientras la sangre resbala como melaza por mi sien. Entonces un tremendo dolor comienza a latir en mi cráneo. Intento disipar la neblina con el corazón golpeándome el pecho.

Pero el duro objeto me golpea de nuevo, y esta vez impacta con brutalidad en el otro lado de mi cabeza, haciéndose añicos con el impacto.

Me desplomo en el suelo sobre un charco de cristales rotos mientras un dolor cegador y punzante me estalla en el cráneo. Me arde como si le hubieran prendido fuego. Un grito gutural brota de lo más profundo de mi ser, tan primitivo que no reconozco mi propia voz. Y entonces los gritos cesan, y un pensamiento flota en el océano de dolor: ¿volveré a emitir algún sonido alguna vez?

Soy insensiblemente consciente de que ya no puedo ver a mi atacante. Intento moverme, pero siento como si mi cuerpo hubiera sido lanzado al hormigón. Lo único que puedo hacer es mover un poco la cabeza mientras la sangre sigue deslizándose por mi cara.

Cada dolor de cabeza, cada corte, cada hueso que se me ha roto a lo largo de mi vida palidece en comparación con esto. Siento como si cada célula de mi cuerpo gritara, y espero que la muerte me llegue pronto. Pero no quiero que mis últimos pensamientos sean consumidos por el dolor.

Intento enviar mi mente al dulce pueblecito al que llamo hogar, con sus pintorescas contraventanas de madera, su caudaloso río, sus flores brillantes, su aire fresco y sus amables caras sonrientes.

Pero entonces la puerta cruje y alguien vuelve a entrar. Antes de reunir fuerzas para abrir los ojos y mirar hacia arriba, lo siento: una hoja afilada que se clava en mi carne.

El cerebro hace cosas extrañas al despedirse. Durante un breve y precioso instante, mi visión se aclara de pronto, el dolor desaparece y me siento como si flotara sobre mi propio cuerpo.

Y ahí está, de pie junto a mí. La única persona a la que nunca habría creído capaz de algo tan terrible. En la que había depositado mi confianza.

Me invade una gran tristeza porque, a pesar de lo que ha hecho, no puedo reprochárselo. E incluso mientras mi vida se agota, la perdono.

Pero también sé que una gran oscuridad la ha consumido.

Y hasta que no la atrapen, ningún habitante de este tranquilo pueblo de montaña ni de esta hermosa casa estará a salvo.

1

CHRISTA

Ni una sola palabra.

Hace casi una hora que aterricé en Salzburgo, Austria. Hans, un hombre bajo y corpulento, de nariz aguileña y pelo negro engominado, a quien Robin y Paul Mayer han enviado a recogerme al aeropuerto, aún no me ha dirigido la palabra.

Yo sí he intentado iniciar una conversación unas cuantas veces, pero solo me ha respondido con asentimientos.

Durante nuestro encuentro en el vestíbulo de llegadas, no había ninguna razón real para que nos comunicáramos, ya que él se ha limitado a alzar un cartel con mi nombre y yo, a seguirlo de buena gana hasta el Mercedes azul noche que nos esperaba, con sus asientos de cuero y un tenue olor a puros caros.

No soy de las que les gustan la cháchara, pero parece que el silencio se prolonga eternamente. Había supuesto que él no entendía el inglés, pero tampoco me ha dicho nada en alemán. Si lo hiciera, dudo que comprendiera mucho, pero al menos podría intentarlo.

Deberíamos llegar a la pequeña y montañosa ciudad de Ruddel en unos quince minutos, pero Hans no hace ningún intento de romper el incómodo silencio.

Me rindo y vuelvo la vista al otro lado de la ventanilla, donde me encuentro con un encantador paisaje de colinas onduladas y picos de colores vibrantes que se extienden hacia el infinito cielo azul. Austria es un país impresionante, pero, en lugar de apreciar su belleza, mi mente se desvía hacia Robin Mayer y su familia: mis futuros jefes.

Conocí a Robin cuando estaba destrozada, hace cuatro meses; las ojeras y las lágrimas llenaban sus ojos mientras me contaba que seis meses antes había perdido un bebé y no podía cuidar sola de su familia y su casa. Necesitaba ayuda, y me dio pena.

Cuando los Mayer me pidieron que los acompañara a su villa de

Austria durante las vacaciones de verano, no dudé en decir que sí. Había estado trabajando para otra familia en mi misma calle, pero esta era una oportunidad que no podía rechazar ni en un millón de años.

Al oír toser a Hans, mi atención se desvía de mis pensamientos y mis ojos se posan en un grupo de tejados de terracota escondidos entre las escarpadas cumbres de las montañas. Ruddel, el pueblo con el que me obsesioné tras leer sobre él en internet. Incluso vi una foto de la villa Mayer, cortesía de Google Maps.

El sol brilla en la pequeña ciudad, iluminando las calles desiertas y proyectando largas sombras. A las ocho de la mañana, las calles estrechas y empedradas están casi vacías, salvo por algunas personas que preparan sus tiendas y restaurantes para el día que comienza. Las campanas de una iglesia repican, y su profundo sonido resuena en la somnolienta ciudad.

La tranquila mañana de finales de junio es casi mágica y me da una idea de cómo debe ser la vida aquí. Pasamos por la plaza del pueblo, adornada por una estatua de bronce de una mujer sobre un pedestal en el centro de un círculo empedrado. La iglesia de la manzana de al lado tiene una alta torre con reloj y, detrás, hileras de parras se extienden a lo largo de kilómetros y kilómetros con el sol asomando entre sus hojas.

Al seguir el sinuoso sendero entre los árboles, veo la residencia Mayer. Rodeada de frondosos árboles y colinas, el sol brilla en las numerosas ventanas. Sus paredes blancas destacan entre el exuberante follaje verde, una visión cautivadora adornada por cascadas de vibrantes buganvillas. Dos columnas de granito enmarcan los escalones de mármol blanco que conducen a la entrada. Una enorme fuente en el patio lanza agua al cielo, y una estatua de mujer se alza en su centro, con los brazos en alto como en señal de saludo.

Pulso el botón para bajar la ventanilla y una ráfaga de aire fresco inunda el coche. El olor a tierra mojada y el dulce aroma de las flores de verano se mezclan, creando una atmósfera aún más serena. No puedo evitar una sensación de familiaridad al contemplar la escena. Se me hace un nudo en la garganta de la emoción al

darme cuenta de que aquí es donde voy a vivir todo un verano. Ni siquiera Google Maps podría hacerle justicia.

Hans me abre la puerta, salgo del lujoso coche y contemplo el edificio con asombro. Mientras descarga mi maleta del maletero, me quedo hipnotizada con el jardín exterior. Es como un cuadro vívido, con sus resplandecientes flores de verano que se extienden como una alfombra arcoíris. Aunque no hay nadie fuera para darme la bienvenida, me recorre una emoción expectante.

Me ofrezco a ayudar a Hans con el equipaje, pero él se niega y lo lleva escaleras arriba. Lo sigo de cerca, atenta a cualquier sonido procedente del otro lado de la gran puerta de caoba.

Por fin se abre y me encuentro cara a cara con el chico por el que he venido. Mi corazón brilla de alegría al verlo allí de pie, con sus ojos ámbar asomando bajo unos rizos rubios como la miel.

Lleva una camisa azul cielo y unos pantalones cortos de color tostado que le cuelgan justo por encima de las rodillas. Para ser un adolescente, parece limpio y bien arreglado. No importa que, en lugar de ofrecerme una sonrisa, sus labios estén apretados en una fina línea o que su expresión sea ilegible. Tenemos tiempo de sobra para conocernos.

—Wyatt... —susurro casi sin aliento. Sin pensarlo, lo atraigo hacia mí en un abrazo—. Me alegro de volver a verte.

Huele a heno fresco en un día de verano, un aroma familiar y reconfortante.

—Hola —murmura; luego se pone rígido entre mis brazos antes de separarse.

No lo culpo. Aunque ya nos conocimos en Nueva York y mantuve una breve conversación con él, supongo que seguimos siendo unos desconocidos.

Al adentrarme en el gran vestíbulo de mármol, en el que cuelga una gran lámpara de araña, me encuentro con la luz de la mañana que entra por la ventana pintando la habitación de un suave tono dorado. Entonces veo a Robin, la madre de Wyatt, bajando por la escalera curva paso a paso. Cada movimiento de su cuerpo parece dolerle. Es evidente que últimamente le cuesta levantarse de la cama, y por eso estoy aquí, para ocuparme de todo para que ella no

tenga que hacerlo. Ella y su familia llegaron a Austria hace menos de una semana, y como yo aún tenía que ocuparme de algunas cosas en casa, acordamos que vendría unos días después que ellos.

Una pequeña sonrisa se dibuja en su rostro al verme en el pasillo.

—¡Christa, estás aquí! Pasa. —Se acerca a mí y me pone las dos manos en los hombros, apretándomelos con suavidad antes de volver a dejarlas caer a los lados. Su perfume me recuerda a los lirios en primavera y siento que me invade una oleada de calma—. Me alegro de que hayas llegado bien.

—Gracias —respondo, devolviéndole la sonrisa. Miro más allá de ella, a Wyatt, que está de pie frente a una gran chimenea de piedra, jugueteando con el dobladillo de su camisa.

Robin le dice algo en alemán al conductor y este recoge mi equipaje del suelo, donde lo había depositado, y se dirige hacia arriba, probablemente para llevarlo a mi habitación.

Entonces Robin le lanza una mirada a su hijo.

—Wyatt, deberías ser más educado con nuestra invitada.

—Lo he sido. —La expresión de Wyatt es ilegible conforme se aleja. Parece que el hecho de haber dicho «hola» es suficiente para él.

—Espero que hayas tenido un vuelo tranquilo, Christa —dice Robin, ignorando el comportamiento de su hijo, aunque tiene el cuello enrojecido. Me mira y me sonrío avergonzada.

Sus grandes ojos son de un marrón intenso y me recuerdan a la melaza cuando brillan con lágrimas no derramadas. Su piel es demasiado pálida para el verano, como si llevara mucho tiempo atrapada en una habitación sin ventanas. Aunque no posee una belleza clásica, su brillante melena negra es hermosa de un modo etéreo. Le cae en cascada sobre los hombros, como un manto que la protege del mundo exterior, y en las puntas resalta un toque de oro.

Lo que más me llamó la atención cuando la conocí es que, a diferencia de la mayoría de las mujeres de mediana edad de su estatus en Estados Unidos, no tiene una figura de palo y parece sentirse cómoda con su cuerpo. A mí me pasa lo mismo. Nunca he sentido la necesidad de hacer dieta en mis treinta y tres años, y no voy a empezar ahora: mis curvas están muy bien.

—Ha sido maravilloso, gracias —respondo con la voz cargada de

sinceridad—. Tengo muchas ganas de estar aquí y ayudarte.

Inspira hondo y toma mi mano entre las tuyas.

—Estoy muy agradecida por tu ayuda. Significa mucho para mí y para toda la familia. Y bienvenida a Austria. Siento el comportamiento de Wyatt hace un momento. Me he dado cuenta de que ha sido bastante grosero. Ha dado algunos problemas últimamente..., ya casi no nos habla con frases completas.

Aunque sonrío, su lenguaje corporal destila tristeza. Sus hombros están caídos hacia delante, y unas pesadas sombras siguen acechando bajo sus ojos, igual que cuando nos conocimos.

No me sorprende. El dolor de la pérdida de un hijo es una carga inconmensurable que se puede llevar durante toda la eternidad.

—No pasa nada. —Le dirijo una sonrisa cómplice—. Es solo un adolescente. A veces son así.

—Supongo que sí. Pero a veces... —Exhala un suspiro y levanta las manos—. Qué más da. Me encantaría hacerte un *tour* una vez que te hayas instalado. Debes estar agotada. No he planeado que ayudes en nada hasta mañana para que puedas ordenar tus cosas y ubicarte un poco primero.

—En absoluto. —Es difícil contener mi emoción por conocer a Wyatt y ayudarlo a relajarse. Cuanto antes me sienta cómoda en este lugar, mejor. De hecho, tengo tanta energía que podría empezar a trabajar enseguida.

Justo cuando estamos allí, el marido de Robin, Paul Mayer, baja las escaleras y trago saliva. Sus ojos gris oscuro son duros como el acero y sus finos labios están apretados.

Como su mujer, no es precisamente llamativo. Es calvo y corpulento, y el ceño fruncido rara vez abandona su rostro, pero la ropa que lleva es cara, y eso revela su poder e influencia. Su traje oscuro parece hecho a medida para ajustarse a la perfección a su figura, y lleva una corbata con un alfiler de rubí, que brilla con la luz. Su presencia llena la sala de una energía silenciosa y ominosa.

Robin me contó que, aunque ella es ciudadana estadounidense, Paul es austriaco y esta es su casa familiar. Se conocieron cuando él estudiaba en Nueva York y acabaron casándose, pero solo vivieron en Austria unos dos años en total. Durante mi entrevista, él dejó

bastante claro que no era partidario de contratarme a mí ni a nadie para ese puesto, pero al final fui capaz de demostrar mi valía.

—Christa —dice sin sonreír, y se coloca frente a mí con el brazo extendido.

Le estrecho la mano, pero él la aparta con rapidez, casi en cuanto nuestras palmas se encuentran. Me doy cuenta de que aún no está convencido de que hayan tomado la decisión correcta al contratarme. Pero ¿es mi presencia aquí lo que no quiere o solo la presencia de alguien en general?

—Disculpad —dice, mirando a su mujer—, tengo trabajo que hacer. —Y se marcha.

Un escalofrío me recorre la espalda. Hay algo en Paul que me pone nerviosa. Me atrevería a decir que el hombre me hace sentir un poco incómoda, no sé exactamente por qué.

—Lo siento —dice Robin cuando su marido asiente y se marcha. Aunque no explica por qué lo siente, ambas lo sabemos.

Va a ser difícil hacer mi trabajo y cuidar de Wyatt si Paul me desaprueba, pero estoy decidida a demostrar mi valía. Con suerte, con el tiempo entrará en razón y me aceptará como parte de su familia, y Wyatt y yo nos haremos amigos.

Ahora estoy aquí. He cruzado esa puerta y nada ni nadie me obligará a marcharme. Paul Mayer solo tiene que aprender a vivir con ello.

2

CHRISTA

Los pasos de Robin resuenan en el vestíbulo conforme nos lleva de un ala a otra. Mientras me cuenta la historia de la casa y de las personas que han vivido en ella a lo largo de los años, pasamos por dos cocinas, dos bibliotecas y varios dormitorios y cuartos de baño grandes. Luego llegamos al salón, un espacio majestuoso de techos altos y ventanas altas. Junto a una de las paredes hay un piano de cola blanco, y algunos muebles antiguos están esparcidos por la habitación, pero la mayoría se encuentran cubiertos de plástico. Robin me habla de las obras de arte de las paredes y de las historias familiares que las acompañan, contadas por Paul, que creció aquí.

Pasamos un buen rato paseando, explorando las distintas partes de la casa y disfrutando de la quietud del lugar. Finalmente, salimos al jardín, donde el sol brilla con intensidad y una brisa fresca me acaricia la cara.

El jardín rebosa vida: los pájaros trinan en los árboles, las mariposas revolotean alrededor de las coloridas flores y los gordos abejorros zumban sobre los fragantes rosales. Robin me explica cómo cada árbol y cada flor se han plantado estratégicamente para embellecer la finca.

De vuelta a la casa, llegamos a un pasillo oscuro, donde ella se detiene y se apoya en una pared.

—Lo siento. —Se seca el sudor de la frente—. Siempre se me olvida lo grande que es este lugar. —Su voz se ha vuelto ronca tras describírmelo todo—. ¿Te importa si acabamos de verlo mañana? Es que últimamente me canso muy rápido.

—No hay ningún problema. Por favor, vete a descansar. Puedo venir a buscarte más tarde. —Hago una pausa—. Si te parece bien.

—Por supuesto que sí. Es muy amable por tu parte entenderlo. Pero, antes de dejarte, tenemos que charlar un poco. —Levanto una ceja, pero ella niega con la cabeza—. Quiero decir que tenemos que

hablar de lo que vas a hacer por aquí. A menos que quieras deshacer el equipaje primero.

—No, la verdad es que no estoy cansada. Puedo hacer todo eso más tarde.

—Muy bien. Vamos a la cocina.

La sigo hasta la cocina blanca y negra más bonita que he pisado nunca. Las encimeras son de cuarzo blanco con aspecto de mármol, y los electrodomésticos son cromados y de última generación. Los armarios llevan herrajes de níquel cepillado y puertas de cristal. Me siento como en un sueño mientras deambulo por la espaciosa habitación. El aire no desprende ningún olor, como si nadie cocinara en ella. Con todo el dinero que tienen, apuesto a que piden a domicilio todos los días y la cocina solo sirve de escaparate, de obra de arte. Es el tipo de cocina en la que uno tendría miedo de derramar algo.

Al asomarme por las altas ventanas, me maravillo ante la gloriosa cordillera que se extiende anhelante hacia el cielo, adornada con vibrantes *edelweiss*. Es como si hubiera entrado en una postal.

La mayoría de la gente se sentiría afortunada de estar en mi lugar ahora mismo, y la verdad es que estoy muy agradecida por haber sido elegida para este trabajo por delante de otras personas.

—Ahora, hablemos de tu trabajo aquí —dice Robin, sentándose a una isla de cocina lo bastante grande como para acoger a un pequeño pueblo. Una gruesa carpeta negra descansa en el centro. Saca una página y la desliza hacia mí—. Seguro que tienes muchas preguntas sobre lo que necesitamos que hagas.

Mi mirada recorre la lista, que se alarga hacia la cara siguiente. Cosas normales que tiene que hacer una asistente: quitar el polvo, barrer, fregar... Nada que no sepa hacer. De todos modos, soy una maniática de la limpieza por naturaleza, una de las muchas cosas que heredé de mi infancia. Nunca pensé que llegaría un día en el que estaría agradecida por la forma en que me criaron. Esta casa es grande e intimidante, pero si alguien puede con la tarea de limpiarla, soy yo. Me apunto al reto.

—Espero que no sea demasiado para ti, además de cocinar y cuidar de Wyatt. —Da una palmada—. La buena noticia es que no tienes

que preocuparte de limpiar la otra ala de la casa, ya que no está ocupada en este momento. Pero aun así este lado de la casa va a suponer mucho trabajo.

—Puedo con ello. —Coloco ambas manos sobre el trozo de papel y sonrío—. No será ningún problema.

—Estupendo. Me alegro de oírlo. —Se enrolla un mechón de pelo en el dedo con expresión pensativa—. En cuanto a la organización de tus tareas diarias, empieza desayunando y ordena la cocina antes de pasar a las tareas de limpieza más importantes. Puedes decidir lo que más te convenga y las horas que quieres dedicar a cada tarea, siempre que todo esté hecho al final del día. —Mientras habla, hace girar su alianza alrededor del dedo—. Respecto a las comidas, a menos que yo diga lo contrario, me gustaría que todas las mías se sirvieran en mi habitación. Paul no es muy dado a desayunar y come mucho fuera, así que no tienes que preocuparte mucho por él. La comida debería estar lista a mediodía y la cena, a las siete. ¿Te parece factible?

Asiento, memorizando el horario.

—No debería haber ningún problema. Puedo asegurarme de que todo se haga a tiempo. Avísame si hay algún cambio o instrucciones especiales. Estoy segura de que puedo arreglármelas.

No me quejaré de nada. Es un pequeño precio por estar aquí. Además, cuidar a un niño de quince años no es como cuidar a un bebé o a un niño pequeño: Wyatt es capaz de hacer la mayoría de las cosas por sí mismo.

—Eso es estupendo. Por un momento, me preocupé porque sé cuánto trabajo hay que hacer. En el pasado, cuando mi suegra estaba lo bastante sana como para vivir aquí, contrataba a dos amas de llaves, a dos, solo para que se ocuparan de todo.

Sonrío.

—No te preocupes en absoluto. He hecho cosas peores.

No tiene ni idea de los trabajos horribles que he tenido antes, pero eso no es algo que ella necesite saber. Mi vida tiene que seguir siendo privada.

Robin junta los dedos y su expresión se vuelve solemne.

—Sobre Wyatt... Puede ser difícil de tratar, y no habla mucho

últimamente. Nuestra relación es complicada. —Suspira—. Solo... Supongo que necesito que alguien esté cerca, que se asegure de que está bien. ¿Te parece razonable?

—Sí, claro que sí.

—A veces siento que estoy fracasando como madre y esposa —murmura Robin con la mirada fija en sus manos cruzadas—. No consigo ocuparme de mi casa y de mi familia. No es que no quiera...

—No hace falta que me lo expliques —me apresuro a decir—. Perder a un hijo... debe ser devastador. No puedo ni empezar a imaginar cómo te sientes. Lamento mucho que hayas tenido que pasar por eso.

Mi respuesta se me antoja insuficiente y desearía poder hacer algo más que ofrecer unas palabras de comprensión manidas. El dolor en sus ojos es crudo y palpable, como si su pérdida fuera algo vivo que respira dentro de ella.

Asiente.

—Supongo que solo alguien que haya pasado por ello lo entendería. —Suelta el aire de golpe y esboza una valiente sonrisa—. Me alegro mucho de que estés aquí, Christa. Ha sido difícil encontrar a una persona dispuesta a mudarse con nosotros a Austria. —Suspira—. Bien, volvamos a Wyatt. —Se inclina hacia delante—. Es perfectamente capaz de cuidar de sí mismo, pero sigue necesitando orientación y supervisión, como todos los adolescentes. Sus cambios de humor y su comportamiento pueden ser... impredecibles. Y, por favor, no te ofendas si no te habla mucho. Suele comunicarse con frases cortas y dar respuestas bruscas. Lleva el mal humor adolescente a otro nivel. —Hace una pausa y se queda mirando el vacío, como sumida en sus pensamientos, antes de volver a centrar su atención en mí—. Como te decía, tú solo estate ahí cuando te necesite. Nada complicado.

—No será suficiente —retumba una voz desde la puerta.

Cuando me doy la vuelta, Paul entra a grandes zancadas en la cocina, con el rostro aún duro y sin emoción.

Se aclara la garganta.

—Desde hace un tiempo, Wyatt no se comunica con nosotros a menos que sea necesario. Espero que puedas usar tu experiencia en

psicología infantil para averiguar cuál es el problema. Ten sesiones diarias o semanales con él. Averigua qué le pasa.

Sintiéndome incómoda porque la experiencia en psicología infantil que tengo en el currículum es falsa, paso la mirada de él a Robin.

—¿Sesiones? ¿Qué quieres decir?

Robin parece tan confundida como yo mientras vuelve a girar el anillo de boda en el dedo.

—Sesiones de terapia —explica Paul—. Pero no le reveles lo que estás haciendo. Quiero que sienta que puede hablar contigo abiertamente sin que le parezca que está hablando con un terapeuta.

Robin se levanta con brusquedad.

—Paul, no creo que esto sea lo correcto. No podemos hacer que Wyatt hable si él no quiere, y desde luego no quiero mentirle.

Tomo aire profundamente.

—A mí me parece muy bien —digo antes de que puedan ponerse a discutir—. No debería ser muy difícil. He querido conocer mejor a Wyatt desde nuestro primer encuentro.

—Excelente. —Paul se frota las manos—. Supongo que eres la persona adecuada para el trabajo, después de todo.

Sale de nuevo de la habitación y vuelvo a centrar mi atención en Robin.

—Gracias de nuevo por la confianza que habéis depositado en mí. Estoy encantada de estar aquí, y será un privilegio cuidar de vuestro hogar y de vuestra familia. Tengo mucha experiencia con niños y haré todo lo posible para que Wyatt se sienta cómodo. También me aseguraré de no presionarlo demasiado. Tú céntrate en tu salud.

Sonríe, pero esta vez parece forzado.

—Como ha dicho mi marido, eres la persona adecuada para el trabajo.

—Gracias. —Echo mis hombros hacia atrás—. Entonces, ¿con qué quieres que empiece?

—¿No estás muy cansada? Llevas un largo viaje a tus espaldas, y debes estar luchando con el *jet lag*.

—En absoluto. —Me río por lo bajo, aunque sus palabras hacen aflorar el cansancio acumulado. Parpadeo varias veces y tomo aire—.

Me gusta pensar que tengo más energía que la mayoría de las personas. Estoy lista para empezar cuanto antes.

Robin coge la carpeta y la abraza contra su cuerpo.

—Puede ser, pero no olvides que aún tienes que deshacer algunas maletas. ¿Por qué no haces eso y, si todavía tienes ganas, ordenas un poco? —Mira tímidamente por encima del hombro hacia el fregadero desbordado con expresión de disculpa—. Siento no haber podido ocuparme de esos platos.

—No lo sientas. Subiré a deshacer la maleta y luego me ocuparé de todo. —Hago una pausa—. Si necesitas algo, lo que sea, dímelo.

Se ríe entre dientes.

—Parece que vas a tener dos hijos a los que cuidar, porque ahora mismo me siento como una niña.

—Como he dicho...

—Tienes más energía que la mayoría —termina por mí, y ambas nos reímos. Luego se lleva la mano al pecho—. ¡Dios mío! Te he enseñado algunas habitaciones de la casa, pero no la tuya. ¿Estás lista para verla?

Me pongo en pie.

—Me encantaría.

Mi habitación es más grande y lujosa que cualquier otra en la que me haya alojado. Es un espacio alto y diáfano, con una pared acristalada que da a las montañas. En el centro hay una cama enorme, con una manta bordada y sábanas blancas y limpias que parecen más suaves que cualquier otra cosa en la que haya dormido antes. Seis grandes almohadas se amontonan contra el cabecero tapizado.

—Tienes tu propio baño. —Robin abre la puerta que hay en un extremo de la habitación—. Espero que te guste.

—Es precioso. —Me reúno con ella en la puerta y contemplo la enorme ducha a ras de suelo. Todo es de mármol gris y blanco con manchas doradas aquí y allá. En lugar de un hogar, esto parece un hotel al que he venido de vacaciones.

—Si necesitas algo más, dímelo. Queremos que estés cómoda.

—Gracias. Ya me siento como en casa —digo—. Ten cuidado,

puede que no quiera irme nunca.

Se ríe.

—Perfecto. Espero que no te importe, pero creo que es hora de que me acueste un rato. Me siento tan agotada que cualquiera diría que he escalado una montaña.

—No me importa en absoluto.

Cuando Robin cierra la puerta, noto algo y la llamo.

—Eh... No hay llave en la cerradura —digo cuando vuelve a abrir la puerta—. ¿Por casualidad sabes dónde está?

Suspira decepcionada y se lleva la mano al corazón.

—Ay, no. ¿Ha desaparecido otra? Qué lástima. Esta casa es antigua, y muchas de las llaves se han perdido o se han extraviado. Pero no te preocupes, nadie más tiene acceso a esta habitación. Su privacidad está garantizada.

Aunque todavía me molesta que alguien pueda entrar fácilmente en la habitación de improviso, confío en las palabras de Robin y le agradezco su seguridad, pero tengo otra pregunta.

—¿Hay algún lugar divertido al que pueda llevar a Wyatt para mantenerlo ocupado?

Se gira y su mirada se cruza con la mía antes de negar con la cabeza.

—Prefiero que se quede aquí —dice—. Tiene todo lo que necesita. Solo asegúrate de que no vea demasiado la televisión. Su padre prefiere que lea. Esta escapada pretende ser un retiro para él; un lugar donde evadirse del estrés del mundo exterior y reponer fuerzas antes de que empiece de nuevo el colegio en otoño.

Frunzo el ceño.

—¿No quieres que salga?

—Solo si es absolutamente necesario. —Sus labios se curvan en una sonrisa, pero sus palabras son firmes y contundentes.

—Vale, lo entiendo. Nos vemos más tarde.

Cuando Robin se va, me quedo un rato mirando la maleta y meditando sus palabras. No comprendo por qué quieren impedir que un chaval salga de casa. Me parece cruel. Supongo que tendré que buscar formas de mantenerlo ocupado para que no sienta que se está perdiendo algo.

Después de deshacer mi maleta principal, desvío mi atención hacia mi mochila y busco el cargador del teléfono. Meto la mano en uno de los bolsillos laterales y noto algo. Un trozo de papel.

Cojo el papel y lo despliego, y me encuentro con dos palabras en alemán escritas con tinta negra.

Sei vorsichtig

Como las palabras no significan nada para mí, aparto la nota por el momento y sigo deshaciendo el equipaje.

Por ser mi primer día con ellos, Robin me ha pedido que no haga la cena y ha encargado *pizza* de atún en una pizzería del pueblo, aunque ella y Paul no comen con nosotros.

Sentarse a solas con Wyatt en el comedor es una experiencia casi insoportable porque apenas me dirige la palabra. Es la primera vez que estoy a cargo de un chico de quince años, y no tengo ni idea de cómo conectar con él. Los niños pequeños son más fáciles de impresionar, basta con contar unos cuantos chistes y poner unas cuantas caras raras para ver cómo se les iluminan los ojos.

—Wyatt —dejo mi porción de *pizza*—, ¿qué tipo de películas te gustan? Podríamos ver una juntos alguna vez.

Me mira y sonrío un poco antes de negar con la cabeza.

—No hace falta.

Asiento y pienso en otro tema.

—Vale, olvida las películas. ¿Qué tipo de música te gusta? —pregunto, pensando que este es un tema más seguro.

Sube los hombros un momento para dejarlos caer.

—No lo sé. Da igual. —Muerde su *pizza* y mastica sin mirarme a los ojos.

No dispuesta a rendirme todavía, me tomo un momento para pensar, devanándome los sesos en busca de algo que pueda animar la conversación. ¿Qué les interesa a los adolescentes? Mi mente responde al instante y me enderezo.

—¡Eh! —Me inclino hacia delante—. ¿Te gustan los juegos? ¿Videojuegos, juegos de mesa, juegos de cartas..., otros juegos?

Esta vez se le iluminan los ojos y asiente.

—Sí, eso sí que me gusta.

Sonríó triunfante y mi corazón se aligera. Tal vez pueda manejar esto.

—¿Por qué no jugamos a algo después de cenar? ¿Qué te parece?

Me mira sin decir nada durante unos segundos y luego asiente.

—Claro, ¿por qué no?

Aliviada de que me hable con frases completas, al contrario que a sus padres, me echo hacia atrás sonriendo. Me alegro de haber insistido. Ahora estoy deseando que llegue nuestra noche de juegos.

—¿Qué tipo de juegos te gustan? —pregunto, y muerdo mi trozo de *pizza*.

Wyatt se rasca la barbilla y piensa unos segundos.

—¿Quizá podríamos jugar al ajedrez? —sugiere.

Percibo que sigue en guardia, pero al menos ahora habla y casi sonríe.

—¿Ajedrez? Eso está muy bien. Yo no sé jugar, pero siempre he querido aprender. Tal vez puedas enseñarme. Pero tengo que advertirte que aprendo muy despacio, podría llevarme un tiempo —admito, tratando de hacerlo reír.

Coge otra porción de *pizza*.

—No pasa nada. Puedo ayudarte.

Percibo un cambio en el ambiente, como si por fin empezara a simpatizar conmigo.

—Gracias, Wyatt, lo estoy deseando. ¿Empezamos después de cenar? Podríamos jugar aquí mismo. —Hago un gesto hacia la mesa del comedor, sintiendo una oleada de alivio y emoción por haber sido capaz de atravesar sus defensas, aunque solo sea un poco. Estoy decidida a mantener la costumbre, aunque no quiero parecer demasiado ansiosa. Lo último que quiero es ahuyentarlo.

Asiente.

—Sí, eso suena bien. Voy a preparar el tablero de ajedrez. —Ya sin interés por la comida, aparta su plato y se levanta para ir a por el juego.

Cuando se va, me aseo rápidamente, con la expectación creciendo en mi interior.

Wyatt no tarda en volver con el tablero de ajedrez y lo coloca sobre

la mesa. Me muestra los fundamentos del juego explicándome las reglas y me enseña algunas estrategias.

Coge una pieza y me mira a los ojos.

—Tu rey está en peligro, ¿qué haces?

Muevo una pieza para bloquear el ataque y luego le sonrío.

—¿Así? —pregunto.

Se ríe y aplaude levemente, al parecer, impresionado por mi movimiento.

—Tienes potencial, Christa.

Cuando terminamos son casi las diez, lo que significa que llevamos jugando más de dos horas. Durante la partida he aprendido algunas cosas sobre Wyatt. Es muy inteligente y toma decisiones rápidas, y tiene un gran sentido del humor que aflora en los momentos más inesperados. Además, sabe escuchar.

Pero también es un chico extraño. A pesar de que solo tiene quince años, hay una madurez en él que parece muy adulta de una manera casi inquietante.

—¿Sabes? —Sonríe a pesar del cansancio—. Si quieres, podemos seguir jugando mañana. Intentaré ganarte. Estoy mejorando.

Wyatt echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Vale, daré lo mejor de mí. —Me mira durante unos segundos—. Aprendes rápido —dice con una sonrisa que ilumina sus ojos marrones.

Me río.

—Todavía estoy aprendiendo, pero ha sido divertido.

Lo que no sabe es que, en realidad, soy una gran jugadora de ajedrez y que llevo jugando desde que era niña, pero me limito a sonreír, sintiéndome muy feliz de que me haya aceptado.

—Me voy a la cama —dice, recogiendo las piezas de ajedrez.

—Buenas noches, Wyatt. —Estiro los brazos para aliviar la tensión, lo veo caminar hacia la puerta y no puedo evitar una nueva sensación de esperanza.

Sus ojos se encuentran con los míos, y la suavidad que hay en ellos es inconfundible.

—Buenas noches, Christa.

Lucho contra el impulso de abrazarlo y, en su lugar, sonrío de

nuevo.

Después de sentarme sola en el comedor durante un buen rato, pensando en Wyatt y en la conexión que hemos establecido, me levanto y subo a mi habitación. Cierro la puerta detrás de mí, abro el armario y busco mi mochila. Está vacía, ya que lo he desembalado todo. Excepto una cosa.

Saco la nota que he encontrado en ella hace unas horas. Entonces no le he dado mucha importancia, pero ahora mi intuición me dice que vuelva a leerla, que intente comprender el significado de las palabras.

Abro el trozo de papel y lo aplasto sobre mi rodilla, luego cojo el teléfono y me conecto a internet. Busco rápidamente un traductor e introduzco las dos palabras. Con cada letra que tecleo, siento que se me retuercen los intestinos y me tiemblan un poco los dedos.

Sei vorsichtig

Antes de pulsar el botón azul de traducir, respiro hondo, como si necesitara valor. Para qué, no tengo ni idea. Y entonces aparece la traducción. En la pequeña pantalla solo son dos palabras inmóviles, pero dentro de mi cabeza parpadean como una luz de neón.

Ten cuidado.

Frunzo el ceño y sostengo la nota entre las manos, trazando con el dedo las palabras en alemán. Las letras habían sido escritas con prisa, hasta el punto de que la tinta está emborronada en algunos lugares.

Pienso en cómo podría haber acabado en mi mochila, metida en el bolsillo lateral como si alguien quisiera asegurarse de que se quedara en su sitio y no se cayera. ¿Por qué? ¿De qué podría alguien querer advertirme? ¿Podría haber acabado la nota en mi mochila por error?

«Ten cuidado». Repito las palabras en mi cabeza y un escalofrío recorre mi espina dorsal. No tiene ningún sentido. Sacudo la cabeza. Es imposible que fuera para mí. Y, sin embargo, no me atrevo a tirarla.

Abro uno de los cajones de la mesilla de noche y guardo la nota dentro. No puedo evitar acordarme de Hans, que me ha llevado a la casa desde el aeropuerto. Era incapaz de comunicarse verbalmente conmigo y ni siquiera me ha dedicado una mísera sonrisa. A veces, una sonrisa o la falta de ella pueden hablar más alto que las palabras. ¿Será por eso por lo que mi subconsciente me grita que escuche el mensaje?

Me pregunto si es él quien me ha dejado la nota. Después de todo, ha sido la última persona que ha tocado mis maletas hasta que las he deshecho.

3

CHRISTA

En las paredes de la villa resuena un sonido agudo e insistente, un timbre que recuerda al de un teléfono fijo antiguo. Dejo la sandía a medio cortar en la tabla que tengo delante, escucho con atención, intentando localizar de dónde procede el sonido mientras me esfuerzo por captarlo.

Durante los tres días que llevo viviendo con los Mayer, he explorado buena parte de la villa, y no he visto un teléfono fijo en ningún sitio, ni siquiera en el despacho de Paul, donde pasa la mayor parte del tiempo trabajando. Ardiendo de curiosidad, dejo el cuchillo y me dirijo hacia la fuente del ruido, con los pies pisando suavemente el suelo de madera.

Parece venir de la otra ala. Me detengo al pie de la escalera, esperando a ver si Paul o Robin salen a contestar. Ambos están en la casa, pero no se oye nada, ni siquiera pasos por el pasillo.

¿Soy la única que lo oye? ¿O es parte de mi trabajo responder a las llamadas?

Como el sonido persiste, me dirijo hacia el ala vacía de la villa por los silenciosos pasillos. El sonido se hace más fuerte a medida que me acerco a una puerta de aspecto sencillo que está medio abierta. Es una de las habitaciones que Robin me enseñó durante su visita. Mencionó que solía ser el dormitorio de su suegra, Lena, antes de que la trasladaran a la residencia de ancianos.

Los fuertes olores de popurrí de flores secas y ambientador son abrumadores. En las paredes se alternan motivos de rosas rosadas y de margaritas blancas en un papel pintado de diseño floral. Una cortina de encaje blanco cuelga de la ventana, dando a la habitación un aire suave y femenino. La cama de roble, pulida y brillante, está cubierta por una colcha de flores, con un intrincado estampado de azules y verdes que da un toque de color a la habitación.

Todos los muebles de esta ala de la villa están cubiertos de plástico transparente, excepto en esta habitación. Sin embargo, todo está

cubierto por una película de polvo. Quizá Lena pidió que su habitación se quedara como la había dejado, con la esperanza de volver a ella.

Paul y Robin probablemente no han venido a contestar el teléfono porque piensan que es alguien llamando a Lena, que no está aquí. Tal vez no quieran molestarle en transmitirle el mensaje. Pero, por lo que me contó Robin, hace tiempo que Lena cayó muy enferma y, tras salir del hospital, nunca volvió a esta casa. ¿La gente que la conoce no lo sabría ya?

En cuanto entro, me fijo en un anticuado teléfono de disco amarillo pálido que hay en la mesilla de noche, con el número escrito en una tarjeta plastificada. Quizá Lena temía que la vejez le arrebatara la capacidad de recordar su número.

Descuelgo el teléfono.

—Hola —digo vacilante.

No hay respuesta, salvo una respiración agitada que resuena en el auricular mientras la línea crepita con la estática.

—¿Quién es? —pregunto, y me humedezco los labios con nerviosismo mientras la tensión asciende por mi espalda y mi respiración se agita. Desde que leí la nota que me dejaron en la mochila, estoy un poco nerviosa. Lo intento de nuevo—. ¿Hay alguien ahí? ¿Puede oírme?

Finalmente, la persona que llama dice una sola palabra, un nombre.

—Christa —susurra la persona al otro lado. Después cuelga.

Dejo el auricular y siento un hormigueo de terror.

Esto va mal, muy mal. Solo llevo tres días trabajando aquí, y todos mis conocidos en Nueva York tienen mi número de móvil; es imposible que tengan este número, ya que ni yo misma lo conozco.

Intento sacudirme el miedo y la incertidumbre que siento y salgo de la habitación cerrando la puerta tras de mí.

Tan pronto como salgo, veo a Robin acercarse por el pasillo. Sus ojos se abren de par en par cuando me ve en el pasillo, fuera de la habitación de Lena.

—Christa, ¿estás bien? ¿Qué hacías ahí dentro? —pregunta con voz penetrante.

Señalo la puerta con un dedo.

—Ha sonado el teléfono y he contestado, pero no respondía nadie...

Robin palidece.

—Qué extraño, ya veo por qué estás tan inquieta. —Hace una pausa—. Me sorprende que ese teléfono esté enchufado. Hace años que nadie lo usa. —Entra en la habitación y, a los pocos segundos, el teléfono está desenchufado. Luego se vuelve hacia mí—. Dices que no había nadie al teléfono cuando has contestado. ¿Ni siquiera han dicho nada?

Frunzo los labios y asiento.

—Han susurrado algo, pero... no lo he captado. No estoy segura de si era un hombre o una mujer.

El rostro de Robin se nubla y aparta la mirada un momento. Sus ojos parecen distantes cuando vuelve a mirarme y me ofrece una débil sonrisa.

—Seguro que la llamada era para Lena. —Hace una pausa y me mira con severidad—. Sería mejor que te mantuvieras alejada de este lado de la casa, ¿de acuerdo?

Asiento y me alejo, todavía inquieta. Tal vez estoy nerviosa por lo que hice para conseguir este trabajo, secretamente temerosa de que, si Paul y Robin se enteran, me echen. Es imposible que haya oído mi nombre. Estoy haciendo el tonto, y tengo que parar antes de echarlo todo a perder.

Después de cenar, durante otra partida de ajedrez con Wyatt, tomo la decisión consciente de no pensar en la misteriosa llamada y centrarme en él y en la partida. Muy pronto, los acontecimientos del día son un recuerdo lejano.

—Oye, Wyatt —digo mientras hago un movimiento en el tablero—. He visto que tienes una PlayStation. ¿Cuál es tu juego favorito?

Parece tensarse un poco antes de responder.

—*Bloodcore*. Es un juego muy intenso con un diseño gráfico fantástico. Requiere mucha habilidad y estrategia. ¿Por qué lo preguntas?

Estoy un poco desconcertada por su respuesta y por su forma de

cambiar su lenguaje corporal al hacerle la pregunta. He oído hablar de *Bloodcore*, y sé que no es recomendable para un niño de quince años por toda la violencia y las escenas gore que contiene.

—¿No es un poco morboso para alguien de tu edad?

No sé mucho de juegos, pero me he encontrado con una de sus revistas en el salón, y tres de los juegos estaban marcados con un círculo, entre ellos *Bloodcore*. Pensaba que hablar de los juegos que le gustan sería un buen tema de conversación, así que he investigado un poco en internet para saber más.

—Puede —responde—, pero también es muy divertido.

—¿Y a tus padres les parece bien que lo juegues?

—No hablo con ellos de eso —responde encogiéndose de hombros—, pero soy lo bastante listo como para saber lo que puedo soportar.

—Intenta parecer independiente y maduro, pero en sus palabras percibo algo más. Es en este momento cuando me doy cuenta de lo triste y solo que se siente Wyatt, a pesar de su dura apariencia.

No digo nada más mientras observo cómo realiza su siguiente jugada, pero me duele el corazón. Es evidente que Robin y Paul no están muy implicados en su vida, y siento una profunda tristeza por él. Robin mencionó que Wyatt no habla mucho con ellos; tal vez sea porque ellos tampoco hablan mucho con él. Solo llevo tres días viviendo aquí y ya me he dado cuenta de que apenas pasan tiempo con su hijo. Espero que mi presencia pueda darle algún tipo de compañía y ayudarlo a sentirse un poco menos solo.

Sin pensarlo, extendiendo una mano y le doy un reconfortante apretón en el hombro.

—¿Sabes?, si alguna vez necesitas alguien con quien hablar..., aquí estoy.

Siento que se tensa y luego se relaja ligeramente. Levanta la vista del tablero y me mira antes de volver a bajar los ojos.

—Tu reina está en apuros —dice con una sonrisa burlona.

Me río y sacudo la cabeza.

—Ya lo veo —respondo volviendo mi atención al tablero. Un calor se extiende por mi pecho al pensar que lo he ayudado, aunque solo haya sido un pequeño gesto.

Jugamos unas cuantas rondas más y la tensión va desapareciendo

poco a poco. Cuando terminamos la partida, le pregunto cuál es su comida favorita.

—Espaguetis, hamburguesas y *crumble* de manzana.

—Eso es bueno, porque hago un *crumble* de manzana maravilloso. Suelta una pequeña carcajada.

—Quizá algún día pueda probarlo.

Sonrío y le alboroto el pelo.

—Cuando te apetezca.

—Siempre me apetece un buen *crumble* de manzana. —Se levanta y empieza a alejarse, pero luego se vuelve hacia mí con una sonrisa

—. Gracias por la partida. —Bosteza ruidosamente.

—Cuando quieras —respondo con un gesto de la cabeza antes de que desaparezca por la puerta.

Después de limpiar bien la cocina, me dirijo al piso de arriba cuando noto una luz procedente del salón. Sé que no pueden ser ni Robin ni Paul porque siempre ven la tele en su habitación.

Cuando me asomo por la esquina, me encuentro a Wyatt en el sofá, con los ojos cerrados mientras ponen una película de acción. Así, estrechando un cojín contra su cuerpo, parece un niño pequeño que necesita un abrazo.

Considero la posibilidad de despertarlo, pero en lugar de eso apago el televisor y cojo una manta del armario del pasillo para arroparlo con ella. Se agita, pero no se despierta. Luego me siento en el sofá a su lado y observo cómo duerme plácidamente, desesperada por estirar la mano y apartarle los rizos de la frente. Pero lo que he hecho ya es suficiente. Espero que pueda sentir que no está solo y que estoy aquí para él.

Me he quedado medio dormida cuando siento que algo cálido se apoya en mí. Abro los ojos lo justo para ver que es Wyatt, que, todavía dormido, ha apoyado la cabeza en mi hombro; su respiración es tranquila y su rostro, apacible. El corazón me da un vuelco y cierro los ojos. Nos quedamos así un rato, hasta que por fin abre los ojos y me mira sorprendido.

—Me he quedado dormido. —Bosteza y se aparta rápidamente.

—Sí. Parece que necesitabas descansar un poco.

—Perdón por... —Se sonroja y mira hacia otro lado.

—No hay problema, colega. —Le doy un golpecito en el brazo—.
Hora de dormir.

Asiente, se levanta y me da las gracias antes de marcharse.

4

ROBIN

Son las 5:20 de la mañana y ella ya está despierta, y yo también gracias a mi insomnio. Entrecierro los ojos mirando la pantalla de mi iPad y la veo salir de la habitación por el pasillo hacia las escaleras.

Desde hace cinco días, Christa se levanta a las cinco de la mañana y siempre empieza el día con un paseo matutino. No me molesta mucho, pero me desconcierta. ¿Quién se levanta tan temprano cuando no tiene por qué hacerlo? Si yo pudiera elegir y no tuviera responsabilidades, me quedaría en la cama todo el día. La mayoría de la gente haría cualquier cosa por seguir dormitando, dándole al despertador una y otra vez. Pero Christa no.

Me deslizo fuera de la cama y cruzo hacia la ventana a tiempo para verla avanzar por el camino de tierra que lleva al río que pasa por detrás de la casa.

Oigo el crujido de las sábanas cuando Paul también se despierta. No lo miro hasta que está a mi lado, rascándose la parte superior de la cabeza.

—¿Sigues pensando que es buena idea que esté aquí? —pregunta bostezando.

Aprieto los puños con fuerza y me clavo las uñas en la piel mientras miro a mi marido.

—Creo que no te das cuenta de la cantidad de trabajo que hay que hacer por aquí. Así que, sí, sigo manteniendo mi decisión de contratarla. —Mi voz tiembla de emoción—. Pensaba que ya te habías hecho a la idea.

Durante la entrevista de Christa, Paul llegó pronto del trabajo y me llevó aparte para preguntarme si de verdad era necesario que tuviéramos una niñera para un chico de quince años. Le parecía absurdo. Como no tuvo la decencia de bajar la voz y Christa oyó toda la conversación, no tardó en decirnos que, además de niñera, estaba dispuesta a encargarse de cualquier tarea doméstica. Me gustó la idea de inmediato y cambié el papel por el de ayudante

familiar, un trabajo que combinaría las responsabilidades de niñera y asistenta. Pero parece que eso no fue suficiente para Paul.

Paso junto a mi marido, vuelvo a la cama y me meto bajo las sábanas, con el iPad a mi lado.

—Al menos no tenemos que buscar una asistenta. Christa hace el trabajo de varias personas por una fracción del coste. —Vuelvo a echar un vistazo a la ventana—. Y no hemos tenido que contratar a nadie del pueblo.

—Pues no entiendo por qué no lo hemos hecho. Seguro que habría sido más barato.

—No puedo creer que digas eso —digo con los dientes apretados—. Sobre todo, después de lo que pasó la última vez. Estoy segura de que la gente ya está cotilleando sobre nosotros mientras hablamos.

—No entiendo cuál es el problema, Robin. —Paul viene a sentarse en el borde de la cama—. ¿Tiene esto algo que ver con mi madre? ¿O con lo que pasó hace siete años? La gente olvida. Siguen adelante con sus vidas. Seguro que los rumores se han calmado.

—Algunas personas son lo bastante fuertes como para olvidar, Paul. —Me trago el duro nudo que tengo en la garganta—. Pero no todos. Me mira con la mandíbula apretada.

—¿Cuánto tardarás en dejar atrás el pasado?

Lo miro fijamente a los ojos durante un largo instante antes de que las lágrimas llenen los míos.

—No lo sé —murmuro con la voz quebrada—. Puede que nunca lo supere. Si no fuera porque nos has arrastrado hasta aquí, no habría venido. Te dije...

—Mi madre está en su lecho de muerte ahora mismo. Su último deseo es que estemos aquí hasta...

—Hasta que muera. Lo sé. —Cruzo los brazos—. Es muy duro estar de vuelta. Los recuerdos de la traición siguen frescos.

Soy consciente de por qué hemos vuelto a Ruddel, y no tiene nada que ver con el amor de Paul por su madre. Sé muy bien cuánto odio siente por la mujer que siempre prefirió a su hermano muerto, Fritz, antes que a él, y nunca hizo ningún esfuerzo por ocultarlo.

Tanto Fritz como su padre murieron en un accidente de coche, y la

angustia de Lena la llevó a culpar a Paul, ya que era él quien conducía. Necesitaba responsabilizar a alguien para aliviar su dolor. Paul tenía entonces veintidós años y era incapaz de soportar el resentimiento de su madre y, al mismo tiempo, lidiar con la pérdida de su padre y su hermano. Así que dejó Austria para completar sus estudios en Nueva York.

Cuando me conoció y se casó conmigo, seis años después, Lena no fue invitada a la boda. Un año después de casarnos, Paul fue nombrado CEO del imperio vinícola de su familia porque su madre había decidido cederle el cargo. Le habían diagnosticado cáncer de mama y quería centrarse en su salud. Deseosos de estar al lado de su madre a pesar de su tensa relación, Paul y yo nos trasladamos a Ruddel.

Lo primero que me preguntó mi suegra cuando nos conocimos fue por qué no estaba embarazada todavía. Doce meses, argumentaba, era tiempo más que suficiente para que una mujer concibiera.

Lena sobrevivió al cáncer, pero en los dos años que vivimos en Ruddel comparaba continuamente a Paul con su hermano muerto y casi siempre me ignoraba, como si yo no estuviera allí. Con el tiempo, dejé de sentir que pertenecía a mi nuevo hogar, aunque sentía compasión por la anciana y su difícil situación.

Me hundí en una profunda depresión, y Paul tomó la decisión de trasladarnos de nuevo a Nueva York. Podía gestionar el negocio a distancia y volver a Ruddel solo para las reuniones y algunas tareas.

Debido a la irreparable ruptura entre Paul y su madre, cuando Wyatt llegó a nuestras vidas, un año después de irnos de Austria, el único contacto que teníamos era enviarle fotos de su nieto cada año por su cumpleaños. Por mucho que quisiera fastidiar a la anciana, seguía sintiendo lástima por ella y temía dañar aún más la frágil relación de Paul con su madre.

Cuando Paul se enteró de que el cáncer de Lena había reaparecido y que era terminal, se sintió desconsolado por la noticia. Había mantenido alejado a Wyatt, que ahora tenía ocho años, de su abuela, pues no quería que su comportamiento le afectara ni que fuera testigo de sus cambios de humor y sus comentarios hirientes, pero el nuevo diagnóstico lo cambió todo. Si se estaba muriendo,

incluso después de todo lo que había hecho, Paul sentía que tenía que estar con ella. No quería arrepentirse de ninguna de sus acciones si ocurría lo peor. Así que recogimos nuestras pertenencias y volvimos para el verano de 2015. Solo accedí a acompañarlo cuando me enteré de que Lena estaría en una residencia de ancianos y no en casa con nosotros. Aun cuando la mujer no estaba bien, era desagradable vivir con ella.

Cuando volvimos a dejar Ruddel, una vez terminado aquel verano, nuestras vidas cambiaron para siempre, y nadie, ni siquiera Lena, ha vuelto a pisar la casa desde aquel verano... hasta ahora.

Mientras miro fijamente a mi marido, desearía no haber venido esta vez y haberme quedado en Nueva York para evitar que se abrieran viejas heridas.

Paul gruñe de rabia.

—Han pasado siete años desde que estuvimos aquí, Robin. Sé que no querías volver, pero no hemos tenido más remedio. —Aprieta los puños hasta que sus nudillos se vuelven blancos—. Mi madre no es perfecta, pero ahora es una anciana frágil. Ya no puede hacerte daño. Quizá deberíamos dejar atrás el pasado y hacer las paces antes de que sea demasiado tarde. —Su voz se eleva con rabia, como si me desafiara a llevarle la contraria.

Me río entre dientes y sacudo la cabeza.

—Crees que soy tonta, ¿verdad? No estás aquí porque quieras hacer las paces con ella.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que te oí hablar con ella por teléfono. Oí lo que te dijo tu madre. Sé que utilizó tu herencia para forzarte a volver a casa. Amenazó con repudiarte y donar todo su patrimonio a las organizaciones benéficas que se le ocurrieran. —Tomo aire profundamente y cierro los ojos, obligándome a respirar. Al abrirlos de nuevo, dejo que una pequeña sonrisa curve mis labios—. Estás aquí porque no quieres perder tu herencia, no porque quieras hacer las paces.

Paul parpadea al darse cuenta de la verdad de mis palabras. Baja la cabeza, avergonzado.

—Es cierto. No es la única razón por la que quería volver, pero

desde luego no quiero que lo perdamos todo. —Suelta un suspiro—. Te vendría bien hacer las paces con el pasado; no podemos dar marcha atrás al reloj.

Sin darme la oportunidad de responder, se marcha.

En mi iPad, lo veo dirigirse a la oficina, donde pasará la mayor parte del día, excepto la hora en que visitará a su madre en el hospital... él solo. Ojalá hubiera podido decirle que algunas cosas pueden perdonarse, pero nunca olvidarse. Y algunas acciones nunca pueden deshacerse. Por eso fue un gran error volver aquí.

Menos de diez minutos después de que Paul abandone la habitación, asoma de nuevo la cabeza por la puerta con expresión seria.

—Robin, hoy voy a deshacerme de algunas cámaras. Tienes que dejar de vigilar a la gente como un halcón. Las cámaras de fuera se quedan, pero las de dentro se van. La vigilancia es por motivos de seguridad, no para invadir la intimidad de las personas.

Asiento.

—Bien. Haz lo que quieras.

Cuando se va de nuevo, dejo la cama y vuelvo a la ventana. Desde aquí puedo ver el río, el brillo del agua cuando le da el sol de primera hora de la mañana. Entrecierro los ojos y, a lo lejos, veo una figura oscura. Solo he visto a Christa con ropa negra.

Pero entonces veo algo más, otra persona cerca de ella, alguien con lo que parece ser un jersey rojo. Se me retuerce el estómago al verlos. Christa está hablando con uno de los lugareños. Algo que he intentado evitar.

Necesito mantener los ojos abiertos, permanecer alerta. Tengo que vigilarla para asegurarme de que no habla con la gente equivocada, de que no oye rumores. Una palabra dicha por la persona equivocada en el momento equivocado podría destruirlo todo.

Por cruel que me haga sentir, pido un deseo para que Lena muera cuanto antes y podamos largarnos de este lugar.

5

CHRISTA

Cuando abro los ojos, el reloj marca las cinco. Siempre me he despertado a estas horas desde que tenía diez años. Muchos niños son capaces de permanecer dormidos, acurrucándose con sus peluches e intentando echar unas cabezaditas extra, pero esto no es algo que yo haya tenido nunca el privilegio de hacer.

Este hábito está tan arraigado en mí que ni siquiera necesito un despertador para levantarme. Cuando era niña, los despertadores estaban prohibidos, y tampoco los he usado nunca de adulta. Con treinta y tres años, sigo despertándome temprano, aun cuando no es necesario. Por mucho que lo odie a veces, es algo que soy incapaz de cambiar, y probablemente seguiré haciéndolo hasta el día en que exhale mi último aliento.

Miro por la ventana y veo cómo el sol asciende poco a poco por el cielo. Es un suave resplandor rosa y naranja que señala un nuevo día, lleno de posibilidades y esperanza. Las montañas, los árboles y la alta hierba le dan la bienvenida, como una promesa de que todo va a ir bien.

Despierta, saco las piernas de la cama y entro en el cuarto de baño. Durante una fracción de segundo, mi mano se detiene en el grifo del agua caliente de la ducha. Con un solo movimiento, el agua caería, tibia, sobre mi cabeza. Pero no lo hago. Abro el agua fría, como siempre. Castigo mi cuerpo, como llevo haciendo muchos años, porque este es otro de los muchos hábitos de los que no puedo deshacerme.

Algunas personas se duchan con agua fría porque quieren sentirse tonificadas. Para mí, es diferente. Es como una penitencia, algo que tengo que hacer para demostrar que sigo teniendo el control, algo que me mantiene con los pies en la tierra y me hace seguir adelante, por mucho que mi cuerpo grite en señal de resistencia. Doy la bienvenida al agua fría y el escalofrío recorre mis venas como hielo

líquido, se desliza fuera de mi cuerpo llevándose consigo cualquier duda y pensamiento negativo que esté rondando por mi mente.

Lo que queda me lo lavo con jabón y una toallita; me froto hasta que casi me duele. Una vez que mi piel y mi pelo están completamente limpios, salgo de la ducha. Una agradable esencia a vainilla y limón impregna el aire, procedente del gel de ducha que he utilizado. Respiro hondo y dejo que el aroma penetre por mi nariz.

A través de la ventana, observo las montañas que se extienden hacia el cielo como siempre. Parecen majestuosas y fuertes, y siento como que me dan fuerzas; me dicen que, sucediese lo que sucediese en el pasado, estaré bien.

Me envuelvo con una toalla mullida y caliente y me doy permiso para disfrutar la sensación un poco antes de salir. Luego me visto. Elegir un atuendo nunca es una tarea difícil para mí, ya que siempre visto de negro, lo que elimina la necesidad de considerar qué colores combinen. Es un proceso sencillo y eficaz que me permite afrontar el día en un abrir y cerrar de ojos. Hoy opto por mis favoritos: mallas y una camiseta de tirantes, ambas negras, y un jersey del mismo color para ahuyentar el frío matutino.

Antes de darme cuenta, son las 5:20 de la mañana y estoy saliendo por la puerta para dar un paseo o hacer *footing*. No lo decidiré hasta que esté fuera. La elección es un lujo que nunca doy por sentado.

Me detengo frente a la puerta de Wyatt. Creo que está roncando, pero no estoy segura de estar oyendo bien. Me alejo de la puerta y bajo las escaleras, pensando en las horas que hemos pasado juntos desde que estoy aquí. Paul me pidió que lo ayudara a abrirse, pero lo que no sabe es que Wyatt ya está abierto de par en par, solo que no en su presencia.

Una cosa que he notado tan clara como el día es el hecho de que siempre parece bastante incómodo a su alrededor, tal vez incluso asustado. Ayer mismo estaba hablándome con normalidad, pero, cuando su padre entró en la cocina, se volvió distante de pronto. Al ver la desconexión entre ambos, no pude evitar entristecerme. Antes de que solicitara el trabajo, parecían una familia típica y feliz, pero está claro que solo era fachada. Wyatt y sus padres no han compartido ni una sola comida juntos desde mi llegada, y no pasan

más de unos minutos juntos en la misma habitación cada día. Es casi como si trataran de evitarse mutuamente.

Robin se toma todas sus comidas en el dormitorio. A Paul no le gusta desayunar y nunca está en la casa para comer, ya que es la hora a la que visita a su madre en el hospital. Para cenar, cuando está en la casa, recalienta la comida que le dejó en la nevera.

En cuanto abro la puerta principal, una suave brisa sopla a mi alrededor y trae consigo el fresco olor de las rosas y las magnolias. Después de dejar el coche, me dirijo por un camino de tierra hacia el río.

Desde que lo descubrí al día siguiente de llegar, voy allí todas las mañanas. Me encanta el sonido del agua cuando se desliza corriente abajo desde las altas rocas hasta la zona llana y menos profunda. El reflejo del sol naciente al tocar la superficie me deja sin aliento. Mientras permanezca en la orilla, podré disfrutar del espectáculo.

Escucho el sonido de las suelas de mis zapatillas crujendo contra los guijarros y el canto de los pájaros en los árboles cercanos, que envían sus susurros a través del viento cuando este roza mis oídos. Es la naturaleza en estado puro.

De pie en la orilla del río, contemplo el agua cristalina y admiro las piedras lisas que hay debajo.

Estoy completamente distraída cuando noto que alguien me observa.

Miro a mi izquierda para confirmar mis sospechas. En efecto, hay alguien a lo lejos, recortado contra el sol. Mi corazón salta de emoción mientras me dirijo al encuentro del desconocido. Es la primera vez que veo a alguien en esta zona tan temprano y mi primera oportunidad de hablar con una persona ajena a la familia Mayer.

Tardo unos cinco minutos en llegar hasta él, pero, en cuanto me ve, levanta la vista. Es alto, de hombros anchos, y lleva una caña de pescar. Debe haber venido a pescar mientras el río está tranquilo. Recibe mi presencia con una sonrisa que revela unos dientes muy blancos, ocultos tras una espesa barba gris, y yo le devuelvo la sonrisa.

—*Guten Morgen.* —Mi alemán es limitado, pero la mejor manera de

llegar al corazón de un lugareño es hablar al menos unas palabras de su idioma.

—*Guten Morgen*. —Él asiente, y su sonrisa se ensancha aún más—. *Wohnen Sie in der nähe?* —pregunta.

Pero ahí acaba mi alemán y empieza la confusión. Debería haber practicado más antes de venir a Austria. Intenté aprender en una aplicación de idiomas, pero, en mi opinión, el alemán es un idioma difícil de aprender y estaba tardando en pillarlo, así que desistí.

—*Entschuldigen Sie bitte. Sprechen Sie Englisch?* —consigo preguntar al fin; mi vergüenza es más que obvia.

—Sí, claro. Hablo algo de inglés —dice. Su tono es agradable y está cargado de buen humor.

—Qué bien. —Me alivia saber que podremos comunicarnos sin obstáculos. Quizá hoy haga un nuevo amigo.

—Preguntaba si vive por aquí cerca —vuelve a intentarlo.

—Sí, sí, vivo por aquí. Al menos, por un tiempo. —Me siento sobre una gran roca que sobresale del suelo—. Estoy en Ruddel por trabajo.

—¡Ah! —Se frota la barba con la mano libre—. Qué emocionante. ¿Trabaja en el pueblo?

Sacudo la cabeza y señalo hacia la villa de los Mayer, que se ve a lo lejos, por detrás de nosotros.

—Ahí arriba.

El hombre sigue mi mirada y veo que se pone rígido, igual que Wyatt el día que su padre entró durante el desayuno.

—¿Trabaja para la familia Mayer? —Su tono ya no es amistoso ni agradable.

—Sí. Estoy aquí como asistente y niñera. Hago las dos cosas. —Hago una pausa—. ¿Usted vive por aquí?

—Ah, ya veo. —Se da la vuelta y tira de su caña de pescar. Su respuesta es cortante y directa—. Encantado de conocerla.

Me pongo en pie, extrañada por el repentino cambio en su comportamiento.

—Perdone..., eh..., ¿pasa algo?

—Tengo que seguir pescando. Que tenga un buen día. —Después dice algo más en alemán que no entiendo. Su rostro ha adoptado

una expresión diferente, dura e ilegible, como si hubiera caído el telón al final de una representación.

Frunzo el ceño, sin entender qué está pasando aquí.

—Tengo tiempo para charlar. La familia todavía está durmiendo y...

—Lo siento, señorita. Necesito silencio para pescar. —Ni siquiera me mira.

Entiendo el mensaje. Algo que he dicho o hecho le ha sentado mal y ha interrumpido nuestra breve conversación. Básicamente, me está echando.

—Por supuesto —respondo, intentando disimular mi decepción—. Siento haberle molestado.

Me dirijo a mi lugar habitual junto al río con la intención de quedarme allí un rato, pero, después de un par de minutos, cambio de opinión. De camino a la casa, repito la conversación en mi mente, preguntándome por qué ha terminado tan de golpe. Al acercarme a la villa, levanto la vista y veo a Robin en la ventana de su habitación, mirando hacia fuera como ha hecho los dos últimos días. Un escalofrío me recorre. ¿Qué está haciendo? ¿Me está vigilando? Pero ¿por qué?

6

CHRISTA

Abro la puerta principal y encuentro a Robin cerca de la escalera, y eso ya es inusual, pues rara vez baja antes del mediodía, a menos que tenga que ir a algún sitio. Como ella me pidió, suelo llevarle la comida todos los días a su dormitorio, que es lo bastante grande como para tener una zona que hace las veces de sala de estar. Pero es demasiado pronto para desayunar.

—Buenos días. —Consigo esbozar una sonrisa, a pesar de la sensación de malestar que se extiende por mi estómago—. ¿Hoy quieres desayunar temprano?

—¿Con quién hablabas en el río? —cambia de tema sin responder a mi pregunta.

—Me he topado con un lugareño..., un pescador. Estábamos los dos solos en el río, así que me he acercado a saludar. Ha sido agradable hablar con alguien de fuera de la casa.

Mi débil intento de broma para animar el ambiente pasa desapercibido para Robin. No se ríe. En lugar de eso, se pasa los dedos por el pelo desordenado y se cruza de brazos.

—¿Qué te ha dicho? ¿Algo interesante?

Percibo la tensión en su voz.

—No demasiado —respondo con sinceridad, extrañada por su reacción—. No hemos hablado mucho rato.

—¿Qué quieres decir?

Quiero preguntarle por qué me interroga, pero me callo y me limito a decir:

—Nos hemos saludado, pero, antes de que pudiéramos llevar la conversación más lejos, se acabó. Ha sido muy raro.

—Ya veo —responde Robin antes de entrar en la cocina.

La sigo, cada vez más incómoda.

—Robin, ¿va todo bien? —le pregunto cuando se sitúa junto a la ventana, de espaldas a mí.

Se da la vuelta y toma asiento en la isla, con las manos

jugueteando con el tablero. Aunque tiene medios para mantener una manicura cuidada y perfecta, sus uñas están mordidas hasta la médula.

—Christa. —Exhala un suspiro—. Deberías saber que la gente de por aquí es... rara.

—¿En qué sentido? —Acerco una silla a la isla y me siento—. El hombre parecía agradable al principio.

Se encoge de hombros.

—Hay gente extraña por aquí, eso es todo. Si yo fuera tú, mantendría las distancias. Por eso me quedo en casa y casi no invito a nadie.

—Pero ¿no os sentís solos? —Enseguida me arrepiento de mis palabras, y me horrorizo interiormente.

—No —responde demasiado deprisa—. Hemos venido en busca de paz y tranquilidad, para alejarnos de todo el ajetreo. Aún nos tenemos los unos a los otros para conversar, así que no es que estemos completamente aislados.

Sus palabras llegan a mis oídos y comprendo su significado, pero se equivoca. Nunca he conocido a personas más solitarias. Ni siquiera pasan tiempo juntos.

—Me gustaría conocer a los lugareños. Me parece emocionante ver sitios nuevos y conocer gente nueva.

—No es una buena idea. —Su tono se endurece mientras se lleva la mano a la boca. Está a punto de morderse una uña, pero se detiene—. No te puedes fiar de nadie aquí. Los cotilleos corren como la pólvora y, antes de que te des cuenta, te has convertido en la comidilla.

—Supongo que eso ocurre en todos los pueblos pequeños, ¿no? —digo. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Habrán tenido un desacuerdo con alguien y desde entonces no quieren hablar con los lugareños? Pero ¿qué tiene eso que ver conmigo?—. Entonces, ¿estás diciendo que no debería hablar con nadie en absoluto?

¿Cómo puede parecerle una situación realista? A menos que me quede encerrada en la villa, me cruzaré con alguien, y no pienso ignorarlo.

—Yo no lo aconsejaría. Sé que parece una tontería, pero no puedo

evitar desconfiar de las personas de este pueblo. Seguro que no tienen mala intención, pero prefiero quedarme aquí, en nuestro pequeño mundo. Espero que te sientas cómoda en esta casa y que tengas todo lo que necesites.

—Sí, sí, por supuesto —miento. Sus palabras están empezando a afectarme. ¿Insinúa que yo podría difundir rumores e ir por la ciudad cotorreando sobre los asuntos privados de la familia? Está claro que no confía en mí, y me ofende su falta de fe. Pero es mejor no montar un numerito, así que me guardo mis pensamientos.

—Genial. —Satisfecha con mi respuesta, Robin se levanta y se dirige a la puerta contoneando las caderas. En el umbral, se vuelve de nuevo hacia mí—. Christa, has estado haciendo un muy buen trabajo aquí y me encantaría que continuaras. En lugar de pensar en los de fuera, hay mucho que hacer en esta gran casa, ¿no estás de acuerdo? —Se lleva un dedo a los labios, pensativa—. Me encantaría desayunar una tortilla con tostadas y algo de fruta. ¿Puedes encargarte de eso?

—Por supuesto —digo en voz baja, sintiéndome aún insultada por lo que acaba de decirme.

—Excelente. Pero súbelo en una hora. Todavía es demasiado temprano para comer algo.

Sale de la cocina. Conforme se aleja, solo puedo especular sobre lo que la hizo desconfiar tanto de los lugareños. También me deja perpleja por qué cree que charlar con la gente del pueblo puede influir en mi trabajo. Soy perfectamente consciente de mis responsabilidades y de ninguna manera pondría en peligro mi puesto, no después de todo el esfuerzo que hice para conseguirlo. Y no con todo lo que tengo en juego.

Al principio, pienso que sus palabras son una advertencia velada de que, si soy demasiado charlatana, perderé mi trabajo. Pero seguro que no es eso lo que ha querido decir. Solo pensarlo me deja un regusto amargo en la boca. Algo en su forma de hablarme ha despertado algo en mi interior, una sensación de incomodidad. No han sido solo sus palabras, sino también su expresión y su lenguaje corporal. Hasta ahora, ha sido amable y casi siempre tranquila, pero

hoy he visto una faceta diferente de ella que me ha hecho acordarme de la nota que encontré en mi mochila.

Empiezo a cuestionarme si debería estar en guardia. Es ilógico porque, aunque percibo algo raro en ella y en Paul, parecen personas normales. Estoy inquieta, dividida entre prestar atención a las sutiles advertencias o tener fe en mis aparentemente inofensivos jefes. ¿Cómo puedo confiar en esta sensación que tengo cuando no tiene ninguna lógica?

Mi mente me juega malas pasadas y me vuelve loca. La nota tiene que haber sido un error. Seguro que no era para mí. Robin y Paul son personas reservadas, que disfrutan de la paz de su remota villa en las montañas, sin más. Eso no es delito.

7

CHRISTA

Decido pasar el día limpiando la villa de arriba abajo. Es la única forma que tengo de distraerme de los pensamientos oscuros y de la miríada de emociones y preguntas que nublan mi mente.

Pero, antes de ponerme a trabajar, me reúno con Wyatt para desayunar, lo que siempre es una alegría. Mientras que a algunos niños les encanta la variedad en sus comidas, Wyatt desayuna lo mismo todos los días: una tortilla y una tostada, que se toma con un vaso de zumo de naranja natural. Tiene una forma específica de comerse la tortilla, asegurándose de cortarla toda en trozos pequeños y uniformes antes de dar un solo bocado. He intentado ofrecerle algo diferente para desayunar, pero siempre lo rechaza.

Es un chico extraño en muchos sentidos, pero siempre me hace ilusión el tiempo que pasamos juntos cuando no están ni Paul ni Robin, que es a menudo. A veces parece como si viviéramos los dos solos en la casa, incluso con Robin arriba en su dormitorio.

En cuanto terminamos de desayunar, me dirijo al lavadero y lleno la lavadora de sábanas y toallas. Empiezo mi sesión de limpieza quitando el polvo de los zócalos y las lámparas de todas las habitaciones en uso; paso la aspiradora por las alfombras y limpio las puertas de los armarios, los interruptores de la luz y las aspas de los ventiladores; luego friego el suelo, lavo las alfombras y abrillanto los espejos. Froto hasta que me palpan los dedos, pero eso no ayuda a calmar mis pensamientos. Las palabras de la estúpida nota siguen en segundo plano, en el fondo de mi mente, como una molesta canción repetida, y no puedo evitar una sensación de temor, ansiedad y sospecha de que me estoy perdiendo algo enorme. Sobre todo me preocupa Wyatt. Sus padres son negligentes con él, como poco.

Estoy junto a la repisa de la chimenea de la biblioteca, pasando un trapo sobre los marcos de latón, cuando me doy cuenta de que ninguna de las fotos es de Paul y su familia. Mirándome desde cada

retrato, hay otra mujer con los mismos ojos gris oscuro que él y la nariz un poco respingona. En algunas de las fotos está con un bebé que podría ser Paul, pero no estoy segura. En muchas de ellas aparece fotografiada con un adolescente, que se parece a Paul, pero no puede ser él porque, en lugar de pelo rubio, el suyo es negro azabache, y tiene una marca de nacimiento en la barbilla. Al mirar más de cerca, me doy cuenta de que el mismo chico está junto a la mujer en todas las fotos. Me doy cuenta de que fueron tomadas a lo largo de muchos años, ya que en el último fotograma parece tener unos veinte años.

Robin mencionó que Paul tenía un hermano mayor que murió a los veinte años. Se me ocurre que, si el chico es el hermano, entonces la mujer debe ser la madre de Paul. Pero ¿por qué no hay fotos de Paul, Robin o Wyatt?

La pared que hay detrás del sofá de cuero, que está junto a la ventana, también está cubierta de retratos familiares, pero en ninguno aparecen ellos tres. Está claro que el hermano de Paul era el favorito de su madre. Supongo que tampoco aceptó nunca a la mujer y al hijo de Paul. Y, sin embargo, Paul es el que tiene que cuidar de un progenitor que no se preocupa por él. Me siento especialmente triste por Wyatt: debe doler tener una abuela que nunca piensa en él.

Ignorando sus problemas familiares, vuelvo a la limpieza y solo paro a mediodía. Mientras subo las escaleras para ver cómo está Wyatt, veo a Paul en el pasillo. Como apenas nos vemos, nunca sé qué decirle.

Me ve y se acerca, vestido con pantalón caqui, camisa *beige* y mocasines blancos.

—Quería preguntarte cómo van las sesiones de terapia con Wyatt. —Su rostro es ilegible mientras espera a que responda—. Han pasado unos días y no he notado ninguna mejora en su comportamiento. Sigue sin hablarnos apenas.

Dudo. Quiero decirle que Wyatt es un adolescente normal y que nunca he tenido problemas para comunicarme con él, pero ¿se sentiría insultado por eso? Decido ir a lo seguro.

—Estamos en ello —respondo, y contengo la respiración.

Echa un vistazo a su reloj de pulsera y luego vuelve a mirarme con el ceño fruncido.

—¿Tienes alguna idea de qué está causando que se recluya?

Sacudo la cabeza.

—Creo que es una fase típica de la adolescencia.

Entrecierra los ojos mientras considera mis palabras.

—O sea, desde la perspectiva de alguien que ha estudiado psicología infantil, ¿crees que esto es solo temporal..., una fase pasajera? —Parece poco convencido—. ¿Aunque lleve años así?

Su pregunta me revuelve el estómago.

—Esa es mi opinión al respecto, sí. Creo que es parte de la adolescencia y estoy segura de que al final saldrá de ello.

Paul asiente una vez, como si lo estuviera procesando, y luego se marcha sin decir nada más. Menos de un minuto después, anuncia que va a visitar a su madre y sale por la puerta principal.

Es extraño que Robin nunca lo acompañe al hospital. Paul se ha llevado a Wyatt dos veces esta semana, pero Robin no ha salido de la casa desde que llegué.

Después de tomarme un respiro, me dirijo a la habitación de Wyatt y llamo a la puerta.

—¿Estás bien? —le pregunto al chico cuando me dice que entre—. ¿Necesitas algo?

Sacude la cabeza y vuelve a centrarse en el juego de su PlayStation, con los rizos balanceándose sobre su frente. Me preocupa que juegue tanto a juegos tan violentos. Cuando se lo comenté a Robin, parecía preocupada, pero enseguida se lo quitó de la cabeza y cambió de tema. Odio pensar que Wyatt encuentre consuelo en la violencia. No puedo evitar preguntarme qué estará pensando y sintiendo. No importa cuánto tiempo pase con él, sigue teniendo ese aire solitario.

Con el corazón encogido por él, cierro la puerta, me dirijo a su cama y me siento en el borde, a su lado.

—Voy a empezar a preparar la comida. ¿Tienes alguna idea de qué podemos hacer juntos después de comer?

Por un segundo, levanta la vista y sus ojos castaños brillan.

—Hay un establo en el pueblo. ¿Podemos ir a ver los caballos?

—¿Sabes montar? —pregunto.

Sacude la cabeza y suspira.

—Mi madre prometió apuntarme a clases, pero nunca lo hizo.

—Tal vez deberías pedirselo de nuevo..., recordárselo.

—Es una pérdida de tiempo. Ya se lo he pedido y siempre encuentra alguna excusa para evitarlo. Ni siquiera me deja ir a verlos.

Al notar su decepción, siento el impulso de ayudar.

—Déjame preguntarle —le ofrezco—. No debe haberse dado cuenta de lo mucho que te apetece.

—No te molestes. —Se encoge de hombros y sus ojos vuelven al juego.

Obviamente no cree que pueda conseguir nada de Robin. Yo también tengo dudas, sobre todo después de que ella dejara claro que no quiere que Wyatt salga de la casa. Es una pena, porque la terapia con caballos es uno de los mejores tratamientos para niños y adolescentes con problemas de ansiedad, ya que los ayuda a sentirse más seguros y conectados. Me quedo a su lado, queriendo proteger a este niño de cualquier tipo de dolor, de cualquier tipo de rechazo.

—¿Se lo has preguntado a tu padre?

Se burla.

—¿E interrumpir su precioso trabajo? Además, no es como si le importara lo que hago o lo que quiero. Ya no.

—Estoy segura de que eso no es cierto, Wyatt. Solo está muy ocupado.

—Sí que es cierto. —Vuelve a levantar la vista—. Cuando era pequeño, todo era diferente. Él era diferente. Me llevaba a todas partes, incluso a la pista de patinaje sobre hielo. Ahora es igual que ella. No se preocupa por mí.

—Cielo, seguro que tu madre te quiere mucho. —Le aprieto la mano, y es casi como si el dolor del niño saliera de él y se transfiriera a mí.

—No, no me quiere —se mofa—. Ella no hace nada por mí, no después de lo que pasó... —Se detiene antes de decir nada más.

—¿Después de lo que pasó, Wyatt? —Le pongo una mano

tranquilizadora en el hombro—. Puedes hablar conmigo. Puedes confiar en mí.

8

CHRISTA

—Olvidalo —dice Wyatt—. No es importante. —Cruza los brazos sobre el pecho y luego los deja caer de nuevo, tal vez pensando que está siendo grosero—. ¿Te gusta trabajar aquí? —pregunta de repente, cambiando de tema.

—Sí —tartamudeo, sorprendida por su pregunta. Quiero presionarle para que me cuente lo que se está callando, pero es obvio que está disgustado y me da mucha pena. Cuando está triste, sus ojos adoptan una mirada inexpresiva, como si tras ellos no quedara más que un frío vacío, así que decido tomar su ejemplo y seguir adelante—. Me encanta pasar el rato contigo —le digo.

—Sí, es genial que estés aquí —dice—. Tener a alguien con quien hablar.

—Me alegro de que pienses así. —No puedo evitar la sonrisa que se me dibuja en los labios y le rodeo el hombro con un brazo, dándole un apretón. Él no se aparta, pero yo sí, porque no quiero abusar de nuestra confianza.

—Mira, voy a preparar la comida y luego hablo con tu madre para que vengas conmigo al pueblo. Podría decirle simplemente que vamos a dar un paseo. —Le guiño un ojo y me pongo en pie.

Tras salir de la habitación de Wyatt, me dirijo al dormitorio principal y llamo a la puerta. Oigo un débil «Adelante» y entro.

Hace una hora que Robin me pidió que limpiara la habitación y, al terminar, todo estaba perfecto: la cama hecha, el suelo de madera reluciente y todo el polvo limpio. Ahora, el lugar vuelve a ser un desastre. Me sorprende lo desordenada que una sola persona puede dejar una habitación en tan poco tiempo. Las sábanas están revueltas alrededor de Robin y hay periódicos y pañuelos de papel arrugados por el suelo y la cama; también hay un total de cuatro vasos en las mesillas de noche, ya que ella no es partidaria de usar un vaso dos veces.

Sin preguntarle, y echando humo por dentro, empiezo a recoger

cosas del suelo, incluido un sujetador. Me cuesta ocultarle mi enfado.

—¿Necesitas algo? —pregunta.

Recuerdo por qué estoy aquí. Sujeto un trozo de periódico con la mano y fuerzo una sonrisa.

—Sí. Es que... Sé que me has dicho que es mejor evitar el pueblo y a la gente de allí, pero creo que estaría muy bien que Wyatt y yo tuviéramos nuestra próxima sesión de terapia en el pueblo.

Podríamos hablar mientras paseamos por las tiendas y los lugares turísticos.

—No —dice rápido y firme—. Te he dicho que no quiero... —Hace una pausa—. No queremos que vaya al pueblo.

—Lo siento, pero no entiendo por qué no. Eso podría ayudarlo a animarse.

—Wyatt es *mi* hijo y sé lo que es mejor para él. Ya debería estar claro que quiero que se quede en la casa y en estos terrenos. Si sale, debe ser con nosotros, sus padres. Creo que las sesiones de terapia son una pérdida de tiempo; si no quiere hablar, no hay que obligarlo.

Aprieto la mandíbula y reprimo un suspiro, sintiendo que se me calienta la cara de rabia. Quiero gritar, dejar salir la tensión que hierve bajo mi piel. ¿Por qué quieren que un adolescente se quede encerrado en esta jaula dorada? Empieza a parecer una prisión. Incluso para mí.

Pero la severidad de su mirada me advierte de que no debo tentar a la suerte.

—Sí, señora —digo, y me dispongo a marcharme.

De repente, me llama y me quedo inmóvil, antes de darme la vuelta lentamente.

—Paul no necesitará su despacho hoy. Siéntete libre de usarlo para tu sesión de terapia.

Asiento con la cabeza y salgo de la habitación, con los dedos crispados por las ganas de cerrar la puerta de un portazo, pero consigo cerrarla con suavidad. Ojalá pudiera volver y decirle lo que pienso, pero no puedo. No tengo más remedio que respetar las reglas de esta casa.

En lugar de ir al pueblo después de comer, Wyatt y yo nos

instalamos en el despacho de la casa, que tiene sofás de cuero, paneles de madera oscura y estanterías llenas hasta los topes de cientos de libros, todo ello bajo una espectacular lámpara de araña de cristal. Un escritorio antiguo ocupa el centro de la habitación, y una pared acristalada deja entrar la luz natural del jardín exterior. A pesar de todo, el ambiente sigue estando cargado y sintiéndose opresivo.

Wyatt y yo nos sentamos en una de las mullidas alfombras con una mesita de cristal entre los dos y nos disponemos a jugar una partida al Monopoly. No pienso hacerlo sentir como si estuviera en una sesión de terapia. Ni siquiera le he contado que su padre me ha pedido que lo haga comunicarse.

Jugamos en silencio. Wyatt está concentrado en sus propiedades, pero suelta bromas y comentarios casuales que me hacen reír. Sus interacciones conmigo son espontáneas y fáciles, un lado de él que sus padres obviamente no ven a menudo.

—Bueno —digo, contando mi dinero—, descríbeme tu día perfecto.

Me mira con el ceño fruncido durante un segundo, pero luego empieza a hablar.

—Sería con mis amigos. Solo nosotros, sin padres. Iríamos de acampada y quizá a pasear en kayak por los lagos —dice con un asentimiento—. Por supuesto, haríamos muchas actividades al aire libre durante todo el día. Luego, por la noche, nos relajáramos junto a una hoguera y contaríamos historias de fantasmas.

Está a punto de decir algo más, pero la puerta se abre y aparece Robin en el umbral, todavía en pijama a pesar de ser última hora de la tarde. En un instante noto cómo los hombros del chico se hunden y sus ojos adoptan una mirada salvaje y distante que no estaba allí hace unos segundos. En el momento en que Robin entra, dando un paso y luego otro dentro de la habitación, casi puedo verlo encogerse sobre sí mismo. No suelen estar en la misma habitación, y hay tanta tensión que es casi demasiado asfixiante de soportar.

—¿Qué hacéis? —pregunta Robin con sus ojos clavados en los míos.

—Estamos jugando al Monopoly y hablando —respondo.

Wyatt mira fijamente el suelo.

—Hablando, ¿eh? ¿Sobre qué? —Los ojos de Robin no se apartan de los míos.

Me encojo de hombros.

—De nada, solo de cosas normales.

—Suenas divertido. Sentíos libres de continuar. —No dice nada más, pero se acomoda en uno de los sillones y nos observa.

Intento retomar la conversación con Wyatt, cambiando la charla a temas más mundanos, pero no responde. Noto que su humor ha cambiado por completo. El chico alegre y despreocupado ha desaparecido, sustituido por un introvertido huraño que llena la habitación de un silencio opresivo. Sus ojos no dejan de desviarse del tablero del Monopoly hacia Robin y veo que le tiemblan ligeramente las manos.

«¿Tiene miedo de Robin? —me pregunto—. ¿Debería tenerlo yo también?». Pienso en la nota: «Ten cuidado».

9

CHRISTA

A la tarde siguiente, estoy dentro de la despensa buscando azúcar para hacer un *crumble* de manzana porque Wyatt me lo ha suplicado. Hice uno al segundo día de llegar a Ruddel y está obsesionado con él. Pero, por lo que parece, no nos queda azúcar, así que subo corriendo las escaleras para hablar con Robin.

En cuanto entro, desliza lo que parece una foto de una ecografía bajo un libro de la mesita, una foto del bebé que nunca llegó a tener en brazos.

Me duele el corazón por ella y miro rápidamente hacia otro lado por respeto. Como mujer, siento su dolor en lo más profundo de mi ser. Perder un hijo es algo por lo que ninguna mujer debería pasar. Es una pena que nunca se va, solo se alivia con el tiempo, o no se alivia en absoluto.

Incapaz de contenerme, y viendo la oportunidad de establecer una conexión y generar confianza, me acerco a ella y la abrazo ligeramente, haciéndole saber que estoy aquí para ella y que no tiene por qué sentirse sola en su dolor. Si yo estuviera en su lugar, eso es lo que querría. No sé qué decir, pero a veces las acciones hablan más que las palabras.

La suelto y susurro:

—Lo siento. —Se me llenan los ojos de lágrimas y parpadeo—. Puedo volver más tarde. —Quiero devolverle ese tiempo para que pueda estar a solas con los recuerdos de su bebé perdido.

—No —dice ella con la voz quebrada por la emoción. Parece un poco avergonzada—. ¿Qué puedo hacer por ti? —Su voz es muy diferente de la del día anterior; ha vuelto el tono cálido y amable. Tal vez sea por el abrazo que acabamos de compartir—. ¿Va todo bien? —pregunta con una pequeña sonrisa que se dibuja en la comisura de sus labios.

Aunque sigue en pijama, esta vez no está en la cama, sino sentada

en un sofá blanco junto a la ventana, acunando un cojín de rayas blancas y *beige*.

—Sí. —Me obligo a sonreír—. Todo va bien. Solo tengo que ir al pueblo a por azúcar y algunas manzanas más. Se nos han acabado y quiero hacer *crumble* de manzana para el postre de esta noche.

Su rostro se endurece de nuevo, la transformación es tan rápida que es como si se hubiera accionado un interruptor. Sus ojos son ahora dos pozos profundos y oscuros.

—¿Tienes que hacerlo hoy?

Asiento.

—A Wyatt le apetece muchísimo. Le gustó el que hice el otro día. Se levanta del sofá y abre un poco más las cortinas.

—Si te esperas, Paul podría traerte los ingredientes. Llegará mañana antes de comer. Haz una lista de todo lo demás que puedas necesitar.

Paul se fue anoche de viaje de negocios, pero no tengo intención de esperar a que vuelva. Robin no se ofrece a traer el azúcar ella misma. Está haciendo todo lo posible para evitar mezclarse con la gente. Lo que sea que le esté pasando es más profundo de lo que yo pueda imaginar.

—Prefiero hacer el *crumble* hoy. Wyatt está muy entusiasmado con la idea.

Vuelve a sentarse y cruza las piernas con los ojos fijos en la ventana.

—Pero ¿cómo vas a llegar al pueblo? Paul se llevó el coche.

Hay otro coche en la propiedad, así como varias bicicletas en el cobertizo, pero no lo menciono porque ella ya lo sabe.

—No me importa caminar. No debería llevarme más de treinta minutos. He hecho caminatas más largas antes, y hace un buen día.

No puede impedirme que salga. Necesito aclarar mis ideas. Y el que se empeñe tanto en que no hable con los lugareños me da aún más ganas de hacerlo. De hecho, eso es exactamente lo que pienso hacer. No necesito su permiso para salir de la casa, y si tengo que comprar la comida yo misma, lo haré. Cualquier cosa para hacer feliz a Wyatt.

Robin intenta por todos los medios que no vaya, incluso

recordándome las tareas que hay que hacer en la casa, pero yo le digo que ya está todo hecho. He limpiado, cocinado, lavado más ropa y terminado todo lo que había que hacer.

Al final, cede y dice:

—Vale. Ve a comprar lo que necesites. Pero vuelve pronto.

—¿Crees que podría usar una de las bicicletas del cobertizo? —No pasa nada por preguntar. Lo peor que puede decir es que no.

—Es cierto, me había olvidado de ellas. Hmm... claro.

Antes de marcharme, le digo a Wyatt que voy a salir un rato. La decepción en su cara por no poder venir conmigo es desgarradora. Le aseguro que volveré antes de que se dé cuenta con todos los ingredientes para el *crumble*. Eso le hace sonreír, lo que me alivia.

Me inclino hacia él y le susurro:

—No te preocupes, saldremos juntos uno de estos días. Solo tengo que convencer a tus padres.

—Guay —murmura.

Me parece bastante raro que un chico de quince años ni siquiera intente escabullirse de casa. No es como si las puertas estuvieran cerradas. Pero supongo que es una de esas cosas que hacen a Wyatt extrañamente único. O puede que no tenga amigos en el pueblo y no se moleste en salir solo.

Voy por el pasillo de arriba para coger el bolso cuando paso por delante de la habitación de Paul y Robin y oigo un llanto al otro lado de la puerta. Me detengo un momento, preguntándome si debo entrar, si debo ofrecerle consuelo a Robin. Está dolida y, por un lado, entiendo que su comportamiento es la única forma que conoce de mantener el control cuando todo se desmorona. Pero, por otro lado, siento el dolor de Wyatt; él también está sufriendo y necesita que alguien esté de su lado.

En mi habitación, de repente me siento sola y desesperada por una conexión con el exterior. Cierro la puerta, cojo el teléfono y llamo a Emily, mi mejor amiga y excompañera de piso. Es terapeuta y podría ayudarme a superar esta situación. A veces hace falta alguien de fuera para poner las cosas en perspectiva, y tener un buen oyente con quien hablar puede ayudar mucho a procesar las emociones.

Emily y yo crecimos en pueblos vecinos en Kentucky y nos

conocemos prácticamente de toda la vida. Incluso cuando dejamos nuestra ciudad natal, nos mantuvimos unidas y siempre ha sido como una hermana para mí, la única persona que me entiende mejor que nadie en el mundo.

Sin embargo, a diferencia de mí, se ha labrado una bonita vida. Se licenció en Psicología, encontró el amor, se casó, tuvo una hija y ahora trabaja como terapeuta para mujeres que han sufrido malos tratos. A lo largo de mi vida, siempre me ha impulsado a ser más de lo que creía que era capaz, aunque a menudo me sentía estancada. Comprendía mis luchas incluso cuando nadie más lo hacía, probablemente porque era consciente de las cicatrices que arrastraba de mi infancia.

Cuando descuelga, su voz está aturdida por el sueño —es de madrugada en Nueva York—, pero parece emocionada por saber de mí.

—Hola, forastera —dice bostezando—. Sabía que no podías decirme que habías llegado bien sin contarme todo lo que está pasando en el país de *Sonrisas y lágrimas*.

Suelto una risita al pensarlo.

—La verdad es que no es tan emocionante como podrías suponer. Eh..., esta familia es rara.

—¿Cómo es eso?

Inspiro hondo. Ya le hablé a Emily sobre el trabajo y la familia antes de irme, y sabe lo mismo que yo sabía en ese momento, así que me lanzo directamente a lo que he descubierto desde entonces.

—Para empezar, Robin, la madre, no deja que Wyatt salga de la casa. Tiene quince años y ni siquiera puedo llevarlo a hacer recados o a dar un paseo por el pueblo. Ahí es donde están las tiendas.

—Qué raro. ¿Alguna idea de por qué?

—Ninguna. También actuó de forma extraña cuando le dije que había hablado con uno de los lugareños. El otro día salí a pasear y me encontré con un pescador. Después se lo conté y me advirtió que me mantuviera alejada de la gente del pueblo. Al parecer, son todos unos cotillas.

—¿Y si hay algún chisme en particular que esté tratando de evitar? Me detengo un momento, reflexionando sobre ello.

—Tu suposición es tan buena como la mía. Supongo que estoy a punto de averiguarlo.

—¿Cómo vas a hacerlo si no te dejan salir de la casa?

—*Tengo* permiso para salir de la casa, tonta. Soy mayor de edad. Pero Wyatt es el que no puede salir de los terrenos.

—Eso es totalmente dañino para un adolescente.

—Lo sé, pero estoy trabajando en ello. Está muy triste la mayor parte del tiempo y parece... A veces creo que les tiene miedo.

—¿A sus padres? ¿Lo has hablado con Robin? Podría ser útil hablar con ella y hacerse una idea de la raíz del problema. Podría ser un simple malentendido o algo más complicado.

—Quiero hacerlo, pero está pasando por muchas cosas y no quiero ser pesada. Creo que con el tiempo lo entenderá. Intento ser paciente. Aún estoy construyendo nuestra relación, así que no quiero presionar demasiado. No quisiera disgustarla aún más.

—Entiendo lo que quieres decir —dice Emily—. Podría ser que, desde que perdió el bebé, se haya vuelto más protectora y no quiera que Wyatt salga de casa por miedo a que le pase algo. Si ese es el caso, entonces es probable que haga falta más tiempo y paciencia para conseguir que se abra y hable de ello. O podría ser algo totalmente distinto. Es imposible saberlo sin hablar con ella y llegar al fondo del asunto.

—Podrías tener razón en que es protectora. —Definitivamente ha sido una buena idea llamar a Emily—. Me alegro de estar aquí para cuidarlo, pero he notado algo más. A pesar de que es diferente conmigo, feliz incluso, es muy retraído cuando está con ellos, un niño diferente por completo.

—¿Has notado algún signo de que le hayan hecho algún daño?

—Aparte de mantenerlo aquí prisionero, no he visto ningún signo que apunte a que le hayan hecho daño físico. Pero lo que están haciendo podría considerarse maltrato psicológico, ¿no crees?

—Definitivamente. El aislamiento y el control pueden ser tan perjudiciales como el maltrato físico, a veces incluso más. —Emily suelta un hondo suspiro y prosigue—: Si eres capaz de entablar una buena relación con Wyatt, es posible que consigas que te cuente lo que está pasando. Fomenta el diálogo abierto entre los dos.

Refuézale positivamente cuando hable contigo y procura que las conversaciones sean ligeras y alentadoras. Con el tiempo, puede que se abra. —Hace una pausa—. Si encuentras más pruebas de que le están haciendo daño al niño, tienes que hacer algo al respecto. Puede que necesites contactar con las autoridades, Christa. No intentes manejarlo por tu cuenta.

10

CHRISTA

A las tres de la tarde, el pueblo está lleno de movimiento. Los timbres de las bicicletas tintinean conforme los ciclistas se abren paso entre la multitud, algunos con bolsas de la compra, otros sentados en cafeterías al aire libre, disfrutando de una conversación y de una taza caliente de café o té, mientras el olor a bollería recién horneada que sale de la panadería cercana tienta a los que están en las aceras. Los turistas pasean cámara en mano, admirando los coloridos edificios de la pequeña ciudad y su exuberante entorno verde. En el centro del pueblo, el mercado agrícola bulle de energía.

Tras dejar la bicicleta en un aparcamiento cercano, me dirijo al mercado, maravillada por los vibrantes puestos repletos de joyería, cerámica y textiles hechos a mano por artesanos locales. Me cruzo con un grupo de niños de unos seis o siete años que corretean por la plaza del mercado, riendo a carcajadas mientras juegan a pillar bajo el sol. Me paro a mirar, imaginándome que Wyatt era uno de ellos cuando era más pequeño.

Al doblar una esquina, los tenderos y vendedores llaman mi atención en voz alta ofreciéndome sus mercancías, pero las rechazo con un gesto y una sonrisa. Tras mi breve paseo, vuelvo a coger la bicicleta para dirigirme a la tienda de comestibles.

Como solo he visto dos, me decido por la más grande, situada entre un banco y una tienda de muebles. El edificio es una estructura de hormigón y madera, y en las ventanas se exhiben sacos de patatas recién cosechadas, abundantes manzanas y otros productos frescos. Aunque parece un poco decadente, sigue siendo elegante a su manera.

Lo primero que huelo al entrar es una mezcla de café recién hecho, pan horneado y una tenue fragancia de hierbas y especias. Los interiores, cálidamente iluminados, están repletos de vecinos bulliciosos, y saludo a algunos de ellos con la esperanza de que

alguno entable conversación conmigo. Por muy amistosos que parezcan, ninguno va más allá de un *Guten tag*.

Aunque solo he venido a por un puñado de alimentos, me quedo un rato más en la tienda, recorriendo los luminosos pasillos, admirando el interior, que presume de suelos de madera, estanterías abiertas y viejos frascos llenos de verduras en conserva. Estar dentro de la tienda de alguna manera me hace sentir conectada con el pueblo y su gente. No puedo sino agradecer la sensación, el sentimiento de pertenencia. Me siento triste por el niño que está en la casa, al que se le niega esto. Necesita otras personas con las que hablar; necesita algo más que lo que hay dentro de las paredes de su casa para explorar.

—Buenas tardes —le digo a una mujer que pasa a mi lado seguida de dos chicas. Solo cuando se vuelve para mirarme me doy cuenta de que he hablado en inglés y no en alemán.

Me mira y sonríe.

—Buenas tardes a ti también —responde en un inglés perfecto, y se detiene con una sonrisa deslumbrante y acogedora. Lleva un peinado rizado afro perfectamente redondeado en la parte superior de la cabeza, y sus ojos parecen brillar de risa y amabilidad, desprende una presencia en la tienda que no pasa desapercibida.

—¿Hablas inglés? —pregunto, más animada. No tendré que rebuscar en mi limitado alemán para encontrar las palabras adecuadas.

—Un poco —dice, y luego pone una mano sobre la cabeza de una de sus niñas. Ambas tienen dos nubes de rizos afro a ambos lados de la cabeza y grandes ojos marrones. Deben ser gemelas porque son idénticas.

—Pareces americana —dice la mujer.

—Lo soy —respondo.

Empezamos a hablar del tiempo, del pueblo e incluso de la comida de la tienda. Al cabo de unos minutos, me dispongo a sacar el tema de por qué he venido a Ruddel, aunque me preocupa un poco que tenga la misma reacción que el pescador del río.

Por desgracia, un hombre en el pasillo llama a la mujer y a las niñas.

—Tengo que irme. Mi marido nos está esperando —dice, y me desea una agradable estancia en Ruddel antes de marcharse; las ruedas de su carrito de la compra chirrían al rodar contra el pulido suelo de madera.

Son casi las cuatro de la tarde cuando encuentro lo que necesito, incluidas más manzanas, con la ayuda del pequeño diccionario que me he traído para traducir las etiquetas de los productos. Aunque al principio Robin no quería que fuera a la tienda, ha añadido algunas cosas más a mi lista. Finalmente, me dirijo a la caja registradora. Mientras la mujer que está detrás del mostrador cobra mis compras, me dice algo en alemán que no entiendo. Parece una pregunta, así que niego con la cabeza. Después escanea todos mis artículos y yo pago. Luego los aparta a un lado y pasa al siguiente cliente.

—¿Me da una bolsa, por favor? —pregunto.

Me lanza una mirada fulminante, se levanta las gafas y dice algo en alemán. Su voz destila enfado.

—Lo siento —digo en inglés—. No hablo alemán.

Uno de los hombres que hacen cola detrás de mí saca una bolsa de un gancho de una de las estanterías y me la entrega. Es muy guapo y alto. Sus ojos azules centellean bajo las luces fluorescentes de la tienda y tiene una sonrisa contagiosa. Pero no puedo dejar de mirarle el pelo, negro como la medianoche, que le cae descuidadamente sobre la frente.

—*Danke* —le digo.

La mujer escanea la bolsa y tiende la mano para que le pague. Supongo que la pregunta que me ha hecho antes, y a la que he respondido con un «no», era si necesitaba una bolsa.

Con las mejillas encendidas por la vergüenza, recojo la compra y salgo de la tienda. Una vez en el exterior, me dirijo hacia mi bicicleta cuando un golpe en el suelo, justo debajo de mi bolsa de la compra, me detiene en seco.

Miro hacia abajo a tiempo de ver la compra desparramada a mis pies y las manzanas verdes rodando en todas direcciones.

Mierda.

Me apresuro a recoger algunas, pero hay un enorme agujero en el fondo de mi bolsa, así que no puedo volver a meterlas.

—¿Necesitas ayuda? —dice una voz de hombre en inglés detrás de mí.

Levanto la vista y veo al cliente que me ha pasado la bolsa en la tienda.

—Sí, estaría bien, muchas gracias —le digo.

Juntos corremos detrás de mi compra, aunque la mayoría de los huevos han quedado insalvables.

—Lo siento. —Recoge el cartón de huevos empapado.

—No, tranquilo. Muchas gracias por tu ayuda. —Observo cómo lo lleva a una papelería cercana y vuelve hacia mí.

Todas mis compras están a nuestros pies, ya que no hay otra bolsa donde meterlas, y no puedo llevarlo todo en brazos.

—Espera aquí —dice levantando la mano, y se marcha a toda prisa.

Menos de un minuto después vuelve con otra bolsa de plástico, que llena con mi compra. No me deja ayudarlo. Mientras lo miro, me fijo en que tiene unas cuantas canas en las sienes que solo parecen visibles a la luz del sol. Debe tener pocos años más que yo, cinco como mucho. Cuando termina de empaquetarme la compra, levanta la vista con una sonrisa que curva un lado de sus labios.

Algo revolotea en mi vientre, pero ignoro la sensación. Sin embargo, esta es mi oportunidad, mi oportunidad de entablar una conversación adecuada con alguien.

—Gracias de nuevo —le digo, aunque no hago ademán de marcharme.

—De nada. —Vuelve a mirar hacia la tienda de comestibles antes de volver su mirada a la mía—. ¿Eres nueva en la ciudad?

—Sí, acabo de empezar a trabajar para una familia de aquí..., la familia Mayer —le digo, encantada de que haya decidido entablar conversación. Observo su rostro en busca de una reacción, la que sea, pero no veo ninguna. ¿O tal vez sí, un breve cambio en sus ojos? Pero no puedo estar segura porque, aunque así hubiera sido, se ha esfumado demasiado rápido como para que me diera cuenta.

—Qué interesante. Pensaba que eras una turista.

—No..., bueno, podría ser. Solo me quedaré aquí unos tres meses. Soy una especie de *au pair*.

—¿Para qué familia has dicho? —pregunta—. Todo el mundo

conoce a todo el mundo por aquí.

—Los Mayer —digo—. ¿Los conoces?

—¡Ah! —Su nuez de Adán se mueve al tragar saliva—. ¿La familia del vino? Claro que los conozco. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Algo más de una semana.

—Vale, ¿y qué te parece nuestro pueblo hasta ahora?

—Es precioso, pero aún me estoy acostumbrando a todo. No me he movido mucho.

—Te sentirás como en casa. Aquí la gente es muy amable.

—Seguro que sí. —Conforme digo estas palabras, recuerdo al pescador esperando que sea una excepción.

—Bueno, tengo que irme, pero, si necesitas un amigo aquí, alguien que te enseñe el lugar, llámame. —Rebusca en su bolsillo y saca un papel y un bolígrafo. Anota algo en el papel y me lo entrega.

Lo miro y le sonrío.

—Estoy segura de que si necesitaré un amigo por aquí. Muchas gracias.

—No hay problema. Llámame si alguna vez te sientes perdida en esta pequeña ciudad. Me llamo James, por cierto.

—Yo, Christa. —Extiendo la mano para estrechar la suya—. Es agradable conocer a alguien que hable inglés.

Se ríe por lo bajo y me aprieta la mano.

—En realidad, soy medio británico, pero mi padre es de aquí, así que esta es mi ciudad natal, y hace tiempo enseñaba alemán a los turistas. Así ganaba dinero durante las vacaciones de verano.

—Suenan divertido. —Hago una pausa, preguntándome si tal vez debería empezar a tomar clases de alemán en algún momento. Sin duda, me ayudaría a hacer amigos.

Tras un incómodo silencio, le doy las gracias de nuevo y nos despedimos. Pero, cuando me alejo, me llama por mi nombre y me doy la vuelta para mirarlo.

—Sé que acabamos de conocernos —me dice—, pero ¿por casualidad estás libre para tomar un café mañana por la tarde sobre las seis?

Sorprendida por la pregunta, vacilo un momento, y luego asiento con una sonrisa.

11

CHRISTA

Es martes, y han pasado cinco días desde que James y yo quedamos en vernos. Pero eso no ocurrió, y tampoco pudimos reunirnos los días siguientes. Siempre que lo hemos intentado, a Robin se le han ocurrido tareas urgentes de última hora que quería hacer.

Tengo derecho a días libres, pero ella seguía reorganizando mi horario para adaptarlo a sus necesidades. Los dos días que conseguí salir, James estaba fuera de la ciudad, así que no pudimos vernos, lo cual es una pena porque he sido incapaz de quitármelo de la cabeza y tengo muchas ganas de volver a verlo.

Podría, por supuesto, quedar con él por la tarde después del trabajo algunos días entre semana, pero no quiero que nada interfiera en mi tiempo para conectar con Wyatt. Sé cuánto le gusta jugar al ajedrez conmigo después de cenar. Se ha convertido en algo nuestro.

Esta mañana, al subirle el desayuno a Robin, la encuentro dormida, pero, cuando dejo la bandeja del desayuno en la mesita, se despierta y se sienta en la cama.

En lugar de salir inmediatamente de su habitación, le digo:

—Robin, si te parece bien, me gustaría tomarme mañana por la tarde libre en lugar del fin de semana. Tengo que hacer unos recados personales en el pueblo.

Ella no dice nada. Ninguna reacción. Entonces se levanta por fin de la cama, se acerca a coger el vaso de zumo de naranja y se lo lleva a los labios. Se toma su tiempo para beber mientras me mira por encima del borde del vaso.

—No me encuentro bien —dice con voz débil—. Mis dolores de cabeza están empeorando y Paul estará en la oficina esta semana. Preferiría tener a alguien aquí para vigilar a Wyatt. Te agradecería que mantuvieras tu horario habitual y te tomaras el fin de semana libre.

No se me escapa la ironía de sus palabras, teniendo en cuenta que

es ella quien altera mis horarios. Mientras reflexiono sobre lo que acaba de decir, me asalta un pensamiento.

—¿Y si Wyatt viene conmigo? Así puedes descansar y no preocuparte por él. Volveríamos enseguida. —Le dirijo una suave sonrisa, esperando que lo vea como mi forma de preocuparme por ella.

Con un suspiro, coge una uva y se la mete en la boca.

—Christa, sabes lo que pensamos de que Wyatt salga.

—Sí, lo sé. Pero ese chico es muy desgraciado estando aquí todo el día.

—No quiero volver a tener esta discusión. Wyatt está perfectamente. Tiene todo lo que necesita bajo este techo.

Quiero añadir algo, pero temo que esto se convierta en una discusión. Todavía tengo que proteger mi trabajo, así que asiento y me dirijo a la puerta, pero, antes de salir, la miro a los ojos.

—Robin, de ahora en adelante, necesito más fiabilidad con mis horarios para poder gestionar mis propias tareas. —Cierro la puerta con suavidad, dejándola procesar la información.

Desde que llegué a Austria, hago mi trabajo con diligencia, voy más allá de lo que se me pide, soy su enfermera, la niñera de Wyatt y todo lo demás que necesita que sea. No me quejo, porque es una gran alegría cuidar de Wyatt, y pienso estar siempre aquí para él, pero también necesito establecer contactos fuera de esta casa, hacer amigos y encontrar oportunidades para que Wyatt haga lo mismo.

En cuanto la puerta se cierra, algo se estrella contra el suelo. ¿O Robin ha tirado la bandeja contra la pared?

—¿Qué está pasando? —pregunta Wyatt, saliendo de su habitación.

Me encojo de hombros y ambos nos quedamos escuchando cómo se rompen más cosas al otro lado.

—¿Terminamos el rompecabezas que empezamos anoche? —susurro. Necesito alejarlo, evitar que escuche el dolor de su madre, que se traumatice con él.

Asiente. Se entusiasmó cuando le regalé el puzle de mil piezas, que es una imagen de Nueva York de noche con todos los edificios iluminados.

Bajamos juntos las escaleras y, cuando nos sentamos a la mesa del

comedor, me mira y ladea la cabeza.

—¿Está bien mi madre?

—Ella... no se encuentra bien. —Supongo que es la mitad de la verdad. Pero ¿y si eso no es suficiente para él? Recogiendo una pieza del puzle, aprovecho para ser más sincera con él. Tal vez la única manera de superar esto es hacerle entender exactamente por lo que Robin está pasando—. Wyatt, que tu madre perdiera al bebé fue algo muy duro para ella. Puede que ahora no sea capaz de lidiar con sus emociones, pero es importante que recuerdes que necesita tiempo para curarse, y está bien que esté triste por ello.

Coloca una pieza en su lugar y, sin mirarme, dice:

—Nunca tiene mucho que decirme. —Habla como si no le importara, pero percibo un ligero temblor en su voz. Es extraño que diga esas palabras, dado que Robin afirma que es él quien no les habla mucho.

—Lo siento mucho, Wyatt —susurro—. Ahora mismo está deprimida. No tiene nada que ver contigo, ¿vale? —Alargo la mano para tocar su brazo—. A algunas personas les cuesta más superar las cosas que a otras. No significa que te quiera menos o que no se preocupe por ti. Mientras ella se cura, me tienes a mí... y a tu padre.

—¿Mi padre? —Suelta una carcajada amarga—. Nunca lo veo. Siempre está trabajando. Incluso cuando está en casa, no está.

Tiene razón. Paul casi nunca se encuentra en casa, y cuando está, se encierra en su despacho. Puedo contar con las manos las veces que lo he oído hablar con Wyatt.

Lo que sí oigo mucho son las peleas entre él y Robin, que parecen aumentar cada día. Lo hacen a puerta cerrada, pensando que nadie los oirá, pero, aunque a veces no oiga las palabras exactas, sé que son feas. Discuten más de lo que se hablan normalmente.

—Wyatt, ¿eres feliz? —lo presiono en un intento por saber más sobre su situación, sus sentimientos.

—Me alegro de que estés aquí —dice.

Sonrío con el corazón martilleando de felicidad.

—Yo también. Estoy muy contenta de estar aquí contigo. —Contenta de que, con todo lo que ha soportado, Wyatt encuentre consuelo en mi presencia.

Durante los siguientes minutos continuamos nuestro rompecabezas en un silencio agradable. Y entonces, como viene haciendo casi siempre que Wyatt y yo nos sentamos para nuestras «sesiones», Robin aparece en el comedor. Los días y las horas están escritos en un papel que guarda en la mesilla de noche de su dormitorio.

Es obvio que ha estado llorando porque tiene la cara hinchada y roja. Nos mira un momento y luego aparta la mirada, ocupándose de algo en el aparador antes de tomar asiento a la mesa del comedor.

Como de costumbre, nuestra conversación muere y Wyatt se concentra en el rompecabezas, sin siquiera mirar a Robin.

—¿Os lo estáis pasando bien? —pregunta finalmente.

Wyatt hace una pausa, sosteniendo una pieza en el aire, pero sin decir nada.

—Sí —digo, pero hay un tono duro en mi voz, aunque hago lo posible por ocultarlo.

Al cabo de unos minutos, Wyatt y yo cambiamos de tema y hablamos de cosas corrientes, como el tiempo, el colegio y los amigos de Wyatt en casa. Nuestra conversación debe ser tan aburrida que Robin se levanta de nuevo y sale de la habitación. Wyatt se relaja visiblemente, sus hombros caen y la expresión de su rostro se aclara. Puedo decir que de verdad le molesta que ella esté cerca.

—Sé que no me quiere —dice en voz baja, con dolor.

Levanto la cabeza, sus palabras me golpean con fuerza.

—¿Qué te hace pensar eso, Wyatt? Es tu madre.

—Sí —dice—, pero nunca me lo ha dicho.

—Eso es muy triste. Lo siento. —Me duele por él, por todos los momentos de amor que le han negado a lo largo de los años—. Eres un buen chico y ella tiene suerte de tenerte. Seguro que se preocupa por ti.

Se ríe entre dientes.

—Tiene una forma rara de demostrarlo.

—No olvides que ahora está sufriendo.

—Sé que perdió a su bebé. Supongo que no se preocupa por nadie más que se haya quedado atrás. —Sonríe con tristeza y vuelve a su rompecabezas—. De todas formas, me da lo mismo. No me importa.

Solo soy el hijo adoptivo. Supongo que debería estar agradecido por tener un techo.

Sé que Wyatt es adoptado porque Robin me lo contó, pero oírlo de él y ver el dolor del rechazo en sus ojos es difícil de soportar.

—Wyatt..., siento mucho que te separaran de tu familia biológica, pero tus padres no te habrían adoptado si no te quisieran.

No contesta, sino que deja que el silencio llene el aire que nos rodea.

Cuando salimos de la habitación, me pesa el corazón y desearía poder quitarle su dolor.

Después de que desaparezca en su habitación, voy a la mía y veo que tengo una llamada perdida de James, que devuelvo inmediatamente.

—Hola —le digo cuando contesta.

—Hola, turista. —Su voz está impregnada de humor—. ¿Sigue en pie lo de mañana?

—Lo siento, pero tampoco podré ir mañana.

—Ah, vaya. —Puedo oír una pizca de decepción en su voz.

—Tengo que cuidar a Wyatt. Robin... Su madre tiene migrañas.

La verdad es que, después de ver a Wyatt tan alterado, no quiero dejarlo solo.

—¿En serio? Parece que no quiere que salgas.

—No, de verdad que no se encuentra bien. —Hago una pausa—. Pero nos veremos pronto, lo prometo. Me aseguraré de ello.

—Espero que sí. Pero sin presiones. Haz lo que tengas que hacer para mantener contenta a la familia real de Ruddel, pero tienes derecho a salir, Christa. No eres una esclava.

—Sí, sí, lo sé. Es solo que Robin está pasando por mucho, y quiero ayudar tanto como pueda hasta que se recupere. Entonces tendré un poco más de flexibilidad.

—Bueno, espero que nos veamos de nuevo.

—Yo también, James.

12

CHRISTA

Dos días después de hablar con Robin, por fin he quedado con James. Como apenas tiene tiempo durante el día entre semana, he hecho una excepción y he accedido a quedar con él por la noche. Ya planearé algo al día siguiente con Wyatt para nuestra partida de ajedrez.

Para mi sorpresa, durante el desayuno, Robin me dice que coja uno de los coches.

Desde primera hora de la mañana es una persona diferente y mucho más agradable, algo inesperado si tenemos en cuenta que, a última hora de la noche anterior, cuando bajé a por un vaso de agua, la oí discutir con Paul.

No capté todo lo que decían, pero sí sé que, poco después de volver a mi dormitorio, la discusión se intensificó y ella salió de la casa. Observé desde la ventana cómo bajaba por el sendero, supongo que en dirección al río.

Deben haber arreglado las cosas desde entonces porque esta mañana ella y Paul estaban bastante agradables el uno con el otro, incluso con Wyatt, y ambos nos han acompañado durante el desayuno, lo cual ha sido aún más sorprendente.

Mientras me alejo de la casa, con los ojos puestos en la carretera y las montañas a ambos lados, me pregunto a qué vino la discusión de anoche. Tengo la sensación de que discutían sobre mí, sobre si contratarme fue una decisión equivocada.

Paul dijo varias veces: «Admite que hemos cometido un error», pero no pude escuchar la respuesta de Robin. Dado que mi habitación está al final del pasillo, bastante alejada de la suya, si uno de ellos hubiera abierto la puerta, no habría tenido tiempo suficiente para escapar. También podría haber interpretado mal las cosas y no fue más que una discusión normal de pareja.

Cuando llego al pueblo, el sol se está poniendo, la luz se hunde entre los árboles e ilumina el cielo durante unos largos instantes

antes de desaparecer. La mayoría de los vecinos ya se han ido a casa; las personas que hay en la calle son sobre todo turistas.

James sugirió que nos reuniéramos en Messer, un asador. Mientras aparco en un sitio demasiado estrecho, de repente me pongo nerviosa por volver a verlo, a pesar de que hemos hablado mucho en los últimos días, como si fuéramos viejos amigos. Me envuelvo los hombros con mi *pashmina* morada favorita —un regalo de Emily— para protegerme de la brisa nocturna y salgo del coche. De camino al restaurante, me cruzo con un anciano con bastón, que me saluda y murmura un «Hola» entre dientes antes de continuar.

Abro la puerta del restaurante y me sorprende el ambiente retro que se respira en el interior: muebles verdes, fotos *vintage* y *jazz* suave de fondo. También hay velas encendidas por toda la sala, lo que añade un ambiente romántico al lugar. Los olores de la carne, las verduras a la parrilla y las especias se mezclan con el aroma de las velas encendidas. Pido a una camarera que me acompañe a una mesa del fondo y James llega unos quince minutos después.

—Siento mucho llegar tarde —dice—. Me he echado una siesta y no ha sonado el despertador. —Sin perder un segundo, me besa en la mejilla y no me siento incómoda en absoluto.

—¿Te has echado una siesta a última hora de la tarde?

—Claro que sí. Las siestas son sagradas para mí. —Acerca una silla para él—. Créeme, deberías probarlas.

—Vale, prometo intentarlo.

—Genial. No te arrepentirás. —Hace una pausa—. Me alegro de verte de nuevo, Christa. ¿Cómo has estado estos días?

—Ocupada —digo con una risita—. Siento que no hayamos podido vernos antes.

—No pasa nada. Que yo estuviera fuera de la ciudad tampoco ha ayudado mucho, ¿verdad? Soy arquitecto y estoy trabajando en un proyecto en Viena que me obliga a pasar allí bastante tiempo. Supongo que ambos estábamos ocupados.

—Ya puedes asegurarlo —le digo—. Robin, mi jefa, ha estado muy agobiada. En estos momentos está resolviendo algunas cosas y estoy intentando ayudar en todo lo que puedo.

Inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Qué tipo de cosas?

Aunque no pensaba contarle nada personal sobre mis jefes, parece una buena persona, alguien con quien podría entablar amistad.

—Perdió un bebé el año pasado y sigue bastante deprimida.

Asiente y se mete las manos en el pelo.

—¡Vaya! Es mucho con lo que lidiar. Pero debe ser duro para ti también. No puede ser fácil ver a alguien sufriendo tanto, pero debe ser peor si, encima, ella no quiera que salgas y te tomes un descanso. —Hace una pausa—. Si he de decirte la verdad, pensaba que no te dejaría salir nunca. —Le hace una seña a una camarera—. ¿Te apetece algo de comer o solo una copa? —pregunta mientras la camarera se acerca a nuestra mesa con su bloc de notas.

—No me importaría comer algo. No he comido mucho en todo el día.

—Estupendo. Yo tampoco, con eso de haber pasado el día echándome la siesta.

Los dos pedimos filetes con puré de patatas. Para beber, James pide una botella entera de agua, ya que aparentemente no bebe nada más, y yo pido un vaso grande de Almdudler, un popular refresco austriaco con gas. Hablamos un poco de nuestro día y luego decido hacerle unas preguntas antes de que él me las haga a mí.

—Bueno, ¿y qué haces cuando no estás durmiendo la siesta? —le pregunto—. Mencionaste que solías enseñar alemán a los turistas. ¿Todavía te dedicas a eso?

—Solo cuando necesito pasta. —Se ríe a carcajadas—. No, en realidad, estoy demasiado ocupado para eso. Aunque lo disfruté mucho.

—¿Ocupado siendo arquitecto? —Asiento hacia la camarera que ha traído mi bebida y doy un sorbo—. No creo que haya mucho trabajo para ti por aquí. ¿Por eso tienes que viajar tanto?

—En eso tienes razón. Mis clientes están repartidos por todo el país. Antes de conocernos, estuve alejado de Ruddel durante un tiempo; volví hace unas semanas. Pero tengo casa y familia aquí.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué estabas fuera?

Sacude la cabeza y se sirve un vaso de agua con gas.

—Es una larga historia. Quizá te la cuente algún día. —Toma un

trago de agua de su vaso—. ¿Y tú? ¿Siempre has trabajado de...?

—No. Estudié Psicología Infantil, pero después del segundo semestre descubrí que no quería trabajar en ese campo, así que opté por ser niñera. Desde que dejé los estudios, me dedico a eso.

—Debes querer mucho a los niños —comenta mientras da otro sorbo.

—Hago algo más que quererlos. Me preocupo profundamente por ellos e intento darles el apoyo que necesitan. No todos los padres pueden ofrecer eso. Solo quiero asegurarme de que los niños se sientan seguros y protegidos.

Asiente en señal de comprensión.

—Es muy noble por tu parte. Y tienes razón sobre la incapacidad de algunos padres para cuidar de sus propios hijos. Menos mal que hay gente como tú dispuesta a ayudar.

Se me dibuja una sonrisa en los labios.

—Disfruto mucho cuidando especialmente de Wyatt.

—Se nota —dice con la mirada clavada en mi rostro.

—¿De verdad? ¿En qué?

—En la forma en que tus ojos se han iluminado al hablar de él hace un momento. ¿Qué lo hace tan especial?

—No lo sé. Hay algo en él que me hace querer estar a su lado, protegerlo.

—¿Cuántos años tiene este chico especial del que hablas?

—Wyatt tiene quince años.

—¿Has dicho quince? —Se echa hacia atrás con una sonrisa burlona—. ¿Estás cuidando a un niño de quince años?

—Yo no lo diría exactamente así —respondo riendo—. Soy más como una amiga para él. Pasamos tiempo juntos haciendo cosas como jugar o hablar. Como su madre no puede estar a su lado ahora, intento ser un apoyo para él.

—Es muy amable por tu parte —dice, y su expresión cambia a una de admiración—. Es agradable ver a alguien tan dedicado a ayudar a los demás.

—Venga ya —bromeo—, ¡no hace falta que me hagas la pelota!

Se ríe y sacude la cabeza.

—No, lo digo en serio. Eres una inspiración para mí.

—Gracias. Significa mucho para mí —digo, sintiendo que se me calientan las mejillas. Doy un sorbo a mi bebida, evitando su mirada, porque los cumplidos me incomodan un poco.

Seguimos charlando hasta que la camarera vuelve con nuestros filetes y nos los pone delante. Los dos atacamos con ansia. La comida es deliciosa, el filete está cocinado a la perfección; solo el centro está poco hecho y tierno, mientras que los exteriores ofrecen una agradable cubierta tostada. La salsa es picante y especiada, con el punto justo de dulzor, y el puré de patatas con ajo es cremoso y mantecoso, lo que equilibra la salsa.

Una vez que hemos terminado de darnos el gusto, James se reclina en su silla con los brazos cruzados.

—Por cierto, mucha gente tiene mucho que decir sobre tus jefes. No me extraña que quieran tenerte encerrada en su villa.

—¿De verdad? ¿Qué dicen de ellos?

Se pasa una mano por el pelo.

—A ver..., ¿por dónde empiezo?

—Por donde sea —digo, tratando de ocultar lo ansiosa que estoy por escuchar la opinión del pueblo sobre la familia.

James se acerca como si quisiera susurrarme algo por encima del sonido de la música folk que flota en el aire a nuestro alrededor.

—He oído que hace siete años, cuando vinieron aquí para estar con la madre de Paul, contrataron a una niñera de aquí para que cuidara de su hijo. Poco después de que empezara a trabajar para ellos, desapareció.

—¿Qué quieres decir con que desapareció?

Se encoge de hombros.

—Un día estaba allí, y al siguiente ya no estaba.

—¿Cómo pudo desaparecer?

—Nadie lo sabe.

—¿Así que nunca la encontraron?

—No. Ya han pasado siete años y es poco probable que alguna vez aparezca.

Mientras asimilo sus palabras, un escalofrío recorre mi cuerpo y trato de quitármelo de encima.

—¿Qué crees que le pasó?

—Todos creen que la familia le hizo algo. La policía intervino. Se interrogó a toda la familia Mayer, incluida la anciana, pero no se encontraron pruebas que demostraran que tuvieran algo que ver con la desaparición de la niñera. —Da un gran trago a su vaso de agua —. No me sorprende que no encontraran nada, la verdad. No querían hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—La familia Mayer es la más rica de esta ciudad. Su imperio vinícola y los bares y restaurantes que poseen en Ruddel y en todo el país los han convertido en una poderosa presencia aquí. Tienen el poder de asegurarse de que la policía no pueda o no quiera encontrar pruebas contra ellos.

Me quedo mirándolo atónita. Nunca habría imaginado que Robin y Paul pudieran estar involucrados en algo así, relacionados con un crimen. Mientras lo asimilo todo, la comida empieza a revolverse en mi estómago.

—James, ¿qué crees tú que le hicieron a la niñera?

—Mi suposición es que se deshicieron de ella.

—¿Que se deshicieron de ella? Pero ¿cómo?

—Nadie se desvanece en la nada. Sinceramente, creo que la mataron. Por eso quería quedar contigo. Debes tener cuidado, Christa. Podrías ser la siguiente.

13

CHRISTA

Cuando llego a la villa sobre las ocho, aún estoy conmocionada por lo que James me ha contado sobre la familia Mayer, y no puedo dejar de pensar en la espeluznante llamada telefónica que respondí tres días después de mudarme. ¿Era algún tipo de advertencia, como la nota que me decía que tuviera cuidado? Ahora estoy más convencida que nunca de que el mensaje iba dirigido a mí. Ese conductor quería hacerme saber que Paul y Robin podían ser peligrosos.

Antes de oír el rumor, se me pasaron por la cabeza muchas hipótesis sobre lo que podría estar ocultando la pareja, pero nada se acercaba a la posibilidad de que pudieran ser responsables de la desaparición... o el asesinato de alguien. Alguien que trabajaba para ellos igual que yo.

Cuando aparco el coche fuera de la enorme propiedad y cojo el pomo de la puerta, noto que me tiemblan ligeramente las manos. Después de lo que acabo de oír, cualquiera en su sano juicio entraría allí, haría las maletas y se iría.

Pero no puedo hacer eso. Aunque quisiera, no es una opción.

Tal vez James se equivoca sobre Robin y Paul. ¿Y si la niñera se fue de la ciudad por voluntad propia? Por lo que se sabe, podría estar viviendo una nueva vida en otro lugar. Ocurre a menudo que alguien se levanta y abandona su antigua vida para empezar de nuevo. Pero, según James, mucha gente en Ruddel cree que los Mayer son culpables de algo. ¿Podrían estar todos equivocados?

Inspiro hondo varias veces, tratando de calmar mis nervios, de calmar mi corazón acelerado. No funciona. Finalmente salgo del coche y la brisa del atardecer acaricia mi piel, que ahora está erizada por el miedo y la ansiedad. ¿Cómo podré seguir fingiendo que no conozco su secreto? ¿Cómo podré volver a mirar a Robin a los ojos? Sería muy fácil largarme y volar de vuelta a casa. Pero eso es imposible.

Con el corazón en la garganta, doy unos pasos temblorosos hacia las escaleras que conducen a la puerta principal. Antes de que pueda llegar a la puerta o sacar la llave, se abre de golpe y Robin aparece ante mí. Es casi como si hubiera estado esperando a que yo llegara.

Se me revuelve el estómago cuando sonrío fingiendo que todo va bien. Está pálida, con los ojos desorbitados y el pelo aún más despeinado que de costumbre. La sonrisa no le hace absolutamente ningún favor.

—Christa —dice sin aliento cuando me deja pasar—. ¿Te lo has pasado bien?

Entro y me giro hacia ella.

—Ha sido interesante —digo sin más—. Muy interesante, de hecho.

—¿En serio? —Robin cierra la puerta y empieza a morderse una uña ya casi inexistente—. ¿A dónde has ido? ¿Qué has hecho?

Otra vez las preguntas. Pero ahora la entiendo. Entiendo que vienen de un lugar oscuro y potencialmente peligroso.

Estudio a la mujer que tengo delante, preguntándome si podría ser capaz de asesinar. A mis ojos, solo parece una mujer rota. En lugar de contestarle enseguida, me dirijo a la cocina a por un vaso de agua porque tengo la garganta tan seca que me cuesta tragar. Robin me sigue de cerca, arrastrando sus zapatillas sobre las baldosas de la cocina.

—¿Estás bien, Christa? —pregunta detrás de mí—. ¿Ha pasado algo mientras estabas fuera?

No respondo hasta que he terminado de engullir casi la mitad del vaso de agua.

—Es que no me encuentro bien —digo, lo que en parte es cierto. Tengo el estómago revuelto.

—¿Has comido algo que no te ha sentado bien? —Su voz se vuelve más ansiosa a cada segundo—. ¿Qué has comido? ¿Quién te...?

—He quedado con un amigo, en realidad.

Robin se acerca a la isla y se agarra del borde con ambas manos. Incluso desde donde estoy, junto al fregadero, veo que sus mejillas se tiñen de rosa.

—¡Ah! ¿A quién... a quién has visto? No sabía que tenías amigos en Ruddel.

—Sí, tienes razón —digo mordiéndome la lengua—, no tengo amigos aquí. Pero he cenado con alguien que conocí hace poco. Quizá acabemos siendo amigos.

Quiero enfrentarme a ella, intentar sacarle una confesión, pero no puedo decir nada de lo que pienso sin poner en peligro mi trabajo. Necesito estar aquí por Wyatt, sobre todo después de lo que sé ahora.

—Ya veo. Bueno, perdona mi curiosidad. Siempre he sido una persona bastante curiosa. Supongo que está en mi naturaleza. —Se aparta de mí, ocultando la verdad enterrada en sus ojos.

En este momento, Wyatt aparece en la puerta de la cocina, pero, en cuanto ve a su madre, vuelve a desaparecer. Intenta por todos los medios evitar estar en la misma habitación que ella. Tengo que volver a hablar con Robin para que me permita sacarlo de esta casa sin disgustarla.

Inspiro hondo y digo lo primero que se me ocurre:

—Robin, sé que lo hemos hablado ya, pero me preguntaba si reconsiderarías dejarme llevar a Wyatt al pueblo. Sé que él es un poco solitario, pero creo que salir sería bueno para él.

La expresión de Robin cambia de inmediato y dice:

—Entiendo tu preocupación y comprendo por qué crees que sería una buena idea, pero no hay nada en el pueblo para él. Ni siquiera tiene amigos por aquí.

—Tal vez sea hora de que haga alguno —respondo con una sonrisa forzada.

Frunce los labios y suspira.

—Eso no es necesario, ya que solo estaremos aquí durante el verano. Y a mí me parece que está bastante contento. De todos modos, lo único que quiere hacer es jugar a videojuegos y ver películas todo el tiempo.

—Pero ¿eso es sano? —Al darme cuenta de que tal vez estoy presionando demasiado, trato de bajar un poco el tono—. Mira, solo pensaba que quizá podría conocer a otros niños, ¿sabes? Podría ser bueno para él socializar un poco en lugar de estar mirando una pantalla todo el día.

Robin se toma un momento para pensar antes de responder.

—Bueno, los vecinos de este pueblo son, sobre todo, gente mayor, y no hay muchos niños de su edad, así que no quiero que se decepcione —dice suavizando la voz.

—Claro, pero a lo mejor un paseo por el pueblo de vez en cuando sería suficiente para él. —Mantengo la voz lo más calmada que puedo—. Sin duda, disfrutaría de la compañía.

—Lo... lo pensaré. —Abre la boca y la vuelve a cerrar. Luego, sin dirigirme la palabra, sale de la cocina. Escucho sus pasos por el pasillo y escaleras arriba.

El aire sale a borbotones de mis pulmones y me apoyo en el fregadero. Esta vez soy yo la que se agarra al borde, la que intenta aguantar, la que intenta mantener la compostura mientras las palabras que desearía haber dicho me queman la garganta.

Después de serenarme, me dirijo a mi habitación para llamar a James.

—Gracias por quedar conmigo —me dice cuando descuelga—. Me lo he pasado muy bien.

Cierro la puerta y me dirijo al baño antes de decir nada más. —Gracias por contarme... todas esas cosas.

—De nada. Si trabajas para ellos, mereces saber la verdad.

—¿Y de verdad estás convencido de que los rumores son ciertos?

—Lo estoy. Bueno, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a renunciar y volver a Estados Unidos?

—No lo sé muy bien, la verdad. Ahora mismo estoy un poco en *shock*.

—Si es verdad lo que todos dicen, puede que no estés a salvo en esa casa.

—Lo sé, pero no puedo irme. Necesito estar aquí por Wyatt. Me necesita. Y no creo en los rumores.

—De acuerdo. —Suspira—. Quizá no sea tan mala idea que te quedes.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hace siete años la policía no fue capaz de encontrar ninguna prueba de que tus jefes fueran responsables de la desaparición de Eva. Tal vez tú puedas. Tú estás dentro. Quizá puedas darle a este pueblo las respuestas que necesita.

Me apoyo en la puerta cerrada del baño y cierro los ojos.

—¿Eva? —Trago saliva con fuerza—. ¿Se llamaba así?

—Sí —responde—. En realidad, yo no la conocía, pero, después de todos estos años, todavía hay algunos folletos sobre su desaparición en algunos tableros de anuncios del pueblo.

Saber su nombre lo cambia todo. En lugar de una simple niñera, es una persona, la hija de otra persona. Pero aún me cuesta creer que los Mayer estén involucrados en su desaparición. A pesar de su peculiar comportamiento y sus tensas relaciones, pensar que podrían ser culpables de asesinato es demasiado. Haría falta alguien que fuera pura maldad para hacer algo así.

14

CHRISTA

Son las dos de la madrugada y, que yo sepa, soy la única que sigue despierta. Mis intentos de relajarme son inútiles. No consigo calmar mis pensamientos y el corazón se me sale del pecho. Incluso con los ojos cerrados, mi mente se llena de preguntas para las que no tengo respuesta.

Estoy tumbada en la oscuridad, con los oídos atentos a todos los sonidos de la casa, los leves crujidos y gemidos propios de un viejo edificio en reposo. De repente, me siento abrumada, saco los pies de la cama y me siento en el borde, con los ojos cerrados mientras intento concentrarme en mi respiración y calmar mi mente acelerada. Inhalo profundamente y luego exhalo de pronto, abro los ojos y espero a que se adapten a la oscuridad.

Tras varios intentos infructuosos de dormir, salgo de la cama y, descalza, me dirijo a la puerta. Salgo al pasillo y me detengo frente a la habitación de Wyatt. Me quedo allí un momento antes de volver a mi dormitorio, sintiéndome como si acabara de completar una maratón después de toda la energía que he puesto en caminar solo unos pasos.

No sé qué más hacer, así que cojo el teléfono y marco el número de Emily. Deben ser las ocho de la tarde en Nueva York, así que sé que estará despierta. No estoy segura de cuánto contarle sobre la situación, pero hablar con ella de cualquier cosa me haría sentir mejor.

Responde al tercer tono.

—Debe ser muy tarde allí —dice.

—Sí, son las dos de la mañana, pero no puedo dormir. ¿Qué estás haciendo?

—Acabo de recoger a Sandy de una fiesta de cumpleaños. Estoy a punto de poner una película. ¿Qué haces levantada a estas horas? —pregunta preocupada.

—Necesito contarte algo.

—Christa, ¿va todo bien? Parece que te falte el aire. ¿Ha pasado algo?

Inspiro y me acomodo en la cama, acercándome el teléfono a la oreja mientras hablo en voz baja.

—He oído una noticia sobre los Mayer que me está volviendo loca.

—Le cuento mi conversación con James.

Cuando termino de hablar, hay una larga pausa al otro lado de la línea.

—Escucha, Christa. Tienes que salir de ahí. No dejes que te suceda lo mismo.

Me masajeo la nuca, notando la tensión de la conversación.

—No puedo. Ya lo sabes.

Se queda callada un momento.

—Pero parece un lugar peligroso. ¿Cómo puedes garantizar tu seguridad?

—Estaré bien. Mi plan es quedarme aquí hasta que volvamos a Nueva York en septiembre, entonces pensaré qué hacer después.

—No sé yo —dice ella con voz ronca—. Creo que estás cometiendo un error. Creo que tienes que despedirte. Esto no es sano.

—¿Cómo puedes pedirme eso? —Se me saltan las lágrimas—. Sabes lo difícil que ha sido para mí.

La voz de Emily es firme cuando dice:

—Sí, lo sé. —Y luego continúa—: Pero no quiero que te pase nada. Eres mi prioridad.

—Lo sé, pero hasta ahora no hay pruebas de que lo que he oído sobre ellos sea cierto.

—¿Así que crees que son solo chismes desagradables? —Sigue sin parecer convencida—. Estoy alucinando de verdad con esto. Estoy preocupada por ti.

—Es imposible saber si es verdad —admito.

—Esa es la cuestión. —Suelta un fuerte suspiro—. Podría serlo.

—No hay ninguna prueba que lo respalde. Quizá pueda encontrar alguna... Es que... tengo mucho miedo por Wyatt.

Nos quedamos calladas un momento antes de que vuelva a hablar; su tono sigue siendo ansioso.

—No te voy a decir qué hacer en esta situación. Pero, por favor, ten

cuidado. Si en algún momento sientes que estás en peligro, sal de ahí inmediatamente. ¿Me lo prometes?

Le doy la respuesta que necesita oír, aunque sé que es poco probable que cumpla mi promesa. Wyatt me preocupa más que yo, y me niego a dejarlo.

Una hora después de terminar la llamada, por fin caigo en un sueño sin pesadillas.

A pesar de haberme acostado tarde, me despierto a las cinco, como siempre. Quiero salir a correr al aire libre, pero me duelen los músculos y temo por la seguridad de Wyatt si me voy. Aunque he intentado convencerme de que sus padres nunca le harían daño a su hijo, no estoy segura. Podría estar en peligro.

Anoche, cuando James me envió un mensaje para preguntarme cuándo podemos volver a vernos, no pude darle una respuesta definitiva porque me resultará difícil dejar a Wyatt a solas con Robin. Mientras no esté segura al cien por cien de que está a salvo, mi trabajo es protegerlo lo mejor que pueda, aunque eso signifique no volver a salir.

Me doy una ducha helada, dejando que el agua me entumezca, sintiendo cómo se me eriza la piel y se me pone la carne de gallina en los brazos y en el resto del cuerpo. Mientras el agua helada gotea por mi pelo y mi cara, cuento en silencio hasta veinte antes de cerrar el grifo. Después, permanezco inmóvil en la cabina de ducha, temblando, pero no solo de frío.

Poco antes de las seis, salgo sigilosamente de mi habitación y bajo las escaleras. De camino a la planta baja, huelo a *bacon* frito y huevos. Encuentro a Robin en la cocina preparando el desayuno. En la encimera hay un surtido de ingredientes y tres platos colocados en la isla.

—Buenos días, Christa —dice con voz alegre.

Cuando se da la vuelta, me asombra su aspecto. En lugar de uno de sus pijamas, lleva una rebeca gris claro sobre unos vaqueros blanqueados. También se ha maquillado, lo cual le da a su rostro un aspecto juvenil, y lleva el pelo recogido en una coleta que acentúa

los rasgos de su cara. Incluso sus ojos, normalmente apagados, desprenden un poco de calidez.

—Buenos días —digo, y me acerco a la isla señalando los platos—. No tenías que hacer todo esto.

—Ah, solo quería sorprenderos a ti y a Wyatt con el desayuno —explica, con un toque rosado en sus mejillas—. Y he pensado que estaría bien que comiéramos todos juntos. Por desgracia, Paul ya ha salido, así que estaremos los tres solos. —Coge un paño de cocina, se limpia las manos y se acerca a la isla, donde saca un taburete para mí—. Por favor, siéntate. Me gustaría hablarte de algo.

—Vale. —Me dejo caer en mi asiento mientras ella se sienta en el de al lado.

—Quería hablar de nuestra conversación de ayer. —Sus ojos están puestos en el paño de cocina que tiene en las manos—. Lo he pensado toda la noche y estoy de acuerdo contigo en que sería bueno que Wyatt socializara más. Es que soy muy protectora con mi hijo. La cosa es que, cuando no está cerca de mí, me pongo nerviosa. Y no está familiarizado con esta ciudad. Tenía ocho años la última vez que estuvimos aquí.

Asiento.

—Lo entiendo perfectamente, Robin, pero creo que mantenerlo en casa todo el día lo está haciendo infeliz, y de verdad que no tienes que preocuparte por él. No estará solo ahí fuera. Estaré allí y cuidaré bien de él.

—Tienes razón. Estoy portándome como una tonta.

Aunque me gustaría que también reconociera no haber mostrado a Wyatt el amor y la atención que se merece, me sorprende que admita haberse equivocado.

Esto es un comienzo.

—¿Cómo puedo ayudar? —pregunto—. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que salgas con él hoy. Llévalo a la librería a comprar unos libros de alemán. Su padre no tiene mucho tiempo para enseñarle y yo solo hablo un nivel básico. He pensado que sería buena idea que aprendieras con él.

—Pero yo no hablo alemán. —Me sorprende que lo sugiera siquiera.

—Lo sé —su risita gutural me pilla desprevenida y no puedo evitar

devolverle la sonrisa—, pero tal vez podáis aprender juntos. Podrías hacerlo parte de tus... sesiones.

—Sí, me gusta. —Le sonrío—. Me parece una buena idea.

No importa lo que ella quiera que haga, siempre y cuando signifique sacar al niño de la casa y llevarlo a un espacio público rodeado de otras personas. Si tengo que aprender alemán para conseguirlo, que así sea.

Pero también estoy confundida. Si ahora permite que Wyatt salga de la casa, que se arriesgue a exponerlo a los rumores sobre su familia, ¿podría significar que James y los demás en el pueblo estaban equivocados acerca de que ella y Paul son peligrosos?

¿O es algún tipo de juego que está jugando conmigo?

15

CHRISTA

En cuanto salimos de la casa y Wyatt y yo nos subimos en el coche de Robin, una amplia sonrisa se dibuja en mi cara y mi corazón se ilumina. Todavía estoy sorprendida de que Robin haya permitido a Wyatt salir conmigo. Puedo verla de pie junto a la ventana, observándonos, pero no me molesta.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto a Wyatt conforme nos alejamos de la casa—. ¿Emocionado por salir?

—Es increíble. —Se frota las manos—. Bueno, ¿a dónde vamos?

—Tu madre ha dicho que debería llevarte a la librería. Al parecer, quiere que compre algunos libros de alemán y que aprendamos juntos el idioma.

—Venga ya, qué aburrimiento —dice—. No me apetece aprender alemán.

—Pero tu padre... es austriaco, y aprender un nuevo idioma nunca es una pérdida de tiempo. Nunca sabes cuándo puedes necesitarlo.

—Créeme, en cuanto tenga dieciocho años, no volveré a Austria.

—El alemán se habla en muchos países —le recuerdo riendo—. Quizá un día te encuentres en un lugar en el que se hable, y agradecerás conocerlo.

—¿Podemos hacer otra cosa? —suplica, ignorando lo que acabo de decir—. Quiero divertirme. Mi madre no tiene por qué saberlo.

Lo miro y luego vuelvo a la carretera.

—Wyatt, no puedo decirle a tu madre que te llevo a la librería y luego llevarte a otro sitio. —Aprieto con fuerza el volante—. Oye, ¿qué tal si hacemos las dos cosas?

—Gran idea. —Me sonrío—. Si tú no se lo cuentas, yo tampoco.

—Vale, perfecto. Entonces, ¿qué es lo que quieres hacer?

—Me encantaría ir a ver los caballos.

—Claro, podemos hacerlo. Creo que sé dónde está uno de los establos. —He pasado por el lugar antes, y sé que se encuentra en las afueras.

Durante el trayecto, el ambiente en el coche se vuelve aún más ligero y alegre. Wyatt habla de sus videojuegos favoritos, todos ellos demasiado violentos, y yo comparto las pocas anécdotas divertidas que tengo de mi infancia. Durante las pausas en nuestra conversación, mantiene la mirada fija en el exterior, tarareando una melodía en voz baja, como si fuera la primera vez que ve el mundo. Es comprensible. Lleva dos semanas atrapado en esa casa, con la prohibición de salir. Fuera de los muros de la villa parece tan diferente, tan despreocupado y vivo, que cuesta creer que sea la misma persona.

Enciendo la radio y cantamos juntos una canción de ABBA.

—¿Sabes qué? —dice riendo—. Yo que tú no cantarías en voz alta.

—¿Qué se supone que significa eso? —Sé muy bien lo que quiere decir. Digamos que algunas personas han sido bendecidas con una voz, y otras no. Yo soy una de estas últimas.

—¿De verdad quieres que lo diga?

—No. —Le doy un manotazo en el brazo—. Eres la única persona con la que me atrevería a cantar, créeme.

—Bien —dice, y seguimos cantando, creando un dúo desafinado que resulta extrañamente hermoso, al menos para mis oídos.

Miro a Wyatt y el corazón me da un vuelco mientras una burbuja de alegría se expande en mi pecho. Si tuviera el poder de congelar el tiempo, lo haría, para permanecer en este momento un poco más. Estoy agradecida por este regalo de hoy, por la oportunidad de estrechar lazos con él como he planeado desde el día en que acepté este trabajo. Agradezco la oportunidad de dar a este chico una oportunidad real de experimentar algo cercano a la normalidad.

Llegamos al pueblo y paseamos un rato por los alrededores antes de dirigirnos al establo. Pasamos por la iglesia, la panadería, una escuela primaria, una guardería con un jardín de girasoles y el cementerio. Por fin llegamos a nuestro destino y salimos del coche. El olor a heno fresco y estiércol de caballo me resulta familiar, ya que crecí en una granja.

Dentro del establo, los caballos pastan perezosos en el amplio y abierto campo, y unos cuantos potros retozan al sol. Estoy encantada con la impresionante vista de los majestuosos animales.

Me vuelvo hacia Wyatt con expresión seria.

—¿Seguro que no se lo dirás a tu madre?

—No lo haré, lo juro. —Inspira hondo y libera toda la tensión que ha estado conteniendo, como si fuera la primera bocanada de aire fresco de su vida. Estira los brazos hacia el cielo, como una mariposa que sale de su capullo.

Parece muy feliz, en paz, y por un momento me quedo mirándolo mientras disfruta de su libertad. Y entonces empezamos a caminar hacia los establos, viendo cómo uno de los cuidadores sonríe mientras ofrece una manzana a un caballo, una yegua blanca y negra.

El entusiasmo de Wyatt crece a medida que nos acercamos a los caballos. Se le ilumina la cara cuando percibe todos los olores y sonidos de los animales. Cuando el cuidador que alimenta a la yegua nos ve, viene en nuestra dirección y nos saluda.

Wyatt y yo respondemos al saludo en alemán, pero, cuando dice algo más, nos miramos confundidos.

—¿Ves por qué tenemos que aprender alemán? —le susurro a Wyatt.

Se encoge de hombros y asiente.

Por suerte, la barrera del idioma no impide que el hombre, que se parece a Papá Noel, deje disfrutar a Wyatt. Lo lleva hasta los caballos, le permite acariciarlos y ofrecerles golosinas, antes de conducirlo hasta una pequeña potra castaña y blanca con la crin y la cola negras. Ella le acaricia la mano con el hocico y empuja el bozal suavemente contra su pecho. Me siento en un banco cerca del establo y lo observo hablar con el caballo como alguien que sabe lo que hace.

Al cabo de unos minutos, el cuidador le dice algo a Wyatt gesticulando con las manos, e incluso desde la distancia puedo ver que la cara de Wyatt se ilumina.

Mira en mi dirección y corre hacia mí.

—¿Puedo dar una vuelta rápida? Dice que me deja.

—¿Qué? ¿Cómo... cómo lo has entendido?

—Ha dicho *reiten*, que significa montar. Conozco algunas palabras alemanas.

Me pongo en pie.

—No estoy segura de que sea una buena idea, Wyatt.

Hemos venido sin pedir permiso a Robin y Paul; si le pasara algo al chico, sería un desastre.

—¡Venga! Solo unos minutos. No estaré fuera mucho tiempo, lo prometo.

Los ojos de Wyatt me suplican y al final cedo. Suspiro. Aún no estoy segura de que sea una buena idea, pero me doy cuenta de las ganas que tiene de hacerlo.

—Pero tú no sabes montar. —Miro al hombre, que asiente.

—Él me enseñará.

—¿Te ha dicho cuánto cuesta?

Wyatt sacude la cabeza.

—Seguro que no es mucho.

—Un momento —digo, y me dirijo al encargado—. ¿Cuánto? —pregunto en inglés.

Como no lo entiende, señalo a Wyatt, el caballo, y luego froto el índice y el pulgar.

El instructor sonríe y me levanta el pulgar. Luego coge un palo y escribe el número treinta en el suelo.

—*Dreißig euro.*

Cuando levanta la vista, le doy unos golpecitos a mi reloj para averiguar el número de minutos que Wyatt conseguiría por ese precio.

Escribe otros treinta en el suelo.

Una clase de equitación de treinta minutos va a costar treinta euros, y no me importa pagarlos si eso hace feliz a Wyatt.

—De acuerdo. —Me vuelvo hacia el chico—. Treinta minutos y ya está. Y tienes que prometerme que escucharás al instructor en todo lo que te diga y que tendrás cuidado, ¿vale?

—Vale —dice, y se vuelve hacia el hombre, que lo ayuda a subir a la silla de montar. Sus ojos brillan de alegría y emoción cuando se afianza sobre el caballo y empieza a caminar, siguiendo las instrucciones de su nuevo profesor.

Para mi sorpresa, no es un completo principiante. Al cabo de unos instantes, es capaz de hacer trotar al caballo en círculo y seguir las

órdenes del instructor como un profesional. Tiene facilidad para convencer al caballo de que coopere con órdenes sencillas. El fuerte relincho del caballo casi ahoga la risa de Wyatt, pero es evidente lo mucho que está disfrutando.

Cuando se les acaba el tiempo, Wyatt y el instructor vuelven a donde estoy esperando. Wyatt desmonta con cuidado y entrega las riendas al instructor, antes de volverse hacia mí con una enorme sonrisa en la cara.

—Gracias, Christa. Ha sido increíble.

—No tenía ni idea de que ya supieras montar —digo, aún asombrada.

—Uno de mis amigos tiene un caballo y me enseñó a montar un poco. Es lo mejor del mundo. —Su rostro se vuelve serio—. Por favor, no se lo digas a mi madre. Ella no lo sabe.

Le doy un apretón tranquilizador en el brazo.

—Lo prometo.

—¿Podemos volver en otra ocasión?

—Ya veremos. —Primero, tengo que asegurarme de que Wyatt de verdad se guardará para sí mismo nuestras actividades diarias, porque si Robin se entera, podría no dejarlo salir nunca más.

Subimos al coche y esta vez nos dirigimos a la librería, donde no nos entretendremos mucho, ya que hemos pasado en el establo más tiempo del que pensaba. La librería es diminuta, una sola habitación con unas cuantas estanterías de libros, la mayoría sobre Ruddel, cocina y clases de alemán. Wyatt mira emocionado los títulos y elige uno lleno de fotos de caballos.

Le cojo el libro y lo miro.

—Te lo compro, pero el resto tienen que ser libros de alemán, ¿vale?

—Claro. Gracias. —Me coge el libro y abre la tapa.

Estoy hojeando un libro de cocina cuando una mujer con un vestido azul y gafas gruesas me toca el brazo. Tiene una placa con su nombre que dice «Ida».

—Me alegro de volver a verte —dice en inglés.

—¿Qué quieres decir? —Doy un paso atrás mientras Wyatt me observa con una expresión curiosa en la cara.

—Te recuerdo de hace unos años.

—No lo entiendo. —Sacudo la cabeza—. Soy nueva en la ciudad. La pelirroja entrecierra sus pequeños ojos redondos.

—Soy muy buena con las caras y me acuerdo de ti. Viniste buscando un diccionario de alemán y me pediste algunas indicaciones. Hace ya bastante tiempo, pero te recuerdo muy bien.

—Inclina la cabeza hacia un lado—. El color de tus ojos es bastante singular y se me quedó grabado. Mi madre estaba aquí ese día y recuerdo que me dijo que esa mezcla de verde y azul le recordaba al mar poco antes de las tormentas.

Mi estómago da un vuelco y se me acelera el corazón. No estoy segura de cómo responder. Wyatt me mira con el ceño fruncido. Aunque parece confuso, no dice nada.

Finalmente, consigo decir:

—Lo siento, seguro que se equivoca. Nunca había estado aquí.

La amable sonrisa de Ida es sustituida por una mirada de confusión antes de sacudir la cabeza y dar un paso atrás.

—No pasa nada. Seguro que me he equivocado. Siento la molestia.

En cuanto se va, elijo dos libros al azar y nos dirigimos a la caja, donde Ida registra nuestras compras sin mirarme a los ojos.

Cuando volvemos al coche, Wyatt me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Qué ha sido todo eso? ¿Habías estado antes en Ruddel?

—No —digo riendo entre dientes—. Por supuesto que no, Wyatt. Sabes que es la primera vez que vengo.

—Pero esa mujer parecía muy convencida de haberte visto antes.

—Solo está confundida. Ahora, ¿qué tal un poco de chocolate caliente antes de volver a casa?

—¿A la cárcel, quieres decir? —se ríe—. Lo del chocolate caliente suena bien.

—Genial —digo con un nudo en la garganta.

Durante todo el rato que estamos en el café, Wyatt habla sin parar, pero apenas oigo lo que dice porque sigo pensando en la mujer del vestido azul.

Cuando por fin llegamos a la casa, Robin está esperando con un torrente de preguntas, pero yo las ignoro hasta que por fin se calla.

Al final del día, cuando estoy sola en mi habitación, me invade la ansiedad y el corazón se me acelera hasta que siento calor por todo el cuerpo, tanto que me doy la segunda ducha fría del día.

Esta vez, permanezco bajo el chorro de agua helada durante mucho más tiempo, hasta que la piel se me entumece y la cabeza se me enfría lo suficiente como para meterme en la cama e intentar olvidarme del extraño encuentro en la librería.

16

CHRISTA

En dos semanas, Wyatt y yo hemos salido en tres ocasiones más, y todas las veces lo he llevado a los establos para que interactuara con los caballos. ¿Cómo podría negarle algo que lo hace tan feliz?

Ninguno de los dos le ha contado a Robin ni a Paul nuestras excursiones prohibidas. Cada vez que volvemos a casa, dejo que Robin haga todas las preguntas que quiera, pero solo le doy respuestas filtradas. Wyatt también. Por lo que a ella respecta, cuando Wyatt y yo no estamos en casa escuchando audiolibros en alemán o leyendo libros en alemán, vamos a la librería y nos pasamos horas allí.

Todavía me recuerda de vez en cuando que me aleje de los cotilleos locales. Pero lo importante es que Wyatt sigue a salvo, conmigo. Y, cuanto más tiempo pasamos juntos, más confía en mí.

También necesito que Robin y Paul sigan confiando en mí hasta que pueda descubrir algo sobre ellos, si es que hay algo que descubrir.

Hoy, acabamos de salir de los establos y estamos a punto de entrar en nuestra cafetería favorita para tomar un chocolate caliente cuando nos cruzamos con James, que sale de la iglesia cercana. Al principio, parece sorprendido de vernos, pero, al cabo de un momento, sonríe y se acerca a saludarnos.

—Qué emoción toparme con vosotros dos. —Extiende la mano hacia Wyatt—. Tú debes ser Wyatt. He oído hablar mucho de ti.

—Y tú debes ser James —dice Wyatt con una cálida sonrisa, mientras aprieta la mano de mi amigo.

Wyatt también ha oído hablar mucho de James desde que le conté que es mi único amigo en la ciudad. No llegué a pedirle que no les dijera a sus padres lo de James, pero se él lo guardó de todos modos. Ahora que nos dejan salir con regularidad, probablemente importe menos que Robin sepa que hablo con gente del pueblo.

Parece que respeta un poco más mis decisiones, lo cual es bueno, porque no puedo permitir que su confianza en mí flaquee.

Miro hacia la iglesia.

—¿Estabas enviándole unas cuantas oraciones al vecino de arriba? —le pregunto.

—Sí. —Se mete las manos en los bolsillos—. Solo trato de ser un buen cristiano.

Levanto una ceja.

—¿Quién lo hubiera pensado?

—Lo sé, ¿verdad? Pero ¿sabes qué? Mi padre era pastor en esta iglesia.

—Qué bien. —Nunca creí que James fuera una persona religiosa, pero lo respeto por ser fiel a su fe. Le da profundidad de carácter.

Aunque solo nos hemos visto una vez desde nuestra cena, seguimos hablando por teléfono de vez en cuando. Me ha contado que tiene una hermana que también vive en Ruddel, que sus padres murieron en un accidente de coche cuando ellos dos eran pequeños y que desde entonces los crio su abuela. También me ha contado que vivió unos años en Londres antes de instalarse en Austria.

—¿A dónde os dirigís? —pregunta, dándole unas palmaditas en la cabeza a Wyatt como si lo conociera.

—Estamos a punto de parar en algún sitio a tomarnos un chocolate caliente, y luego nos vamos a casa.

—Ojalá pudiéramos quedarnos más rato —murmura Wyatt en voz baja.

—¿Qué tal si os invito a comer? —pregunta James—. Conozco un asador magnífico.

—Eso sería divertido —dice Wyatt antes de que tenga la oportunidad de rechazar la oferta.

—No creo que sea una buena idea —le digo a Wyatt—. Tu madre nos estará esperando. —Lo máximo que hemos estado fuera han sido unas dos horas, y cuando nos acercamos demasiado a ese tiempo, Robin empieza a llamar y a preguntar dónde estamos y cuándo volveremos a casa.

—Lo entiendo —dice James—. ¿Qué tal en otra ocasión? Si me avisas la próxima vez que estés en el pueblo, puedo acompañaros.

Casi puedo sentir cómo Wyatt se desinfla físicamente a mi lado por la decepción.

—Sí, podemos hacer eso. Es una buena idea. —Deslizo mi brazo por el de Wyatt—. ¿El miércoles que viene a las doce?

Los miércoles son nuestros días de sesión, y ahora se nos permite pasarlos al aire libre en los terrenos o en el pueblo. Incluso cuando estamos estudiando alemán, siempre insisto en que lo hagamos junto al río. Hasta ahora, Robin ha accedido sin rechistar, pero sé que, si estamos en los terrenos, nos observa desde las numerosas ventanas de la villa.

—Es una cita —dice James fingiendo un saludo militar.

Como prometimos, a la semana siguiente quedamos con James para comer, y después damos un paseo rápido por el pueblo. Cuando pasamos por delante de la librería, vuelvo a ver a la mujer de las gafas gruesas. Está fuera, fumando un cigarrillo y mirándome fijamente. Su mirada es tan intensa, tan llena de reconocimiento, que parece como si viera a través de mí.

—Eh... hola —digo con la voz demasiado alta y tensa.

—Hola —contesta ella, mirándome con curiosidad, y sus ojos se detienen demasiado tiempo en mi cara.

James también la saluda en alemán y seguimos caminando.

—Cuando estábamos en la librería, esa mujer dijo que había visto a Christa antes, hace años —le dice Wyatt a James.

James me mira con expresión inquisitiva.

Trago saliva y fuerzo una sonrisa.

—Creo que solo estaba confundida. Debe haberme confundido con otra persona.

Eso parece satisfacerle y ya no hace más preguntas. Pero, cuando vuelvo a mirar a la mujer, todavía puedo sentir su mirada penetrante siguiéndome.

James nos acompaña a los establos; mientras Wyatt ayuda a los cuidadores con los caballos a cambio de un paseo gratis, James y yo

nos sentamos a cierta distancia, solos, disfrutando de la compañía del otro.

—Sé que no hago más que preguntártelo —dice James—, pero ¿tienes cuidado con los Mayer? Todavía me cuesta creer que decidieras quedarte.

—Sí, pero no puedo renunciar e irme. Sé que sientes que estoy en peligro, pero, si ese es el caso, Wyatt también lo está.

Inspiro hondo y suelto el aire despacio antes de llevarme las manos al pelo.

—Siempre me he dicho que nunca serían un peligro para su propio hijo, pero quizá tengas razón. No sería la primera vez que unos padres hacen daño a sus hijos. Odio no saber si de verdad le hicieron algo a esa mujer. La parte de no saber es la peor.

En ese momento suena un fuerte relincho procedente de los establos. Wyatt se ríe, y lo oímos hablar con uno de los caballos. James y yo nos reímos también; mis preocupaciones quedan rápidamente olvidadas por el momento. Nos sentamos en silencio durante unos minutos y observamos a Wyatt y a los animales.

—Sé lo que quieres decir —dice finalmente James, continuando nuestra charla como si nunca hubiera habido una interrupción—. Es una sensación horrible no saber cuál es la verdad. Pero todo el mundo piensa que mataron a la niñera. Por eso tengo tanto miedo por ti.

—Yo también. —Inclino la cabeza hacia atrás y miro al cielo, el calor del sol acaricia mi rostro antes de volver a mirar hacia abajo—. La única forma de tranquilizarme es averiguar la verdad. Necesito algún tipo de prueba, pero no me resulta fácil husmear con Robin en casa todo el tiempo. Eso sí, he intentado averiguar algo..., cualquier cosa que probara que tenían algo que ver con la desaparición de Eva, pero no he encontrado nada. —Hago una pausa y le doy un par de vueltas a la tierra con el pie, haciendo una ligera hendidura en el suelo—. Tal vez no haya nada que encontrar. Quiero decir, Robin ya nos deja salir de la casa. Ya no parece temer que oigamos rumores sobre ellos. De todas formas, seguiré buscando. Necesito llegar al fondo de esto.

—Los secretos acaban saliendo a la luz. Si ocultan algo, tarde o

temprano bajarán la guardia. Probablemente solo te deja salir porque iría contra la ley impedir que Wyatt y tú salierais de la propiedad. Eso no significa que esté de acuerdo.

—Puede que tengas razón. —Entrecierro los ojos mirando a Wyatt, a lo lejos. Ahora monta a Judith, su yegua favorita, y sus piernas se balancean libremente, como una marioneta en la brisa. Parece contento, y lo que más deseo es que siga así para siempre.

—Parece un buen chico —dice James a mi lado—. Y está claro que le gustas mucho.

Sonrío.

—El sentimiento es muy mutuo.

—A mí también me gustas mucho —añade.

Me vuelvo hacia él con el ceño fruncido.

—No pongas esa cara de sorpresa —me dice—. ¿Por qué crees que sigo buscando excusas para pasar tiempo contigo?

—No lo sé. Sigo pensando que tal vez estás un poco aburrido. No hay mucho que hacer por aquí.

Se ríe y se frota la barbilla sin afeitarse.

—Esa es en parte la razón, pero me gustas de verdad, Christa.

—Este sentimiento es mutuo también. —Cuando lo miro a los ojos, siento un aleteo en mi estómago, algo que no sentía desde hacía mucho tiempo. He tenido algunas citas en los últimos años, pero, cada vez que las cosas se ponían demasiado serias, me alejaba. Me alejaba porque tenía miedo de bajar la guardia, de volverme lo bastante vulnerable como para que me hirieran y me rechazaran. A la mayoría de los hombres con los que he salido nunca les ha interesado entablar primero amistad. Así que esto que tengo con James es diferente. Empezamos como amigos y vamos a más. Pero ¿cuánto tiempo pasará hasta que lo aleje de mí?

—Me gustaría mucho volver a invitarte a cenar alguna vez —continúa.

—Lo sé —digo—. Pero es que aún no me siento cómoda dejando a Wyatt solo en la casa.

—Mira, no creo que debas preocuparte por él. Puede que sean responsables de lo que le pasó a Eva, pero no le harían daño a su propio hijo, ¿verdad?

—No lo sé. —Me meto las manos bajo las axilas—. La verdad es que en estos momentos no sé qué creer. Es mejor no averiguarlo, así que me quedaré junto a Wyatt para asegurarme de que está a salvo.

—Sí, lo entiendo. —Con eso, la conversación se detiene abruptamente y James se excusa—. Debería volver a casa. Tengo algunas cosas de las que ocuparme.

Su expresión me dice que es solo una excusa para escapar. Probablemente se ha dado cuenta de que no tiene ninguna oportunidad conmigo.

Pero me equivoco. Unas horas más tarde, a altas horas de la noche y mucho después de que todo el mundo se haya ido a la cama, me llama para avisarme de que está fuera. Encuentro su coche aparcado a cierta distancia de la villa y, cuando subo, me doy cuenta de que ha traído una cena entera para compartir conmigo en el asiento trasero de su coche.

—He pensado que, ya que tú no podías escaparte, yo podía traerte la cena.

—¡Qué considerado eres! Gracias. Todo esto tiene una pinta deliciosa. —Aunque ya he cenado, se me hace la boca agua con el aroma de la *pizza* de salami, las costillas y el pan recién hecho.

—Yo mismo he horneado el pan. Por eso he tenido que dejarte en los establos. —Parte un trozo de pan y me lo da.

—¿En serio? —Levanto una ceja y doy un mordisco—. Está buenísimo.

—Gracias. Aprendí de los mejores. Mi madre era panadera.

—¿Así que tu padre era pastor y tu madre, panadera?

—Exacto. Y yo era su pequeño ayudante.

—Guau. —Muerdo de nuevo el succulento pan—. Tengo que decir que has ascendido de ayudante a maestro panadero.

—Bueno, gracias. Eso significa mucho. —Coge un trozo de *pizza*.

Seguimos comiendo en silencio y entonces, justo cuando voy a coger otro trozo de pan, nuestras manos se rozan. Suelto un gritito ahogado cuando una descarga de electricidad me recorre y siento cómo el calor me sube a las mejillas. Sus ojos se encuentran con los míos, y en ese momento el tiempo se detiene.

No intercambiamos palabras, pero nuestras cabezas se acercan, atraídas por una fuerza invisible. De repente, nuestras bocas se unen la una contra la otra. Mi corazón se hincha y el calor inunda mi cuerpo mientras nuestros labios se mueven en perfecta sincronía.

Vine a Austria por trabajo, y empezar un romance con James, o con cualquier otra persona, podría no ser una buena idea. Pero estar en sus brazos se siente demasiado bien, así que finjo que es una buena idea.

—Ojalá no tuviera que irme —dice—. Ojalá pudiera robarte unas horas más.

—Eso me encantaría —digo; las palabras salen de mi boca antes incluso de que pueda pensarlo.

—Entonces, deberíamos hacer esto de nuevo.

—Sí, deberíamos.

—Christa, me encantaría pasar más tiempo contigo, pero entiendo que te preocupe que Wyatt esté cerca de sus padres. ¿Puedo hacerte una propuesta?

Inclino la cabeza hacia un lado.

—Claro.

—Ya que Wyatt y tú estáis aprendiendo alemán juntos, ¿por qué no os enseño yo? —Se aclara la garganta—. Puedo venir aquí una vez a la semana, o podéis venir vosotros dos a mi casa. También hay algunos parques hermosos alrededor de Ruddel. Os daría algo por lo que ilusionaros. Y sería gratis, por supuesto.

—Me parece perfecto. —Una sonrisa se dibuja en mi cara—. También podríamos vernos en la librería o en una biblioteca. Así no tendría que pedirle permiso a Robin.

—Claro que podríamos, pero ¿no te gustaría estar en un lugar más cómodo en vez de en una vieja y sofocante biblioteca? Mi casa sería mucho mejor para eso. Tengo un bonito sofá, y también resulta que tengo algunos libros relevantes de mis días de enseñanza.

—Es verdad. —Mi mente empieza a divagar, imaginándome en su casa. Pensar en nosotros solos hace que mi corazón palpite con fuerza—. Supongo que eso sería mejor. Pero necesito hablar con Robin primero, para ver qué le parece a ella.

—Está perfectamente bien, cariño. —Me pasa un mechón de pelo

por detrás de la oreja y me besa la punta de la nariz.

Cuando me mira a los ojos, se me acelera el pulso.

—Muchas gracias por la cena —susurro con las mejillas sonrojadas—. Ha sido una sorpresa maravillosa.

—Me alegro de que la hayas disfrutado. Espero que pronto volvamos a pasar más tiempo a solas.

—Lo haremos. Lo prometo.

17

CHRISTA

Al día siguiente de mi cita nocturna con James, abordo el tema con Robin cuando le llevo el desayuno a su habitación.

—Robin, quería hablarte de algo. —La ansiedad se arremolina en la boca de mi estómago. Espero a que responda antes de continuar, pero, en cuanto las palabras salen de mi boca, sus ojos se oscurecen con desconfianza. Si dice que no, aún podremos quedar con James en un lugar público, pero prefiero que sea en su casa. El espacio personal suele revelar mucho sobre una persona, y tengo mucha curiosidad por ver cómo es desde dentro de su dominio.

—¿De qué te gustaría hablar? —Su voz carece de emoción.

Respiro hondo y le cuento la oferta de James. Le explico que sería una gran oportunidad para Wyatt. No menciono que James y yo seamos algo más que amigos, no quiero que sospeche.

Ella entrecierra los ojos.

—¿De qué conoces a ese hombre? ¿Es de por aquí?

Tomo aire para pensar en una mentira que pueda ayudar a acelerar las cosas.

—En realidad, es de Viena, pero va a pasar un par de semanas en Ruddel.

—¿Así que no lo conoces?

—Sí que lo conozco —miento—. Somos amigos desde antes de venir aquí. Amigos a distancia. Cuando se enteró de que venía a Ruddel, decidió visitarme.

En cuanto sale la mentira, me doy cuenta de mi error. Ruddel es un pueblo pequeño y los Mayer son muy conocidos aquí. ¿Y si Robin lo conoce?

Los ojos de Robin se entrecierran aún más hasta parecer rendijas.

—¿Solo amigos, nada más?

Mi cara se enciende de la vergüenza.

—Solo amigos, sí. —De repente, me siento como una adolescente interrogada por sus padres—. Tiene experiencia en enseñar alemán

a turistas. De verdad creo que esto sería bueno para Wyatt. Por favor, piénsatelo.

—¿Cómo se llama?

Me quedo paralizada y me muerdo el labio inferior, preguntándome si debo decirle la verdad o mantener la mentira. Entonces decido que más mentiras podrían acabar siendo contraproducentes, así que le digo la verdad.

—James.

Es un nombre bastante común y, a juzgar por la cara de Robin, no parece reconocerlo. Suelta un largo suspiro antes de decir por fin:

—Déjame pensarlo.

—Por supuesto. —Me alegro de que no haya dicho que no al instante.

Pero antes de que salga de la habitación, me hace una severa advertencia:

—Por ahora, quiero que mantengas a Wyatt alejado de ese tal James. Eres la única persona a la que le confío a mi hijo.

—Lo haré —digo con una sonrisa rígida, preguntándome si sabrá que Wyatt y yo hemos quedado en secreto con James.

Después de salir de la habitación, me siento aliviada de que Robin al menos esté considerando la oferta de James. Ahora solo me queda esperar a ver qué decide. Hasta entonces, no le mencionaré nada a Wyatt. No tiene sentido que se haga ilusiones cuando aún existe la posibilidad de que Robin diga que no.

Por primera vez desde que vine a trabajar para los Mayer, hace más de un mes, cenamos todos juntos. Paul está en casa y sale por una vez de su despacho para reunirse conmigo, Wyatt y su mujer en la mesa del comedor. En vez de preparar yo la cena, Robin ha pedido comida china, lo cual es un cambio agradable. Durante la comida se habla poco y noto la tensión en el ambiente.

En el pasado, antes de enterarme de que Robin y Paul podían ser responsables de un asesinato, habría esperado con impaciencia la perspectiva de comer con toda la familia, deseando que fuera una

experiencia agradable; esta vez, sin embargo, estoy nerviosa. Siento que Robin, cuyos ojos nunca se apartan de mi cara, puede sentir que les oculto algo.

Wyatt parece estar tan incómodo como yo y aún parece tener miedo de sus padres. Su postura es rígida y no habla mucho, solo contesta con un breve sí o no cuando se le habla. Su mirada se mantiene fija en el plato durante toda la cena. Siento lástima por él, sabiendo la confusión interior a la que debe enfrentarse.

—Wyatt —dice finalmente Paul, rompiendo el incómodo silencio—, ¿te lo has pasado bien en el pueblo estos días con Christa? Tu madre dice que has ido mucho a la librería.

Me pongo rígida. ¿Y si Paul sabe que hemos estado pasando tiempo con James y que he estado llevando a Wyatt a las caballerizas sin su permiso? ¿Y si alguien nos ha visto? ¿Es esta cena algo más que un momento para compartir una comida? Tengo la sensación de que podría ser un interrogatorio. Se me revuelve el estómago. Si descubren lo que he estado haciendo, podrían despedirme en el acto, y eso me impediría llegar a la verdad.

Wyatt me echa una mirada rápida y luego vuelve la vista a su plato. Por favor, no se lo digas.

Para mi alivio, asiente y murmura una afirmación entre dientes, y luego vuelve la atención a su comida.

Paul se esfuerza por hacerlo hablar, pero Wyatt no reacciona mucho. El chico está tan desconectado de sus padres que duele verlos juntos. La conversación pronto se aleja de Wyatt y nuestras excursiones, y el silencio vuelve cuando todos terminamos de comer.

En cuanto los platos están vacíos, empujo hacia atrás mi silla para recoger la mesa, pero, antes de que pueda ponerme en pie, Robin habla. Su voz es suave, pero tiene una nota de autoridad.

—Christa —dice—, nos gustaría hablar contigo en privado, si no te importa. No te preocupes, no tardaremos mucho. —Se vuelve hacia Wyatt—. ¿Por qué no vas a leer un libro a tu habitación?

Wyatt casi sale corriendo de la habitación, ansioso por librarse de la opresiva atmósfera.

Mi corazón se detiene y el miedo se apodera de mi cuerpo. Lo

primero que pienso es que me han descubierto, que saben hasta dónde he llegado para conseguir este trabajo.

Cuando solicité el puesto, les dije que había estudiado Psicología Infantil, pero omití la parte en la que nunca terminé mis estudios. Para parecer mejor cualificada, les presenté un título falso. Estaba decidida a conseguir el trabajo, costara lo que costara.

Robin me estudia un momento y luego sonrío.

—No tienes de qué preocuparte. Solo queríamos hablar de lo que esperamos de ti y asegurarnos de que todos estamos de acuerdo.

—Claro. —Me relajo un poco, aliviada de que mi secreto siga a salvo. Pero ¿de qué queréis hablar exactamente?

Paul continúa:

—Robin me ha dicho que tienes un amigo que se ha ofrecido a darte clases de alemán a Wyatt y a ti.

—Sí —consigo decir—. Es muy amable al ofrecernos su tiempo sin cobrar nada.

—Por lo visto, antes era profesor de alemán —le dice Robin a su marido.

—Entiendo. —Paul hace una pausa para limpiarse los labios con una servilleta—. Nos gustaría que Wyatt aprovechara esta oportunidad, pero queremos asegurarnos de que, si lo hace, esté supervisado en todo momento. Nada de pasearse por ahí con tu amigo ni nada por el estilo. Y no lo dejes en compañía de nadie más.

—Por supuesto —le digo—. Prometo vigilarlo.

La ira hierve en mis venas. La forma en que controlan la vida del chico está mal, pero me guardo mis sentimientos para mí. Lo único que puedo hacer ahora mismo es asegurarle que seguiré manteniéndolo atrapado en la burbuja que han creado para él, una burbuja que, sin mí dentro de ella, probablemente lo asfixiaría. No, nunca dejaré que eso ocurra.

—También queremos conocer primero a ese tutor —añade Robin—. Invítalo a venir a casa mañana por la tarde.

Trago saliva y asiento. Esperemos que a James no le importe. Y espero que no lo reconozcan como a uno de los vecinos. La conversación dura unos minutos más. Cuando termina, suelto un

suspiro que no sabía que estaba conteniendo y me levanto de la mesa.

Después de limpiar la cocina, voy a darle las buenas noches a Wyatt y a contarle la buena noticia, que tendrá permiso para salir más de casa. Estoy demasiado emocionada para guardármelo.

—Voy a proponer dos clases por semana. Uno de esos días, puedes hacer lo que quieras, ¿vale? —Me llevo un dedo a los labios—. Será nuestro pequeño secreto.

—¿Lo que sea?

—Bueno, dentro de lo razonable. Y mientras no lo cuentes...

—No lo haré, lo prometo. —Se le ilumina la cara y sé que haría cualquier cosa por conseguir un poco más de libertad. Se lanza a mis brazos y me da un cálido abrazo—. Gracias, Christa.

—De nada, cielo. —Le rodeo con mis brazos.

Wyatt sonrío cuando me suelta, y es un alivio ver la alegría en su cara. Hagan lo que hagan sus padres, siempre me tendrá a mí. Haré lo que sea necesario para asegurarme de que está a salvo y cuidado. Se merece la felicidad, y me aseguraré de que la tenga.

Cuando salgo de su habitación, me seco las lágrimas que ya escapan de mis ojos. Lágrimas que no podía dejarle ver.

Cuando llamo a James para contárselo, se emociona mucho ante la perspectiva de pasar más tiempo conmigo. Ni siquiera le importa venir a conocer a Robin y Paul, siempre que eso acabe dándole más acceso a mí y a Wyatt. Me conmueve que, a pesar de conocerme desde no hace mucho, esté claramente empeñado en intentar protegerme y, a su vez, a Wyatt. Ningún hombre se ha esforzado tanto por cuidarme, y eso ayuda a derribar un poco los muros que rodean mi corazón, pero aún queda mucho camino por recorrer.

18

CHRISTA

A la tarde siguiente, cuando Robin y Paul se reúnen con James, no hay ningún indicio de que lo conozcan, lo cual es un alivio, pero, cuando todos tomamos asiento en la biblioteca, no puedo evitar darme cuenta de que James parece un poco incómodo cerca de ellos. La forma en que evita sus miradas, la manera en que se agita cuando alguno de ellos habla, me hace pensar que es más que un poco aprensivo, como si se estuviera conteniendo para decirles exactamente lo que piensa de ellos. Pero ¿quién no se sentiría incómodo en presencia de personas de las que se rumorea que han matado a alguien?

—¿Te apetece beber algo? —le pregunta Robin a James, ofreciéndole una taza de té de hierbas.

—No, gracias —dice James con la voz tensa. Sigue sin hacer contacto visual con ninguno de ellos. Tengo la sensación de que no quiere quedarse más tiempo del necesario, y no puedo decir que lo culpe.

La tensión en la sala es palpable, pero al final se relaja y les habla de las clases de alemán.

—No pido ningún pago. Me gusta enseñar, y esta parece una gran oportunidad para ayudar a alguien que lo necesita. —Su voz flaquea un poco, pero sigue hablando—: Me centraría en enseñarle nociones básicas de conversación, ayudarlo con la lectura y la escritura, y también con la gramática.

Todo parece una entrevista, pero el ambiente ha cambiado. Sigue habiendo un aire de sospecha e inquietud, pero está impregnado de algo más: gratitud y comprensión.

Paul asiente y sonríe.

—Estamos muy agradecidos por tu ayuda, James. ¿Y estás seguro de que no quieres que te compensemos por tu tiempo de alguna manera?

—En absoluto. Como he dicho, estoy encantado de hacer esto, y es

un favor para mi amiga.

Sus ojos se encuentran con los míos, y es como si alguien encendiera una luz dentro de mi corazón. Aparto la mirada antes de que Robin y Paul noten el rubor en mis mejillas.

—Si es así —continúa Paul—, aceptamos tu oferta y te agradecemos tu generosidad.

Me invade el alivio y estoy a punto de dar las gracias, pero James se me adelanta.

—No hay problema. Como he dicho, estoy encantado de hacerlo.

Durante el resto de la conversación, le sigue la corriente a todo lo que le he contado a Robin sobre él, incluido que solo está de paso en Ruddel. Finalmente, se pone en pie.

—Me temo que ahora tengo que irme. —Sus palabras suenan sinceras, pero ha vuelto la expresión cautelosa a su rostro y me hace pensar que aún no se siente del todo cómodo estando aquí.

—Por supuesto —dice Robin, poniéndose en pie también—. Gracias por venir, James. —Le tiende la mano para estrechársela, pero James la esquiva fingiendo que no la ha visto y volviéndose con rapidez hacia mí.

Imperturbable, Robin retira la mano y se acerca a la puerta para abrirle.

Mientras conduzco a James al coche, se inclina despacio para besarme en los labios y siento que me recorre una corriente eléctrica. Paralizada por el miedo y la expectación, apenas consigo apartarme a tiempo.

—Somos amigos, ¿recuerdas? —Cruzo nerviosa los brazos sobre el pecho—. No sé si estarían de acuerdo si supieran que tú y yo somos...

—¿Sí? —Levanta una ceja—. ¿Qué somos exactamente?

No sé la respuesta a esa pregunta. Aunque hay una clara conexión entre nosotros y me parece extremadamente atractivo, ¿besarlo una vez lo convierte en mi novio?

—Es complicado —digo, apartando la mirada.

—No pasa nada. —Me besa en la mejilla y abre la puerta de su Nissan—. Lo comprendo. Tan solo me alegro de verte, aunque sea así..., por ahora. —Me guiña un ojo y sube.

La semana transcurre deprisa y llega el momento de la primera salida de Wyatt conmigo y con James, que nos invita a su casa por primera vez. Vive en una casa de campo a las afueras del pueblo. El lugar me cautiva de inmediato y entiendo por qué lo eligió. Entrar en ella es como adentrarse en un mundo diferente.

El interior es el sueño de cualquier músico. La decoración es *vintage*, ecléctica y rica en cultura, desde las vigas de madera del techo hasta las guitarras e instrumentos que cuelgan de las paredes. El salón está decorado con carteles antiguos de cantantes emblemáticos y preciosos discos de vinilo apilados contra la pared.

Incluso la cocina tiene notas musicales en los azulejos blancos.

—Guau —suspiro cuando nos lleva a la mesa de la cocina, y Wyatt se queda embobado mirando una guitarra eléctrica colgada en la pared—. No habías mencionado que te gustaba la música.

—No me lo preguntaste. —Me acerca una silla—. Formaba parte de una pequeña banda cuando era estudiante, pero eso fue hace mucho tiempo. ¿Qué os pongo de beber antes de empezar la clase? Tengo té helado de melocotón y limón, café y una botella de vino tinto.

—Vino, por favor —bromea Wyatt, y se ríe cuando le lanzo una mirada—. Es broma. Té helado, por favor.

Viéndolos juntos, casi puedo fingir que somos una pequeña familia, algo que nunca me he permitido tener porque mi corazón estaba cerrado. Pero la idea de desear que sea verdad me oprime el pecho como un peso real, una pesadez de la que no puedo librarme. Estoy agradecida por este tiempo con James y Wyatt, y una parte de mí desearía que durara para siempre.

Mentiría si dijera que no me estoy enamorando de James, y no estoy segura de estar preparada para ello. Me preocupa que no le guste la persona que soy en realidad, la mujer que hay bajo la máscara. Y podría no aceptar mi pasado si lo conociera. Pero ahora no puedo pensar en eso, así que sigo disfrutando del momento tal y como es, sin mancharlo con remordimientos ni preocupaciones.

—¿Sabes qué, Wyatt? —dice James cuando estamos a punto de

irnos—. Tengo un sobrino que no vive lejos de aquí. Se llama Simon y tiene dieciséis años, solo uno más que tú. Le encantaría conocerte.

Los ojos de Wyatt se entrecierran ante la idea de quedar con un desconocido, pero asiente despacio.

—Tal vez —dice.

Aunque Wyatt habla a veces de sus amigos de Nueva York, sé que en el fondo es un introvertido. Para los de fuera, puede parecer distante e inaccesible, pero en el fondo es un alma amable y gentil, y espero que Simon lo vea.

—Oye —James le revuelve el pelo—, solo es una sugerencia. Te prometo que es guay. También es fan de la PlayStation, como tú, y tiene un montón de juegos a los que podríais jugar juntos.

—Supongo —dice Wyatt encogiéndose de hombros. Percibo que una parte de él está entusiasmada ante la perspectiva de conocer a un nuevo amigo, pero sigue dudando, lo cual es comprensible.

—Podemos hablar de ello en otro momento —sugiero—. No tienes que decidirlo ahora.

—No —interviene Wyatt—. No me importa conocerlo.

—Genial. —James se frota las manos—. Antes de que os vayáis a casa, podría llevaros a conocerlo en un momento. Y, si os caéis bien, la próxima vez podríais pasar más tiempo juntos en su casa. Si no, no tendréis que volver a veros.

Le había contado a James que quería encontrar una actividad para que Wyatt tuviera otra cosa que hacer uno de los días, aparte de las clases de alemán, y me emociona que sugiera esto como una forma de llenar el tiempo de Wyatt. Y, aunque aún me preocupa que Robin se entere, creo que esto sería bueno para él.

—Me parece una idea estupenda. —Sonrío—. Hagámoslo.

—Sí. —Wyatt se rasca la nuca—. Podemos ir.

El sobrino de James y su hermana viven a solo diez minutos en coche. Wyatt y yo dejamos las bicis en su casa y él conduce hasta allí. Simon y sus padres son cálidos y amables, y para sorpresa de ambos, tras unos minutos de vacilación, Simon y Wyatt conectan enseguida, hablan y bromean sobre videojuegos y otras cosas de adolescentes como si fueran viejos amigos. Solo pasamos allí veinte minutos, pero es tiempo suficiente para que Wyatt congenie con

Simon y para que nos sintamos cómodos con que los dos vuelvan a quedar.

Cuando regresamos a casa de James, Wyatt está radiante y no puedo evitar sentirme agradecida por la generosidad de James. Mientras Wyatt toca el piano de James, le doy las gracias y le digo lo mucho que esta excursión ha significado para mí.

—Ha sido genial ver a Wyatt pasar el rato con alguien de su edad. Gracias.

—Te importa mucho, ¿verdad? —responde James.

—Claro que sí. Quiero que sea feliz.

—Bueno, entonces, esto es lo menos que puedo hacer. —Sonríe y cierra la puerta de la cocina—. ¿Crees que tal vez podría darte otro beso a escondidas?

No contesto, pero ya está lo bastante cerca como para que pueda sentir su calor y oler su colonia especiada. No sé si es lo que quiero ahora, pero me mira con tanta ternura que se me derrite el corazón y me inclino hacia él. Y, antes de que pueda pensarlo dos veces, sus labios encuentran los míos. Es el tipo de beso que he estado esperando desde la primera vez que nuestros labios se tocaron. Es suave, tierno y lleno de promesas, y me hace sentir como en casa.

Cuando nos separamos, las lágrimas corren por mis mejillas.

—Dios mío, Christa, ¿estás bien? —James me limpia la mejilla con el pulgar.

Sacudo la cabeza, incapaz de hablar.

Me coge en brazos y me acurruco en su pecho.

—Oye, no pasa nada. Todo va bien —me susurra en el pelo.

Al final, me aparto y me limpio las lágrimas.

—Tengo miedo, James..., por mí y por Wyatt. Desearía poder llevarme a mi hijo y alejarme lo máximo posible de este lugar.

Solo cuando la cara de James se pone roja me doy cuenta de lo que he hecho... Dicho. El pánico se apodera de mí y desearía poder borrar los últimos segundos de nuestra conversación, pero no puedo.

Da un paso atrás y se mete las manos en los bolsillos con los ojos llenos de preguntas.

—¿Tu hijo? ¿Wyatt es tu hijo?

Suspiro y me aprieto la frente con el puño.

—Sí —susurro—. Es mío. —Hago una pausa y me muerdo el tembloroso labio inferior—. Mira..., yo... Tenemos que irnos.

—¿Qué? Espera, tenemos que hablar. Esta noche voy. Aparcaré en el mismo sitio que la última vez. ¿Podrás salir? ¿Fingir que vas a dar un paseo nocturno o algo así?

—Sí —susurro con un nudo en la garganta.

Acabo de exponer mi secreto. Ya no hay vuelta atrás. ¿Qué va a pasar ahora? ¿Y si James les cuenta mi verdad a Robin y Paul?

19

CHRISTA

El aire de la noche me da escalofríos mientras me dirijo hacia el coche de James, con el corazón latiéndome tan fuerte que lo oigo en los oídos. En lugar de hablar en el coche, sugiero ir a una cafetería del pueblo. Aunque odio dejar a Wyatt, esta es una conversación que requiere sentarse como es debido, y lo último que quiero es que Robin me oiga.

Durante el trayecto, mi mente se llena de pensamientos sobre Robin y Paul descubriendo que he salido a las once de la noche y preguntándome después por qué no los he avisado antes de mi excursión. Me recuerdo a mí misma que soy adulta y que puedo ir y venir cuando quiera.

Conducimos en completo silencio mientras mi cabeza da vueltas una y otra vez a la misma pregunta: ¿qué va a hacer James con lo que acaba de descubrir sobre mí?

El restaurante es un típico local austriaco, situado en una antigua bodega con azulejos de porcelana en las paredes. La decoración parece no haber sido actualizada desde los años 50 y la iluminación es tenue, lo que aumenta mi temor.

El local está vacío, aparte de unos cuantos ancianos que toman té y hablan en voz baja cerca del fondo. Una camarera ataviada con un *dirndl* verde y blanco —un vestido tradicional austriaco— nos advierte de que cierran dentro de media hora, pero es tiempo más que suficiente para lo que tengo que decir.

Nos instalamos en una mesa en un rincón, lejos de miradas indiscretas. James pide una Radler y yo, un vaso de agua con gas; tengo la garganta seca como la arena del desierto. Me parece extraño que pida cerveza, ya que una vez me dijo que solo bebía agua. Supongo que mi revelación le ha impactado tanto que necesita algo más fuerte.

Cuando llegan las bebidas, le da un trago a la suya con los ojos clavados en los míos.

—Dime qué pasa —me dice.

Así lo hago. Solo le cuento lo que no me incomoda compartir. Algunas cosas es mejor mantenerlas ocultas.

—Hace quince años, di a luz a un niño. Era perfecto, pero yo no estaba bien. La depresión me dejó incapaz de cuidar de él, así que se lo llevaron y me obligaron a ingresar en un hospital psiquiátrico durante unas semanas. Cuando volví, me dijeron que mi hijo había muerto, pero me negué a aceptarlo. Solo sabía que estaba vivo y que me estaban mintiendo.

—¿Por qué? —La cara de James está marcada por la preocupación cuando se inclina hacia mí, instándome a continuar—. ¿Por qué hicieron algo así?

—Cuando estuve enferma, me declararon demente y me advirtieron de que, si no me recuperaba, me quitarían a mi hijo.

—¿Te dijeron de qué murió?

Me presiono los ojos con una servilleta arrugada.

—Dijeron que fue el síndrome de muerte súbita del lactante, pero yo no les creí. En el fondo de mis entrañas sabía que mi bebé estaba vivo. Solo sabía...

—¿Quiénes son, Christa? ¿Quiénes son estas personas? —Los ojos de James también están llenos de lágrimas.

Le devuelvo la mirada y parpadeo como si lo viera por primera vez. Entonces dejo caer la cabeza.

—Eso no importa. Lo que importa es que he encontrado a mi hijo y me aterra volver a perderlo.

Cuando dejo de hablar después de estar a punto de contar demasiado, James no dice nada durante un rato, y la habitación parece casi en silencio, excepto por el sonido de una máquina de café zumbando de fondo. Todos los demás sonidos han sido ahogados por el de mi corazón latiendo en mis oídos. La expresión de James es ilegible y tengo miedo de que huya y no vuelva a hablarme o, peor aún, de que me amenace con contarles a Robin y a Paul lo que le he revelado.

Finalmente, se echa hacia atrás en la silla y se frota la cara con ambas manos.

—Así que Wyatt es adoptado y Robin y Paul no saben que eres su

madre.

No es una pregunta, pero respondo de todos modos.

—Sí. Tenía diecisiete años cuando lo tuve, y... —Mi voz es ronca, siento la garganta como si hubiera tragado papel de lija y me tiemblan las manos mientras hablo—. Cuando se lo llevaron, me quedé vacía. No me quedaba nada dentro. Estaba entumecida y sentía que había fracasado como madre. Me pasé años buscándolo en cada rostro que veía... —me interrumpo, incapaz de seguir hablando.

James se inclina sobre la mesa y coloca su mano sobre la mía, apretándola con cariño.

—No fracasaste como madre. Hiciste todo lo que pudiste para encontrarlo a pesar de las probabilidades.

—Gracias, James. Significa mucho para mí. —Suelto un largo suspiro, aliviada de que no me juzgue por no haberme quedado con mi bebé—. Cuando lo encontré, sentí como si el mundo hubiera cambiado y, de repente, mi vida volviera a tener sentido. Sabía que no podía dejar que se me escapara otra vez, así que me quedé cerca. —No necesita saber cuánto tiempo pasé trabajando en el antiguo hospital donde me dijeron que había muerto, el rastro de papeleo que seguí hasta una agencia de adopción de Lexington y los papeles de adopción que me llevaron hasta Wyatt.

Asiente y bebe un buen trago.

—Así que por eso eres tan protectora con él... —Parece perdido en sus pensamientos—. Es solo cuestión de tiempo que alguien se entere.

Sé que lo que dice es cierto, pero tengo demasiado miedo de hacer algo al respecto, miedo de que, si les digo la verdad, me alejen de mi hijo para no volver a verlo nunca más.

—Solo quería estar cerca de él..., cuidarlo —respondo, sintiéndome derrotada—. Pero ahora... —Se me va la voz.

Cuidar de Wyatt no es un trabajo para mí. Es un privilegio, un deseo arraigado que llena todo mi ser. Es mi hijo, y nada es más importante que estar a su lado, pasar todo el tiempo que pueda en su presencia.

James se echa hacia atrás en la silla y me mira a la cara.

—Me preguntaba por qué estabas tan obsesionada con el chico y te aterrorizaba dejarlo solo. —Se pasa una mano por su espesa cabellera—. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Somos... Éramos amigos.

Aprieto los labios y agacho la cabeza, avergonzada, con los ojos llenos de lágrimas.

—No podía. —Me atraganto mientras el miedo me araña por dentro—. No podía decírtelo, ni a ti ni a nadie. Era demasiado arriesgado.

Cuando las lágrimas empiezan a brotar más deprisa, James se levanta de la silla y viene a mi lado. Me rodea con sus brazos. Cuando los sollozos sacuden mi cuerpo, me aferro a su pecho en busca de consuelo.

—No pasa nada —dice con suavidad, acariciándome el pelo para tranquilizarme—. Lo arreglaremos. Puedes confiar en mí. —Me coge la mano y me la aprieta con fuerza.

Mi cuerpo se relaja por primera vez en semanas mientras recuesto la cabeza en su pecho, aliviada de poder confiarle este secreto. Pero, aun así, en el fondo de mi mente acecha el temor de que algo pueda salir mal.

—Tengo miedo por mi hijo, James.

—No te preocupes. Lo alejaremos de esa gente. Lo que tenemos que hacer es demostrar que no son aptos para ser padres..., que son asesinos. Eso te facilitaría recuperar a tu hijo.

—O tal vez debería...

—No —dice, leyéndome la mente—. Son sus padres legales. Eso se consideraría secuestro y quién sabe qué más.

Asiento, dándome cuenta de que tiene razón. Lo más seguro es demostrar que no son buenos padres.

—Haré lo que haga falta —susurro, con más lágrimas llenándome los ojos—. No puedo dejar que le hagan daño.

—No te preocupes. —James me acerca más a él—. Tú y yo... encontraremos la forma de mantener a Wyatt a salvo. Te lo prometo. Solo tienes que encontrar pruebas en la casa y nosotros resolveremos el resto.

He recuperado la esperanza y, por primera vez en semanas, quizá incluso años, siento que tengo el control. Puedo hacerlo.

Encontraremos la forma de que Wyatt vuelva conmigo. Es mi hijo. Mío, no de Robin.

Trago saliva para aliviar el nudo en la garganta y busco una servilleta para sonarme la nariz.

—Necesito volver a la casa.

—No, no puedes. No en este estado. Necesitas un tiempo lejos de allí. Pasa la noche conmigo —me dice, rodeándome los hombros.

Su abrazo es cálido y seguro, y es justo lo que necesito ahora. Asiento y me dejo llevar por él, apoyando la cabeza en su pecho. Luego vuelvo a alejarme, el miedo y la preocupación regresan.

—No puedo dejar a Wyatt allí solo con ellos. No está seguro.

—Christa —James me coge las dos manos—, si quisieran hacerle daño, ya lo habrían hecho. Son sus padres. No biológicamente, sino legalmente. Eso significa que tienen alguna responsabilidad sobre él. Intenta descansar esta noche, y mañana puedes volver y buscar más pruebas.

Respiro hondo, intentando despejarme y concentrarme en sus palabras, creerle.

—¿No ves posible que la tomen con él si descubren que no estoy? James se ríe a su pesar.

—No pueden hacer eso, mi amor. Aún no saben que eres su madre. Duerme un poco lejos de esa casa, y te llevaré de vuelta mañana temprano.

Asiento y él vuelve a acercarme; siento cómo me rodea con su calor. Unos minutos después, paga y nos vamos.

En su casa de campo, me envuelve en su fuerte abrazo y me besa con pasión. Sus manos callosas encienden mi piel, incendian mi cuerpo y me derrito en él. Mientras sus besos se llevan el dolor y los problemas que me agobian, me entrego completamente a él, abandonando todos mis miedos y preocupaciones. Olvidando la batalla que me espera, permito que un placer implacable me atraviese.

Son casi las tres de la madrugada y aún está oscuro cuando me despierto en los brazos de James, presa del pánico, y le suplico que

me lleve de vuelta a la villa, con la culpa arañándose el interior del estómago.

Mis pasos se aceleran al entrar en la casa, solo para encontrar a Robin en la oscura sala de estar con la televisión en silencio. La luz del televisor ilumina su rostro, revelando una mezcla de tristeza y desesperación. Están dando un programa de humor, pero ella no parece tener ganas de reír. Está sentada en la oscuridad, en completo silencio, mirando la televisión sin expresión en la cara.

El aire está cargado de tensión y puedo sentir cómo sus ojos me atraviesan cuando me quedo congelada como un criminal pillado in fraganti. La pregunta es: ¿qué hace aquí? ¿Ha bajado a tomar algo y ha decidido quedarse a ver la tele, o me estaba esperando? ¿Y si me ha visto salir y subirme al coche de James?

Enseguida recuerdo que lo que hago en mi tiempo libre no es asunto suyo. Es mi empleadora, no mi madre. No tengo nada de qué avergonzarme.

—Hola, Robin. —Intento controlar el temblor de mi voz—. Es tarde para estar levantada. —Soy una mujer adulta y no debería tenerle miedo, pero en cierto modo lo tengo.

Enciende la lámpara que tiene al lado, ahuyentando las sombras y revelando más marcas de estrés en su rostro.

—Lo mismo podría decirte, al parecer. —Sus palabras salen como garras, arañando el silencio que las sigue.

Miro hacia la ventana y veo las cortinas ondeando con la brisa, y al instante oigo el gorjeo de los grillos. Me recuerdan a mi infancia en la granja, pero, en lugar de provocarme una sensación de seguridad, solo aumentan mi miedo y mi aprensión. Se me hace un nudo en la garganta y siento la lengua como un peso de plomo en la boca. Necesito mantener la calma. No puedo dejar que sospeche nada.

Robin aparta la mirada y no hablamos durante unos instantes. El aire que nos rodea se siente pesado, como una pared de humo que me ahoga con cada respiración. Sé que tengo que actuar rápido. Me obligo a mirarla a los ojos.

—Sí, sí, acabo de dar un paseo por el pueblo. —Mi pulso se acelera mientras busco una excusa—. Se está bien fuera y necesitaba un

poco de aire fresco. —Ojalá se me ocurriera una razón mejor, pero eso es lo primero que me sale.

—¿A estas horas? —Echa un vistazo al reloj de la pared y cambia de postura antes de tomar un sorbo de agua, ¿o es algo más fuerte?

—. Bueno, supongo que todos necesitamos un descanso a veces. — Bebe otro trago de su vaso con los ojos aún llenos de sospecha.

Finjo un bostezo y me dirijo hacia la puerta.

—Creo que es hora de que me vaya a dormir. Ha sido un día agotador.

Robin me dedica una sonrisa tensa que no llega a sus ojos.

—Sí, seguro que sí. —Me mira fijamente antes de añadir en un susurro—: Que duermas bien, Christa.

Se me hace un nudo en la garganta cuando sus palabras flotan en el aire entre nosotras como una acusación.

—Que duermas bien —le susurro antes de salir de la habitación. Con el pulso acelerado, subo tranquilamente las escaleras de dos en dos.

Ahora mismo me odio por ser tan débil en su presencia, por actuar como si tuviera algo que ocultar. Todavía no sé cómo voy a hacerlo, pero sí sé que hay que llevarse a Wyatt de aquí lo antes posible. Por el bien de ambos. Estar en esta casa empieza a asfixiarme y estoy decidida a liberarme de sus barrotes invisibles.

Le mando un mensaje a James desde el dormitorio y le cuento la breve conversación que he tenido con Robin. En lugar de responderme, me llama y escucha lo que tengo que decirle, exhalando un sonoro suspiro una vez que he terminado.

—Ten mucho cuidado, Christa. No puedes dejar que sospechen nada. Tenemos que encontrar pruebas de que no son aptos para ser padres, y después podrás recuperar a Wyatt sano y salvo.

Mientras pronuncia las palabras, aún recuerdo el calor de su abrazo, el sabor de sus labios sobre los míos y el tacto de las yemas de sus dedos sobre mi cuerpo. Yo lo necesitaba, y creo que él también.

—Lo sé —susurro—. Gracias por todo.

Aunque me ha costado abrirme, ha sido una buena idea decirle a James que Wyatt es mi hijo porque ahora lo tengo de mi lado para

que me ayude. Pero debo tener cuidado a partir de ahora. Necesito ocultar el resto de mi pasado para que no cambie su opinión sobre mí.

20

CHRISTA

Han pasado dos semanas enteras desde que le confesé a James que Wyatt es mi hijo. Acabamos de volver a casa tras nuestra clase de alemán, seguida de una breve visita a Simon. Mientras los dos chicos han estado disfrutando de su mutua compañía, yo he ido conociendo mejor a James a medida que pasábamos más tiempo a solas en su casa, a menudo abrazados. Revelar mi secreto nos ha unido aún más.

Robin está en su habitación, y puedo oír desde el otro lado que parece estar hablando por teléfono. Falta poco para el almuerzo y, antes de bajar a prepararlo, voy a mi habitación a ponerme la ropa de estar por casa.

En cuanto entro, sé que algo ha cambiado. Lo primero que noto es el perfume en el aire. El característico perfume de lirio blanco de Robin flota en el aire como una nube. El día que llegué a la villa, me recordó a un campo de flores en primavera, pero ahora me hace un nudo en la garganta y me encoge el estómago.

Ha estado en mi habitación, que, como todas las demás estancias de la casa, no tiene llave.

Cierro la puerta y mi mirada recorre todo el espacio buscando más señales de cambio, pero no hay nada. Tengo la sensación de que, si ha estado en la habitación, buscaba algo en concreto, pero ¿qué? Todo parece estar en su sitio, pero persiste una sensación de inquietud, como si algo se hubiera movido o cambiado de su lugar habitual.

Mi mirada se desplaza hacia los cajones de la mesilla de noche medio abiertos. Me tiemblan las manos mientras rebusco frenéticamente entre ellos, tirando a un lado monedas sueltas y recibos viejos, buscando cualquier cosa que pueda incriminarme, aunque sé que no soy tan descuidada. Mi corazón se acelera mientras deslizo el último cajón para cerrarlo, aliviada por no encontrar nada que pueda meterme en problemas. Mi alivio solo

dura hasta que entro en el cuarto de baño. Una clara señal de que definitivamente ha habido alguien en la habitación es que las toallas del baño no están dobladas de la intrincada forma en que yo siempre lo hago. Quien las haya desplegado no ha tenido la paciencia ni la habilidad para volver a plegarlas con su estilo original.

Me invade una fría sensación de sospecha y temor. No puede haber sido nadie más que Robin. Simplemente lo sé. Pero ¿qué hago ahora que sé que ha invadido mi espacio? No puedo enfrentarme a ella. ¿Y si me dice que sabe la verdad sobre mí? Quizá la mejor manera de manejar esto sea ignorarlo y fingir que no me he dado cuenta de nada. Estoy segura de que ella hará lo mismo.

De camino a la cocina, oigo que Robin sigue hablando por teléfono, así que decido no molestarla, pero me tropiezo con Paul en la cocina. Está sentado a la isla, bebiendo un vaso de zumo de naranja y leyendo un periódico en alemán. Apenas levanta la vista cuando entro.

—Hola, Paul —digo acercándome a la nevera para coger las alitas de pollo que había dejado descongelando.

Responde con un suave gruñido antes de mirarme.

—¿Qué tal las clases de alemán de hoy? —pregunta.

Me tenso al instante. Antes de que detecte mi incomodidad, fuerzo una sonrisa.

—Muy bien. Creo que Wyatt está progresando mucho.

Paul me mira y veo una rara sonrisa en su cara, algo a lo que no estoy acostumbrada. El tipo rara vez sonríe o me habla en general.

—Esas son buenas noticias. —Sus ojos permanecen clavados en mí, haciendo que se me erice la piel por el peso de su mirada—. Christa, ¿te gusta trabajar aquí? —pregunta.

Inspiro hondo y me apoyo en la encimera de la cocina, esperando lo peor.

—¿Qué quieres decir?

—Solo te pregunto si te gusta trabajar aquí..., para nosotros.

—Sí, por supuesto —respondo con un rápido movimiento de cabeza—. Agradezco mucho esta oportunidad.

Se inclina hacia delante y me estudia.

—¿Estás segura? —Hace una pausa—. No pareces muy

entusiasmada la mitad del tiempo, y desde luego no estás contenta nunca.

—Ah, quizá sea porque no suelo mostrar muchas emociones —tartamudeo, sintiéndome nerviosa.

—Ah, ¿no? Sin duda, estabas más alegre cuando nos conocimos en la entrevista. Recuerdo lo emocionada que estabas por venir a Austria.

—Sigo estándolo —le aseguro—. Es solo que estoy muy ocupada e intento centrarme en el trabajo.

—Estás haciendo un trabajo maravilloso —me dice una voz desde la puerta, y miro para encontrarme a Robin allí de pie. Sin embargo, no hay expresión en sus ojos—. Te agradecemos todo el trabajo que has hecho, pero a veces siento que echas de menos tu casa.

—No, en absoluto —respondo—. Me lo paso muy bien aquí y también disfruto mucho con el trabajo.

—A pesar de todo —prosigue Paul—, hemos decidido que debemos marcharnos de Austria antes de nuestra fecha original de partida.

—¿Antes? —El estómago se me cae hasta los pies—. ¿Por qué?

—Tengo muchos asuntos de los que ocuparme en Estados Unidos, y nos llevaremos a mi madre con nosotros para que continúe allí su tratamiento, así que no tiene sentido que nos quedemos en Austria más tiempo del necesario.

—¿Cuándo? —Me lamo el labio inferior, reseco—. ¿Cuándo planeáis marcharos?

—¿Cuándo nos vamos *todos*, quieres decir? —pregunta Robin, apoyándose en el marco de la puerta.

—Sí, a eso me refiero.

Esto no puede estar pasando. No pueden irse antes de que averigüe lo que le hicieron a esa mujer. Tengo que demostrar que son peligrosos. Necesito salir de este país sabiendo que Wyatt ya no formará parte de sus vidas en Estados Unidos.

—Dentro de una semana —dice Paul, y se levanta para recoger el periódico—. Eso debería darnos a todos un poco de margen para disfrutar algo más de este lugar.

Se me hace un nudo en la garganta y no se me ocurre nada que decir, pero me obligo a hablar.

—De acuerdo —murmuro, fingiendo entusiasmo para evitar que sospechen—. Eso suena muy bien.

Estoy lejos de estar de acuerdo con este nuevo giro de los acontecimientos, pero supongo que una semana es mejor que nada. Todo esto significa que tengo que ponerme en serio con esta investigación y averiguar lo que ocultan lo antes posible.

—Estupendo. Compraré los billetes de avión esta noche —dice Robin.

Más tarde, cuando se lo cuento a James, está tan desolado como yo, quizá incluso más.

—No podemos permitirlo —exclama.

—No sé qué podemos hacer al respecto —respondo—. Si quieren volver a Estados Unidos, no puedo hacer nada para impedirlo, pero no dejaré que se lleven a mi hijo sin saber exactamente de qué son capaces.

—Eso es. Tenemos que buscar pruebas más a fondo —afirma.

No me sorprende no haber encontrado nada que pruebe que Robin y Paul son peligrosos. Aunque no me ha hablado mucho, Robin me ha estado observando como un halcón. Desde la noche que llegué a casa y la encontré esperándome en el salón, tengo la sensación de que ya no confía en mí. No estoy segura de si alguna vez lo ha hecho.

He hecho lo que he podido para encontrar pistas. Cuando tenía ocasión, sobre todo mientras limpiaba la casa, me colaba en el garaje y echaba un vistazo, pero lo único que encontraba era una colección de periódicos viejos, algunas piezas para una moto y unas cuantas herramientas. En uno de los antiguos periódicos locales sí aparecía el rostro de Eva en primera página, y el artículo del interior se escribió más o menos en la misma época en que desapareció. Memorice casi todas las palabras del artículo, después de traducirlo del alemán al inglés.

La desaparición de Eva Weber, de 26 años, se denunció hace casi un mes, cuando salió de casa de sus padres para regresar a su trabajo con la familia Mayer, en Ruddel.

Desde entonces, no ha habido información sobre su paradero. La

policía la busca desde su desaparición, pero no ha podido localizarla.

Los Mayer negaron haberla visto después de que saliera de su casa sobre las 6 de la tarde al final de su turno.

Sus padres mantienen la esperanza de encontrarla con vida. Si posee alguna información, póngase en contacto con el departamento de policía de Ruddel en el siguiente número.

Ojalá el artículo fuera prueba suficiente para vincular a Robin y Paul con la desaparición de Eva, pero no es delito conservar un periódico viejo. En todo caso, podría demostrar que de verdad se preocupaban por ella y querían seguir la historia.

Sigo sin entender qué le pasó a Eva, pero estoy decidida a llegar al fondo del asunto. Lo único que puedo hacer ahora es permanecer alerta.

Todavía al teléfono con James, cierro los ojos y me dejo caer sobre las almohadas, y mi mano se desliza automáticamente debajo de ellas, ya por costumbre. Mis dedos entran en contacto con un trozo de papel, que cojo con el corazón en la garganta. Un folleto con la palabra *vermisst* —desaparecida— escrita en negrita en la parte superior. Debajo, una foto de una mujer despampanante de pelo negro y ojos muy oscuros me mira fijamente. Debajo destaca su nombre.

Eva Weber.

La semana pasada, cuando estuve en el pueblo con Wyatt, lo encontré pegado a un poste en medio de la calle. Aunque desgastado por el tiempo, aún se puede leer. No estoy segura de por qué lo traje a casa ese día y lo escondí dentro de la funda del colchón. Lo miré anoche, pero estoy bastante segura de que lo devolví a su escondite antes de dormirme. Así pues, ¿cómo ha acabado debajo de mi almohada? Alguien debió dejarlo allí para que yo lo encontrara.

—James, creo que lo saben. —Miro el trozo de papel, que tiembla ligeramente en mi mano—. Creo que se han dado cuenta de que sospecho de ellos por la desaparición de Eva. Por eso quieren que nos vayamos.

James guarda silencio unos segundos antes de responder.

—Solo eso me dice que son culpables. ¿Por qué si no querrían dejar Austria tan de repente?

21

CHRISTA

Al día siguiente de la noticia de que nos vamos de Austria, tanto Robin como Paul están fuera de casa. Aunque no les he pedido permiso, le he propuesto a James que demos una clase de alemán en la villa. El plan es que pueda ayudarme con la búsqueda. Con tan poco tiempo antes de volar de vuelta a casa, necesito su colaboración.

—¿A dónde han ido? —pregunta James cuando cruza la puerta. Sus ojos se detienen un instante más en mi rostro antes de darme un suave beso en los labios.

—Ni idea —respondo encogiéndome de hombros, sintiendo cómo se me calientan las mejillas por su cercanía—. Han dicho que volverían a la hora de comer.

Echa un vistazo a su teléfono.

—Son las diez, así que eso nos da unas dos horas. Será mejor que empecemos.

Miro hacia las escaleras.

—¿Qué hacemos con Wyatt?

Le dije a Wyatt que James iba a venir, y estaba eufórico. A estas alturas, ya sabe que nuestras sesiones de alemán son más una actividad de ocio que clases propiamente dichas. El problema hoy es que no hay forma de que registremos la casa sin que él sospeche y haga preguntas. No sabría qué decirle si lo hiciera. Y no me gustaría mentirle.

—¿Se lo has dicho ya? —susurra James—. Sinceramente, creo que es lo bastante mayor como para saber la verdad.

—No estoy segura. ¿Y si dice algo equivocado en el momento menos oportuno? ¿Y si un día está muy enfadado con ellos y se le escapa?

—Tienes razón. —Se pasa los dedos por la barba incipiente—. Tengo una idea. —Saca su teléfono.

—¿Qué estás haciendo?

—Ya que Wyatt y Simon no pueden pasar tiempo juntos hoy, ¿qué tal si organizamos que tengan una videollamada o jueguen juntos a un videojuego?

—Sí, es una buena idea. Eso debería mantenerlo ocupado un buen rato.

Y, por supuesto, Wyatt se apunta, así que lo instalamos en su habitación y cerramos la puerta. Me aseguro de llevarle todo lo que necesita, incluidos sus tentempiés favoritos, para que no sienta la necesidad de salir de su habitación.

Satisfechos de que Wyatt esté contento, James y yo bajamos al sótano para empezar a buscar.

Los sótanos suelen esconder secretos, y espero que este no sea una excepción. A lo largo de las paredes se amontonan innumerables objetos: libros de páginas amarillentas, fotografías enmarcadas de familiares y una colección de figuritas de porcelana cuidadosamente ordenadas. Un *dirndl* austriaco cubre un viejo sillón, que aún desprende el leve olor a naftalina de años pasados. Está claro que estos objetos pertenecieron a los padres de Paul.

En una de las paredes del sótano hay una enorme estantería que llega hasta el techo; está llena de más libros, la mayoría enciclopedias. James saca algunos de ellos y los examina, como si esperara que algo saltara de entre las páginas.

—Esto no tiene sentido —digo mientras cierro una caja de cartón llena de adornos navideños—. Aquí no encontraremos nada.

—Puede que tengas razón. —James se frota la barbilla—. ¿Y su dormitorio?

—¿Su dormitorio? —Me retuerzo las manos—. No estoy segura de que sea una buena idea. ¿Qué pasa si descubren que alguien ha estado ahí? —Después de todo, a mí no me resultó difícil darme cuenta de que alguien estuvo en el mío.

James me coge por los hombros y me gira para que lo mire.

—Christa, esta podría ser nuestra única oportunidad. Tal vez nunca tengamos ocasión de buscar en este lugar de nuevo.

—Tienes razón —digo—. Déjame ver cómo está Wyatt para asegurarme de que no necesita nada.

En cuanto llego al final de la escalera, sé que Wyatt está contento

en su habitación. Es evidente por su sonora carcajada. En lugar de llamar a la puerta, me quedo fuera con una sonrisa en la cara. Me encanta que sea feliz y que yo sea en parte responsable de ello.

Cuando me aparto de su puerta, veo a James subiendo las escaleras, caminando directamente hacia la puerta de Robin y Paul, que está a pocos pasos del rellano. Me sorprende que sepa a dónde ir, a pesar de la gran cantidad de habitaciones que tiene la villa.

Una vez dentro, echamos un vistazo a todo. En realidad, soy más cuidadosa que Robin, porque me aseguro de doblar todo como estaba antes y de colocar cada cosa en su sitio. Lo único útil que encontramos es un teléfono móvil en una de las cajoneras junto a la cama de matrimonio. Se necesita una contraseña para entrar, pero eso no es un problema para James.

Me coge el teléfono y empieza a teclear a la velocidad del rayo. En cuestión de segundos, ha desbloqueado el dispositivo.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunto sorprendida.

—Digamos que tengo una serie de habilidades que resultan útiles en situaciones como esta. —Me sonrío—. En realidad, uno de mis tíos tenía una empresa de tecnología, así que aprendí algunas cosas de él.

—Eso es genial. Estoy impresionada.

No responde porque ya está buscando en el teléfono.

Al cabo de unos minutos, al no encontrar nada útil, abandona. Pero, antes de que lo devuelva al cajón, se lo quito.

—Déjame intentarlo. —En lugar de leer los correos de Robin como ha hecho James, compruebo la aplicación de notas y cualquier otra aplicación del teléfono hasta que doy con una llamada Journali—. Puede que haya encontrado algo. A Robin le gusta llevar un diario y tiene una aplicación. —Le hago señas a James para que se acerque—. ¡Vaya! —exclamo mientras me desplazo por las carpetas—. Hay años y años de anotaciones. Aquí debería haber algo.

—Pero no tenemos tiempo de leer todas las entradas, así que tenemos que elegir.

—Tienes razón. —Decido escoger la carpeta etiquetada como 2015, el año en que Eva desapareció. Saco mi teléfono y hago fotos de todas las entradas que puedo, incluidas algunas de los últimos

dieciocho meses. Las leeré todas más tarde. Salgo de la aplicación y vuelvo a colocar el teléfono en el cajón—. ¿De verdad crees que sería tan descuidada como para confesar un crimen en sus diarios?

—A veces, cuando una persona carga con algo muy pesado, le ayuda escribirlo —dice James.

Antes de que pueda responder, ambos oímos la puerta de Wyatt abriéndose al final del pasillo.

—Deberíamos salir de aquí —susurro.

Por suerte, cuando llegamos al rellano, Wyatt está desapareciendo en el baño y no tengo que preocuparme de que nos vea salir del dormitorio principal. James baja corriendo las escaleras mientras yo permanezco en el pasillo, esperando a que Wyatt salga del baño para asegurarme de que no viene a buscarme.

Cuando sale, me sonrío.

—Hola, Christa.

—¿Has terminado de hablar con Simon? —le pregunto.

—No. —Vuelve hacia su habitación—. Estamos jugando *online*. ¿Podemos seguir un rato más, por favor?

—Claro, adelante.

En cuanto se cierra su puerta, el sonido del motor de un coche golpea mis oídos y el corazón me salta a la garganta. Corro a la ventana, y son ellos. Han vuelto mucho antes de la hora a la que han dicho que volverían. Corro hacia James para advertirle.

Para cuando Paul y Robin entran en casa, James, Wyatt y yo estamos sentados en la biblioteca, fingiendo estar dando una clase de alemán. Ambos se sorprenden de que James esté dentro de su casa, pero, al verlo con Wyatt, que está absorto en las lecciones, no dicen mucho más.

Después de que James se vaya, Robin me dice que no vuelva a invitar a nadie a la casa cuando no estén ellos, y yo se lo prometo.

Una vez de nuevo en mi habitación, me apoyo contra la puerta, jadeando. Luego me siento en el borde de la cama y repaso las fotos que he hecho del diario de Robin. Hay docenas de ellas. Quiero leerlas ahora para meterme en su mente, pero no puedo hacerlo durante el día, cuando ella puede entrar en la habitación en

cualquier momento. Tengo que esperar hasta esta noche, cuando todos duerman.

Me gustaría dejar las fotos en mi teléfono, pero creo que es arriesgado, ya que lo llevo conmigo todo el día. En lugar de eso, me las envió por correo electrónico y luego las borro del móvil. Siempre es mejor prevenir que curar.

Me acomodo en la cama y, con manos temblorosas, abro el portátil. La inquietante luz azul verdosa que emana de la pantalla se funde con la suave luz de la lámpara de la mesilla de noche y me envuelve. Un gran peso me oprime el pecho mientras lucho con la decisión de leer los diarios de Robin. Pero debo hacerlo si quiero recuperar a mi hijo. No importa lo incómoda que me haga sentir, no tengo otra opción.

Ni siquiera estoy segura de que me dieran a Wyatt si se lo quitaran a los Mayer, teniendo en cuenta que mi vida no se encuentra en su momento más estable. Ni siquiera tengo mi propia casa, y una vez que los Mayer estén fuera de su vida, también lo estarán de la mía... como jefes. Pero, si los detienen y juzgan por el asesinato de Eva, volverá a estar bajo tutela, y no pasará mucho tiempo antes de que tenga edad suficiente para tomar sus propias decisiones. Puede que quiera pasar tiempo con la única persona que se ha preocupado de verdad por él en los últimos años, alguien distinto de sus padres adoptivos, que apenas se comunican con él.

¿Y si...?

¿Y si hay una razón para que quieran evitarlo? ¿Será porque conoce su secreto?

Me estremezco al pensar que Wyatt podría haberlos visto cometer un asesinato, que podría haber vivido su lado oscuro de primera mano. Sin duda, explicaría su extraño comportamiento cuando entran en la habitación y por qué el ambiente se vuelve gélido todas las veces. La idea me revuelve el estómago y me asusta siquiera considerar la posibilidad. Pero, ahora que la semilla de la idea se ha plantado en mi mente, no puedo quitármela de encima.

Espero encontrar las pruebas que necesito en estos diarios o en cualquier otro lugar, porque no quiero preguntarle a Wyatt lo que sabe ni hacerlo pasar por el trauma de tener que revivir ese suceso una vez más. Algo así puede echar a perder a un niño.

Inhalo hondo, luego exhalo y empiezo a desplazarme por las distintas entradas del diario que he fotografiado. Como se me acaba el tiempo, decido ir escogiendo las entradas al azar y recomponer así las piezas. Lo único que hago es dividir los dos diarios en dos carpetas separadas, 2015 y 2021. No tengo ni idea de cuánto tengo que remontarme para descifrar este misterio, así que empiezo con una de las entradas de 2021.

Antes de leer, hojeo rápidamente la entrada buscando alguna referencia a Eva o algo que me dé una pista de lo sucedido, algo que me acerque a la verdad.

Luego, respirando hondo, me sumerjo en los recuerdos de Robin.

23

ROBIN

Abril de 2021

Por fin ha ocurrido. Hoy es un día que no puedo expresar con palabras: el día en que me he enterado de que voy a ser madre, aunque no podré tener a mi pequeño en brazos hasta dentro de muchos meses. Cuando aparecieron las dos líneas rojas en la prueba de embarazo hace una semana, fue como si hubiera ocurrido un milagro, y hoy mi médico me lo ha confirmado. Mi milagro es real y está creciendo dentro de mí.

Mientras escribo estas palabras, los sentimientos de alegría y emoción que siento son tan abrumadores que apenas puedo contenerlos. Me invade la emoción al pensar en dar la bienvenida a mi propio hijo a este mundo... Un sentimiento inigualable.

Desde fuera, todo el mundo ya se refiere a mí como madre, la madre de Wyatt. Legalmente, es mi hijo. Durante el proceso de adopción, estaba desesperada por tenerlo. Paul y yo hicimos todo lo necesario, e incluso más, para asegurarnos de que fuera nuestro. El día en que se firmaron los papeles fue uno de los más felices de mi vida. Me moría de ganas de darle una vida que de otro modo se le habría negado. Quería amarlo, protegerlo.

Le abrimos nuestra casa para darle un nuevo comienzo, y desde el momento en que lo pusieron en mis brazos, me enamoré perdidamente. Sus ojos, tan grandes y del color de la miel, parecían comprender quién era yo para él. Cuando sonrió, sentí que el corazón me iba a estallar. Sus pequeñas manos buscaron mi cara y yo respondí dándole un beso en cada una de ellas.

A pesar de la privación de sueño que conlleva ser madre primeriza, decidí no contratar nunca a una niñera porque no soportaba separarme de mi pequeño. Las noches se convirtieron en nuestro momento juntos favorito. Después de un día largo pero maravilloso, me sentaba con él en la mecedora hasta que se dormía.

Estaba contenta, pero, a medida que pasaban los años, los momentos en los que deseaba tener un hijo biológico eran cada vez más frecuentes. Durante esos momentos, la tristeza se apoderaba de mí y podía sentir cómo alejaba a Wyatt. Intentaba compensar esos momentos dándole más abrazos y besos para que no se sintiera desatendido. Incluso cuando era pequeño, él podía sentir mi distancia. Su apego a mí era palpable, al igual que su frustración durante las rabietas cuando no le prestaba suficiente atención, por mucha que le diera.

Hice todo lo que pude para estar a su lado, para demostrarle mi amor, pero nunca fue suficiente. Empezó a querer más de lo que yo podía darle y buscaba formas de complacerme, de ganarse mi aprobación. Después de un tiempo, todo se volvió demasiado y me encontré alejándome aún más, y cuanto más intentaba él salvar la distancia entre nosotros, más nos distanciábamos.

La distancia entre nosotros siguió creciendo hasta que, una noche, algo dentro de mí se rompió, y me golpeó con fuerza el hecho de que el amor que sentía por el pequeño había desaparecido y no sentía nada por él. Al principio, me sentía culpable y avergonzada de mis emociones, pero no podía hacer nada para cambiarlas. Nadie lo sabe, ni siquiera Paul. Es un peso que he llevado sola todos estos años en una vergüenza silenciosa.

Por mucho que lo intento, soy incapaz de tener ningún sentimiento maternal hacia él. Me esforcé por recuperar el vínculo madre-hijo que una vez compartimos, pero no puedo. Cuando dejé de quererlo, se convirtió en poco más que un recuerdo de lo que podría haber sido, de mis sueños incumplidos de tener un bebé propio.

Hoy, Paul le ha dicho a Wyatt que pronto se convertirá en hermano mayor. El dolor en sus ojos ha sido evidente. Y el resto del día lo he visto replegarse físicamente sobre sí mismo, angustiado y triste. Pero no podía pensar en cómo se sentía. Todo mi afecto se centraba en el bebé que llevaba dentro y no quedaba nada para él. Mi corazón está guardando todo mi amor para mi propio bebé.

Si alguien supiera que esto es lo que siento por el chico, pensaría que soy fría de corazón, pero nadie lo entenderá nunca, a menos que esté en mi lugar.

No, no soy insensible. Solo soy humana y tengo derecho a elegir a quién amar.

En este momento, elijo amar a mi propio hijo, incluso antes de que nazca. Y eso significa que debo desviar mi amor del hijo de otra persona. No importa lo doloroso que pueda ser para Wyatt, nunca me disculparé por hacer lo que es natural.

Cuando Paul se enteró de que íbamos a ser padres de verdad, vi un cambio en sus ojos. Casi parecía que él sentía lo mismo que yo, que elegía dirigir su amor hacia donde corresponde. Me di cuenta de que, en lugar de pasar tiempo con Wyatt y hacer las cosas que les gustaba hacer juntos, se quedaba conmigo, acunando mi vientre plano, hablando con nuestro bebé.

El nacimiento de este niño sin duda alterará nuestras vidas de manera significativa. Tendremos que priorizar a este pequeño y darle todo lo que se merece.

Adelante, críticame, llámame lo que quieras, pero no podrás cambiar mis sentimientos. Nadie puede obligar a un corazón a amar a alguien a quien no está destinado a amar. Mi corazón ya está lleno de amor por mi hijo biológico y no hay sitio para nadie más, ya no.

Pero solo puedo responsabilizarme a mí misma de lo ocurrido. Estaba convencida de que la adopción era nuestra única alternativa. Ahora me arrepiento profundamente de esa elección, de haberme rendido demasiado pronto y de haber optado por la segunda opción.

Tal vez a otras personas les resulte fácil querer al hijo de otro tanto como al suyo propio. Durante un tiempo pensé que yo era una de esas personas, pero me equivoqué. Estoy segura de que hay padres que sienten lo mismo que yo, que han cometido el error de adoptar y ahora se arrepienten, pero no se lo admiten a nadie, ni siquiera a sí mismos.

Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo para deshacer lo que se ha hecho. He sido tan tonta, tan crédula... Adoptar a un niño me ha enseñado una lección impagable: escucha a tu corazón y confía en tu instinto. Debería haber seguido mi intuición.

Aunque a veces me siento culpable y avergonzada, he comprendido que está bien cambiar de opinión. Podemos tomar decisiones y luego pasan cosas, y nos damos cuenta más tarde de que lo que

pensábamos que queríamos no nos conviene. No debemos castigarnos por querer algo hasta que lo conseguimos.

Lo único que sé ahora mismo es que no tengo energía para cuidar de Wyatt y de mí misma. Con cada gramo de energía que poseo, tengo que concentrarme solo en asegurarme de que mi bebé nazca sano y fuerte.

Es un alivio que tengamos recursos para contratar niñeras que puedan asumir la tarea de hacer de madre de Wyatt, ya que yo no estoy dispuesta a hacerlo. Mi único consuelo es que ahora tiene catorce años. Queda poco para que tenga edad suficiente para ser responsable de su propia vida. No veo la hora de tenerlo fuera de esta casa, para que mi marido, nuestro hijo y yo podamos ser una familia de verdad sin la oscura sombra de un error planeando sobre nosotros.

Pero ¿de verdad tengo fuerzas para esperar hasta que tenga dieciocho años? Un solo día en su presencia parece una eternidad, y cada día que está con nosotros siento que pierdo un pedazo de mí misma. Es una sanguijuela, su presencia me drena la vida.

No entiendo por qué no se contenta con lo básico: un techo y comida en la mesa. ¿Por qué siempre tiene que querer más? Al fin y al cabo, le doy más de lo que le dio su propia madre, ausente y desconocida. Sin embargo, sigue sin agradecer lo que tiene.

Lo único que puedo hacer es seguir ignorándolo hasta que deje de pedir más de mí, de nosotros. Pero incluso entonces, ¿podré liberarme de él? Mientras lleve nuestro nombre, y mientras mi firma esté en los papeles de adopción, nunca me libraré totalmente de él.

Los errores de mi pasado permanecerán.

La confesión de Robin me golpea como una tonelada de ladrillos, enviando ondas de conmoción por todo mi cuerpo. Mis manos se cierran en sendos puños mientras leo la entrada de su diario, con la vista nublada por una fuerte emoción. Una vez leída la última palabra, cierro de golpe el portátil, con el corazón latiéndome en el pecho, y lo empujo con tanta fuerza que casi se cae de la cama. Me tiemblan los brazos cuando alargo la mano para cogerlo y aprieto los dientes para resistir el impulso de lanzarlo al otro lado de la habitación.

Siempre he sabido que Wyatt es el niño que llevo buscando tantos años mientras cuidaba a otros niños para llenar el vacío que me había dejado la pérdida de mi hijo.

El día que lo encontré cambió mi vida para siempre, le dio un giro drástico. Todos los planes que había hecho se cancelaron al instante, todos los sueños se pospusieron o se dejaron marchitar y morir para siempre. Solo tenía un objetivo en mente: estar cerca de mi hijo y asegurarme de que estaba bien. Nunca se me ocurriría alejarlo de la familia a la que probablemente había llegado a querer, perturbar su vida de ningún modo, pero tampoco estaba dispuesta a alejarme. Era como un dilema imposible: ¿cómo podría una madre elegir a uno en vez de a otro?

Durante meses, los aceché a él y a su familia. No podía mantenerme alejada, no después de encontrarlo, así que solicité trabajo en el barrio donde vivían, todo para poder vigilarlos sin tener que intervenir directamente. También asistía a quedadas semanales de niñeras y asistentes para enterarme de todas las novedades y cotilleos sobre la gente de la zona, incluida la familia de Wyatt. Por aquel entonces nunca pensé que me necesitaría tanto como yo a él. Nunca pensé que acabaríamos así.

Aprieto las sábanas entre los dedos y me muerdo el labio inferior hasta que el sabor salado de la sangre golpea mi lengua. El corazón

me late con fuerza en la garganta y el zumbido de mis oídos acalla cualquier ruido procedente del exterior de mi cuerpo. Aunque hace tiempo que Robin ha demostrado ser una madre no apta a mis ojos, me sigue horrorizando hasta la médula la frialdad con la que habló de un niño al que acogió en su casa y prometió cuidar, tanto física como emocionalmente. ¿Cómo pudo decir cosas tan horribles? ¿Cómo podía permitirse siquiera pensarlas? ¿Cómo puede una persona con corazón ser tan cruel?

Movida por la rabia, salto de la cama y me dirijo a la puerta, pero entonces me detengo. Me hierva la sangre de rabia y tengo que obligarme a no salir corriendo de la habitación y enfrentarme a ella. No tendría sentido. ¿Qué bien podría hacer yo revelando lo que he leído? No puedo hacerlo sin que ella sepa que he invadido su intimidad. Eso nunca acabaría bien.

Además, la entrada del diario no será suficiente para que se lleven a Wyatt. La ley solo buscaría signos físicos de abuso, y aún no he visto ninguno. Sin marcas visibles en su cuerpo, probablemente nada cambiaría.

Pero sé que no es así: el daño emocional es mucho más profundo que las heridas superficiales.

Me tiembla el cuerpo mientras apoyo la frente en la puerta. En mi cabeza se libra una batalla entre el deseo de quedarme quieta y el de salir de la habitación. Lo que haga a continuación debe hacerse con cuidado. Necesito pensar bien las cosas y mantener la calma. Pero no puedo hacerlo sola, así que vuelvo a la cama y llamo a James.

Está tan estupefacto como yo, comprendiendo la angustia que experimento como madre de Wyatt tras lo que acabo de descubrir.

—Tienes razón. —Su voz está cargada de repulsión—. Es una forma deleznable e imperdonable de hablar de un niño, de cualquier niño.

Cierro los ojos con fuerza.

—No sé qué hacer ahora. ¿Cómo puedo permitir que se salga con la suya?

—Christa —dice con voz severa—, haz lo que hazas, no puedes dejar que tus emociones te dominen.

Mis ojos se abren de golpe.

—Pero es a mi hijo a quien estaba insultando. Ella lo desprecia.

—Soy consciente de ello, cariño. Me duele. —Hace una pausa—. Creo que lo mejor que puedes hacer ahora es salir de ahí mañana a primera hora. Ven a mi casa un par de horas.

—De ninguna manera —respondo, sintiendo aprensión por dejar a Wyatt al cuidado de Robin—. No tengo una buena excusa para sacarlo de aquí. Nuestra próxima clase es dentro de dos días.

—Lo sé —dice James—, pero tiene que haber una forma de que Wyatt y tú podáis salir unas horas. ¿Por qué no les dices que tengo que viajar fuera de la ciudad pasado mañana y que quiero dar la clase antes de irme?

—Vale, me parece un buen plan. Se lo comentaré a Robin mañana.

Por la mañana, le transmito el mensaje y Robin, sorprendentemente, no pone objeciones.

—Pero, Christa, tiene que ser la última clase, ya que nos vamos de Austria pronto de todos modos. No creo que tenga sentido continuar.

Congelada, recuerdo que, si no actúo rápido, será demasiado tarde para obtener las respuestas necesarias. Pero intento mantener una expresión neutra mientras le doy la razón. Aprieto y desencajo la mandíbula.

—Claro, se lo haré saber a James.

Me mata por dentro fingir que no siento un odio puro y sin diluir hacia ella, que no estoy hirviendo por dentro, que no quiero agarrarla y estamparla contra la pared que hay detrás de ella, hacerle daño como se lo está haciendo a mi hijo, como me lo está haciendo a mí.

Por suerte, también consiente en que nos vayamos justo después del desayuno. Cuando llega el momento, Wyatt y yo nos subimos a nuestras bicis. El aire fresco de la mañana contrasta con el calor sofocante del día anterior. Agradezco la brisa refrescante sobre mi piel, pero es incapaz de calmar mi agitación interior. Mientras Wyatt pedalea delante de mí, no deja de mirar en mi dirección. Estamos lo bastante conectados como para que perciba que algo va mal, que mi estado de ánimo ha cambiado.

Ojalá pudiera decirle que tiene que ver con él. Pero no puedo,

todavía no. No puede enterarse de que soy su madre, no hasta que llegue el momento. Así que sonrío y le hago un pequeño gesto con la mano, con el pelo flotando en la brisa.

No vamos directamente a casa de James. Me ha llamado y me ha sugerido que lleve a Wyatt a casa de Simon para que pasen un rato juntos y podamos hablar en privado sin que oiga lo que tenemos que decir ni me vea enfadarme. De acuerdo con él, sigo a Wyatt hasta casa de Simon y continúo sola hasta la de James.

En cuanto dejo caer la bici al suelo y los brazos de James me rodean, se desata un torrente de emociones y me derrumbo en su abrazo. El hipo y los sollozos acaban por remitir, y me da un suave beso en los labios.

—Deja que te traiga ese té chai que tanto te gusta, y luego ya pensaremos qué hacer, ¿vale?

Le sonrío débilmente, asiento con la cabeza y lo veo desaparecer en la cocina. Me levanto del sofá y voy en busca de unos pañuelos para mi pobre nariz. De camino al baño, recuerdo haber visto una caja de pañuelos en la mesa de la habitación de invitados, justo enfrente del dormitorio de James.

Dentro de la habitación, estoy a punto de coger toda la caja y llevármela al salón cuando me doy cuenta de que uno de los dos cajones de la mesa está abierto una rendija.

Algo dentro de mí no soporta las puertas, armarios o cajones que no están bien cerrados. Por costumbre, agarro el pomo del cajón y lo cierro. Pero, tan pronto como empieza a cerrarse, me pica la curiosidad y vuelvo a abrirlo, pues, en el fondo del cajón, algo me ha llamado la atención.

El cajón está cubierto de papeles, pero encima hay una fotografía de una mujer frente a una fuente. Su pelo negro ondea al viento, los mechones bailan alrededor de su rostro pálido. Lleva un vestido color crema, de encaje, por debajo de la rodilla, y su rostro está iluminado por la suave luz del sol poniente. Sus ojos oscuros se encuentran con mi mirada y siento que algo se agita en mi corazón.

Ella no es una mujer cualquiera, y el hombre que está detrás de ella no es un hombre cualquiera.

La mujer sonriente que me mira con James detrás, besándole el

cuello, es Eva. En su dedo luce lo que parece un anillo de compromiso.

25

CHRISTA

Llamo al timbre y me abre Angela, la hermana de James. Es bajita, de pelo rizado y rubio, y sus ojos parecen canicas azules. No se parece en nada a su hermano, tan alto y moreno. Me sonrío, mostrando unos dientes blancos y brillantes.

—Ah, ¿ya estás aquí para llevarte a Wyatt? —Se enrosca un mechón de pelo en el dedo—. Los chicos acaban de sentarse a ver una película de acción.

—Pido disculpas. —Miro por encima del hombro—. Ha habido una emergencia y tenemos que irnos.

Se pone una mano en el pecho.

—¿Va todo bien? —Mira a mis espaldas. Sin duda, espera que James esté justo detrás de mí.

Tenemos que irnos ahora por si aparece.

—No estoy segura —murmuro, con un sabor agrio en la lengua—. Siento que Wyatt no pueda quedarse. Tenemos que irnos.

—No pasa nada —responde, haciéndome un gesto para que entre. Sacudo la cabeza, sin moverme.

—Está bien. Esperaré aquí fuera.

Abre la boca para discutir, pero luego cede con una sonrisa y un movimiento de cabeza.

—Te lo traigo en un segundo. —En cuanto desaparece dentro, dejando la puerta abierta, llama a Wyatt por las escaleras.

Momentos después, lo tengo ante mí, con una expresión de confusión en el rostro.

—Acabamos de llegar —protesta.

Simon se queda detrás, tirado sobre la barandilla, evidentemente decepcionado.

—Lo sé. Lo siento mucho, cariño. Pero tenemos que irnos. —Quiero prometerles a los dos que traeré a Wyatt en otra ocasión, pero no puedo garantizarlo. Puede que sea la última vez que se vean.

Tras intentar convencerme de que cambie de opinión, Wyatt se da

por vencido y se sube a su bici.

Esta vez, mientras volvemos a casa, no me mira de vez en cuando y pedalea más rápido de lo que me hubiera gustado. Pero es un ciclista excelente, así que me digo que no tengo que preocuparme por él.

De quien tengo que preocuparme es de mí misma, porque mi atención está en otra parte. Estoy bastante segura de que James está llamando a mi teléfono sin parar. Ha sido una buena idea apagarlo.

Todavía no me atrevo a hablar con él. Necesito tiempo para entender lo que he visto: Eva con una sonrisa en los labios, mirando feliz a la cámara mientras James la besaba. El anillo en su dedo. Todo este tiempo James ha actuado como si apenas la conociera. Recuerdo que me lo dijo explícitamente el día que mencionó su nombre sin querer.

Una parte de mí me dice que debo estar equivocada, que no puede ser ella. Pero lo es. La mujer de la foto es la misma que la del folleto. Pelo oscuro, largo y ondulado que le cae en cascada por los hombros, ojos hipnotizadores que parecen ver dentro de tu alma y labios carnosos y perfectamente formados.

¿Qué significa todo esto y hacia dónde nos dirigimos? Me mintió. ¿De verdad quiere protegernos a Wyatt y a mí o todo esto era una treta para entrar en la casa? ¿Para vengarse?

Encontramos a Robin en la cocina preparando un cóctel a pesar de que apenas son las once.

—¿Ya habéis vuelto? —Mira el reloj de la pared junto a la puerta de la cocina.

Sin decirme una palabra ni mí ni a Robin, Wyatt sube corriendo las escaleras, todavía enfadado conmigo por haberle cortado la diversión. No puedo soportar mirar a Robin a los ojos. Todavía estoy ardiendo de rabia por lo que leí anoche.

—James confundió las fechas. Pensó que se iba de viaje mañana, pero en realidad se va hoy.

No estoy segura de si me cree o no, y la verdad es que me da igual.

—Ya veo —murmura, y vuelve a centrar su atención en preparar su

cóctel en la batidora, vertiendo ron y nata sobre lo que ya tiene dentro. En cuanto el aparato empieza a zumbiar, lo tomo como una señal y salgo de la cocina.

Durante las siguientes horas, me dedico a ordenar la parte habitada de la casa, incluido el cuarto de baño de Robin y Paul, que está hecho un desastre. Encuentro toallas, ropa, frascos de loción e incluso largos mechones de pelo por todo el suelo. No estoy segura de si Robin lo ha hecho deliberadamente para darme más trabajo, pero no pienso en eso. No tengo más remedio que limpiar cada rincón hasta que me duelen las palmas de las manos. Necesito decidir qué hacer ahora que sé que James me mintió. Sin su ayuda, estoy sola.

¿Cómo puedo volver a confiar en él después de esto?

Al final del día, me doy una ducha, me meto en la cama y enciendo el móvil después de horas apagado. Aparecen veinte llamadas perdidas y numerosos mensajes de James.

Poco después, recibo una llamada. Mientras el teléfono vibra en mi mano, mi dedo se cierne sobre el botón de apagado, pero en su lugar me encuentro pulsando el botón verde para aceptar la llamada y acercármelo al oído. Mi mandíbula se aprieta mientras hablo.

—Dijiste que no la conocías bien.

No tengo tiempo para que eluda el tema. Tiene que saber que lo sé porque no estoy de humor para que me haga perder el tiempo. Necesito saber la verdad.

La línea permanece en silencio absoluto durante lo que parece una eternidad. Probablemente esté sopesando sus opciones y viendo hasta dónde puede llegar sin meterse en problemas.

—Christa, ¿estás bien? —Ignora por completo lo que he dicho—. ¿Por qué te has ido sin decir nada?

—No, nada está bien, James —respondo bruscamente—. Me mentiste... sobre ella.

—¿De qué estás hablando? —sigue fingiendo que no entiende, dejándome en ridículo.

—¿De verdad tengo que decir su nombre? Por favor, no insultes mi inteligencia. Estaba en tu habitación de invitados y he encontrado

una foto de ella en el cajón. Imagina mi sorpresa cuando te he visto en la misma foto. Es bastante obvio que estabais muy unidos.

Guarda silencio de nuevo, eligiendo con cuidado sus palabras, probablemente cocinando la mentira perfecta. Luego se aclara la garganta.

—Lo siento mucho. No quería ocultártelo. Te prometo que iba a decírtelo.

—Dijiste que solo la conocías por los cotilleos del pueblo y los folletos, pero resulta que no era verdad. Me has hecho creer tus mentiras todo este tiempo, James. —Me tomo un momento antes de continuar—. Pensaba que podía confiar en ti, que podía contarte mis secretos.

—No sabía cómo decírtelo. No quería que malinterpretaras las cosas.

Me alejo de la cama y me dirijo a la ventana. Rozo el cristal con los dedos, contemplando el cielo nocturno, estudiando las siluetas de las montañas lejanas.

—¿Qué hay que malinterpretar? La conocías y era tu prometida, ¿verdad?

—Sí, Eva era... era mi prometida. —Su voz tiembla de emoción, tanto que puedo sentir el dolor que emanan sus palabras—. Le propuse matrimonio una semana antes de que desapareciera. Eso fue dos días después de que me dijera que estaba embarazada.

Me cuesta encontrar las palabras adecuadas. No sé cómo reaccionar. No sé si debo ofrecerle consuelo o aferrarme a mi ira. Estoy totalmente perdida.

Vuelvo a sentarme en la cama.

—¿Por qué no me lo dijiste, James? —Me compadezco de él y reconozco el dolor que debió sentir al perder a su prometida y a su hijo nonato, pero al mismo tiempo me siento traicionada. Empiezo a cuestionarme si lo que teníamos era real. Sin dejarlo responder, continúo—: Deberías habérmelo dicho. Me has dejado en ridículo. —Me muerdo el labio inferior con fuerza y le hago la pregunta que más me importa—. ¿Por qué te hiciste amigo mío? ¿Fue porque te caía bien o porque querías información relativa a los Mayer,

información que podías conseguir a través de mí? ¡No te atrevas a mentirme!

De repente, recuerdo el día que estuvo en casa y supo exactamente cuál era la habitación principal. Ahora resulta evidente que ya había estado aquí antes. Quizá Eva lo invitó. Por lo que sé, después de esperar años para vengarse, se enteró de que los Mayer habían vuelto a la ciudad. ¿Y si nuestro encuentro en el supermercado no fue una coincidencia? ¿Y si todo formaba parte del plan? ¿Y si me había estado siguiendo?

—Al principio, solo quería obtener información, pero acabaste... gustándome.

—¿Lo que me estás diciendo es que te aprovechaste de mí? ¿Es eso cierto?

No responde, y esa es respuesta suficiente para mí.

26

CHRISTA

Un rayo blanquecino de luz solar se cuela por las cortinas medio corridas y me hace parpadear varias veces para adaptarme a la luz matinal. Bostezo y miro el reloj de la mesilla.

¿Las 8:30? Alzo la cabeza de golpe por el asombro. No recuerdo la última vez que me desperté tan tarde.

Retiro lentamente las mantas, con el cuerpo dolorido como si me hubiera caído encima un muro de ladrillos mientras dormía. ¿Cómo he podido quedarme dormida? Los últimos días, aunque no saliera a correr por la mañana, me despertaba a la hora de siempre.

Mientras me masajeo las sienes, oigo unos fuertes golpes en la puerta que hacen resonar el dolor en mi cabeza. Debe ser Robin, preguntándose por qué no le he llevado el desayuno todavía. Como sabe que soy madrugadora, ahora insiste en que le lleven el desayuno a la habitación a las siete en punto.

Salgo tambaleándome de la cama, cojo un albornoz y me dirijo a la puerta en lugar de decirle que entre. Es lo único que ahora mismo me hace sentir que tengo el control.

En lugar de Robin, Paul está en el pasillo, listo para ir a trabajar con un traje de terciopelo azul oscuro y corbata blanca.

—Hola, Paul —le digo, sorprendida porque nunca antes había llamado a mi puerta.

—Robin lleva más de una hora esperando su desayuno. —Ni siquiera se molesta en ocultar el matiz de fastidio en su voz.

Es desgarrador que esté más preocupado por Robin que por Wyatt. Para algunos padres, sus hijos ocupan el primer lugar en la lista de prioridades. Si la situación fuera al revés, mi hijo habría sido lo primero en lo que habría pensado al despertarme.

—Mis disculpas —digo mientras me froto los ojos cansados—. Me he quedado dormida.

—Es obvio. —Me clava una mirada penetrante—. Esto no puede volver a ocurrir.

Es la primera vez que me sucede algo así, ¿y esta es su reacción?

—Me pongo con el desayuno ahora mismo. ¿Dónde está Wyatt?

—Robin quiere *croissants*. Tendrás que ir a la panadería.

Mis ojos se abren de sorpresa y me ciño el albornoz alrededor del cuerpo.

—¿La panadería?

—Solo hay una panadería en el pueblo; ya te habrás dado cuenta.

—Sí, la conozco —digo. Lo que me sorprende es que quieran que salga de la casa. ¿Qué ha pasado con lo de no querer que me relacione con los vecinos?—. ¿Puedo llevarme a Wyatt? Podría disfrutar de un paseo por el pueblo.

—No vas a dar un paseo, Christa. Ve a comprar los *croissants*. Wyatt se queda aquí. —Mete los puños en los bolsillos—. No tardes mucho.

Antes de que se vaya, le pregunto si puedo coger uno de sus coches. Si fuese conduciendo, podría llegar al pueblo y volver en poco tiempo para evitar que Wyatt estuviera a solas con ellos más tiempo del necesario.

—No —responde sin volverse a mirarme.

La ansiedad me golpea el pecho. Antes de irme, me detengo en la puerta de la habitación de Wyatt y veo cómo hace su cama.

—Hola, Christa —dice al verme, y sonrío ampliamente.

La tensión de mis hombros desaparece. Me ha perdonado.

—Siento mucho otra vez lo de ayer —digo, cerrando la puerta.

—Está bien. —Empieza a ahuecar las almohadas—. Puedo entender por qué querías irte. Te peleaste con James, ¿no?

Lo miro con la boca abierta. ¿Cómo sabe que James y yo discutimos? ¿Es una suposición o tal vez pasó por delante de mi habitación anoche y nos oyó hablar por teléfono? El pánico me araña el pecho. ¿Y si alguien más oyó mi conversación?

En lugar de seguir con el tema, me limito a sonreír.

—Voy a la panadería. Volveré pronto y podremos desayunar juntos.

—Suenas bien —dice.

Salgo de la casa con una misión, pedaleando como una loca. Hoy promete ser un día caluroso. Aunque es muy temprano, el viento ya calienta mi cara.

Cuando llego al pueblo, ya han pasado veinte minutos. No es mucho tiempo, pero a mí me parece toda una vida. Dentro de la pequeña panadería, cojo todo lo que necesito, pero, antes de que pueda irme, Robin me llama para darme una lista de cosas que también quiere que compre en el supermercado de enfrente. Hago lo que me ha pedido, pero algunos artículos son de los que casi nunca tienen existencias. ¿Lo sabe Robin? ¿Me ha enviado aquí solo para hacerme perder el tiempo, para castigarme por algo? La llamo para decirle que no encuentro lo que me ha pedido, pero salta el buzón de voz.

Siento una pesadez en el pecho, corro hacia mi bicicleta y pedaleo de vuelta a la casa. Está pasando algo. No sé lo que es, pero siento como si mi garganta se cerrara y bloquease mi suministro de aire.

Después de unos diez minutos en la carretera, la pequeña cesta apoyada en la parte delantera de la bicicleta se desprende y cae al suelo, y los *croissants* se deslizan por la tierra.

—Maldita sea —murmuro mientras me detengo.

Recojo los *croissants*, pero aún quedan trozos de hierba y restos pegados a su superficie. Me planteo si debería volver al pueblo a por más o simplemente llevármelos a la casa, limpiarlos y fingir que no ha pasado nada.

Elijo lo segundo. Necesito volver con Wyatt.

Los vuelvo a meter en la bolsa y, esta vez, en lugar de volver a meterlos en la cesta, paso la mano por el asa de la bolsa de plástico.

Cuando estoy a mitad de camino, me empiezan a arder los muslos y siento las piernas como de plomo. Me cuesta pedalear más rápido, pero sigo hasta que por fin llego.

Algo ha cambiado. La entrada está vacía. Antes de irme, ambos coches estaban aparcados fuera.

Con el corazón latiéndome a mil por hora, me bajo de la bici y entro corriendo en la casa, directa a la habitación de Wyatt. No está, y cuando llamo a todos por su nombre, nadie responde.

No hay nadie.

Robin y Paul se han llevado a Wyatt sin decírmelo. ¿Me han enviado a las tiendas a propósito? ¿Saben que no me gusta dejar a Wyatt

solo con ellos y han pensado que sería la única forma de separarnos?

¿Qué saben exactamente de mí?

Sigo registrando la casa, llamándolos en voz alta, poniéndome histérica a cada segundo. No están por ninguna parte. Dejo caer los *croissants* al suelo, cojo el teléfono del bolsillo y llamo a Robin, pero, al igual que la última vez, la llamada va directa al buzón. No hay forma de saber a dónde han ido y cuándo volverán. Nunca antes se habían ido juntos. Quizá no querían dejar a Wyatt conmigo por si me lo llevaba al pueblo sin su permiso.

La siguiente persona a la que llamo es James. Podemos tener nuestras diferencias, pero no sé a quién más acudir. Me he pasado toda la noche pensando en él y en Eva, y he llegado a la conclusión de que, cuando empezamos nuestra amistad, yo también le ocultaba un secreto y él no me juzgó. Y todavía hay más cosas que no sabe. Aunque aún me siento traicionada, es la única persona que conozco en esta ciudad, la única que podría ayudarme.

Responde al primer tono.

—Lo siento mucho —dice inmediatamente—. Debería habértelo dicho.

—No pasa nada —digo con rapidez—. Wyatt se ha ido. Robin y Paul... Me han mandado a comprar *croissants* y, cuando he vuelto, se habían ido.

—¿Qué quieres decir con que se han ido? —pregunta preocupado.

—Que no están. Mientras yo iba al pueblo, se han largado.

—¿Y no tienes ni idea de a dónde?

—Lo único que sé es que se han llevado a mi hijo.

¿Y si se han ido para siempre? ¿Y si no vuelven? «No», me digo a mí misma para dejar de volverme loca. Esta es su casa. No lo abandonarán sin más.

—Tengo miedo, James. ¿Y si le hacen algo? Si de verdad mataron a Eva, ¿qué pasa si matan a mi hijo también? Robin lo desprecia.

—Quiero que dejes de pensar así —dice—. Necesito que te calmes y me esperes. Voy para allá.

Me he dado muchas duchas frías en mi vida y apenas me he inmutado, pero ahora tengo frío, estoy helada sin que una sola gota de agua fría me haya tocado. Doy vueltas por el salón, a punto de derrumbarme, preocupada por la llegada de James.

Quizá estoy sacando conclusiones precipitadas. Como los coches de Robin y Paul no están, puede que tengan planes diferentes, y que uno se haya llevado a Wyatt mientras el otro está en otra parte. ¿Podría Paul haber llevado a Wyatt a ver a su abuela y que yo no tenga nada de qué preocuparme?

Tal vez, pero mi instinto me dice lo contrario. No puedo evitar tener la sensación de que algo va muy mal mientras mi mente piensa en todo tipo de escenarios, cada uno más aterrador que el anterior.

Agarrando el teléfono con la mano, vuelvo a marcar el número de Robin y, de nuevo, se desvía al buzón. En el momento en que su voz nasal grabada llena la línea, se me revuelve el estómago y corto la llamada. También he llamado varias veces al teléfono de Paul, pero no contesta.

No saber a dónde se han llevado a mi hijo me está volviendo loca. Necesito saber qué quieren hacer con él.

Sintiéndome completamente impotente, tiro el teléfono al sofá y me entierro las manos en el pelo, apretando los mechones con los puños, haciéndome daño en el cuero cabelludo, pero sin que me importe nada porque lo que tengo dentro me duele mucho más que lo que tengo fuera. ¿Y si, de algún modo, han descubierto que Wyatt es mi hijo? ¿Y si me lo quitan por lo que sé de ellos? ¿Y si regresan a Estados Unidos y planean desaparecer para que nunca pueda encontrarlos?

Antes apenas lo sacaban a pasear, nunca han actuado como una familia, no cerca de mí al menos. ¿Por qué ahora?

Un gran peso se instala en la boca de mi estómago y, de repente, siento náuseas. Corro hacia el baño y llego justo a tiempo para

vomitara y sucumbir a las arcadas una y otra vez, sin volver a vomitar, lo que no me sorprende: hoy no he comido nada.

No sé cómo hacerlo, cómo superar este calvario.

Corro hacia la ventana para ver si James ha llegado, pero la entrada sigue vacía, así que permanezco de pie junto a la ventana, esperando que Robin y Paul vuelvan, que sus coches aparezcan a lo lejos, pero nada.

Por fin, veo el coche de James en el horizonte. El corazón se me acelera un poco cuando salgo corriendo del salón y abro la puerta de un tirón con tanta fuerza que choca contra la pared. Me rodeo el cuerpo con los brazos mientras las lágrimas se deslizan por mis mejillas, recorriendo mi cuello hasta que las absorbe mi camiseta. Aunque hayamos tenido una discusión, aunque haya descubierto su secreto, me alegro de que James lo deje todo para venir a ayudarme. Ahora mismo, no me queda rabia reservada para él.

En cuanto sale del coche, corre hacia mí y me estrecha entre sus brazos.

—Todo va a ir bien —me susurra en el pelo, con la mano ahuecada sobre mi nuca.

Sigo sin saber qué es lo que siente por mí, pero a estas alturas me da igual. Me alivia tener a alguien de mi lado, tener la seguridad de que no estoy sola del todo.

Finalmente, entramos en la casa.

—¿Y si vuelven pronto y encuentran mi coche en la entrada? —pregunta—. ¿Debería aparcar en otro sitio?

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—Da igual.

Aunque aparecieran ahora, ya saben que James es mi amigo y seguro que me permiten tener visitas. El único problema es que ayer le dije a Robin que se iba a Viena, pero ya se me ocurrirá algo si hace falta.

—Necesito recuperar a mi hijo —digo en cuanto se cierra la puerta principal—, pero no sé qué hacer. —Doy vueltas por el salón, con lágrimas frescas punzándome los ojos.

—Ven y siéntate —dice James.

Tardo un rato en seguir su consejo, pero, por fin, me siento a su

lado.

Su expresión es seria mientras estudia mi rostro.

—Esto no tiene por qué ser algo malo. Podríamos usar el tiempo para encontrar lo que necesitamos.

—¿Cómo puedes decir que no es algo malo? —Cada vez me molesta más lo tranquilo que está en esta situación, a pesar de que calma es justo lo que necesito ahora mismo—. Se han llevado a mi hijo y no me han dicho ni una palabra.

—Christa, no creo que sepan que Wyatt es tu hijo. Por lo que sabemos, solo se trata de una salida familiar.

Sus palabras se ven interrumpidas por un mensaje de texto que llega a mi teléfono.

—Es de ella —digo con los dientes apretados.

—¿Es Robin? —pregunta James.

Ocupada en leer el texto, no respondo.

Christa, estamos de camino a Salzburgo para quedarnos con unos amigos. Volveremos en dos días.

Robin

Intento llamarla de nuevo sin saber exactamente qué quiero decirle, pero su teléfono se ha vuelto a apagar. Está claro que no quiere hablar conmigo.

—¿Qué dice? —James se acerca.

—Se han ido a Salzburgo a visitar a unos amigos. —No sé si sentirme aliviada o seguir aferrada a mi enfado—. Volverán en dos días. —Me trago el sabor amargo del fondo de la garganta—. James, me habrán mandado fuera para poder escabullirse, y no entiendo por qué.

—O tal vez no. Tal vez ha habido algún tipo de emergencia y han tenido que salir de inmediato. De cualquier forma, que se hayan ido es algo bueno. Mientras no están, tenemos tiempo suficiente para registrar esta casa de nuevo, para encontrar las pruebas que necesitamos llevar a la policía. —Hace una pausa, sin aliento porque está claramente entusiasmado con esta nueva oportunidad—.

Cuando vuelvan, con suerte, tendremos algo concreto para que los arresten y puedas recuperar a tu hijo.

Ambos sabemos que no va a ser tan fácil, pero sus palabras me reconfortan igualmente.

—Quizá tengas razón. —Dejo caer la cabeza entre las manos—. Espero que encontremos algo. —Tomo aire y vuelvo a levantar la vista.

James mira a su alrededor.

—Si tienen algo que ver con la muerte de Eva, las pruebas tienen que estar por aquí. Solo tenemos que encontrarlas. Y ahora no hay prisa.

Asiento y me pongo en pie, pero la cabeza me da vueltas. Balanceándome, me hundo de nuevo en el sofá y me apoyo en el reposabrazos, incapaz de mantenerme en pie.

James se sienta a mi lado y me pone una mano en el brazo.

—Descansa un poco. Puedo empezar si quieres.

—No, estoy bien. —Por mucho que quiera encontrar las pruebas, y por mucho que agradezca que James esté aquí, a una parte de mí aún le cuesta volver a confiar en él por completo. La verdad es que todavía estoy luchando para entender sus motivaciones. Hagamos lo que hagamos, vamos a hacerlo juntos.

—Siento mucho no haberte contado lo de Eva —dice con un graznido, retirando la mano de mi brazo—. No sabía cómo hacerlo. Pero te prometo que *iba* a hacerlo. Solo era cuestión de encontrar el momento adecuado. Y luego, cuando empezamos..., se complicó.

—Está bien. —No tengo energía para discutir. Y, en cierto modo, entiendo por qué no me lo dijo. Habría reaccionado igual que estoy reaccionando ahora. Pero una cosa es segura: si hubiera sabido que estaba relacionado con la niñera desaparecida, no me habría permitido acercarme tanto a él.

—Pero me gustas —continúa—. Me gustas mucho.

Ojalá pudiera decirle lo mismo, pero, después de todo lo que ha pasado, la única persona en mi mente ahora mismo es Wyatt. No puedo permitir que nada ni nadie me distraiga. Él es mi prioridad, y que vuelva sano y salvo es lo único que me preocupa.

No nos veo a James y a mí continuando donde lo dejamos. Siempre

estará la sombra de Eva entre nosotros. Cuando esto acabe, ya no habrá un nosotros. De todos modos, la semana que viene me iré del país y puede que no volvamos a vernos. No me veo volviendo a Ruddel. La única razón por la que vine aquí fue por Wyatt.

—No importa, James —le respondo—. Lo que sentimos el uno por el otro no importa ahora.

Inspiro hondo y vuelvo a ponerme en pie. Esta vez me mantengo firme, dispuesta a hacer cualquier cosa que me ayude a recuperar a mi hijo, dispuesta a luchar.

James tiene razón. Esta podría ser mi única oportunidad de conseguir lo que quiero.

Planeamos revisar cada habitación de la casa, incluso las habitaciones de las que Robin me dijo que me mantuviera alejada. Especialmente esas.

Antes de registrar cualquier habitación, James mira a su alrededor para ver si hay cámaras u otros dispositivos de vigilancia. Me asegura que sabe lo que hace. Esto es algo que debería haber hecho la última vez que registramos la casa, pero no digo nada.

Cuando termina de peinar las habitaciones que voy a registrar sin encontrar nada, se va a la otra ala de la casa.

No estoy muy segura de lo que buscamos, pero sigo esperando tropezar con una prueba que pueda conducirnos a más respuestas.

Aunque Eva lleva siete años desaparecida o potencialmente asesinada, esta casa aún puede guardar secretos. Si James tiene razón y Paul y Robin le hicieron algo, podríamos encontrar un arma homicida o tal vez un trozo de ropa de Eva u otras pertenencias que podrían implicarlos. O, mejor aún, podríamos tropezar con los restos de Eva. La idea me revuelve el estómago, pero sé que tenemos que seguir buscando.

La villa tiene diez dormitorios en total y, después de rebuscar en dos que no están en la casa principal, entro en el que parece habitado. Ya había estado antes en esta habitación, pero entonces tenía un aspecto totalmente distinto. Esta vez no hay ni una mota de polvo a la vista y los muebles ya no están cubiertos de plástico. Incluso hay una taza de café en la mesilla de noche con un poco del líquido que no se ha secado en el fondo.

La alfombra de felpa gris y suave del suelo se traga mis pies cuando camino por ella. Mi suposición es que esta es una habitación en la que Paul o Robin duermen cuando se pelean tarde por las noches. Quizá Robin durmió aquí la otra noche cuando la vi salir de la casa tras su discusión.

Entro en el pequeño vestidor y lo registro de arriba abajo. A pesar

de los indicios de que alguien debe haber ocupado la habitación recientemente, no hay ropa colgada de las perchas de terciopelo ni zapatos en el fondo. Todos los cajones de la habitación están vacíos excepto uno, donde encuentro un mando a distancia para la televisión de pantalla plana que está apoyada en la pared frente a la cama. Sin saber dónde más mirar, quito las sábanas azul noche y plata de la cama y le doy la vuelta al colchón. Todavía nada.

Desanimada, me hundo en el borde de la cama para recuperar el aliento, con el pecho subiendo y bajando mientras intento mantener la calma.

—¿Has encontrado algo? —pregunta James desde algún lugar de la casa.

Respiro antes de responder.

—No.

—Yo tampoco —responde.

Me levanto. Esto no puede ser. James está convencido de que Eva fue asesinada, y si este es el lugar donde murió, entonces debe haber algo oculto aquí.

Antes de salir de la habitación, rehago la cama para dejarla exactamente como estaba. Me dirijo arrastrando los pies hacia la puerta y miro hacia atrás para comprobar que todo está en su sitio. Es entonces cuando me fijo en la puerta del cuarto de baño.

Es un cuarto de baño pequeño, compartido por dos habitaciones de invitados con puertas que dan a los dormitorios individuales. Ya he buscado en la otra habitación. En realidad, no hay nada que ver a primera vista, pero no he terminado. Me planto en medio del cuarto de baño y me doy la vuelta, mirando a un lado y a otro, mirando el techo y el suelo. Entonces empiezo a abrir y cerrar cajones, rebuscando en ellos, uno tras otro. Aparte de estar llenos de toallas y cosméticos, no hay nada sospechoso.

Solo queda un armario debajo del lavabo que no he revisado. Por un segundo, me pregunto si debería molestarme, ya que hasta el momento todo ha sido una gran decepción, pero miro de todos modos y solo encuentro artículos de limpieza.

Al igual que en la otra habitación, también miro debajo y detrás del propio armario. Esta vez, mis dedos entran en contacto con algo y

mi corazón empieza a latir deprisa. Antes de que pueda detenerme, arranco el armario de la pared y algo que estaba escondido en el pequeño espacio que hay detrás cae al suelo.

Un bolso marrón de piel de serpiente con asa larga.

Sé al instante que algo no va bien. ¿Por qué escondería alguien un bolso detrás de un armario del baño?

Me arrodillo y lo recojo, limpiándome el polvo con las manos. Vuelvo a ponerme en pie y me siento en el borde de la bañera con patas de garra.

Hay algo dentro.

Con dedos temblorosos, abro la cremallera y meto la mano dentro. Encuentro un brillo de labios con aroma a fresa y un teléfono negro con la pantalla destrozada. Está apagado. Los dejo a un lado y saco la cartera, que abro de un tirón.

Una foto me devuelve la mirada desde un carné de identidad. Es ella. Lleva el pelo más corto, justo por encima de los hombros, pero sus ojos son amplios y brillantes, igual que en las otras fotos.

Bingo.

—¿Dónde estás? —pregunta James desde el interior de una de las habitaciones conectadas al baño.

Apenas puedo hablar mientras sigo mirando fijamente a Eva.

—Aquí... aquí. —Mis dedos agarran la cartera, congelados.

Solo me muevo cuando una de las puertas se abre y James entra en el baño. Sus ojos se posan en el bolso que he tirado al suelo.

Se queda con la boca abierta.

—Es... —Cae de rodillas y tira del bolso hacia sí, sosteniéndolo contra su pecho mientras jadea, llorando como un animal herido.

Por fin entiendo por qué hizo lo que hizo, por qué se acercó a mí y me utilizó para obtener información. La amaba; amaba tanto a esa mujer que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para vengar su muerte. Ahora está bastante claro que no desapareció sin más.

—Lo siento —balbuceo.

Sé lo que se siente al perder a un ser querido. Pensé que había perdido a Wyatt y, en consecuencia, sentí que me había perdido a mí misma durante muchos años. Por suerte para mí, lo encontré, pero, por lo que parece, puede que James nunca recupere a Eva. ¿Por qué

estaría aquí su bolso con su carné de identidad dentro si aún estuviera viva?

Entierra la cara en el bolso y sigue llorando, con los hombros temblorosos, la voz alta y quebrada.

—La mataron —repite una y otra vez—. Ellos la mataron.

Sin saber qué más hacer, me acerco a él para consolarlo como él ha intentado consolarme antes. Lo rodeo con los brazos y lo acuno hasta que el llanto se calma, pero pronto le sigue otra oleada que dura varios minutos. Cuando por fin levanta la vista, tiene los ojos rojos e hinchados y la cara contorsionada. Entonces vuelve a mirar hacia abajo y ve la cartera que he tirado al suelo al acercarme a él. Como a cámara lenta, la coge y se la lleva a la cara, sacando el carné de identidad.

—Son monstruos —susurra. Esta vez su voz no suena quebrada, sino firme, fuerte y cargada de rabia.

—Sí —digo, volviendo a la bañera—. Merecen ser castigados por lo que hicieron. No pueden salir impunes.

James se queda mirando el carné durante un buen rato, incapaz de apartar la mirada del rostro de su prometida.

—Éramos muy felices juntos. Hablábamos del futuro. Me quedé extasiado cuando me dijo que estaba embarazada.

No digo nada. No creo que quiera saber nada de mí ni de nadie. Tengo la impresión de que habla solo.

—Tenemos que encontrar algo más —digo finalmente—. Tengo la sensación de que hay más cosas escondidas en esta casa que aún no hemos encontrado.

Por supuesto, podríamos llevar el bolso a la policía, pero si la policía es amiga de los Mayer, puede que eso no sea suficiente. Puede que ni siquiera crean que hemos encontrado el bolso en la villa. James era el prometido de Eva. ¿Quién puede asegurar que ella no se lo había dejado en su casa? O peor, ¿y si piensan que tiene algo que ver con lo que le pasó?

No podemos rendirnos. Tenemos que usar cada minuto del que disponemos para asegurarnos de barrer todo el lugar. Registramos el sótano, aunque ya lo hicimos la última vez. No es sorprendente que no encontremos nada nuevo.

—¿Y si ya está? —Me retuerzo las manos—. ¿Y si no queda nada más que encontrar?

—Tiene que haberlo. —Sin soltar el bolso de Eva, James sale de la casa y se dirige al jardín.

Sé exactamente lo que está buscando. Esta es una parte muy remota de la ciudad. ¿Y si la mataron y la enterraron aquí mismo, en la propiedad? Nadie habría visto nada.

Damos una vuelta por el jardín y miramos dentro del cobertizo, pero no hay nada que destaque. Entonces James empieza a arrancar un parterre de flores. Mi corazón se acelera al verlo detenerse y volver al cobertizo. Sale unos minutos después con una pala. En el mismo parterre, empieza a cavar, tirando flores rotas, hierba y tierra por todas partes. Activa el botón del pánico dentro de mí. Me preocupa cómo vamos a explicar por qué hemos destrozado parte del jardín.

James no tarda en tirar la pala a un lado y continúa con las manos, arañando la tierra. Cojo la pala y empiezo a cavar en otro parterre, uno lleno de margaritas. Sé que lo que estamos haciendo es una locura y que podría meternos en un montón de problemas, pero ahora mismo mi deseo de averiguar si Eva está enterrada bajo tierra arde de repente en mi interior como un fuego incontenible. Si encontramos lo que buscamos, cuando Robin y Paul vuelvan no tendrán ocasión de cabrearse por su jardín destrozado. En cambio, les preocupará más ir a la cárcel.

Pero no encontramos nada. Lo que sea que estén escondiendo, no se encuentra donde estamos buscando.

Suelto la pala, me enderezo y me masajeo la nuca para liberar la tensión. Mientras lo hago, mi mirada recorre el resto del recinto. ¿Dónde escondieron su cuerpo? Si la mataron, debieron deshacerse de ella en algún sitio. Pero los terrenos son enormes. Mis ojos se desvían hacia los árboles que bordean la propiedad y las montañas. Si es aquí donde está enterrada Eva, James y yo no podremos encontrar su cuerpo por nuestra cuenta. Pero ¿dónde nos deja eso? ¿Qué hacemos ahora? ¿De verdad podemos probar que los Mayer son culpables de asesinato solo con un bolso y sin cadáver?

29

ROBIN

Quería creer desesperadamente que se había acabado. Pensaba que había cambiado y dejado atrás sus viejas costumbres. Eso me había hecho creer. Pero no estoy ciega. Veo cómo mira a la enfermera de neonatología, sobre todo cuando se agacha para ver cómo está el bebé de mi amiga Jane. El uniforme de la enfermera es escandalosamente corto, y parece que intenta llamar su atención a propósito.

Pero, en realidad, no es culpa de la enfermera. Es de Paul. Lo prometió. Después de lo que pasó la última vez, me prometió que podríamos empezar de nuevo, que no volvería a suceder.

Sin embargo, es como si volviera a ocurrir, como si no hubiera pasado el tiempo. Siento la misma rabia familiar hirviendo dentro de mí, el mismo fuego tóxico en la boca del estómago, arremolinándose como lava líquida y abriéndose paso hasta mi garganta. La traición y el dolor me consumen igual que hace siete años.

Dondequiera que vamos siempre siento sus ojos vagando, deseando a otras mujeres, así que intento evitar ese tipo de humillación.

Si por mí fuera, no habría venido a Salzburgo, pero Jane, una estadounidense casada con un austriaco, fue mi mejor amiga durante el tiempo que vivimos aquí y siguió siéndolo después de que regresáramos a Estados Unidos.

Venir hoy a Salzburgo no estaba previsto. Faltaba una semana para el parto de Jane, pero me ha llamado esta mañana temprano para comunicarme que el bebé había nacido anoche por cesárea de urgencia. He aprovechado la oportunidad para verla a ella y al pequeño antes de volar de vuelta a Nueva York dentro de unos días.

Quizá debería haber venido sin Paul, que no me ha dirigido ni una mirada desde que hemos llegado. Hemos discutido antes de salir de Ruddel y por eso hemos decidido conducir por separado. Luego, en el hotel, cuando Paul no ha podido apartar los ojos de la mujer que

había en el mostrador, con los pechos asomando por su ajustada camiseta de tirantes y su americana, la cosa ha estallado.

Después de que Paul abandone la habitación del hospital para darnos intimidad, me siento junto a la cama de Jane y acaricio la mejilla de su bebé.

—¿Qué estás pensando? —pregunta Jane mientras mira cariñosamente a su hija en vez de a mí.

No quiero empañar la alegría de mi amiga, así que muevo la cabeza y le digo:

—Hablemos de tu preciosa pequeñina.

—No, hablemos de ti. Noto que hay algo en tu mente. ¿Qué es? — Ella levanta la vista con expresión seria—. Venga, habla conmigo.

Para ser alguien que dio a luz anoche y que debe estar agotada, tiene un aspecto hermoso y fresco, con los ojos azules brillantes y la piel más radiante que nunca. Incluso en la cama del hospital, se ha maquillado y lleva el pelo castaño recogido en un moño perfecto.

Mi visión se nubla mientras una lágrima resbala por mi mejilla. Cierro los ojos y el peso de mis preocupaciones me roba el aire de los pulmones.

—Es solo que... Paul... Creo que podría estar engañándome otra vez.

Jane enarca las cejas y me mira boquiabierta.

—¿Engañándote... otra vez? No puedes decirlo en serio. —Me coge la mano y me la aprieta.

Trago saliva con fuerza y parpadeo, intentando que las lágrimas dejen de rodar por mi cara.

—Tengo la sensación de que algo no va bien y tengo miedo de que vuelva a ocurrir.

—¿Estás segura? —Me agarra con fuerza la mano y su rostro se dulcifica con la preocupación—. ¿Qué te hace pensar eso? Creía que las cosas habían cambiado desde...

—Yo también. —Desvío la mirada al suelo y hago un gesto desdeñoso con la mano, intentando pasar por alto el tema—. ¿Sabes qué? No le demos más vueltas. Es mi problema y tú deberías centrarte en recuperarte, cuidarte y cuidar del bebé. Estaré bien.

—Pero no pareces estar bien, cariño. —Jane estudia mi cara con el

ceño fruncido.

—Lo estaré. —Intento soltar una risita, pero me sale más bien un chillido—. Quizá solo me estoy imaginando cosas. —Me masajeo la sien derecha con la mano libre—. Tengo un dolor de cabeza horrible.

—¿Sabes qué? Llevas aquí un rato. Deberías volver al hotel. Descansa un poco o habla con Paul sobre esto.

—Tal vez debería —le digo, pero no me convence porque una charla así siempre acaba en pelea, y últimamente hemos tenido demasiadas. Beso a mi amiga y a su hija en la frente. Después de haber perdido a mi bebé, tengo que admitir que es duro ver a Jane con un recién nacido, pero hago todo lo que puedo para centrarme en su felicidad y alegrarme por ella—. Volveré a verte por la mañana temprano.

Jane sonrío y se despide con la mano.

—Te veré mañana.

No me sorprende encontrar a Paul en la enfermería, echando la cabeza hacia atrás mientras se ríe a carcajadas. No recuerdo la última vez que lo oí reír así conmigo.

Cuando se da la vuelta y me ve, la sonrisa se le borra de la cara y la máscara reservada para mí vuelve a su sitio.

—¿Ya nos vamos? —pregunta con una sonrisa burlona que no me engaña. Llevamos dos horas en el hospital y ha estado pidiendo que nos vayamos cada dos por tres. Pero ahora, obviamente, ha encontrado algo con lo que entretenerse.

En lugar de responder, paso junto a él hacia las puertas giratorias. Antes de pasar, una risita surge detrás de mí, pero no me vuelvo.

En el coche, no digo nada mientras Paul conduce. No debería haber dejado el otro coche en el hotel. Estar en el mismo espacio que él es insoportable.

Es él quien habla primero, tal y como espero que lo haga. Es una de esas personas a las que les incomoda el silencio.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—¿Por qué no iba a estarlo? —Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Sé que debe haber sido difícil estar cerca de Jane y el bebé. ¿Es eso lo que te molesta?

Inspiro hondo y lo suelto lentamente.

—Estoy bien en ese aspecto —susurro, rodeándome más fuerte con los brazos—. Me preocupan más otras cosas.

—¿Qué cosas? ¿Qué cosas, Robin? ¿Qué está pasando aquí?

—Tú, Paul. Me preocupa que me estés engañando otra vez. —La ira en mi voz es inconfundible.

Los pocos segundos que pasan con él agarrando el volante como si toda su vida dependiera de ello parecen toda una vida. Esos pocos segundos dicen mucho más que las palabras.

—No puedo creer que vuelvas a sacar el tema —dice.

—Ojalá no tuviera que hacerlo —ladro—. Pero cuando te he visto coqueteando con las enfermeras y mirándolas...

—¿De qué estás hablando? Te dije que se acabó. Ya no soy esa clase de hombre.

—Me cuesta mucho creerlo —digo, y luego contemplo la ciudad de Salzburgo por la ventanilla.

—¿Y qué si a veces miro a otras mujeres? No estoy ciego.

—¡Maldito seas! —Le doy un puñetazo en el brazo y me da igual que esté conduciendo—. Maldito seas por ponerme en ridículo.

La pelea continúa hasta que llegamos al hotel.

Ni siquiera me molesto en buscar a Wyatt cuando volvemos. Le hemos dicho que se quedara en su habitación. Probablemente se ha pasado todo el tiempo viendo la tele o jugando a alguno de sus violentos juegos. No quería que se quedara en Ruddel con Christa, que podría habérselo llevado al pueblo sin nuestro permiso. ¿Quién sabe con quién podría hablar allí?

Dentro de nuestra *suite*, me siento en la cama y me echo a llorar.

—No puedo creer que vuelvas a hacerme esto —lloro, con los hombros temblorosos—. Y no te atrevas a mentirme. Por lo que sé, estás teniendo una aventura con Christa también.

Paul se deja caer en la cama a mi lado.

—No. —Me agarra por los hombros y me gira para que lo mire—. Lo que pasó con Eva fue un error. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Un error que ocurrió varias veces y acabó en embarazo.

En lugar de responder, Paul se levanta y se dirige al baño para ocultar su vergüenza.

Pero no voy a dejar que se vaya de rositas. Salto de la cama y voy tras él.

—¿En qué estabas pensando, durmiendo con ella en... en nuestra cama?

Se vuelve hacia mí con ojos ardientes.

—¿Cómo se te ocurre volver a sacar el tema después de siete años?

—No se trata solo de ella, Paul. Se trata de que apenas pasas tiempo conmigo porque estás demasiado ocupado con el trabajo, o eso dices. Perdiste mi confianza y no creo que puedas recuperarla nunca.

—Entonces, ¿qué quieres? ¿Qué quieres de mí ahora mismo?

—Quiero volver a Ruddel mañana por la mañana.

—Pero querías quedarte dos días.

—Quiero volver, Paul..., por la mañana. —Quiero encerrarme en mi habitación, enterrarme bajo las sábanas y esconderme del mundo. También quiero que esté lejos de todas esas enfermeras. De ninguna manera voy a volver al hospital con él. Odio que trabaje todo el tiempo, pero tal vez sea mejor para él pasarse el día en su oficina. Al menos no puede oler ni tocar a las mujeres de la pantalla.

30

CHRISTA

A las siete de la mañana, el ruido de los dos coches en la entrada se abre paso a través de las paredes. Corro hacia la ventana, abro las persianas y los veo. Doy un paso atrás y me inclino hacia delante con las manos sobre las rodillas, soltando un suspiro de alivio. Ya han vuelto.

James y yo no hemos avanzado en la búsqueda de más pruebas, y nos habría venido bien disponer de más tiempo para hacerlo, pero mi hijo ha vuelto, y eso es lo único que me importa ahora mismo.

Quiero salir corriendo e ir a abrazar a Wyatt, pero eso sería extraño, así que me quedo de pie en medio de mi habitación, fingiendo no haberme dado cuenta de su llegada. Escucho sus voces, que vienen de abajo, filtrándose por las rendijas que hay en la puerta de mi habitación. Oigo la voz grave de Paul y la nasal de Robin, pero no oigo la de Wyatt, lo cual no es sorprendente, ya que apenas dice una palabra en su presencia.

No sé qué hacer. ¿Debería salir y darles la bienvenida? Temo que, si Robin ve mi cara, sabrá que algo pasa. Todavía me ronda por la cabeza la imagen del bolso de Eva y lo que todo ello significa. Ahora que estoy segura de que son culpables de algo, no sé cómo ocultar mis verdaderos sentimientos.

Justo cuando intento mentalizarme para enfrentarme a ellos, llaman a mi puerta. Nada más abrir, mi corazón se inunda de emoción al ver a Wyatt de pie ante mí, radiante.

Sin importarme si Paul o Robin están mirando, lo envuelvo en mis brazos. Incluso con quince años, se aferra a mí como un niño pequeño, y me invade el amor por él. No hacen falta palabras. Siente lo mismo que yo. Siente el amor que yo siento por él. En el fondo, debe saber que estamos conectados.

—Echaba de menos tenerte cerca, grandullón —digo cuando por fin nos soltamos.

—Lo mismo digo. —Al principio parece un poco avergonzado, quizá

por mostrar sus emociones, pero luego una gran sonrisa se abre paso en su rostro.

—¿A dónde habéis ido todos? —pregunto.

—Hemos estado en Salzburgo, visitando a una amiga de mi madre que acaba de tener un bebé. —Dirige una mirada hacia las escaleras antes de continuar en voz baja—; Yo no quería ir.

—Ah —respondo, y le doy otro abrazo antes de soltarlo rápidamente cuando veo a Robin subiendo las escaleras. Ni siquiera me mira mientras pasa por nuestro lado y entra en su dormitorio con su bolso.

—¿Está bien? —articulo hacia Wyatt. Es obvio que Robin está molesta. Aunque no me cae muy bien, ha debido ser duro ver al bebé de su amiga después de haber perdido el suyo. Mi corazón está con ella, pero no lo suficiente como para querer consolarla.

Wyatt se encoge de hombros, hace una mueca y se va corriendo a su habitación.

Treinta minutos después de su llegada, Paul se sube a su coche y se marcha sin haberme dirigido la palabra. Y Robin todavía no ha salido de su habitación. Sin saber qué más hacer, llamo a su puerta.

—Necesito estar sola —dice desde el otro lado.

Me alivia oírlo. Paso la siguiente hora haciendo crucigramas con Wyatt y haciendo mis tareas. También compruebo que todos los objetos que James y yo movimos durante nuestra búsqueda vuelven a estar en su sitio.

Cuando estoy a punto de volver a la cocina, me doy cuenta de que James tenía que venir esta tarde a echar un vistazo. Corro a mi habitación para llamarlo y cancelar la búsqueda.

—Han vuelto —susurro—. Por favor, no vengas.

—Mierda —gruñe—. ¿Qué hacemos ahora?

—No te preocupes. Seguiré buscando. También hablaré con Wyatt para ver si sabe algo.

—Es una buena idea, pero ten cuidado. No querrás que vaya y les diga que has estado haciendo preguntas sobre Eva.

—Cierto, pero creo que podemos confiar en él.

Quizá pueda contarle algo de lo que está pasando sin desvelar toda la historia. Para mí, es obvio que, en el poco tiempo que llevamos

conociéndonos y pasando tiempo juntos, Wyatt ha demostrado ser más leal a mí que a sus padres adoptivos. El plan es intentar sonsacarle toda la información que pueda. El abrazo que me ha dado antes me da valor para confiar en él.

—Bien —dice James—. Estaré esperando a tener noticias tuyas.

—De acuerdo. —Me aclaro la garganta—. Sé que dijiste que no era buena idea, pero tal vez deberías llevar el bolso a la policía.

—No. Ya hablamos de esto. Sería demasiado arriesgado. Tendría que decirles dónde lo encontré, y podrían contactar con los Mayer. Hay que esperar a tener más pruebas para asegurarnos de que no hay posibilidad de que se salgan con la suya.

Respiro largamente.

—De acuerdo. Haré lo posible por encontrar algo más. —Una breve pausa—. Pero, James, si no funciona, tendré que idear otro plan.

—Espero que no estés pensando lo que yo creo, Christa.

—Claro que sí. —Me froto la nariz—. Tendré que coger a mi hijo y salir corriendo.

—Si lo haces —me advierte—, serás tú quien vaya a la cárcel. ¿Eres consciente de ello?

Siento que se me forma un nudo duro en la garganta cuando me doy cuenta de que tiene razón. No solo me encerrarían, sino que podrían devolver a Wyatt a Robin y Paul, que podrían conseguir con facilidad una orden de alejamiento contra mí para mantenerme lejos de mi hijo.

—Christa, no hagas nada imprudente —suplica James—. No acabará bien.

—Lo intentaré —respondo, vacilante, sin fiarme de mis emociones. Demasiados pensamientos nublan mi juicio; no puedo decidir qué es lo mejor en este momento. Sé que lo único que tengo que hacer es contarle a Wyatt la verdad sobre quién soy en realidad, pero decido no decírselo a James por miedo a que intente disuadirme. Ya lo he decidido.

—Por cierto —pregunta—, ¿has averiguado algo más en sus diarios?

—No mucho. Lo único que he visto hasta ahora es sobre su embarazo, pero leeré más esta noche, a ver si encuentro algo útil.

Colgamos y, como Robin sigue en su habitación, creo que es el momento perfecto para hablar con Wyatt. Le pido que me acompañe al despacho y cierro la puerta tras nosotros.

—¿Qué hacemos aquí? —Se tira en el sofá con un gemido—. No me digas que vamos a estudiar alemán. No estoy de humor. Una partida de Monopoly, eso sí que me apetece.

—No, no vamos a estudiar alemán. —Tomo asiento a su lado—. He pensado que estaría bien que tuviéramos una charla. —Mi mirada se dirige a la puerta y, de repente, me invade la inquietud. Quizá la oficina no sea el lugar más seguro para hablar de esto, después de todo. Lo último que necesito es a Robin espiando detrás de la puerta. Como me permiten llevarme a Wyatt a dar paseos cortos por la propiedad, puede que lo mejor para nosotros sea salir, estar fuera de la casa.

—Vale —dice Wyatt, apoyando los pies en la mesita—. ¿De qué podemos charlar?

—¿Qué tal si damos un paseo mientras hablamos? —sugiero.

—¿Hacia el pueblo? ¿Podemos pasar por casa de Simon? —Su cara se ilumina ante la idea.

—No, lo siento, pero tu madre... Robin querrá que nos quedemos en casa. ¿Qué tal si vamos al río? Igual es mejor que estar encerrados.

—Bien —acepta a regañadientes, y se pone en pie.

Antes de irnos, para asegurarme de que no infringimos ninguna norma, decido pedirle permiso a Robin para sacar a Wyatt. No quiero disgustarla y arriesgarme a que tengamos que volar de vuelta a Estados Unidos incluso antes. Está en medio de la enorme cama cuando entro, y hay decenas de pañuelos arrugados a su alrededor. Tiene los ojos hinchados e inyectados en sangre; su piel, tan pálida que casi no tiene color. Parece como si llevara horas llorando. Accede a dejarnos marchar, demasiado distraída, imagino, por sus pensamientos como para discutir conmigo, y salgo rápidamente.

Espero a que estemos sentados en un banco junto al río antes de decirle nada a Wyatt.

—Hay algo que tengo que contarte —digo por encima del ruido de

fondo de la corriente. Me aseguro de mantener la voz baja, aunque no haya nadie cerca.

—Suenas serio —bromea, lanzando un guijarro al río.

Le cojo la mano y me mira con los ojos muy abiertos.

—No irás a marcharte, ¿verdad?

—Nunca —juro—. Nunca te dejaré.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Por qué estás tan... rara?

—Wyatt, llevo mucho tiempo queriendo decirte esto, pero... —Cierro los ojos un segundo, rezando por encontrar el valor—. Soy tu madre, Wyatt. Tu madre biológica.

El tiempo parece detenerse mientras me mira con expresión atónita, luego retira la mano y se levanta.

—Estás mintiendo —dice finalmente, con la cara convertida en una máscara de rabia.

De inmediato me arrepiento de habérselo dicho. ¿Y si se vuelve contra mí y corre a Robin o Paul para contarles mi secreto? Sería desastroso. Pero es demasiado tarde para retractarme de lo que he dicho, así que tengo que instarlo a que entienda que debe mantenerlo en secreto.

Me pongo en pie para que nuestras miradas queden a la misma altura.

—Es cierto —digo—. Soy tu madre biológica. Quería que lo supieras, pero no puedes dejar que nadie más lo sepa.

Se aleja un paso de mí.

—Tú no eres mi madre. Mi madre biológica no me quería, de lo contrario, no me habría dejado en un orfanato cuando era un bebé, como un pedazo de basura.

El nudo en la garganta casi me ahoga. ¿Eso le dijo Robin?

—No, Wyatt, te estoy diciendo la verdad —digo rápidamente, deseando tocarle pero sin atreverme—. Es cierto que soy tu madre, y no te entregué por elección. Es solo que no podía... Es complicado. Te prometo que te lo explicaré todo. Pero, por favor... —Mi voz se suaviza y junto las manos delante de mí en un gesto suplicante—. Por favor..., no se lo digas a tus padres.

He cometido un error. He sido ingenua, he asumido que nuestra relación era lo bastante fuerte como para contarle cualquier cosa.

Pero ¿qué esperaba en realidad? Claro que le molesta que lo entregaran sin más. Claro que está enfadado. Debería haber esperado para decírselo. Debería haber tenido más cuidado. Ahora probablemente lo he estropeado todo.

Desesperada por arreglar las cosas, le pongo la mano en el hombro con suavidad. Pero se estremece y se aleja, demasiado alterado para dejarse consolar.

—Entiendo que te sientas traicionado y enfadado —digo con la voz temblorosa por la emoción—. Y lo siento mucho, pero te pido que mantengas esto en secreto, por mi bien, por tu...

—Tú no eres mi madre —dice, más para sí mismo que para mí. Luego se mete las manos en los bolsillos y se aleja. Veo cómo aparta una piedra de un puntapié, frustrado, y me duele el corazón de tristeza y pesar.

Preocupada por que vaya directamente a Robin y se lo cuente todo, corro tras él, suplicándole que me deje explicárselo, pero no se detiene, no mira atrás hasta que entra en la casa.

Debería haber tenido más cuidado. Esto es culpa mía. ¿Qué he hecho?

31

CHRISTA

Durante el resto del día, tanto Wyatt como Robin permanecen en sus habitaciones. Wyatt solo reaparece a las siete de la tarde para buscar algo de comer antes de retirarse a su dormitorio. Robin se niega a comer nada y Paul aún no ha vuelto a casa. Estoy empezando a pensar que él y Robin han tenido alguna discusión. Eso explicaría su bajo estado de ánimo. Pero no me importan ellos ni sus problemas, lo único que me importa es lo que he hecho y cómo eso tal vez haya abierto una enorme brecha entre Wyatt y yo.

Cuando se pone el sol, llamo a James.

—He metido la pata —admito con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué has hecho? —pregunta con voz de pánico—. No habrás intentado hablar con ellos sobre el bolso, ¿verdad?

Hago un gesto negativo con la cabeza.

—No. Le he dicho algo a Wyatt.

—¿Que sus padres adoptivos son asesinos? ¿Por qué has hecho eso?

Escondo la cara en la palma de la mano.

—No, eso no. Le he dicho la verdad: que soy su madre.

Se produce un silencio que se alarga una eternidad. Necesito romperlo porque se está volviendo incómodo.

—James, ¿estás ahí?

Se aclara la garganta.

—Estoy aquí. ¿Cómo ha reaccionado a la noticia?

—Estaba enfadado. *Está* enfadado. Cree que su madre no lo quería lo suficiente como para quedárselo. Supongo que es una reacción bastante normal después de tantos años sin saber por qué lo dieron en adopción. Probablemente ha pasado años luchando con problemas de abandono. —Suelto un suspiro y cierro los ojos—. No sé qué hacer para que su dolor desaparezca.

Lo que él no sabe es que yo habría hecho cualquier cosa por quedarme con él, pero la decisión no estaba en mis manos. El día

que lo perdí, sentí como si mi mundo se hubiera hecho pedazos, y desde entonces nunca he podido recomponer las piezas.

—Debes hablar con él. Si le cuenta a Robin o a Paul lo que le has dicho, ambos podríais estar en verdadero peligro. No habrá hablado ya con ellos, ¿verdad?

—No creo —respondo insegura. Que yo sepa, tan pronto como Wyatt ha entrado en la casa, se ha dirigido directamente a su habitación y no ha hablado con Robin en todo el día.

¿Es posible que haya dicho algo sin que yo me diera cuenta? No, eso es muy poco probable. He estado rondando su puerta la mayor parte del día, deseando poder hablar con él y aclarar las cosas, pero sin las agallas para hacerlo.

—Tiene que seguir así —dice James—. No pueden descubrirlo nunca. Si lo hacen, es probable que se lo lleven a Estados Unidos de inmediato. Y tienes que seguir buscando pruebas. Necesitamos que los arresten rápido.

—Vale. Voy a leer el resto de las fotos del diario, a ver qué puedo descubrir.

Termino la llamada y abro el ordenador. Reviso más entradas del diario; la mayoría giran en torno al embarazo de Robin. Anotaba todos los detalles, desde los tipos de comida que ingería y cómo la hacían sentir hasta las cartas que le escribía a su bebé nonato. Cada vez que leo sus entradas, se me revuelve el estómago. Aquí estaba esta mujer, volcando todo su amor en esas páginas por un niño no nacido, pero al mismo tiempo reacia a aceptar al mío, un niño que no había sido forzado a entrar en su vida.

Justo en ese momento, un inodoro descarga desde el fondo del pasillo. Me levanto, sabiendo que Wyatt no tiene baño en su habitación, así que tiene que ser él. Tal vez sea una mala idea salir e intentar hablar con él de nuevo mientras Robin esté en casa. Y me pone nerviosa que escuche nuestra conversación y descubra la verdad, pero no puedo contenerme.

En cuanto sale del cuarto de baño, un torrente de luz se extiende por el oscuro pasillo. Se vuelve hacia mí y contengo la respiración. Parece decepcionado y enfadado, y me doy cuenta de que ha estado

llorando. Tengo miedo de que diga algo en voz alta para que Robin lo oiga. Me llevo un dedo a los labios, con ojos suplicantes.

En lugar de decir nada, se da la vuelta y vuelve arrastrando los pies a su habitación.

Es demasiado pronto. Todavía le duele. Quiero darle el tiempo necesario para curarse, pero puede que eso no sea una opción. Me preocupa que no quede tiempo suficiente.

¿Y si hago todo lo que esté en mi mano para alejarlo de ella y él sigue rechazándome, convencido de que lo he tratado como basura indeseable? El pensamiento es como una cuchilla afilada clavada en mi estómago. Doy varios pasos hacia mi habitación, cierro la puerta tras de mí y dejo que mi cuerpo caiga al suelo. Entierro la cara en las manos. Me duele la cabeza como si alguien me estuviera golpeando las sienes con martillos una y otra vez, infligiéndome cada vez más dolor, hasta que ya no puedo soportarlo más.

Me sobresalto cuando alguien golpea ligeramente la puerta y me levanto de un salto, con las manos sudorosas. Es él. Está listo para hablar.

Abro la puerta enseguida, pero no es a él a quien veo.

Los ojos de Robin siguen inyectados en sangre; está de pie ante mí con un pijama de seda rosa y zapatillas de terciopelo.

—Tengo hambre —murmura antes de marcharse.

No muy segura de si echarme a reír o a llorar, la sigo escaleras abajo hasta la cocina mientras va dejando a su paso el rastro de su perfume de lirio. Debería ser capaz de hacerse algo de comer por sí misma. Le he ofrecido la cena antes, pero la ha rechazado, así que le he dicho que la guardaría en la nevera para que la recalentara más tarde. Pero está claro que es incapaz de hacerlo. O tal vez solo quiere ejercer su poder sobre mí.

Sin decir una palabra, me dirijo a la nevera y saco el arroz y el filete que he preparado. Templando los nervios, meto la comida en el microondas y cuento los segundos que faltan para que esté caliente mientras escucho cómo saca un taburete de la isla. Aunque nunca me ha importado, esta vez mis sentidos están en alerta máxima y el ruido me eriza la piel. Me recuerda a la tiza que se

raspa contra una pizarra. Aprieto los puños y me niego a mirarla, pero casi puedo sentir sus ojos clavándose en mi nuca.

Cuando suena el temporizador del microondas, le pongo la comida caliente delante. La aparta sin siquiera mirarla.

—Quiero algo recién hecho —exige, su voz es un gruñido grave y furioso—. No quiero sobras.

Mi paciencia con ella se está agotando y me queda muy poco para ponerme a gritar. Pero no pienso darle esa satisfacción. Resistiendo el impulso, le hablo con tranquilidad, como si fuera una niña.

—Esto está bastante fresco, Robin. —Trato de mantener la exasperación fuera de mi voz—. Lo he cocinado no hace mucho.

—Hoy no me apetece arroz. —Esta vez, una suave sonrisa se dibuja en sus labios.

¿Qué está haciendo? ¿Qué sabe? ¿Qué sospecha?

Inspiro hondo, conteniendo mi creciente ira.

—¿Qué te apetece comer? —No tengo más remedio que entrar en su juego. Si está tratando de cabrearme, tendrá que esforzarse mucho más.

Pide lasaña y ensalada verde. Estoy de acuerdo, aunque me llevará algún tiempo, y me escabullo hacia la despensa, quedándome allí unos minutos para recomponerme antes de perder los estribos. El zumbido de la nevera parece amplificarse mientras estoy en la despensa, o tal vez solo sean mis sentidos agudizados.

—¿Por qué tardas tanto ahí dentro? —me llama.

Incluso con la pared entre nosotras, puedo sentir su aura como una ola de calor alrededor de mi cuerpo. Cojo una caja de láminas de lasaña y arqueo el cuello hacia atrás para estirarlo. El crujido es tan satisfactorio que cierro los ojos para saborear la sensación. Sigo mirando hacia el techo y, cuando abro los ojos, noto algo extraño en una esquina de la despensa: una pequeña luz roja parpadeante que nunca he visto antes.

Robin vuelve a llamarme, y yo me olvido de la luz y salgo de la despensa.

Me doy cuenta de que, aunque James y yo registramos gran parte de la casa, nos saltamos la despensa. Vengo mucho por aquí y creo que me habría dado cuenta de cualquier cosa extraña. Pero tomo

nota mental para volver más tarde, cuando Robin no me esté vigilando tan de cerca.

Mientras preparo su cena, ella sigue mirándome, aunque finge que está leyendo un libro de cocina. Las páginas crujen y se agitan en el silencio.

Empiezo con la salsa de la lasaña, friendo ajo y cebolla antes de añadir nata, tomate, chile en polvo y otros ingredientes. Cuando la salsa hierve a fuego lento, el aroma llena la cocina y me tranquiliza en cierto modo, permitiéndome centrarme en lo que tengo que hacer y en nada más. Al terminar la salsa, paso a la ensalada; luego termino de montar la lasaña y la meto en el horno.

Cuando cierro la puerta del horno, Robin cierra el libro de cocina y me mira con los brazos cruzados sobre la mesa.

—Christa, ¿qué has hecho con las flores de nuestro jardín? —pregunta.

Se me para el corazón. Obligándome a mirarla con la poca confianza que puedo reunir, le cuento lo que James y yo acordamos.

—Cuando no estabas, no sabía qué hacer. Estaba aburrida, así que decidí... Pensé que podría plantar algunas flores nuevas para ti. Pensé que podría animarte.

Fue idea de James. Intentamos replantar las flores que habíamos destruido, pero todo estaba roto y marchito. Así que condujo hasta el pueblo y regresó con flores nuevas.

—No necesito que me animen —me regaña—. Por favor, no hagas nada más en esta casa sin mi permiso. —Luego sale de la cocina sin esperar mi respuesta.

Vuelve cuando su comida está lista y se la sirvo. Para mi horror y disgusto, solo le da tres mordiscos antes de decidir que ya ha tenido bastante y vuelve a salir de la cocina. Ni siquiera me da las gracias. Me doy cuenta de que ni siquiera tenía hambre, solo buscaba una oportunidad para atormentarme.

Cuando una puerta se cierra a lo lejos, me desplomo sobre un taburete, desesperada por no derrumbarme. Apoyo la frente sobre la fría encimera de mármol. El corazón me palpita en los oídos y me duelen las palabras que desearía haberle dicho.

Y entonces oigo una voz.

—Yo me como el resto —dice Wyatt.

Limpiándome las lágrimas, levanto la vista, sorprendida de verlo allí, de que me esté hablando. No intercambiamos palabra mientras se acaba la lasaña. Espero a que diga algo, lo que sea, pero entonces me doy cuenta de que el mero hecho de que esté aquí es un gran paso para los dos, y quizá sea suficiente por ahora.

Termina de comer y, en lugar de darme el plato para que lo lave, lo enjuaga él mismo y lo mete en el lavavajillas. ¿Significa eso que ya no me ve como la asistente-niñera? ¿Ha aceptado que soy su madre? Quizá no debería darle demasiada importancia.

—Gracias —dice antes de marcharse—. Buenas noches.

—Buenas noches, Wyatt —le digo, con el corazón un poco más ligero.

Desaparece por la puerta, y decido que el momento que acabamos de compartir ha sido, desde luego, suficiente.

Cuando termino de limpiar la cocina, son las diez. En cuanto vuelvo a mi habitación, abro de nuevo el portátil para buscar una entrada en el diario que me dé algo a lo que aferrarme. Me encuentro con una de las entradas del verano de 2015, el año en que Eva desapareció. Después de la forma en que Robin me ha tratado, estoy aún más desesperada por alejarnos a mí y a mi hijo de ella. Tengo la sensación de que el comportamiento que me ha mostrado esta noche no será el último de sus intentos de hacer de mi vida un infierno.

Agosto de 2015

Creen que soy tonta y ciega, pero lo veo todo. Los he estado observando todos los días y soy muy consciente de lo que ocurre a mis espaldas.

Solo han pasado tres semanas desde que comenzó a trabajar aquí y puedo decir que las cosas han cambiado. Para empezar, Paul ya no se pasa el día en su despacho. En su lugar, juega a ser útil en la casa haciendo tareas que antes no solía hacer, como trabajar en el jardín y arreglar trastos. ¿A quién quiere engañar? No es un manitas. En lugar de arreglar las cosas, en realidad las está empeorando, rompiéndolas, igual que me está rompiendo a mí.

Hoy le he preguntado si hay algo entre él y Eva. ¿Su reacción? Ira, como siempre. Siempre es así cuando me enfrento a él. Me ha acusado de paranoica, de ver solo lo que quiero ver. Estaba tan a la defensiva que enseguida he sabido que tengo razón, que mi intuición no me miente. He visto cómo se comporta cuando salimos, cómo sonrío de forma diferente a otras mujeres. Cree que no me entero de nada, pero estoy al tanto de todo lo que ocurre bajo nuestro techo.

En retrospectiva, debería haberme negado a contratar a Eva. Estudié varias de las solicitudes y entrevisté a otras candidatas antes que a ella, e incluso preseleccioné a algunas. A ella la descarté en el instante en que la conocí, pero el único error que cometí fue no destrozar su solicitud y su currículum. Paul los vio en la papelera y me preguntó por qué no le daba una oportunidad cuando tenía mucha más experiencia que las demás aspirantes. ¿Cómo podría haberle explicado que ella me parecía demasiado atractiva para el puesto sin parecer una esposa insegura? Quería demostrarle que estaba segura de mi matrimonio y de que mi marido nunca se

pasaría de la raya. Nunca me había engañado, aunque siempre se fijaba en la belleza cuando esta se le ponía delante de las narices.

La única razón por la que al final accedí a contratar a Eva fue que se decía que tenía una relación. Es fácil encontrar información en esta ciudad si uno hace las preguntas adecuadas a las personas adecuadas. Debería haber sabido que ni una relación ni un compromiso significan nada para una persona de voluntad débil cuando se enfrenta a la tentación. Como una tonta, pensé que solo era una coqueta y que le era fiel a su novio. Pero no, es avariciosa; quiere a mi hombre.

Cometí el error de dejar entrar a la tentación en mi propia casa. Ella se ponía ropa inapropiada y se reía a carcajadas de sus chistes, aunque no tuvieran gracia, y él se empapaba de colonia, aunque no tuviera a dónde ir. Todas las señales de la traición estaban ahí, todas y cada una de ellas.

Tenían una aventura mucho antes de que yo supiera que había empezado, aunque no pueda precisar el momento exacto en que empezó. Pero hoy los he pillado con las manos en la masa. He visto a mi marido en la cama con ella, en nuestro dormitorio. Él pensaba que yo estaba en el pueblo, en la peluquería, y Wyatt casi nunca sale de su habitación, lo que significaba que tenían libertad para escabullirse. Quizá estaba demasiado embriagado por el placer ilícito como para pensar que podría pillarlos. O tal vez, en su interior, quería que los atrapara. Puede que ese haya sido su plan desde el principio. ¿Y si quiere dejarme por ella? Pues no pienso permitir que me deje.

Antes de que él llegara, siempre me fijaba en los hombres que no se sentían tan atraídos por mí, hombres que me utilizaban como sustituta hasta que encontraban una alternativa mejor. Y por eso pensé que Paul era diferente. Estaba tan enamorada cuando me pidió que fuera su mujer que firmé a ciegas un acuerdo prenupcial que podría dejarme sin un céntimo si nos divorciamos. Pero el estilo de vida al que me he acostumbrado no es algo a lo que esté dispuesta a renunciar.

Debo poner fin a esto antes de que sea demasiado tarde. Eva

quiere algo que es mío y no voy a dejar que me quite más de lo que ya me ha quitado.

No toleraré su comportamiento. Podrían haberlo hecho en cualquier otro sitio, pero eligieron hacerlo en nuestra casa. Esto demuestra el poco respeto que me tienen.

Lo suyo se ha terminado. Ya ha durado demasiado.

La gente dice que la venganza es un plato que se disfruta mejor frío, pero yo prefiero servirlo bien caliente.

Cuando pulso el botón de apagado y la pantalla del portátil se oscurece, mi estómago se retuerce con las náuseas. Se me acelera el corazón, tengo la boca seca y noto el calor que irradia mi cara cuando me levanto para sentarme. Los pensamientos vertiginosos que se arremolinan en mi mente son como un huracán.

Esto es lo que hemos estado buscando. Lo siento en las tripas. La policía no podrá rechazar esta prueba, no con el bolso como respaldo. Lo que he leído proporciona pruebas suficientes para poner a Robin tras las rejas.

Me siento en el borde de la cama y me masajeo las sienes. Aparece en mi cabeza un pensamiento negativo que me desanima, alegando que esto no es suficiente. La entrada del diario no dice explícitamente que asesinara a Eva. Detenerla podría no significar borrarla del mundo, aunque eso es lo que me dice mi lógica. La policía podría pensar lo contrario, sobre todo si son amigos de los Mayer.

No estoy segura de quién fue el responsable de este acto atroz, pero sí estoy segura de que Robin o Paul son los asesinos, y sé que hay algo en esta casa que confirmará mis sospechas. ¿Dónde escondieron el cadáver si no fue aquí?

Se me revuelve el estómago al pensar en Eva aceptando la proposición de James mientras le era infiel con Paul. ¿Cómo de depravado se puede llegar a ser? Entonces recuerdo que Eva estaba embarazada cuando murió. ¿Y si el bebé era de Paul y no de James? ¿No sería un motivo para asesinar? Tanto para Paul como para Robin. ¿Y si Eva quería sacar a la luz los detalles de su aventura con Paul y uno de ellos estaba dispuesto a hacer lo que fuera para impedirlo? ¿Y si Eva quería contárselo a Robin —sin saber que ella ya lo sabía— y a Paul se le fue la cabeza y la estranguló como Robin describió en su diario, esta vez cruzando el punto de no retorno?

Es posible que Paul actuara para mantener sus indiscreciones en

secreto, o tal vez la venganza de Robin ante la perspectiva de que su marido la abandonara fuera el motor. ¿Quién podría culpar a una mujer de volverse loca de rabia tras ver a su marido en la cama con otra? No todo el mundo se siente impulsado a asesinar, por supuesto, pero alguien claramente lo había hecho en esta ocasión.

La gran pregunta sigue siendo: ¿dónde está el cuerpo? Lo hemos buscado por todas partes. ¿O no?

De repente, me viene el recuerdo de estar antes en la despensa, un lugar en el que entro y salgo casi todos los días. Y el destello de luz roja. ¿Qué ha sido eso? Me pregunto si podría ser una cámara oculta. Si es así, ¿por qué solo en la despensa y no en cualquier otra habitación de la casa? A menos que haya algo ahí que alguien quiera mantener oculto.

También se oía ese extraño zumbido, un tipo de sonido diferente, algo a lo que nunca presté atención hasta esta noche. Al principio, supuse que era el ruido de la nevera, pero esta vez sonaba anormalmente alto.

No puedo contenerme, aunque conozco los riesgos. Debo averiguar qué está pasando antes de que sea demasiado tarde, sobre todo ahora que Wyatt sabe que soy su madre. Tengo que alejarlo de esta gente y llevármelo conmigo.

Giro el picaporte despacio, abro la puerta de mi habitación con cuidado de no hacer ruido y me dirijo de puntillas hacia la escalera, evitando las partes de los escalones que sé que tienden a crujir. La palma de mi mano apenas roza la barandilla conforme continúo mi camino en la oscuridad.

A cada paso, me planteo cómo responderá James ante la aventura de su prometida. Se quedará destrozado cuando se entere. Está buscando justicia para la mujer que amó, sin saber que ella lo engañó, que todo el tiempo le estuvo ocultando un secreto. Ella aceptó su proposición a pesar de lo que estaba haciendo a sus espaldas, y posiblemente estaba embarazada de otro hombre. ¿Cómo puedo darle esa noticia?

Sacudo la cabeza y alejo el pensamiento para poder concentrarme. No puedo permitirme cometer un error; esta podría ser mi única

oportunidad. No se me ocurre ningún otro lugar de la casa donde esconder algo más.

Respiro hondo una vez que mis pies tocan el final de la escalera, levantando la vista para comprobar si alguien me observa. La luz de la luna que se cuela por las ventanas es suficiente para iluminar el pasillo y no veo a nadie. Estoy a salvo.

Entro de puntillas en la cocina y enseguida cierro la puerta tras de mí. Entonces hago una pausa para pensar en mi seguridad. No quiero quedarme atrapada dentro de la despensa sin poder defenderme.

Metó la mano en el cajón de los cuchillos, pero la retiro antes de coger uno. La idea de apuñalar a alguien me pone físicamente enferma, así que, en vez de eso, cojo una escoba que está apoyada en la pared.

Entro en la despensa y cierro la puerta tras de mí para amortiguar cualquier ruido que pudiera escaparse.

Al levantar la vista, veo una lucecita roja que parpadea en un rincón de la habitación. Mi corazón se acelera al acercarme, preguntándose si alguien puede verme ahora mismo. Si es una cámara, espero que Robin y Paul estén durmiendo y solo puedan ver la grabación cuando sea demasiado tarde. Si encuentro algo aquí esta noche, la policía aparecerá en su puerta en cuestión de minutos.

Todavía paranoica, apoyo la escoba contra la pared y vuelvo a la cocina. Del cajón de los trastos, saco un rollo de cinta aislante y corto un trozo. Agarro una silla, la devuelvo a la despensa y me subo para alcanzar la cámara. Con manos temblorosas, presiono la cinta adhesiva sobre la luz roja, esperando que sea suficiente para ocultarme de miradas indiscretas.

Me tomo un momento para calmarme, estabilizando mi respiración antes de volver a bajar y escudriñar la habitación.

Es tan espaciosa que podría confundirse con un dormitorio. Las estanterías del suelo al techo están repletas de latas, tarros y paquetes de comida, como si los Mayer se estuvieran preparando para una catástrofe. Me sitúo en el centro y cierro los ojos, escuchando cualquier ruido. En efecto, el zumbido sigue ahí. Vuelvo

a abrir la puerta y de inmediato oigo el zumbido de la nevera de la cocina, pero, cuando vuelvo a cerrarla, ese sonido ha desaparecido, separado del otro que parece estar atrapado dentro de la despensa. No hay aparatos electrónicos en la habitación que puedan explicar el sonido y, desde luego, no hay ningún otro frigorífico cerca.

Mientras intento averiguar de dónde procede el sonido, otro pensamiento inquietante entra en mi mente.

¿Y si me equivoco? ¿Y si no fueron Paul ni Robin quienes cometieron el crimen? ¿Y si fue James? ¿Podría haber sido él quien buscaba venganza? ¿Y si sabía lo que había hecho Eva y cometió un crimen pasional? ¿Y si es él a quien debería temer, el hombre con el que he pasado tanto tiempo, el hombre en el que he llegado a confiar? ¿Podría ser un asesino?

Un escalofrío recorre mi espalda y me agarro a uno de los armarios para apoyarme. No me parece correcto. No tiene sentido. Si James es el verdadero asesino, ¿por qué se empeña tanto en encontrar pruebas de que los Mayer son los responsables de la muerte de su prometida cuando, después de siete años, el caso se ha enfriado tanto?

Mis pensamientos son un revoltijo, preguntas caóticas que chocan contra las paredes interiores de mi cráneo y me hacen palpar la cabeza. Ahora mismo, no le encuentro sentido a nada. Pero tengo que empezar por algún sitio, y esta habitación es un lugar tan bueno como cualquier otro. Después, podré decidir qué hacer a continuación.

Me esfuerzo por escuchar cualquier sonido que me llegue. El zumbido parece aumentar de intensidad, o quizá es que ahora le presto más atención. Decido registrar la despensa de arriba abajo, esperando que no me pillen. Mi plan es que, si Robin aparece, fingiré que no podía dormir, así que se me ha ocurrido reorganizar la despensa. Rezo para que me crea.

Empiezo con las latas, llenas de alubias, maíz y un surtido de verduras y purés. Aparto los botes de pepinillos y coloco las cajas de cereales amontonadas en el suelo. Despejo una estantería tras otra para dejar al descubierto las paredes que hay detrás. No estoy

segura de lo que busco; lo único que sé es que necesito encontrar la fuente del sonido.

Entonces otro ruido capta mi atención y me detengo, aguzando el oído para escuchar. Parece venir de lejos, y suena como si algo crujiera. Me quedo quieta, escuchando con atención y deseando tener una forma de cerrar la puerta por dentro. Pero entonces se hace de nuevo el silencio y continúo moviendo la comida hasta que la última lata y la última caja yacen a mis pies, y las estanterías están completamente vacías.

Examino cada estante, evalúo cada rincón de la habitación. Las paredes son de un blanco deslumbrante, ocultan cualquier secreto salvo uno, la pared opuesta a la puerta, que tiene un pequeño círculo blanco y redondo en el centro, casi como si le hubieran pegado una calcomanía. Alguien podría pasarlo por alto con facilidad si no se fijara bien.

Inspiro hondo y toco con cautela el círculo de la pared. Está ligeramente elevado y lo noto sedoso bajo la yema de mi dedo. La calcomanía es solo una cubierta de vinilo con un botón oculto debajo. Con el corazón acelerado, lo pulso y hago una pausa, contando cada latido. Uno, dos, tres.

Se oye un suave chasquido, seguido de un desplazamiento de la pared que deja al descubierto otra habitación. Es un poco más pequeña; una bodega, por lo que parece. Me quedo en la puerta con la boca abierta, mirando las estanterías repletas de botellas de vino.

Una bodega secreta.

Estando en el negocio del vino, tiene sentido que la familia Mayer tenga una bodega, pero también podría ser el lugar ideal para esconder algo de miradas indiscretas. Un escalofrío me recorre cuando entro y mi mirada se dirige automáticamente a un gran congelador vertical blanco. Me late el corazón mientras me dirijo hacia él. Ahora oigo su zumbido alto y claro.

Cuando mis dedos rodean el tirador, la cabeza me da aún más vueltas y siento que estoy a punto de desmayarme. Pero no puedo desmayarme. Necesito mantenerme fuerte. Esto podría ser lo que estoy buscando. El cadáver de Eva podría estar dentro del congelador.

Inspiro hondo, cierro los ojos y tiro de la puerta. Cuando abro los ojos, veo varias bolsas de hielo, y al principio me invade una sensación de alivio. Pero, al levantarlas, veo algo que me revuelve el estómago y me impide respirar: el cuerpo sin vida de Eva. Está en posición fetal, con las extremidades contorsionadas en ángulos antinaturales.

Su piel pálida como el hielo y sus ojos vidriosos me devuelven la mirada, y contengo un grito. Retrocedo rápidamente, intentando no vomitar, pero desesperada por volver a mirar. Necesito asegurarme de que lo que veo es real. Cuando lo hago, todo mi cuerpo se estremece de miedo y asco, y me cuesta recuperar el aliento. Me tambaleo hacia atrás y me apoyo en la pared mientras la bilis me sube por la garganta y las lágrimas se me agolpan en los ojos. Esto es lo que pensaba que podría encontrar en esta casa, pero esperaba que James se equivocara. Esperaba que Eva estuviera a salvo en algún lugar, que tan solo se hubiera escapado y no quisiera que la encontraran. Pero ahora está claro que nunca se fue a ninguna parte. Fue asesinada.

Antes de que pueda evitarlo, el vómito me sube por la garganta y sale lanzado hacia el suelo. Me limpio apresuradamente la boca con el dorso de la mano y respiro hondo varias veces para tranquilizarme.

El hedor del vómito y la visión del cuerpo de Eva en el congelador me abruman y no puedo dejar de temblar y llorar.

Pero no puedo quedarme mucho tiempo pensando en mi reacción. Necesito actuar. Mi mente se acelera mientras intento averiguar qué hacer a continuación.

Una idea se forma en mi mente. Puedo hacer una foto con mi teléfono para que James la lleve a la policía. Me doy la vuelta para volver a la despensa y recuperar mi teléfono, y es entonces cuando veo a Robin de pie en la puerta, mirándome y sosteniendo el cuchillo de cocina más grande que posee.

—Tú —murmuro.

El miedo, como nada que haya conocido antes, me atraviesa, pero con él viene la rabia y una determinación que inunda mi cuerpo de adrenalina y me impulsa a coger la escoba que he traído conmigo.

—Así que lo sabes —sisea, atrapándonos a las dos en la despensa al cerrar la puerta tras ella. Aunque en realidad no está cerrada, ella se interpone en mi camino, impidiéndome escapar.

Estoy atrapada en una habitación con un monstruo que haría cualquier cosa por mantener ocultos sus oscuros secretos. Si no actúo rápido y lucho por mi vida, podría asesinarme y meter mi cuerpo en el congelador, junto a los restos de Eva.

No cederé. No dejaré que mi historia termine así. Robin no podrá hacerme lo que le hizo a Eva. Me niego a ser otro rostro pegado en un tablón de anuncios con la palabra «desaparecida» en negrita sobre mi cabeza. No me convertiré en otra estadística.

La mirada de Robin es letal y su color oscuro parece arder de furia.

—Tú la mataste —murmuro, alejándome un paso de ella, pero quedándome en la entrada de la otra habitación porque no quiero distanciarme aún más del mundo exterior—. Tú asesinaste a Eva, la niñera que trabajaba para ti hace siete años.

—¿Qué te hace pensar que lo hice yo?

El repentino frío en el aire y la fría expresión de su rostro me hacen retroceder otro paso. Sin dejar de sostener el cuchillo a su lado, su mirada se desvía más allá de mi hombro, hacia el congelador donde su secreto oculto ha permanecido latente durante siete años.

—Sé la verdad, Robin. Conozco todos tus secretos. Sé que Paul tenía una aventura con Eva y que tú querías deshacerte de ella. Ahora apártate de mi camino, voy a ir a la policía.

—Te equivocas —sisea, blandiendo la hoja—. No tienes ni idea de lo que estás hablando.

Sin darle la oportunidad de lanzar ningún ataque, golpeo con el palo de la escoba la mano que sujeta el cuchillo, y este cae al suelo. No me detengo ahí y vuelvo a golpearla, esta vez en la pierna izquierda; lanza un grito de dolor que retumba en las paredes.

—Estás cometiendo un gran error —grazna mientras se desliza hasta el suelo e intenta arrastrarse hacia el cuchillo, que se ha deslizado bajo una de las estanterías—. No lo entiendes.

—Lo entiendo perfectamente —digo, con la mandíbula apretada—. Eres una asesina y vas a ir a prisión.

Cuando levanto la escoba para golpearla de nuevo, Robin abandona sus intentos de recuperar el cuchillo y se escabulle antes de que la escoba se estrelle contra el suelo con tanta fuerza que se

parte en dos. Al instante siguiente, está de pie dirigiéndose a la puerta de la despensa. Agarra el picaporte e intenta cerrar la puerta para atraparme dentro, pero yo la abro de un tirón y el picaporte se le escapa de las manos.

—No te saldrás con la tuya, Robin —le digo.

Sin inmutarse, cojea hacia el cajón de los cuchillos y coge otra arma, con los nudillos blancos mientras me apunta con escalofriante desesperación. Le tiembla la voz cuando me mira fijamente.

—No tienes ni idea de dónde te estás metiendo —sisea con los dientes apretados.

Atravieso la cocina a la carrera. Es entonces cuando siento un dolor punzante en el omóplato izquierdo, pero no detengo mis pasos hasta llegar a la puerta de la cocina. Entonces me paro bruscamente cuando se abre y Paul se queda de pie, apuntándome con una pistola.

—¿Qué está pasando aquí? —Su voz es grave y tan cargada de implicaciones como la pistola que tiene en la mano.

—Paul, menos mal que estás aquí —grita Robin—. Está tratando de matarme. Creo que me ha roto la pierna. Esta mujer es peligrosa.

—No. —Miro a Robin a los ojos, erguida a pesar de temblar por dentro y de que el dolor de mi hombro se irradia como un reguero de pólvora—. Tú eres la perturbada peligrosa —digo con firmeza—. Mataste a Eva y has estado escondiendo su cadáver aquí, en esta casa, durante siete años. La policía necesita saber qué pasó. Su familia necesita saber que una mujer trastornada la metió en un congelador como si fuera comida. —A estas alturas no puedo contener las lágrimas, y estoy hablando tan alto que, si Wyatt está cerca de las escaleras, ya lo habrá oído todo. Sabrá exactamente lo que han hecho sus padres adoptivos.

Paul parece atónito mientras Robin me grita que deje de decir mentiras, negando el delito del que la acuso.

En un instante, algo cambia en el aire. Paul da un paso atrás con la pistola colgando a su lado. Su mirada ya no se dirige a mí, sino a su mujer. La expresión de su rostro es de conmoción y angustia.

—¿Qué... qué está diciendo? —Su voz está ahogada por la emoción mientras le habla a Robin.

Ella mueve la cabeza en silencio, con los ojos llenos de lágrimas.

—Esa mujer es una mentirosa —grita con la voz apagada por los sollozos—. ¿No lo ves? Está intentando separarnos. Tenías razón. Contratarla fue un error.

Antes de que pueda detenerla, se abalanza sobre mí con una mirada salvaje y blandiendo el cuchillo por delante de ella. Me tiro al suelo y ruedo para apartarme, y para mi alivio el cuchillo cae y se le escapa de las manos. Forcejamos sobre las baldosas de la cocina, con los miembros entrelazados, mientras Paul nos observa en un silencio atónito, con la cara pálida por la impresión que le ha causado lo que acaba de oír.

No sabe nada de esto. Todo es cosa de Robin.

Poco después, lo veo pasar a toda prisa junto a nosotras. Sospecho que va a la despensa para verificar lo que estoy diciendo. Furiosa, Robin me agarra del pelo e intenta golpearme la cabeza contra el suelo, pero la empujo y cae de espaldas. Deja escapar un fuerte suspiro tras el impacto, pero ella es bastante fuerte y no tarda en dominarme de nuevo. Dejando escapar un rugido gutural, me rodea la garganta con las manos; cada uno de sus dedos es como un puño de hierro apretado contra mi piel.

La empujo lejos de mí con todas mis fuerzas, pero ella tiene la ventaja de la fuerza y el tamaño. Siento que mis vías respiratorias se estrechan lentamente, dejándome boqueando desesperada en busca de aire. A través del zumbido de mis oídos, detecto un fuerte estallido, seguido de otro. Los dedos de Robin se aflojan un segundo y ambas nos volvemos para mirar hacia la puerta.

En un instante, veo aparecer una figura en la puerta. Es James, con la cara contorsionada por la rabia y el brazo extendido, apuntándonos con una pistola.

—¡La mataste! —grita con voz ronca y cruda clavando los ojos en Robin. Las lágrimas corren por su rostro y sus manos temblorosas se aferran al arma.

Antes de que Robin pueda negar la acusación, aprieta el gatillo y el sonido de los disparos resuena en las paredes.

Los ojos de Robin se abren de golpe y su cuerpo se desliza sobre mí.

James agarra la pistola con firmeza y dispara una vez más para asegurarse.

Con las manos temblorosas y la pistola aún en la mano, me preocupa por un momento que vaya a dispararme a mí también.

—No —le suplico, sacudiendo la cabeza mientras me arrastro hasta sentarme, y contemplo el cuerpo de Paul en el suelo, cerca de la puerta de la despensa. Entonces recuerdo los dos estallidos que he oído mientras luchaba con Robin. Estaba disparándole a Paul.

—James, no. —Junto las manos en una súplica.

Parpadea varias veces y entonces su brazo cae a su lado y el arma, al suelo. Ha decidido tomar cartas en el asunto y matar a quienes cree que asesinaron a su prometida, en lugar de dejarlo en manos de las autoridades. Lo siento por él, pero ahora mismo solo puedo pensar en que estoy delante de un asesino. Con el miedo laténdome en las venas, me alejo de él.

Mi mirada se desvía de James hacia el pasillo. Wyatt está allí de pie, con los ojos desorbitados. ¿Lo ha visto? ¿Ha visto a James matar a sus padres adoptivos?

Actuando por instinto, corro hacia mi hijo. Ya no tengo miedo de James. El único pensamiento en mi mente es que necesito proteger a Wyatt, rodearlo con mis brazos y hacer que todo mejore.

—No pasa nada, cariño —le digo mientras Wyatt empieza a sollozar y me abraza con fuerza—. Eran... Eran gente horrible.

No se resiste cuando lo abrazo ni se aparta cuando lo balanceo de un lado a otro. Está tan atormentado como yo por lo que ha pasado.

Por encima de su hombro veo a James desplomarse en el suelo y sacar su teléfono del bolsillo. Sus dedos pulsan las teclas y, tras acercárselo a la oreja, habla apresuradamente en alemán. Solo entiendo algunas palabras, pero lo suficiente para saber que está informando a la policía de lo que ha ocurrido y de que deben venir.

Tras finalizar la llamada, levanta la cabeza y sus ojos brillantes conectan con los míos.

—Eres libre de irte —dice en un suave susurro, y luego deja caer la mirada al suelo.

Ha conseguido vengarse, y no parece preocupado por el hecho de que ahora pueda enfrentarse a una pena de cárcel. Tal vez no crea

que vale la pena vivir sin Eva. Pienso en contarle lo que sé de ella y lo que le hizo, pero no me atrevo a hacerle más daño del que ya se le ha hecho, y es posible que él ya lo sepa. Tal vez nos haya oído hablar a Robin y a mí en la despensa. Debía llevar tiempo merodeando por esta enorme casa para aparecer tan de repente.

Cierro los ojos y apoyo la barbilla en el hombro de Wyatt mientras esperamos a que lleguen los agentes. No estoy segura de lo que pasará a partir de ahora, de a dónde lo llevarán, pero quiero pasar unos últimos momentos con él, sintiendo su calor.

No he hecho nada malo, solo he actuado en defensa propia, pero ¿y si la policía lo ve de otra manera? ¿Y si lo consideran un plan premeditado entre James y yo? Lo que más me preocupa es que Paul no parecía saber nada del asesinato de Eva. Si eso es cierto, entonces James podría haber matado a un hombre inocente, y existe la posibilidad de que me consideren su cómplice.

Al llegar a Austria, nunca imaginé que mi viaje acabaría con Robin y Paul muertos.

Cuando llegan los agentes de policía, documentan la situación tomando fotografías del cadáver, asegurando cualquier prueba e interrogándonos. Me piden que haga un breve relato de los hechos, que hago con ojos firmes y sin emoción en la voz. Recuerdo vívidamente cada momento de lo sucedido, sin omitir nada, ya que no tengo nada que ocultar sobre lo ocurrido esta noche.

Entonces llega una mujer que no es policía. Lleva traje y el pelo recogido en un moño. Tiene lo que se llamaría una cara de niña, pero en su pelo oscuro hay vetas grises, lo que sugiere que es mayor de lo que parece, quizá de unos cincuenta años. Se presenta como Heidi Fischer, del servicio de protección de menores.

Se me cae el alma al suelo incluso antes de que diga las palabras.

—No —digo negando con la cabeza—. No se lo van a llevar. —Miro a Wyatt y luego a la mujer.

—Me temo que tiene que venir conmigo. —No me sorprende que domine el inglés. La policía ha debido informarle por teléfono de que Wyatt y yo no hablamos alemán.

—No, no puede. Es mi hijo, debe estar conmigo —suplico a los agentes y a Heidi con lágrimas en los ojos.

Le explico mi situación lo más rápido que puedo y, al principio, parece confusa, pero, cuando uno de los agentes le dice algo en alemán, me mira y niega con la cabeza.

—Entendemos su ruego, pero, por la seguridad del chico y de todos los demás implicados, debemos llevárnoslo hasta que podamos organizarle una vida más adecuada —responde—. Lo siento mucho.

—Háganos una prueba de ADN —digo entrecortadamente, con las manos juntas—. Ya verán como es mi hijo. Está más seguro conmigo que con extraños. —Por el rabillo del ojo, veo a Wyatt acurrucado en

un rincón, con cara de miedo y confusión. No puedo dejar que me lo quiten.

—Lo siento —repite Heidi—, pero tiene que quedarse bajo nuestra custodia hasta que el caso esté totalmente resuelto. —Me ofrece más tiempo para despedirme de Wyatt, tal vez al notar la desesperación en mis ojos.

Sin otra opción, doy un paso adelante, rodeo su cuerpo con mis brazos y lo aprieto con fuerza.

—Está bien, Wyatt —susurro con suavidad—. Pase lo que pase, te quiero y nunca dejaré de luchar por ti. —Hago una pausa para mirar a Heidi—. ¿Puedo ayudarlo a recoger sus cosas, por favor?

Heidi asiente, su mirada se suaviza.

—Sí, puede, pero no tarde.

Aunque quería un momento a solas con Wyatt, un agente de policía nos sigue escaleras arriba y se apuesta en el umbral de la puerta.

—No quiero irme. Por favor, no dejes que me lleven —suplica Wyatt entre lágrimas. Sus ojos me ruegan que haga algo aunque no pueda hacer nada.

Siento que el corazón se me rompe en pedacitos y se me hace un nudo en la garganta al darme cuenta de la realidad.

En unos minutos lleno una maleta con parte de su ropa, la PlayStation y algunos libros. Entonces miro a mi hijo e intento esbozar una sonrisa.

—Te van a llevar con una familia muy agradable hasta que todo esto se solucione. Estoy segura de que volveremos a estar juntos muy pronto. Haré todo lo posible para que vuelvas conmigo. —Le aprieto los hombros, salgo de la habitación y vuelvo con una foto mía de tamaño carné. Se la pongo en la mano—. Para que no me olvides. Yo nunca te olvidaré a ti.

Mira la foto y la rodea con los dedos. No la suelta, ni siquiera cuando sale por la puerta principal unos minutos después, seguido por Heidi y uno de los agentes de policía. Aunque tiene quince años, parece un niño asustado, y siento que se me rompe el corazón por él y por mí.

Cuando la puerta se cierra tras ellos, me invade una profunda tristeza que ni siquiera puedo expresar con palabras. Sé que ahora

está a salvo, pero no puedo evitar sentir que me han arrancado una parte de mí. No tengo ni idea de a dónde se lo llevan, pero me consuela saber que ya no estará a merced de Robin y Paul. Pero ¿con quién acabará? ¿Serán peores que sus padres adoptivos? Soy su madre, la única persona que podría quererlo de verdad y protegerlo.

No tengo ni idea de a dónde se han llevado a James para interrogarlo. Es posible que ya esté en comisaría, retenido en una celda. Si no doy las respuestas adecuadas, puede que yo también acabe allí.

Por suerte, la mujer policía que se sienta a mi lado domina el inglés lo suficiente como para comprender mis respuestas y hacerme sus preguntas. Es la agente Wagner, y tiene el pelo rubio y corto, que parece aún más corto por su gorra negra de policía. Para ser una mujer, es musculosa y me supera por unos centímetros. Sin embargo, en sus ojos azules como el cobalto se adivina un corazón bondadoso.

—Revisemos los acontecimientos una vez más —me indica, preparándose para escribirlo todo de nuevo.

La agente Wagner está sentada frente a mí en la sala de estar, anotando mis respuestas, y levanta la vista de vez en cuando para observar mi rostro en busca de cualquier señal de mentira.

Me muerdo el labio e inspiro hondo, obligando a mi rostro a mantener la calma para evitar cualquier juicio negativo. Ya he repasado todos los detalles, pero es típico que la policía busque cualquier discrepancia.

Estoy a punto de responderle cuando dos hombres salen de la cocina, desviando mi atención de su pregunta. Antes de que se llevaran a Wyatt, el cuerpo de Eva fue retirado por los mismos hombres —que van vestidos con uniformes blancos, mascarillas y guantes—, poniendo fin a tantos años de búsqueda.

Miro a la agente Wagner y le explico todo con una intensidad desgarradora, cada emoción y cada detalle que puedo recordar.

—Quería trabajar para los Mayer porque mi hijo estaba aquí. Quería estar cerca de él.

—¿Y entonces descubrió que la última niñera había desaparecido?

—Sí. —Siento que se me hace un nudo en la garganta—. Lo oí en la ciudad y decidí investigarlo.

—¿Con la ayuda del señor James Brooks?

—Sí. Queríamos saber qué había pasado... por diferentes razones. Él estaba comprometido con Eva y yo solo... quería tener la seguridad de que la familia que cuidaba a mi hijo no era peligrosa.

—¿Cómo adivinó que el cuerpo estaba en el congelador de la despensa?

—No lo adiviné. Busqué por toda la casa y no encontré nada. Entonces oí un sonido raro ahí dentro, un zumbido, y me pregunté si habría algo que yo no estaba viendo.

—¿Está diciendo que fue su instinto el que la llevó a la bodega oculta?

—No. También vi una luz roja y sospeché que era una cámara

oculta. No había visto cámaras en ninguna otra parte de la casa. — Junto las manos—. Por favor, agente, ayúdeme a recuperar a mi hijo.

Entrecierra los ojos y su bolígrafo se cierne sobre el bloc de notas.

—Por favor, explíqueme por qué nunca les dijo a Robin y Paul Mayer que Wyatt Mayer es su hijo.

Es una pregunta estúpida, la verdad, porque la respuesta es muy obvia.

—Porque nunca me habrían permitido acercarme a él. Ningún padre adoptivo aceptaría eso.

La agente se pasa una mano por el pelo rizado e intercambia unas palabras en alemán con uno de sus colegas masculinos. Después de que él le responda, ella vuelve a centrarse en mí.

—¿Hay alguna manera de demostrar que Wyatt es su hijo sin una prueba de ADN?

—Es la viva imagen de su padre.

—Por desgracia, eso no será prueba suficiente, señorita Rogers. ¿Hay algún documento que pueda probar que lo que dice es cierto?

—No. Por favor, hagan una prueba de ADN si no me creen. Eso lo demostraría.

Ella y su compañero intercambian algunas palabras, y entonces el otro agente coge su teléfono y hace una llamada.

El interrogatorio dura otra media hora y luego me trasladan a comisaría.

La sala de interrogatorios es diminuta, las paredes blancas están tan cerca que puedo llegar a tocarlas. Una tenue bombilla apenas ilumina la habitación, y solo hay dos sillas y una pequeña mesa de metal entre la agente Wagner y yo. El olor a sudor, miedo y desesperación flota en el aire y me revuelve el estómago. No puedo evitar pensar en las muchas personas que se han sentado en esta silla antes que yo.

El tictac de un reloj de fondo me obliga a volver al presente y me centro en la agente. Me hacen las mismas preguntas una y otra vez hasta que estoy totalmente agotada y preocupada por si digo algo equivocado.

—¿Qué ha pasado con James Brooks? —pregunto cuando me dan

un breve descanso—. ¿Dónde está?

—Está detenido —responde la agente Wagner—. Hemos encontrado pruebas dentro de su casa que demuestran que llevaba tiempo planeando el asesinato de los Mayer.

Me llevo las manos a la cara y rompo a llorar de puro cansancio y pena.

—Señorita Rogers —me dice la agente sin darme tregua para llorar —, necesito saber unos cuantos datos sobre usted.

El corazón me salta a la garganta y alzo la vista con los ojos húmedos.

—¿Qué... qué pasa conmigo?

—Antes de empezar a trabajar para los Mayer, ¿dónde estaba empleada?

—Trabajé de canguro para varias familias. —Desvió la mirada para fijarla en una pequeña grieta de la pared y resoplo—. También tuve otros trabajos, pero cuidar niños era lo que más hacía.

—¿En Estados Unidos?

Asiento.

Garabatea algo en su papel y luego me mira.

—¿Puede darme el nombre de su anterior empleador?

Podría darle un nombre falso, pero es policía y se dará cuenta de que miento.

—Amanda y Mark Golden, de Nueva York —digo, tragándome el miedo—. Tenían un hijo de dos años llamado Dylan.

Dudo que los llame para hacerles preguntas sobre mí, y aunque lo haga, nunca les conté mucho de mi vida.

—¿Es usted de Nueva York? —me pregunta, soltando el bolígrafo como para indicar que ya somos amigas y que solo estamos charlando.

Pero no dejaré que me engañe. Solo intenta que baje la guardia. En lugar de responder enseguida, espero unos latidos, intentando sopesar las consecuencias de una respuesta sincera frente a una mentira. Una vez más, me decido por la verdad... la versión inofensiva de la misma.

—No, soy originaria de Kentucky —digo, bajando la mirada y rezando para que no haga más preguntas.

—¿De qué parte de Kentucky? —Vuelve a coger el bolígrafo y escribe algo.

Puedo sentir cada gota de sudor que se forma en mi frente.

—Bluefort. Es un pueblo muy pequeño.

Tal vez habría sido más inteligente darle el nombre de otra ciudad, pero, si más tarde descubre que estoy mintiendo, podría preguntarse por qué e indagar en mi pasado para averiguar qué estoy ocultando. Si alguna vez se enteran de que una vez estuve internada porque me consideraban un peligro para mi bebé, nunca me considerarán lo bastante estable como para obtener la custodia.

Se queda callada durante tanto tiempo que levanto la vista para leer su expresión. En lugar de hacerme más preguntas, llama a su compañero y se susurran unas palabras en alemán.

—Discúlpennos. —Ambos salen de la habitación, y la agente Wagner regresa quince minutos después y vuelve a sentarse—. Cuando ha dicho que venía de Bluefort, el nombre me sonaba, así que he ido a buscarlo. Hubo algunos titulares hace unos años, ¿tengo razón? Algo sobre una secta.

No entiendo por qué me hace estas preguntas. Es obvio que ya conoce las respuestas tras buscarlas en internet. Si lo que quiere es una reacción, no la obtendrá.

Siento el corazón en la garganta y me cuesta articular palabra. Así que me quedo mirándola. Tal vez sea mejor para mí no decir nada.

La agente Wagner me devuelve la mirada durante unos segundos y luego se levanta.

—Creo que eso es todo por ahora. Estoy segura de que tendremos algunas preguntas más para usted, pero, por ahora, es libre de irse.

Suspiro aliviada, me pongo en pie y paso junto a la policía antes de que cambie de opinión. Fuera, exhalo un profundo suspiro mientras intento calmar mi acelerado corazón. Puede que haya cometido un desliz, pero no estoy en problemas.

Reservo una habitación en un hotel, planeando quedarme en Austria el tiempo que haga falta para asegurarme de que Wyatt está bien, pero no pienso volver a la escena del crimen. La policía ha mencionado que me devolverían a Estados Unidos por ser ciudadana

estadounidense, pero no saben cuándo exactamente. No me voy a ninguna parte hasta que sepa lo que le pasará a mi hijo.

A la mañana siguiente, temprano, recibo una llamada en la que me piden que me presente para hacerme una prueba de ADN. Cuando llego al hospital, Wyatt ya está dentro de una pequeña sala blanca donde recogen muestras. Se lanza a mis brazos, como un niño pequeño desesperado por su madre. Parece que no ha dormido en mucho tiempo.

—Por favor, no te vayas. —Se aferra a mí—. Quiero quedarme contigo.

—No voy a dejarte —le prometo—. Haré lo que sea necesario para que estemos juntos, pero primero tienen que comprobar que eres mi hijo.

Después de las pruebas, de vuelta en el hotel, llamo a Emily y le cuento todo lo que ha pasado.

—Dios mío, Christa. ¿Qué has hecho? ¿Por qué no me dijiste lo que estabas tramando todo este tiempo?

—Pensaba que no lo aprobarías.

—Sin duda, no lo habría aprobado. Lo que has hecho es una locura. Podrías haber resultado herida. Por lo que me cuentas, esa gente parecía muy peligrosa. Sabía que este plan era terrible desde el principio. Debería haberte disuadido de ir.

No le digo que Robin consiguió hacerme un corte en el hombro con el cuchillo. Es solo una herida menor, así que no hay razón para preocuparla.

—Estoy muy bien. Solo estoy esperando los resultados que prueben que Wyatt es mi hijo. Entonces podremos volver a casa.

—Podría ser mucho más complejo que eso..., lo entiendes, ¿no? Según la ley, era su hijo. Antes de morir podrían haber nombrado a alguien, quizá un familiar, para que fuera su tutor. Que seas la madre biológica no significa... Y con todo lo que hay en tu pasado...

—Elijo ser positiva —la interrumpo—. Al final, todo se arreglará. Me alegro de que ya no esté con esa gente.

Esa gente. Todavía me cuesta creer que tanto Robin como Paul ya

no existan en el mundo, que estén muertos, que no tenga que volver a verlos.

—¿Sabes cuándo vas a volver a casa? —pregunta Emily con la voz teñida de preocupación.

—No lo sé. No me permiten irme todavía. Y, aunque así fuera, no me voy sin Wyatt.

—Vale. —Suspira—. Siento mucho todo lo que ha pasado. —Su voz está cargada de comprensión—. Por favor, mantenme informada, ¿vale? Y, si necesitas que vaya, dímelo.

Cuatro días después de entregar nuestras muestras, recibo una llamada de la comisaría pidiéndome que vaya. La idea de que puedan tener los resultados del ADN me hace salir de la habitación del hotel y me apresuro a ir. Apenas puedo respirar mientras entro en el edificio gris que parece una pequeña fortaleza, con el corazón retumbando.

La agente Wagner se reúne conmigo en la recepción y me escolta hasta la misma sala de interrogatorios en la que estuve días atrás.

—¿Tienen los resultados? —pregunto mientras me dejo caer en la silla. Ni siquiera me importa haber vuelto a esta sofocante habitación, lo único que me importa es demostrarles por fin que Wyatt es mi hijo.

—Todavía no. —Se sienta frente a mí—. Pero tenemos algunas novedades que podrían interesarle.

Antes de que pueda responder, entra otra agente con un montón de papeles, que le entrega a la agente Wagner antes de salir de nuevo de la sala.

La agente Wagner extiende los papeles sobre la mesa, entre nosotras.

—¿Sabía que Robin Mayer llevaba un diario?

—Hmm... sí. —La sangre me sube a la cara, caliente, cuando recuerdo la primera entrada del diario que leí.

—¿Alguna vez, por casualidad, le ha hablado de las cosas sobre las que escribió?

—No entiendo muy bien lo que quiere decir. Llevar un diario es una tarea privada. La gente escribe sobre cosas que no cuenta necesariamente a nadie, ni siquiera a sus amigos más íntimos.

—¿Así que nunca hablaron del contenido?

—No. —No voy a hablarle de las entradas que leí. Si lo revelo, tendría que revelar también cómo me hice con ellas. No quisiera darle ni una sola razón para desconfiar de mí.

Desliza una de las páginas en mi dirección, pero apenas lo suficiente como para asegurarse de que no puedo leerla.

—Hemos encontrado esto en su teléfono. Hay bastantes entradas que mencionan a Wyatt, y son bastante preocupantes.

—¿Qué pasa con Wyatt? —Aprieto los puños bajo la mesa. La habitación se sumerge en un silencio sepulcral, tanto que oigo los latidos de mi corazón.

La agente Wagner me mira con ojos inexpresivos. Luego vuelve a acercar el papel hacia ella y baja la mirada hacia él.

—Esta entrada es del año pasado, de junio —dice, y empieza a leer.

Me da náuseas el modo en que Wyatt intenta colarse en mi corazón, desesperado por conseguir mi amor y mi cariño. Entra en la habitación y se sienta a mi lado, iniciando una conversación de la que yo prefiero no formar parte. Me trae té, se ofrece a ayudarme a fregar los platos o a hacer cualquier otra tarea de la casa, aunque esas cosas ya las hace la asistente.

Pero, cuanto más se acerca, cuanto más intenta que lo quiera, más quiero apartarlo. La repulsión que se acumula en mi garganta cada vez que se acerca a mí crece día a día.

No lo quiero cerca de mi bebé. No lo quiero cerca de mí. Su presencia es como un veneno persistente que se filtra por las paredes, minando mi fuerza, mi valor y mi cordura.

Debo seguir manteniéndolo alejado de mí.

Por fuera, seguiré fingiendo ser su madre, pero a puerta cerrada no hay nada entre nosotros.

Haré solo lo absolutamente necesario para engañar al mundo fingiendo que es mi hijo y que me preocupo por él. Pero lo es solo

sobre el papel. Ya no soy capaz de ofrecerle lo que una verdadera madre debería, todo lo que vaya más allá de lo material está fuera de mis límites.

Sigo esperando el día en que por fin pueda librarme de él, el chico al que solía amar y que ahora he llegado a odiar.

Julio de 2021

Antes de abrir los ojos, elevo una plegaria silenciosa para que el día de hoy sea fácil y tenga la fuerza suficiente para superar lo que se me presente, pero la ansiedad ya se arremolina en mi estómago como cada día, sin darme ni un momento de paz.

Siempre me da pavor cuando Paul se va de viaje por motivos de trabajo porque eso significa que estoy atrapada en casa con Wyatt a solas. Paul no tiene ni idea de la clase de monstruo que es. Wyatt es una persona diferente ante él y ante todos los que lo conocen. Normalmente no es tan malo cuando Sophia, nuestra asistente, está cerca, pero ella no vive en casa, y en estos momentos está visitando a sus padres en Florida. Intenté convencerla de que cambiara su viaje a la semana siguiente, cuando Paul esté de vuelta, pero Sophia dijo que había una emergencia familiar y que no podría cambiar sus planes.

Bostezo con los ojos aún cerrados, estiro los brazos bajo las mantas y vuelvo a acercarlos a mi cuerpo cuando toco algo caliente. El lado de la cama de Paul debería estar vacío y frío. Pero no lo está.

Abro los ojos y casi grito al ver a la persona que está en la cama a mi lado.

—Wyatt —grazno, saltando de la cama—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? —Estoy segura de que cerré la puerta anoche.

—Buenos días, mamá —dice Wyatt, bostezando mientras se sienta en la cama. Luego sonrío.

Cierro los puños.

—Te he preguntado qué haces aquí.

Ladea la cabeza.

—¿Necesito una razón para dormir en la cama de mi madre?

—No soy tu... —Trago saliva con fuerza y me muerdo el labio inferior para impedir que se me escapen las palabras que tan

desesperadamente quiero decir, las palabras que quiero que todo el mundo sepa—. Por favor, sal. —Señalo la puerta con un dedo.

—¿Por qué? —Tiene el descaro de parecer herido—. Mamá, solo he pensado que deberíamos pasar un poco más de tiempo juntos. Nunca tenéis tiempo para salir.

—Ya no eres un bebé. —Me paso una mano por el cuello, que siento caliente—. Tienes catorce años y eres perfectamente capaz de estar solo. —Me dirijo a la puerta y la abro de un tirón—. No quiero que vuelvas a entrar en nuestra habitación sin permiso, ¿está claro?

Sin decir nada, se levanta de la cama. Cuando se acerca a la puerta, me alejo de él. Estar cerca de él me pone la piel de gallina.

—No debes tenerme miedo, mamá —susurra—. Soy tu hijo. —Las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa que claramente pretende burlarse de mí.

Quiero recordarle que es adoptado. Cuando cumplió trece años, Paul y yo se lo dijimos. Quería que supiera que no éramos parientes de sangre, para poner otro muro de separación entre él y yo. Pensé que así se alejaría de mí, que mantendría las distancias. En realidad, tuvo el efecto contrario: buscó aún más mi afecto e hizo todo lo posible por acercarse, tanto que me incomodó.

Mientras él se queda plantado junto a la puerta, yo vuelvo a la cama, con una mano protectora sobre el vientre mientras tomo distancia.

—A veces creo que me tienes miedo —dice Wyatt, fingiendo decepción—. Me pregunto por qué.

—Wyatt, por favor... Necesito estar sola —digo con voz más paciente. No quiero provocarlo.

Mientras lo observo, no puedo evitar preguntarme cuándo ha entrado en nuestro dormitorio y cuánto tiempo ha estado a mi lado en nuestra cama. Cruzo los brazos sobre el pecho y noto cómo se me hace un nudo en la garganta de miedo y rabia.

Antes de salir de la habitación, me dedica otra de sus retorcidas sonrisas y me dice:

—Te quiero, mamá. Hasta luego.

Hace tiempo que dejé de decirle que lo quiero, sin embargo, eso no

impide que él me lo diga a mí; tiene la esperanza de que algún día le responda. Pero eso nunca va a ocurrir.

—Hasta luego —digo en su lugar.

En cuanto se va, decido que, después de ducharme, saldré de casa. Wyatt es demasiado impredecible y no tengo ni idea de lo que podría hacer a continuación. Necesito protegerme.

Media hora después de echarlo de la habitación, bajo a la cocina a por un vaso de zumo de naranja antes de salir de casa para pasar el día con una amiga. Encuentro la cocina desordenada. Todas las tazas, vasos, platos y todo lo que normalmente está en los armarios ha sido sacado y esparcido por las encimeras e incluso por el suelo. No solo eso, sino que todo está cubierto de salsa de chocolate y sirope de arce, echado por encima para que sea difícil limpiarlo.

Lo ha hecho a propósito. Sabe que Sophia no está aquí para ayudarme a limpiar y quiere castigarme por apartarlo. Encuentra la manera de castigarme cada vez que me niego a mostrarle afecto.

Echo un vistazo a los platos del suelo y veo que parte del sirope y la salsa de chocolate se han esparcido por todas partes, incluidos los azulejos, las paredes y muchos de los armarios. Mi corazón se hunde cuando veo más en los ventanales. Esa cosa pegajosa está por todas partes. Será una pesadilla limpiarlo.

Las lágrimas me llenan los ojos y me queman la garganta, como un torrente que amenaza con ahogarme.

Aunque podría contratar temporalmente a alguien para que viniera a limpiar, es mejor encargarme yo misma del desorden porque la gente de este barrio habla demasiado. Sé de buena tinta que las niñeras y asistentes de nuestra calle se reúnen de manera habitual para cotillear sobre sus jefes. Me imagino lo que dirían del estado de mi cocina. Si tuviera un niño pequeño en casa, sería fácil explicarlo, pero, con catorce años, Wyatt es lo bastante mayor como para no crear tanto desorden.

Mi cara está caliente de rabia y el calor se extiende rápidamente al resto de mi cuerpo. Podría enfrentarme a Wyatt ahora mismo, pero sé por experiencia que no acabaría bien. Solo encontrará otra forma creativa de burlarse de mí y, estando embarazada, no es una batalla

que quiera librar. Ya vivo con el miedo constante de que el estrés perjudique a mi bebé.

Lleno un cubo con agua caliente y jabón y me pongo de rodillas para fregar las baldosas. Me culpo por dejar que haya llegado tan lejos. La verdad es que Wyatt sabe algo terrible sobre mí que nadie más sabe. Quizá debería habérselo dicho a Paul, confesárselo todo, para que Wyatt no pueda usar el secreto en mi contra. Pero ya es demasiado tarde. Lo único que puedo hacer es aguantarme y rezar para que el tiempo pase volando hasta que Wyatt haya crecido y esté fuera de casa y viva por su cuenta. Pero tengo la sensación de que seguirá burlándose de mí desde la distancia.

Aunque no estoy entre rejas por el crimen que cometí, siento que estoy esposada a Wyatt y que no hay llave que pueda liberarme de él.

Sumerjo la esponja en el agua caliente y, al escurrirla, se me eriza el vello de la nuca. Me giro y lo veo de pie en la puerta, mirándome.

—¿Por qué has hecho esto? —pregunto, y sigo fregando.

—No lo he hecho yo, mamá —responde con una voz que no parece la de un niño—. Te lo has hecho tú sola.

Tiene razón. La muerte de Eva es lo que inició toda esta pesadilla, lo que permite a Wyatt actuar con impunidad porque sabe que no hay nada que pueda hacer contra su comportamiento.

Después de todo, el peor castigo que podría aplicarme es denunciarme a las autoridades por lo que hice.

Agosto de 2015

Una semana después de pillar a mi marido en la cama con Eva, vuelvo a verlos, no en la cama que compartimos, sino en el lavadero, en el extremo opuesto de la villa, donde apenas va nadie. Le dije a Paul que me iba a Salzburgo para pasar un día con Jane, y tenía intención de hacerlo, pero a mitad de camino he cambiado de idea.

Una de las razones por las que quería irme era porque no podía soportar ver a mi marido, recordar lo que me había hecho.

Necesitaba un descanso de él. Pero en el viaje a Salzburgo se me ha ocurrido que al huir, aunque solo fuera por un día, le estaba dando la oportunidad de hacerme aún más daño, de continuar con sus actividades extramatrimoniales sin miedo a que lo descubrieran.

Después de verlos en la lavandería, vuelvo a salir y subo al coche. En lugar de alejarme de la casa e ir en busca de un lugar donde lamerme las heridas en privado, conduzco hasta el garaje, que apenas utilizamos. Si Paul sale de la casa ahora mismo, no sabrá que he vuelto, a menos, claro, que Wyatt haya visto el coche desde dentro de la casa y decida contárselo. Solo quiero algo de tiempo a solas antes de tener que enfrentarme a ellos.

Salgo del coche y me apresuro a ir a otra habitación que está a solo tres puertas de la lavandería, una habitación de invitados que no ha sido habitada desde hace tiempo. Cierro la puerta y me siento en la cama. Me aferro a mis rodillas con las manos y me balanceo hacia delante y hacia atrás, con lágrimas cálidas cayendo de mis ojos y goteando sobre mis brazos.

No sé exactamente cuánto tiempo permanezco dentro de la habitación. He olvidado mi teléfono en el coche, así que no puedo comprobar la hora. Al cabo de un rato, se oye el sonido del motor de un coche y abro un poco las cortinas para asomarme al exterior.

Es Paul, y se va. Supongo que son alrededor de las seis de la tarde

y que Eva también se marchará dentro de unos minutos, después de haber hecho un trabajo por el que no le pagamos.

Como Paul se va a Dios sabe dónde, quizá sea mejor que hable primero con Eva, para hacerle saber que ya no tiene trabajo con nosotros, algo que debería haber hecho la primera vez que la vi acostándose con mi marido.

Cuando estoy segura de que Paul se ha ido, salgo de la habitación y me dirijo al ala principal, donde encuentro a Eva limpiando la encimera de la cocina.

En cuanto me ve, da un respingo con los ojos muy abiertos.

—¡Señora Mayer! —exclama con la voz temblorosa, como si cada palabra fuera un esfuerzo—. No tenía ni idea de que seguía aquí, creía que se había ido a Salzburgo.

—Sí, ese era el plan —respondo con frialdad, clavando mi mirada en la suya—. Pero he cambiado de opinión.

Me observa durante un largo rato y me pregunto si puede ver las lágrimas en mis ojos.

—De acuerdo —dice, y vuelve al trabajo—. Estoy a punto de terminar esto, luego me voy a casa. Llego un poco tarde.

Me quedo mirándola con las manos apretadas a los costados, obligándome a decir algo, a despedirla en el acto. Finalmente, digo las palabras que arden en mi garganta:

—Tu trabajo aquí ha terminado.

Eva se vuelve despacio hacia mí, con una expresión ilegible.

—Sí, voy a sacar la basura.

Asiento y ladeo la cabeza.

—¿Has ordenado hoy la lavandería? Me refiero a la de la otra ala. Cuando he mirado hace unos minutos, estaba hecha un desastre.

Eva se pone rígida y empieza a retorcer el trapo entre las manos. Ella sabe que yo sé lo que ha pasado en esa habitación.

—Yo no... No —balbucea, con la voz quebrada por la presión.

—Lo sé todo, Eva —digo; mis palabras cortan el aire como una hoja afilada—. Te he visto. Te estás acostando con mi marido, ¿verdad?

Eva deja caer el trapo en el fregadero y coge su teléfono de la encimera, donde siempre lo pone para poder escuchar música mientras trabaja. Mientras juguetea con él, me da la espalda.

Algo se rompe dentro de mí en ese momento y enciende un fuego en mi pecho.

—¿Ni siquiera puedes mirarme? —Mi ira está en su punto de ebullición mientras avanzo a zancadas, acortando la distancia entre la otra mujer y yo. Antes de darme cuenta de lo que hago, mi mano la agarra por el hombro y la empuja para que me mire a los ojos y vea lo que me ha hecho.

El teléfono de Eva se le cae de la mano y aterriza con estrépito en el suelo. La pantalla se astilla, pero no se rompe.

—¿Qué ha hecho? —Se arrodilla y coge su teléfono estropeado. Furiosa, vuelve a ponerse en pie y se acerca a mí con los ojos llenos de rabia—. Me ha roto el teléfono —dice con los dientes apretados y la saliva escapando en gotitas.

—Y tú has roto mi matrimonio —siseo—. ¿Te doy trabajo y así es como me lo pagas?

Eva agita su larga melena por encima del hombro y suelta una carcajada estridente. Entonces se acerca y la intensidad de su mirada me quema el alma.

—No es culpa mía que seas incapaz de satisfacer las necesidades de tu marido. —Una sonrisa cruel se dibuja en sus labios mientras se frota el vientre—. ¿Te ha contado nuestro secretito de apenas dos semanas? Me pregunto si será un niño.

La ira me corre por las venas y arremeto contra ella, estampando mi mano contra su mandíbula en una explosión de rabia.

Sorprendida por lo que acabo de hacer, mi cabeza se echa hacia atrás mientras Eva se yergue, con las fosas nasales encendidas y los ojos llameantes. Luego deja el teléfono detrás de ella, en la encimera, y me mira con los hombros echados hacia atrás y una expresión de satisfacción en el rostro.

—Entiendo por qué estás molesta. Le di a tu marido lo que tú no pudiste.

—Sal de esta casa ahora mismo —exijo con voz temblorosa, señalando la puerta con un dedo—. Y aléjate de mi marido, o si no...

—O si no ¿qué? —Eva levanta una ceja y apoya ambas manos en las caderas—. ¿Volverás a pegarme o algo peor? Sé lo poderosos que pueden ser los celos. Empujan a la gente a hacer locuras.

—En este caso, sí. —Mi mano tiembla de furia, abro de un tirón el cajón de los cubiertos y agarro el cuchillo más afilado. Sujeto la empuñadura con tanta fuerza que se me ponen blancos los nudillos. Pero no lo saco—. Si te vuelvo a ver cerca de mi marido, te mataré.

Eva se ríe burlonamente, y mi ardiente ira alcanza su punto máximo. Con un rugido feroz, agarro el objeto más cercano —un pesado cuenco de cristal— y lo estrello contra su cabeza. Vuelvo a gritar con una rabia que me consume y se lo estampo en el otro lado con tanta fuerza que se hace añicos.

Eva cae al suelo entre un montón de sangre y cristales rotos. Tiene los ojos desorbitados por el terror, se agarra la cabeza y grita de agonía mientras la sangre brota a borbotones de las heridas que le he infligido.

Temblando, caigo de rodillas con la sangre de las heridas de Eva manchándome las manos.

—Lo siento mucho —susurro, aunque es inútil.

Eva no responde y sus ojos se han quedado en blanco. En un intento desesperado por salvarla, presiono un paño de cocina contra la herida de un lado de su cabeza, tratando de detener la hemorragia. Pero la sangre se filtra entre mis dedos demasiado rápido y pronto su cabeza cae hacia delante y golpea contra su pecho.

Me apresuro a comprobar si tiene pulso. Hay algo, pero es débil, y su respiración se está volviendo lenta y dificultosa.

Con el corazón en un puño, me pongo en pie de un salto y salgo corriendo de la cocina para coger el móvil del coche.

Pero, una vez que lo tengo, no puedo obligarme a pedir ayuda. Si llamo, tendré que decirle a la policía lo que he hecho.

Doy un grito ahogado y entro en casa a trompicones, corro hacia la cocina y mis pies patinan en las baldosas hasta que me detengo en la puerta. Mi mirada se posa de inmediato en el horripilante espectáculo que tengo delante.

En lugar de encontrarme con Eva, desplomada contra la pared con la sangre manando de sus heridas, Wyatt, nuestro hijo de ocho años, está sentado a su lado con un cuchillo ensangrentado en la mano. Mi corazón se detiene un instante cuando veo un círculo rojo

redondo en el estómago de Eva, un círculo que se expande con un intenso color rojo rubí.

—Wyatt. —Me tiemblan los labios al ver al niño que adopté cuando era un hermoso e inocente bebé que me sonreía—. ¿Qué has hecho?

—Lo he hecho por ti, mamá. —Todavía sosteniendo el cuchillo, se pone en pie.

Para mi horror, se acerca a mí y me rodea el cuerpo con sus brazos. Estoy demasiado sorprendida para apartarlo. Mi teléfono cae al mismo tiempo que el cuchillo se desliza de la mano de Wyatt y golpea el suelo con un fuerte estruendo.

Finalmente me suelto de su abrazo.

—¿Qué has hecho, Wyatt?

Se encoge de hombros mientras mira el cuerpo sin vida de Eva.

—Ella ya estaba muerta, mamá. Tú la has matado. Quería que no se despertara más.

Me dirijo a trompicones hacia el fregadero y vomito. Quiero gritar, pero lo único que consigo es ahogarme con mis sollozos. Luego me enfrento al cadáver que hay en mi cocina, intentando comprender lo que acaba de ocurrir.

No puede ser. No puedo haber matado a Eva. Cuando la he dejado, aún respiraba, y ahora aquí está, un cuerpo sin vida, desangrándose en el suelo de la cocina.

¿Quién la ha matado en realidad, mi hijo o yo?

Agosto de 2021

Seis años después, no ha pasado un solo día sin que me arrepienta de lo ocurrido. Aquella noche, Wyatt insistió en que Eva ya estaba muerta cuando la encontró, y aunque una parte de mí dudaba de sus palabras, ¿qué podía hacer al respecto? Fui culpable de llevar a Eva a las puertas de la muerte al golpearla en la cabeza con ese cuenco, un golpe mortal que tenía el potencial de matar a alguien.

Si el caso llegara a los tribunales, ¿quién me creería a mí antes que a un niño de ocho años?

Por si acaso, nunca le dije dónde escondí el cuerpo.

Al día siguiente de la muerte de Eva, convencí a Paul de que quería renovar la cocina para hacerla más cómoda para nosotros, y también para mantenerme ocupada. Paul pensó que era una buena idea y me dejó a mi aire.

Aunque modernicé la cocina, me centré sobre todo en la despensa, que dividí en dos. Como era tan grande como un dormitorio, quité una parte y la convertí en una habitación secreta que solo yo conocería.

Wyatt prometió no contarle nunca a nadie lo que había hecho, pero, aunque ha cumplido su promesa, aprovecha cualquier ocasión para recordármelo, sobre todo cuando estamos solos en casa, como hoy, que Paul se ha ido a uno de sus viajes de negocios.

Por fuera, mi hijo adoptivo es como cualquier chico normal de catorce años, aunque retraído. A veces incluso conseguimos montar un espectáculo que engaña a la gente para que crean que tenemos una relación normal de madre e hijo. Nadie adivinaría jamás que tiene una vena malvada porque solo yo puedo ver ese lado de él. Y sabe que no se lo diré a nadie ni lo echaré porque una fuerza invisible nos une, un secreto tan oscuro y amenazador que podría destruirlo todo si alguna vez se revelara. Nuestra conexión es

ineludible e indestructible, una carga oculta que me persigue con su recuerdo de aquel fatídico día.

Todo fue culpa mía. Si no hubiera sido tan tonta, no estaría vinculada a él de esta manera. No tendría una deuda impagable con él.

Cuando estamos solos, le gusta atormentarme de varias maneras, como llamarme al teléfono una y otra vez solo para susurrar mi nombre y gastarme bromas aterradoras. Ahora que sabe que estoy embarazada, se ha vuelto aún más cruel.

Pero esta noche ha ido demasiado lejos. Hace una hora, he entrado en el escobero para coger una fregona y algunos útiles de limpieza cuando Wyatt ha cerrado la puerta, atrapándome dentro de la oscura habitación que, encima, tiene el interruptor de la luz en el exterior. Desde niña, siempre me ha aterrorizado la oscuridad y nunca duermo sin una luz nocturna. Es una fobia que aún no he superado. Tumbada en el frío suelo, acunando mi vientre de embarazada y jadeando en busca de aire, no tengo ni idea de cuánto tiempo me mantendrá atrapada en esta habitación. Me aterroriza que solo me deje salir por la mañana, poco antes de que llegue la asistenta.

Sin ventana, la habitación está oscura y sin aire, y el único sonido que oigo es el de mi propia respiración. El sudor y las lágrimas corren por mi cara mientras lucho contra la oscuridad.

Una tenue luz entra por debajo de la puerta, donde una delgada franja de iluminación revela lo que creo que es la silueta de Wyatt. Incluso con una puerta entre nosotros, el aire está cargado de su ira, una fuerza invisible que impregna las paredes y me deja sin aliento.

Los minutos pasan con lentitud mientras mi miedo y mi incertidumbre aumentan.

—Wyatt —lo llamo—, por favor, no lo hagas. Te lo suplico. Haré lo que quieras, pero déjame salir.

El silencio es su respuesta, una confirmación ensordecedora de que no me liberará pronto.

A lo lejos, mi teléfono empieza a sonar. Lo he dejado en el salón. Debe ser Paul llamando para ver cómo estoy. Se ha mostrado

especialmente cariñoso desde que me quedé embarazada, y cuando está en casa, me trata como si fuera una muñeca de porcelana, algo que hay que manejar con cuidado.

El timbre acaba por cesar, y también mi esperanza de salir del escobero. Una lágrima cae por mi mejilla, sabiendo que mi marido nunca sabrá a qué oscuros juegos está jugando Wyatt conmigo. No puedo decírselo nunca, de lo contrario, descubrirá de lo que es capaz su mujer. Wyatt es un niño, y probablemente se libraría por el papel que jugó en el asesinato, pero yo podría ir a la cárcel.

La mera idea de estar entre rejas, dentro de una celda cerrada, me hace temblar de miedo. Mi único consuelo es la imagen de mi hijo nonato, que me tranquiliza asegurándome que todo irá bien.

Cuando vuelvo a sentir movimiento fuera, llamo a Wyatt, que sigue sin responder. De repente, me mareo y unos puntos negros nadan en mi visión, ante mis ojos. Me levanto del suelo y busco el pomo de la puerta. Como no se mueve, vuelvo a hundirme y me rodeo las piernas con los brazos. Con la frente apoyada en las rodillas, me balanceo hacia delante y hacia atrás, tranquilizándome a mí y a mi bebé.

Debo sobrevivir a la oscuridad por el bien de mi pequeño.

Pasan las horas y me quedo dormida, pero me despierta un dolor agudo en el vientre.

—No —murmuro.

No puedo perder a este niño a mitad de mi embarazo. Encogida por el dolor, susurro una oración para que mi bebé esté sano y salvo y para que yo encuentre una salida de mi prisión.

Desesperada, golpeo la puerta con el puño y grito para que Wyatt me deje salir.

—Me duele. Por favor..., me duele. Necesito ir al hospital.

Cuando Wyatt no abre la puerta, me doy cuenta de que eso podría ser exactamente lo que quiere, que le pase algo al bebé. Como está tan desesperado por mi amor, no querría que se lo diera a otra persona, y menos de mi propia sangre.

Desesperada por salvar a mi hijo, grito hasta que se me quiebra la voz por el cansancio y el agotamiento. Ahora el dolor es aún mayor y

noto que la humedad se filtra a través de las gruesas capas de mi vestido, pero la puerta permanece cerrada.

Me derrumbo en un rincón y cierro los ojos. Entonces inspiro hondo y vuelvo a susurrar una oración silenciosa, pero no recibo respuesta. Como me temía, Wyatt solo abre la puerta por la mañana.

En cuanto salgo a trompicones de la habitación, veo que la sangre me resbala por la pierna.

Cuarenta y ocho horas después de perder a mi bebé, vuelvo a casa a altas horas de la noche con el corazón hecho pedazos. Nuestra vecina, Paloma, que vive unas manzanas más abajo, no se ha separado de mí desde el momento en que la llamé para rogarle que me llevara al hospital. Después de que la evaluación médica confirmara el aborto espontáneo, me llevó a su casa para cuidarme. Pero Paul vuelve esta noche y quiero estar en casa.

Otro amigo mío, que también tiene un hijo de la edad de Wyatt, se ofreció a llevárselo el fin de semana. Acepté encantada porque no soportaba ni mirarlo.

—¿Qué ha pasado exactamente, Robin? —pregunta Paloma mientras aparca el coche—. Sigo sin entenderlo.

Miro por la ventana y respondo con la primera mentira que se me ocurre.

—No lo sé. El dolor salió de la nada.

Paloma, cuyo hermano es policía, no puede saber la verdad; conduciría a verdades mucho más oscuras.

—Lo siento mucho —susurra, y me da un abrazo.

Esbozo una suave sonrisa y me desabrocho el cinturón.

Paloma se pasa una mano por el pelo recién cortado.

—¿Estás segura de que estarás bien hasta que llegue Paul?

—Llegará en una hora. Estaré bien —respondo, y salgo del coche.

Dentro de la casa, voy directa al escobero y abro la puerta. La asistente ha limpiado la sangre y la orina, pero todavía puedo verla en mi mente, sentir el olor metálico de la sangre.

Me derrumbo sollozando sobre la alfombra al recordar al bebé al

que nunca podré abrazar, el niño al que Wyatt ha matado. Se me rompe el corazón al pensar en todo lo que esperaba para mi hijo, en los sueños que tenía para su futuro. Todo eso me fue arrebatado en un solo instante de tormento.

Finalmente me pongo en pie y subo las escaleras, con la mente aún procesando la magnitud de lo ocurrido. En el dormitorio, me tumbo con cuidado en la cama, con el cuerpo dolorido y el corazón destrozado. Permanezco en silencio e inmóvil mientras asimilo la pérdida sufrida. Pienso en Wyatt y en el dolor que me ha causado, en cómo me ha quitado algo que había deseado y necesitado con tanta desesperación.

Nunca podré contarle a nadie lo que ha hecho, pero a partir de ahora evitaré quedarme a solas con él. Ha matado a mi bebé. ¿Qué le impediría matarme a mí?

Paul siempre ha estado en contra de tener ayuda interna, pero, como no siempre está aquí, necesito protección extra. Tener a alguien cerca todo el tiempo evitaría que Wyatt volviera a atormentarme, y haré todo lo posible para no estar en la misma habitación que él.

Sé qué oscuridad acecha en su corazón y por eso debo vigilar, con mis sentidos aguzados y mi ingenio rápido, siempre preparada para protegerme.

Es un juego interminable del gato y el ratón. Hasta el día en que por fin pueda librarme de él, mantendré una doble vida. Una vida que nunca quise, pero que debo aceptar. Ocultaré la verdad todo el tiempo que pueda. Después de todo, no tengo otra opción.

Suena el teléfono y, aunque veo que es Paul, estoy demasiado débil para contestar. En lugar de eso, me quedo tumbada y escucho hasta que termina la llamada y se hace de nuevo el silencio en la habitación.

Cuando por fin llega a casa, después de recoger a Wyatt de casa de su amigo, apenas puedo mirarlo a los ojos mientras lo abrazo fuerte y lloro, agradecida por la calidez y el consuelo de sus brazos.

Al volver a abrir los ojos, veo a Wyatt de pie en la puerta de nuestro dormitorio, apoyado en el marco, con la cara contorsionada

en una mueca, los ojos oscuros y amenazadores. Me estremezco y cierro los ojos, incapaz de soportar su mirada.

Desde el día en que Eva murió, ha hecho todo lo posible para que vuelva a quererlo, pero ahora puedo decir con absoluta certeza que, en lugar de amor, lo único que siento por él es un odio sin adulterar, y nunca me arrepentiré de ello.

A partir de ahora, seremos extraños viviendo en la misma casa. Y, mientras viva con nosotros, no volverá a haber llaves en las cerraduras de ninguna puerta. No quiero volver a darle la oportunidad de hacer lo que hizo, de encarcelarme dentro de mi propia casa.

La agente Wagner deja caer los papeles sobre la mesa y me mira a los ojos.

—Como ha oído, en algunas de estas entradas del diario, Robin Mayer sospechaba que no fue ella quien mató a Eva, sino que en realidad fue Wyatt, su hijo adoptivo.

—Mi hijo —murmuro, y dejo caer la cabeza entre las manos—. No lo hizo. Él no hizo eso. —¿Cómo podría un hijo mío, o cualquier niño, cometer tal acto de violencia? No me lo creo.

La agente Wagner me pone una mano en la espalda y yo levanto la vista, pero apenas puedo verla a través de las lágrimas.

—Señorita Rogers, aún estamos investigando el caso. Aún no sabemos si las afirmaciones de la señora Mayer son ciertas, pero, basándonos en estas entradas, necesitamos hablar con Wyatt, y se lo haremos saber si estuviera involucrado de alguna manera.

Pasa mucho tiempo antes de que pueda responder. Cuando lo hago, es apenas un susurro.

—De acuerdo.

Al levantarme de la silla, siento que floto hacia la puerta.

Mientras avanzo por el silencioso pasillo, siento los pies pesados y oigo el eco de mis pasos. Sin poder respirar, dejo de caminar y me quedo mirando a un delincuente esposado, un hombre de unos veinte años y aspecto desaliñado al que se llevan los agentes de policía.

De repente, veo la cara de Wyatt en ese hombre y me invade una profunda emoción. Inspiro hondo y continúo por el pasillo con la mente dándome vueltas de preocupación. No sé qué pensar.

¿Podría tener razón Robin? ¿Existe la posibilidad de que mi hijo sea un asesino?

No, no pienso creerlo. No puede ser. Wyatt es inocente y Robin lo odiaba tanto que quería culparlo de algo que no había hecho por si la pillaban.

De vuelta en mi habitación del hotel, rompo a llorar. Oigo cómo me late el corazón en el pecho y las paredes parecen apretarme por todos lados. Me rodeo con los brazos y cierro los ojos, tratando de entenderlo todo sin éxito. Finalmente, mis lágrimas se calman y me duermo, soñando con una época en la que una madre no tenga que temer por el futuro de su hijo.

Paso las siguientes cuarenta y ocho horas aturdida, sin poder concentrarme ni comer. Mi mente es un revoltijo de pensamientos, preocupaciones y temores mientras espero una llamada de la comisaría. Me pongo en contacto con ellos varias veces, pero me dicen una y otra vez que necesitan tiempo para investigar las afirmaciones de Robin y que se pondrán en contacto conmigo en cuanto tengan algo más concreto.

Al tercer día, en lugar de una llamada, recibo en el hotel la visita de la agente Wagner.

Con el estómago apretado por los nervios, la llevo hasta un sofá lleno de bultos de un color que me recuerda al vómito. Me siento en una de las sillas y ella me entrega un sobre blanco, que abro para encontrar una sola hoja de papel. Con manos temblorosas, le echo un vistazo. Resultados de la prueba de ADN.

La agente Wagner se acerca para ponerse a mi lado y me traduce el texto.

—Según esto, Wyatt no es su hijo —dice.

La conmoción me recorre el cuerpo y se me saltan las lágrimas.

—Dios mío —susurro echándome a llorar desconsoladamente. Con lo segura que estaba de haber encontrado a mi bebé... Tal vez debería sentirme aliviada de que un chico del que se cree que ha matado a alguien no sea mi hijo, pero el hecho de que no lo sea me deja un enorme vacío en el pecho y la misma gran pregunta que me ha perseguido durante muchos años: si no es él, ¿dónde está mi hijo?

Pienso en los expedientes que vi en una agencia privada de adopción de Lexington, donde pasé un mes trabajando como

limpiadora para poder acceder a sus archivos. Después de husmear, di con el expediente de un niño nacido en Bluefort, lo cual era inusual porque Bluefort es un pueblo pequeño y rara vez salía de allí un bebé para adoptar.

Se desconocía quiénes eran los padres del niño, y había una nota adjunta que decía que lo habían encontrado abandonado en un contenedor detrás de una gasolinera. La agencia le había puesto el nombre de Wyatt, y fue adoptado por Robin y Paul Mayer, de otro estado.

Era la única pista que tenía y me llevó a Nueva York, donde por fin encontré a mi hijo, o eso creía. Lo seguí a él y a su familia durante meses, observándolo desde lejos e imaginando cómo sería nuestro reencuentro. Pero ahora, con los resultados de la prueba de ADN en mis manos, está dolorosamente claro que estuve equivocada todo el tiempo. Tenía tantas ganas de creer que por fin había encontrado a mi hijo que ignoré mi buen juicio y me metí en un callejón sin salida, cuando podría haber encontrado la forma de hacer un frotis de mejilla.

La agente Wagner me da el tiempo que necesito para llorar y procesar la nueva información. Cuando vuelvo a hablar, me repongo y hago la única pregunta que me queda.

—¿Lo sabe Wyatt? —Me siento fatal por haberle dicho que yo era su madre aunque no tuviera pruebas que lo corroboraran. Ojalá pudiera retirar esas palabras y evitarle el dolor de perder a la madre que creía haber encontrado.

La oficial Wagner asiente.

—Se lo han dicho, sí.

—¿Y cómo... cómo ha reaccionado a la noticia? —Mi corazón está cargado de culpa.

—No ha dicho nada —responde la agente Wagner con expresión compasiva—. Pero después se ha mostrado retraído y frío. Creo que se puede decir que se lo ha tomado muy mal.

Asiento y se me saltan las lágrimas.

—¿Qué será de él?

Se encoge de hombros.

—Hemos hablado con él y ha negado las acusaciones.

—¿Y qué pasará después? —Me envuelvo el cuerpo con los brazos, sintiendo un frío repentino.

—Tal y como están las cosas, los diarios no son testimonio suficiente, por lo que no hay pruebas concluyentes para condenar a Wyatt. —Hace una pausa y se inclina hacia atrás—. Pero hemos conseguido el teléfono de Eva Weber, y resulta que grabó los últimos minutos de su vida. En esas grabaciones, está claro que Robin y Eva tuvieron una fuerte discusión, y que Robin la hirió de alguna manera, pero no podemos estar seguros de hasta qué punto.

—¿Así que Robin pudo haberla matado?

La agente Wagner asiente.

—Es una posibilidad.

El avión se eleva en el cielo sobre Austria, pero no veo su belleza a través de la pequeña ventanilla. Mi vista está oscurecida por las emociones que me invaden, emociones que no sé cómo apagar, cómo evitar que me ahoguen. Estoy sentada junto a la ventana y tengo una vista perfecta, pero no consigo apreciar el paisaje, ver las montañas, los ríos o los hermosos y antiguos castillos.

No siento nada, nada más que vacío mientras las palabras de la agente se repiten en mi cabeza una y otra vez, como un tornado que destruye todo a su paso.

«Wyatt no es su hijo».

Cierro los ojos para intentar bloquear la angustiosa verdad, pero no sirve de nada. Por mucho que me empeñe en apagar mi mente, está igual de decidida a gritar más fuerte y más duro, a clavar el cuchillo más hondo.

Wyatt no es mi hijo. Wyatt no es mi hijo. Wyatt no es mi hijo.

El chico al que pasé tanto tiempo persiguiendo, vigilando, intentando proteger. El chico al que dediqué mi vida y por el que lo dejé todo. No es mi hijo. Es el hijo de otra persona.

Quizá en el fondo sospechaba que no era mío, pero me negaba a aceptarlo. No quería creerlo. Durante años, creí de verdad que me habían robado a mi bebé y lo habían dado en adopción sin mi consentimiento porque no confiaban en mí como para que me lo quedase. Así que me propuse encontrarlo, traerlo de vuelta a mí. Y creía que lo había conseguido. Pensaba que Wyatt era el niño con el que había soñado durante tantos años. Era igual que su padre, un hombre al que no quería volver a ver, aunque sí estaba dispuesta a vivir con su reflejo.

Hace dos semanas, cuando la agente Wagner me trajo los resultados del ADN, me sentí desolada, destrozada sin remedio. Oír que podía ser un asesino ya había sido bastante doloroso. No quería

creer nada de eso. Igual que hace quince años, cuando no quería creer que mi bebé había muerto.

Pasa una azafata y nos mira a mí y a la persona sentada a mi lado, un anciano con una larga barba trenzada hasta la punta. No le devuelvo la sonrisa porque no tengo nada por lo que sonreír. Ya me supone demasiado esfuerzo solo tratar de no derrumbarme, seguir adelante.

Los últimos días han sido oscuros y he sido incapaz de salir de la cama durante toda una semana, excepto cuando aparecía la policía para hacerme preguntas que ya me habían hecho docenas de veces. Como no podían probar la implicación de Wyatt, se basaron más en la grabación del teléfono de Eva y pensaron que era una prueba lo bastante sólida como para demostrar que Robin pudo haberla matado. Tenía un móvil lo bastante sólido.

No se encontraron pruebas que demostraran que Paul estuviera implicado de algún modo. Había engañado a su mujer, pero no parecía que fuera un asesino.

Esto, por supuesto, complica mucho las cosas para James. Hablé con él la semana pasada en la cárcel y no era el hombre que conocí hace unas semanas. Sus ojos estaban muertos y no nos quedaba mucho que decirnos. Había aceptado su destino y, aunque lo insté a que siguiera luchando por su libertad, no parecía muy interesado. Supongo que, para él, estar en la cárcel solo es un pequeño precio.

—Tengo lo que quería —me dijo—. Quería que pagaran por lo que hicieron. —Me confesó que la policía había encontrado pruebas en su casa de que llevaba años planeando matarlos. Que había estado esperando a que los Mayer regresaran a Austria para poder vengarse.

—Me parece bien estar en la cárcel —dijo—. Sin Eva en mi vida, no me interesa vivir.

—Realmente la amabas, ¿verdad? —le pregunté.

—Era el amor de mi vida. —De repente, sus ojos brillaron de rabia—. Y ese bastardo... se aprovechó de ella.

Me sobresalté.

—Sabías lo de...

—¿Su aventura? —Asintió y apartó la mirada—. Por eso lo he

hecho.

De repente, lo entendí. Robin murió porque había matado a Eva, y Paul murió por su relación con ella. A ojos de James, ambos eran culpables de un delito.

Nos despedimos, y tenía lágrimas en los ojos mientras me alejaba del hombre del que había estado a punto de enamorarme. Un hombre que me había llegado a importar y en el que había confiado, por poco que fuera. Un hombre que nunca podría entregarme su corazón aunque quisiera.

Le dije a James que le escribiría para mantener el contacto, pero me dijo que sería mejor que no lo hiciera. Probablemente tenga razón. Después de todo lo ocurrido, ¿de qué íbamos a hablar? Siempre habría una nube oscura cerniéndose sobre nosotros, recordándonos lo que él hizo y los errores que yo cometí. Quizá sea mejor dejarlo todo atrás y empezar de nuevo.

Empezar de nuevo. ¿Cómo será eso? ¿Por dónde empezar? He perdido la vida que tenía antes de conocer a Wyatt, y ahora me siento sin rumbo porque no tengo nada por lo que trabajar, nada que desear. Sin metas, sin planes; tan solo mi dolor y yo. ¿Cómo se recupera una de lo que me ha pasado? ¿Cómo se recupera una de esto?

Durante años, lo único que he hecho ha sido tratar de recuperar a mi hijo. Ahora, vuelvo a Estados Unidos con las manos vacías. Sin trabajo, sin hijo, sin esperanza. Lo único que llevo dentro del corazón es dolor, más dolor del que tenía antes de salir de Estados Unidos, antes de entrar en la vida de Robin y Paul. Dolor que me seguirá el resto de mi vida.

Y, si me atrevo a olvidarlo, las pesadillas me recordarán aquella noche dentro de la despensa.

Emily me dijo que debería estar agradecida por seguir viva, por volver a empezar, pero yo no lo veo así. Todo lo que siento es que estoy muerta por dentro. Aunque ni Paul ni Robin me quitaron la vida, siento como si lo hubieran hecho.

Como James, no encuentro ninguna razón para seguir luchando.

La vida ha cambiado drásticamente desde que me fui de Austria hace cinco meses, pero, al mismo tiempo, algunas cosas siguen igual. El dolor con el que me fui sigue dentro de mi pecho, atormentándome en los momentos de quietud, pero me las he arreglado para recoger los pedazos que he podido.

En lugar de cuidar de los hijos de otras personas, que sería como echar sal en una herida abierta, ahora soy camarera por la noche y limpio habitaciones de hotel durante el día. Trabajo hasta la extenuación para no tener que pensar demasiado, para no tener que recordar, pero es un esfuerzo inútil; por supuesto, no puedo escapar de mis pensamientos. De todos modos, tengo que seguir haciendo algo.

He dejado de buscar a mi hijo, ya no creo que siga ahí fuera, vivo y sano, esperando a que lo encuentre. Ahora he empezado a imaginar una escena diferente, imágenes de él tumbado con los ojos cerrados en mis brazos mientras le doy un beso de despedida en la frente. Me aferro a esa imagen noche tras noche, día tras día.

Sigo pensando en Wyatt, sigo preguntándome si estará bien, sigo sintiéndome culpable por no haberme informado bien antes de decirle que era su madre.

Llevo en Estados Unidos casi tanto tiempo como él y sé que vive con una familia de acogida en Cove Haven, en Vermont.

Le seguí la pista hace algún tiempo, no con el propósito de volver a perturbar su vida, pues no sería justo para él, sino para asegurarme de que le iba bien. Me alivió saber que vivía con una familia de acogida y no en un orfanato. Después del trauma por el que ha pasado, merece el amor y los cuidados de una familia y un hogar reconfortante en el que pueda empezar a curarse. Rezaba todos los días para que acabara con buena gente.

No esperaba volver a verlo. Entonces, hace dos semanas, recibí un correo electrónico de Judy Adams, su madre de acogida, quien me

dijo que Wyatt había caído en un estado de abatimiento y que la terapia no había servido de nada. Me preguntó si podía hablar con él, pero el chico se negó a ponerse al teléfono. Al día siguiente, volvió a sonar el teléfono. Era Wyatt, y lo único que dijo fue que quería verme, que acudiera a Cove Haven porque tenía algo importante que decirme y quería hacerlo en persona.

Al principio, no me pareció buena idea que volviera a verme, ya que podría abrir viejas heridas, pero fue muy insistente. Le dije que me lo pensaría y colgamos.

Tras varios días dándole vueltas, decidí que quizá no fuera tan mala idea. Como no nos despedimos como es debido en Austria, quizá volver a verme le sirviera para cerrar el asunto y yo tuviera la oportunidad de disculparme por el daño que le causé.

Cuando llamé a Judy para preguntarle si tenía permiso para ir a ver a Wyatt, pensó que sería una buena idea.

Me sugirió que le diera una sorpresa y lo recogiera de clase, y quedamos en tomar algo antes para que me diera la dirección y las indicaciones.

Una semana más tarde, y hace hora y media, he llegado a Cove Haven e inmediatamente he visto a Judy en un bar de la zona. Después de charlar un rato y de que ella me dé la dirección del instituto, reservo una habitación en un hotel situado a pocas manzanas. Solo pido una noche porque no espero quedarme más tiempo.

Permanezco despierta la mayor parte de la noche, ensayando lo que le diré a Wyatt cuando lo vuelva a ver.

Cuando me levanto por la mañana, es demasiado pronto para ir al instituto, así que me doy una ducha fría y me tomo mi tiempo para vestirme. A las siete de la mañana desayuno en el restaurante del hotel; todo sabe a cartón, pero no me importa. Estoy demasiado concentrada en la conversación que voy a tener con Wyatt.

Tardo unos diez minutos en encontrar el instituto, y me alivia ver que los chicos ya están llegando. Es un edificio pequeño y

pintoresco, como la ciudad, de una sola planta, pintado de azul claro, con una hilera de bicicletas alineadas contra la pared. Al otro lado del patio, veo una canasta de baloncesto y un parque infantil.

Aparco el coche y camino nerviosa hacia la entrada del colegio, pero no me acerco lo suficiente como para que alguien se fije en mí, alguien que no es ni profesor ni padre. Observo desde lejos cómo los niños entran en el edificio e intento localizar a Wyatt entre ellos. Pero no lo veo.

Espero hasta las ocho y aún no hay señales de él. Una opción sería ir directamente al instituto y ver si asiste y pedir hablar con él, pero no me gustaría sorprenderlo delante de sus compañeros. Sé que no puedo quedarme aquí mucho más tiempo, así que decido volver al hotel y regresar al final de la jornada escolar.

Paso el día paseando por la ciudad, me distraigo observando a los lugareños en su vida cotidiana. Siento una extraña mezcla de temor, culpa y añoranza por el chico al que no veo desde hace meses.

Acabo en la biblioteca del pueblo a media tarde y leo durante unas horas sobre la historia de la ciudad. Cuando salgo, recuerdo mi visita con Wyatt a la librería de Ruddel, cómo la mujer decía haberme visto antes.

Tenía razón. He estado guardando otro secreto. Deseando estar cerca de Wyatt, visité Ruddel por primera vez hace siete años, el verano en que Eva fue asesinada. Nunca pude contarle a James ni a nadie que seguí a Eva y a Wyatt por el pueblo durante varios días hasta que ella me descubrió y se enfrentó a mí, amenazándome con ir a la policía si no dejaba de seguirlos. Esa fue la última vez que la vi. Nerviosa de que pudiera volver a verme, me alejé de la villa. Quizá, si no lo hubiera hecho, habría presenciado su asesinato.

Regreso al instituto antes de las tres. Cuando llego, suena el timbre y los chicos salen del edificio. Me cuesta ver a Wyatt entre la multitud. Pero entonces lo distingo, con la cabeza gacha y moviéndose deprisa, sin detenerse a charlar con nadie. Lleva una camisa marrón y una mochila negra al hombro. Su aspecto es un poco diferente a como lo recordaba; parece más delgado y tiene el pelo un poco más largo. Pero definitivamente es Wyatt.

Me ve, y su cara muda de asombro y se queda inmóvil. El corazón

me da un vuelco y siento que las lágrimas se me agolpan en los ojos mientras lo observo, deseando poder abrazarlo. Me pidió que fuera a verlo, pero no parece que esperara que me presentara sin avisar.

Nos quedamos así, mirándonos y sin hablarnos durante lo que parece una eternidad. Finalmente, rompo el silencio.

—Wyatt, soy yo —digo con suavidad—. Querías que viniera a verte. Quería darte una sorpresa. —Hago una pausa—. Siento mucho no haber llamado después de volver a Estados Unidos. Han pasado muchas cosas.

Mis palabras parecen romper el hechizo. Wyatt da unos pasos vacilantes hacia mí, con el rostro cada vez más serio.

—Seguro que sí. —Baja la mirada hacia mi vientre con una expresión que solo puedo definir como asco—. Estás embarazada.

Seis semanas después de llegar a Estados Unidos, empecé a tener náuseas constantes y pensé que se debía a mi inestable salud mental y a las horribles pesadillas. Fui al médico a por somníferos y entonces me dio la noticia.

Puede que no tenga al hijo que di a luz hace quince años, pero hay otro creciendo dentro de mí. El único recuerdo que me llevé de mi estancia en Austria. Y, como James ha sido la única persona con la que he estado en dos años, está claro que él es el padre.

Después de darle vueltas durante muchas noches, le escribí una carta. Le dije la verdad porque no quiero que viva sin saber que tiene un hijo. No he recibido ninguna respuesta, pero al menos he podido hacérselo saber. Espero que haya sido lo correcto. Supongo que nunca lo sabré. Después de todo, dijo que no me pusiera en contacto con él, y yo lo hice de todos modos. Pero le hice la promesa de que, si decidía no implicarse, lo entendería y querría a nuestro hijo lo suficiente por los dos.

Leí sobre su caso en internet y seguí de cerca el juicio. Soy consciente de que ha sido condenado a cadena perpetua. Me dolió el corazón por él cuando leí el veredicto, pero sentí cierto alivio porque, cuando lo vi, parecía haber aceptado su destino. Habría sido mucho más duro si hubiera esperado un resultado diferente.

Me pongo una mano protectora sobre el vientre y sonrío a Wyatt.

—Fue una sorpresa. ¿Cómo estás? —Tengo que cambiar de tema

porque no parece muy contento con mi embarazo.

—No creía que fueras a venir —dice, sin dejar de mirarme la barriga.

—Dijiste que era importante. —Trago saliva. No sé por qué, pero parece más enfadado que contento de que esté aquí—. ¿Y si vamos a sentarnos en algún sitio? Podríamos ir a comer algo y luego te llevo a casa.

—He oído que no eres mi madre —dice, ignorando mi invitación.

—No, no lo soy. Lo siento. Quería disculparme contigo, tenderte la mano, pero no quería empeorar las cosas. —Hago una pausa—. Me equivoqué. Pensaba...

—Ahórrate las palabras. No importa. —Su voz no es la del chico que conocí, el chico que todavía me importa tanto. Esta está contaminada por el odio. ¿Para esto me ha llamado, para mostrarme lo enfadado que está?

—Eres igual que ella. Nunca te preocupaste por mí.

—¿Robin? ¿Crees que soy como ella? —Se me encoge el pecho solo de pensarlo.

—Sí. Ella nunca me quiso. Ni siquiera se molestaba en ocultarlo. Ya viste cómo era. Nunca quería estar cerca de mí, incluso después de todo lo que hice por ella. Ni siquiera un gracias.

—¿Qué, Wyatt? ¿Qué hiciste por ella? —Miro a los chicos que pasan a nuestro lado—. Mira, vamos a sentarnos en algún sitio. Podemos hablar.

—Ah, no te preocupes. Lo que tengo que decir no me llevará mucho tiempo. —Se acerca lo suficiente para susurrarme al oído—: Yo lo hice.

Sacudo la cabeza, no muy segura de lo que quiero responder.

Su risita me produce un escalofrío.

—No sabes lo que quiero decir, ¿verdad?

—Yo... no. ¿Qué estás diciendo?

Inspira largamente y luego expulsa el aire.

—Lo que quería decirte en persona es que fui yo. Lo hice porque ella era demasiado cobarde para hacerlo por sí misma. Hice lo que ella no pudo hacer.

No lo expresa con palabras, pero el significado es claro. No. No

puede ser. Robin no podía estar diciendo la verdad.

—Eso no es cierto, Wyatt. Deja de decir esas cosas. —Alargo la mano hacia él, pero se aparta.

Continúa diciéndome cosas que nunca quise oír.

—Pensé que me querría más si terminaba lo que ella había empezado. Pero, en lugar de eso, me odiaba más. Luego se quedó embarazada de ese estúpido mocoso y siguió tratándome como si yo no existiera. Me alegro de que esté muerto. Supongo que es verdad eso de que el karma existe, ¿eh?

No quiero creerlo, pero algo en mi interior me dice que desconfíe. Lo único que puedo hacer es mirarlo fijamente a los ojos, intentando leer la verdad en ellos. Lo que veo me deja helada.

—Estás mintiendo. Tú no... Tú no lo hiciste.

—*Ich bin kein Lügner.* —Sonríe, me guiña un ojo y se marcha—. *Auf Wiedersehen Christa. Sei vorsichtig* —dice por encima del hombro con un perfecto acento alemán.

Me quedo de pie, sola, tratando de entender lo que acaba de ocurrir.

Todo lo que creía estaba equivocado.

Wyatt podría ser la persona que me dejó la nota el día que llegué a Austria. Aunque solo fueran dos palabras, acababa de darme cuenta de que hablaba alemán con fluidez. ¿Había estado fingiendo ante todos nosotros que no hablaba alemán?

Lo que más me duele y aterroriza es que puede que no lo haya dicho con palabras, pero ha confesado ser un asesino.

EPÍLOGO

CHRISTA

Se suponía que dar a luz a mi hija iba a ser uno de los días más felices de mi vida. Durante los últimos nueve meses me enamoré de la pequeña vida que crecía dentro de mí y no veía la hora de conocerla. No sabía que sería una niña. No quería saberlo. Después de los dos últimos meses, necesitaba una buena sorpresa, y ella es la mejor sorpresa que podría haber recibido.

Por desgracia, el día de su nacimiento no salió como estaba previsto. El parto fue largo y duro, y me tuvieron que practicar una cesárea, pero al final estaba tan emocionada por conocer a mi bebé que todo lo demás se desvaneció. Hasta ahora.

Dos días después de dar a luz, estoy tumbada en la cama del hospital, con la mano dentro del moisés de Heather y sus deditos enroscados en mi dedo. Pero esta vez no la miro a la cara, no estudio todas sus expresiones. Mis ojos están pegados a la pantalla del televisor que hay encima de mi cama.

Mientras intento concentrarme en lo que dice el periodista, entra una enfermera para ver cómo estoy.

—Sería conveniente que descansaras un poco cuando lo haga tu pequeña —dice en voz baja.

La ignoro y mantengo mi atención en la tragedia que se desarrolla en la pantalla. La historia de una mujer que perdió la vida en el incendio de una casa hace tres días en Cove Haven me golpea con fuerza.

Cuando la enfermera se va, cojo el mando a distancia y subo el volumen, no quiero perderme ni una palabra, aunque no quiero que lo que oigo sea cierto.

El presentador de las noticias informa:

—Al parecer, el fuego se inició en su dormitorio y se propagó rápidamente por toda la casa. Sus vecinos oyeron gritos y pudieron alertar a los bomberos, pero, cuando se pudo contener, una de las

personas ya había muerto. Se cree que el fuego se inició por una vela caída.

Mi visión se nubla cuando aparece en la pantalla la foto de la víctima, acompañada de su nombre. Judy Adams, que al parecer era un apreciado miembro de la comunidad.

—Ella y su marido, Lester, fueron padres de acogida de seis niños a lo largo de los años. Queremos expresar nuestras condolencias a su familia y a todos los afectados por esta tragedia.

La imagen de Judy desaparece de la pantalla y me siento en la cama con el corazón palpitante. No puedo evitar la sensación de que no fue un accidente.

El sonido de un suave llanto procedente del moisés llena la habitación y cierro los ojos mientras las lágrimas resbalan por mi rostro. Aunque estoy asustada, inspiro hondo y retiro la mano del moisés del bebé, obligándome a calmarme y a reflexionar.

Cuando Heather empieza a quejarse de nuevo, la cojo en brazos y la acuno, meciéndola de un lado a otro, con la esperanza de que el movimiento la adormezca. Luego apago la televisión.

Es aterrador pensar que alguien cercano a mí pueda ser un asesino, responsable de múltiples muertes. Aunque no quiero, empiezo a culparme por lo ocurrido. Hay tantas cosas que hice mal... Debería haberle dicho yo misma a Wyatt que no era su madre biológica en lugar de que alguien lo hiciera en mi nombre. Debería haberme puesto en contacto con él antes de volver a Estados Unidos, en lugar de esperar meses. Debería haber hecho muchas cosas que no hice. Le hice daño y, a cambio, tal vez él le haya hecho daño a Judy, una mujer que lo acogió en su casa y parecía preocuparse por él.

Cuando Emily viene de visita al hospital, le cuento todo lo que ha pasado. Me abraza mientras lloro, diciéndome que no es culpa mía, pero en el fondo sigo atormentada por la culpa.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta con los ojos llenos de preocupación. Está de pie frente a mí, con unos vaqueros negros y una camiseta de tirantes *beige*, su largo pelo oscuro enmarcando su cara en ondas—. Christa, no quiero decirte lo que tienes que hacer, pero creo que debes ir a la policía.

—No puedo hacerlo —digo con la voz cargada de pesar. La miro a los ojos, intentando transmitirle la profundidad de mis sentimientos—. Sé que dices que no es culpa mía, pero siento que sí lo es. Es solo un niño, un niño que está sufriendo mucho.

—Sí, un niño que cometió un crimen. —Los ojos de Emily me miran—. Y si lo vuelve a hacer, ¿cómo crees que te hará sentir en el futuro? Tienes que hacer lo correcto porque, ¿y si va a por ti o a por Heather?

Sus palabras me calan hasta los huesos. Sé que tiene razón y que tengo que ir a la policía, pero la idea de entregar a un niño es algo que no me cabe en la cabeza. Sin embargo, la idea de que Heather y yo estemos en peligro es algo que no soporto pensar.

—Llamaré a la policía por la mañana —digo finalmente, con el peso de la decisión sobre mis hombros.

—No. —Emily toma mi mano entre las suyas—. Sé lo difícil que es esto para ti. ¿Qué tal si lo hago yo? Yo puedo soportarlo.

Concéntrate en ti y en Heather. La policía querrá hablar contigo en algún momento, pero yo puedo encargarme de la denuncia inicial.

La miro con gratitud, sintiéndome aliviada de que otra persona me quite de encima la carga de contactar con la policía.

—Gracias —susurro, sintiendo que el sentimiento de culpa disminuye lentamente.

Cuando se va, me echo una cabezadita. Al despertar, me encuentro el moisés de Heather vacío.

El miedo inunda mi corazón cuando salgo de la cama del hospital, presa del pánico, y la busco por todos los rincones de la habitación antes de salir al pasillo, con los puntos tirándome dolorosamente a cada paso. Me llevo una mano al abdomen, tratando de aliviar el dolor, y grito el nombre de Heather, aunque me siento ridícula por esperar que un bebé responda.

Pero, de repente, una familiar sensación de pavor se apodera de mí. Mientras corro hacia el nido, unos oscuros pensamientos se agolpan en mi mente. Los mismos horrores que experimenté cuando tenía diecisiete años y sufrí depresión posparto después de que naciera mi bebé y me tacharan de madre no apta. ¿Y si vuelve a ocurrir y me quitan a mi hija?

Antes de llegar al nido, un ataque de pánico me golpea como un tren de mercancías y me hace jadear y marearme. Me desplomo contra la pared, intento calmarme, pero es inútil. Los recuerdos del pasado y el miedo por la seguridad de mi hija me consumen por completo. Las lágrimas corren por mi cara y, con el puño, golpeo la pared, sintiéndome tan impotente e indefensa como entonces.

Creo que estoy gritando porque noto el dolor en la garganta, pero no puedo asegurarlo porque me pitan mucho los oídos. Pronto se me nubla la vista y siento que me ahogo. El mundo se oscurece a mi alrededor y, por un momento, creo que voy a desmayarme.

De repente, aparece una enfermera y me pone una mano en el hombro, su voz tranquila se abre paso entre mi histeria, pero no puedo verle la cara porque aún tengo la vista nublada por las lágrimas, y solo oigo el tono tranquilizador de su voz.

—Señorita Rogers, ¿se encuentra bien? —me pregunta. Y, cuando no respondo, me agarra del brazo con suavidad pero con firmeza y me conduce a una pequeña habitación, donde me ayuda a sentarme—. Respire hondo, inhale y exhale —me dice, y yo obedezco, intentando calmar mi acelerado corazón—. No pasa nada. Aquí está a salvo. No está sola.

Sigo sus instrucciones y respiro hondo, recuperando poco a poco el control de mis emociones. Cuando mi visión se aclara y mi respiración vuelve a la normalidad, la miro e intento hablar.

—Por favor, ayúdame —consigo decir, con la voz pequeña y ronca—. Mi bebé no está. Por favor, que no se la lleven. —Vuelvo a ponerme en pie, pero la enfermera me empuja con suavidad para que me siente de nuevo.

—Señorita Rogers, su hija está a salvo. Está en el nido, durmiendo profundamente. Se puso a llorar mientras usted dormía, y una de nuestras enfermeras la sacó de la habitación para calmarla. Nadie le va a quitar a su bebé.

El alivio me invade como un maremoto.

—Muchas gracias —murmuro con la voz temblorosa—. ¿Puedo verla? Necesito verla.

—No, tiene que quedarse aquí y calmarse. Haré que alguien se la traiga.

Mientras espero, mi mente vuelve a vagar por los recuerdos que me han consumido momentos antes. Nunca esperé volver a sentir ese tipo de miedo, el que te oprime el corazón y te consume la mente, haciendo que te cueste respirar. Del que te hace sentir indefensa e impotente.

Pero no son solo los recuerdos del pasado los que me consumen. También es el miedo al futuro.

Antes me preocupaba que Wyatt nos hiciera algo a mí o a Heather, pero aún puede haber otras personas ahí fuera que podrían hacerme daño, que podrían hacerle daño a mi hija. Personas capaces de todo.

Mientras estoy sentada, sumida en mis pensamientos, se abre la puerta y entra la misma enfermera con mi hija en brazos. No puedo evitar las lágrimas que se derraman por mis mejillas mientras extendiendo la mano para abrazar a mi hija. La siento cálida y suave contra mi pecho, y la estrecho contra mí, agradecida por su seguridad. Pero ¿durante cuánto tiempo podré mantenerla a salvo? ¿Cuánto falta para que el pasado me alcance? Aparto el pensamiento de mi mente y me centro en el presente. Miro el rostro apacible de mi hija, con su pequeña mano envolviendo mi dedo. Es un recordatorio de a lo que tengo que aferrarme, de aquello por lo que merece la pena luchar.

Pero al mirarla a la cara también veo algo más, una imagen de su hermano, el niño al que no conseguí proteger. ¿Sería capaz de vivir conmigo misma sabiendo que aún podría estar ahí fuera y no intento encontrarlo? ¿En qué clase de madre me convertiría eso?

Cuando la enfermera se marcha, acerco mi boca al oído de Heather y le susurro:

—Gracias, cariño. Gracias por recordarme que no debo rendirme. Encontraremos a tu hermano, te lo prometo.

Rendirse no es una opción. Necesito seguir buscando a mi hijo, llevarlo a casa con su hermana, mantenerlos a ambos a salvo de los males que sé de primera mano que existen en este mundo.

UNA CARTA DE L. G. DAVIS

Estimado lector:

Muchas gracias por leer *La niñera*. Fue un placer crear el personaje de Christa. Cuando me senté a escribir, me encontré perdiendo la noción del tiempo, perdiéndome en el mundo en el que ella vivía, sintiendo cada emoción que ella sentía como si fuera la mía propia. Espero que tú también hayas sentido lo mismo.

Como vivo en Austria, fue especialmente divertido crear la ciudad ficticia y montañosa de Ruddel como el increíble telón de fondo del viaje de Christa.

Estoy deseando crear más historias y personajes como Christa, personajes llenos de profundidad, defectos y virtudes. Personajes de los que te enamorarás, a los que apoyarás y por los que quizá derrames una lágrima.

Por ahora, quiero tomarme un momento para compartir un pequeño secreto contigo. Este no es el final para Christa y Wyatt. Su historia continuará en el próximo libro, que estoy deseando compartir contigo.

Para recibir una notificación cada vez que publique un nuevo libro, suscríbete en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico nunca será compartida y puedes darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/l-g-davis

Si te ha gustado *La niñera*, te agradecería que lo compartieras con otros lectores publicando una reseña, para que puedan descubrir y decidir si es el tipo de libro que les gustaría. Tu apoyo significa mucho para mí y me motiva a seguir creando historias que lleguen al corazón de lectores como tú. Gracias de antemano por tu tiempo.

Me encanta recibir noticias de mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo. Mi página de Facebook y mis cuentas de Instagram y Twitter están abiertas a todo el mundo. No dudes en ponerse en contacto conmigo para cualquier pregunta, comentario o

simplemente para saludarme. Agradezco todos los mensajes que recibo y me propongo responderlos lo antes posible.

Gracias de nuevo por dedicar tu tiempo a leer *La niñera*.

Con mucho amor,

Liz xxx

<http://www.author-lgdavis.com>

<facebook.com/LGDavisBooks>

<x.com/LGDavisAuthor>

<instagram.com/LGDavisAuthor>

AGRADECIMIENTOS

Escribir un libro nunca es una tarea solitaria. Se necesita un pueblo para dar vida a una historia, y agradezco el apoyo de muchas personas a lo largo de este viaje.

Ante todo, quiero dar las gracias a mi editora, Jennifer Hunt, por su increíble apoyo y orientación durante todo el proceso de escritura. Sin su aguda mirada y su dedicación, este libro no sería lo que es hoy.

También agradezco a todo el equipo de Bookouture su estímulo, experiencia y compromiso para hacer llegar mi libro a un público más amplio.

A mi marido y mis hijos, gracias por vuestro apoyo y aliento inquebrantables. Vuestro amor me hizo seguir adelante en los momentos difíciles, y no podría haberlo hecho sin vosotros. Vuestro apoyo inquebrantable ha sido una fuente de consuelo e inspiración.

Y por último, quiero expresar mi más profunda gratitud a mis lectores. Vuestro apoyo y vuestro amor por mis historias significan para mí más de lo que las palabras pueden expresar. Agradezco cada reseña, comentario y mensaje de apoyo. Gracias por tomaros el tiempo de leer mi trabajo y por permitirme formar parte de vuestras vidas, aunque solo sea durante un rato. Al embarcarme en mi próxima aventura como escritora, me llevo conmigo toda vuestra amabilidad y apoyo, sabiendo que cuento con una comunidad de lectores y seguidores que me animan.

Os quiero a todos y estoy deseando compartir mi próximo libro con vosotros.



El compromiso

Hayes, Samantha

9788742813706

400

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

Creía que había escapado de él. Hasta que le pidió matrimonio a su hija.

—Hay alguien a quien quiero que conozcáis —dice Belle. Un hombre se acerca a ella. Es alto, con el pelo oscuro y una barba igualmente oscura. No está sonriendo como tal, pero la comisura de su boca se curva hacia arriba mientras desliza su mano alrededor de la cintura de mi hija.

Agarro el brazo de mi marido para estabilizarme mientras la habitación gira a mi alrededor.

Sus ojos, negros como el azabache, me atrapan. Todo y nada se oculta tras ellos.

El terror eriza mi piel al recordar lo que hizo.

Cómo apenas logré escapar.

Todas las mentiras que he tenido que contar desde entonces.

—Este es Jack —dice Belle, y apoya la cabeza en su hombro—. Estamos comprometidos. ¿No es emocionante?

El miedo martillea en mi pecho. Tengo que hacer algo.

La vida de mi hija está en peligro, y todo es por mi culpa...

«Narrada a través de dos líneas temporales y múltiples puntos de vista, **es una historia absolutamente increíble** sobre una familia destrozada por un intruso. **La caracterización fue brillante, con personajes que inspiraron una variedad de emociones en mí.** La novela tenía el factor sorpresa que esperaba, pero **con una profundidad añadida que realmente me atrapó. ¡Muy recomendable!**».

My Chestnut Reading Tree ★ ★ ★ ★ ★

«**Es un thriller trepidante que mantendrá al lector al borde de su asiento...** La historia está **muy bien escrita, con muchos giros** en la trama, algunos tan inesperados que no los ves venir... **Disfruté leyendo este libro y quedé impactada hasta el final**».

Red Pillows ★ ★ ★ ★ ★

«**¡Me encantó este libro! ¡Inolvidable!... Un final impactante** que no vi venir en ningún momento y que **me dejó boquiabierta**».

Blue Moon Blogger ★ ★ ★ ★ ★

«**Fue increíble... De infarto...** Me mantuvo despierta hasta muy tarde. **Me absorbió por completo** y no podía soltarlo. No encuentro ni un solo defecto... **Cada giro de la trama me sorprendió...** Un viaje de locos».

@mariaareadss ★ ★ ★ ★ ★

«**iLa trama dio un giro absolutamente inesperado!** Literalmente estaba al borde de mi asiento, mordéndome las uñas. Pasaba las páginas sin parar. **Un libro que definitivamente hay que leer**».

@geneva.bookdiary ★ ★ ★ ★ ★

«Es **una novela intensa y cargada de suspense**, con una trama que aterrorizará a cualquier padre».

loopyloulaura ★ ★ ★ ★ ★

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



El ahorcado

Kernick, Simon

9788742813522

400

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

Siete víctimas, tres asesinos y el secreto que los une.

Tres meses después de encontrar los restos de siete mujeres en una granja remota en lo que los medios han bautizado como el Campo de Huesos, las víctimas siguen sin ser identificadas.

Un testigo que puede ser clave ha desaparecido. El agente Ray Mason y la detective privada Tina Boyd deben encontrarlo antes de que lo hagan los asesinos.

En una carrera a contrarreloj repleta de cadáveres y traiciones a cada paso, Ray está dispuesto a arriesgarlo todo para dar caza a los culpables.

Pero a veces el precio a pagar es demasiado alto...

«Brutal, contundente y brillante».

The Sun ★ ★ ★ ★ ★

«Kernick tiene una habilidad envidiable para crear thrillers policiales de fácil lectura, con grandes escenas de acción, personajes cautivadores y un argumento sólido, y "El

ahorcado" no es una excepción».

Crime Review ★ ★ ★ ★ ★

«**Cada vez que leo uno de sus libros, me sumerjo en un viaje sin respiro y sin pausa, repleto de pura acción cargada de adrenalina...**, ¡y me encanta!».

The Crime Warp ★ ★ ★ ★ ★

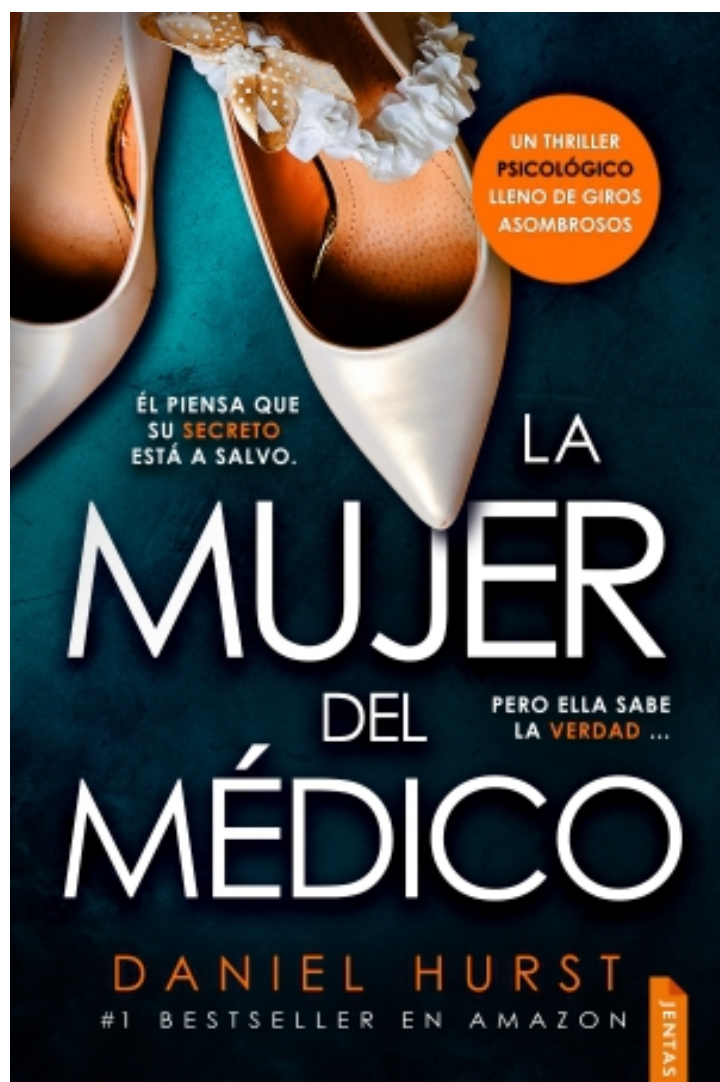
«Tiene suficiente **acción** y **suspense** para ser un libro de lo más adictivo».

Sunday Mirror ★ ★ ★ ★ ★

«**Aumenta el ritmo y la tensión hasta que no puedes más... Un thriller policíaco espectacular** que deja margen para seguir la serie».

Sunday Sport ★ ★ ★ ★ ★

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



La mujer del médico

Hurst, Daniel

9788742812716

282

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

Él piensa que su secreto está a salvo. Pero ella sabe la verdad... Mi marido es médico. Es inteligente y encantador, y todo el mundo confía en él. Excepto yo. A simple vista, parece que lo tengo todo: el matrimonio perfecto, el marido perfecto, la vida perfecta. Pero nada más lejos de la realidad. El doctor Drew Devlin no es la persona respetable que parece ser. La razón por la que nos mudamos a esta preciosa y antigua propiedad con vistas al mar fue porque necesitábamos dejar atrás nuestro pasado. Debería haber sido un nuevo comienzo para los dos. Sin embargo, he descubierto que ha empezado a mentirme de nuevo. Está usando el poder que le proporciona su trabajo para manipular a las personas y conseguir exactamente lo que quiere, sin importarle a quién hace sufrir. Pero me ha subestimado. Sola en esta casa grande y aislada, he tenido mucho tiempo para pensar en todos sus errores. Y mi marido no tiene ni idea de lo que soy capaz y de lo que está a punto de suceder... "La mujer del médico" es un thriller psicológico lleno de giros asombrosos que te mantendrá leyendo hasta altas horas de la noche.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Cicatrices ocultas

Marsons, Angela

9788742813621

400

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

El cambio transformará su vida... O supondrá su muerte.

Cuando Jamie Mills, un chico de diecinueve años, aparece colgado de un árbol en un parque local, se determina que su muerte ha sido un suicidio.

Tras un caso desgarrador que dejó su cuerpo y mente destrozados, la inspectora Kim Stone debería reincorporarse al trabajo de manera gradual, pero siente que algo en este caso no encaja, y cuando descubre que los padres de Jamie lo enviaron a una clínica para «curar» su homosexualidad, rápidamente toma las riendas de su equipo.

Las claves para destapar este perturbador caso están detrás de los muros victorianos de la Clínica del Cambio, dirigida por la familia Gardner. Ellos afirman que los pacientes acuden por voluntad propia y son libres de marcharse en cualquier momento. Pero ¿por qué los que han estado allí tienen tanto miedo de hablar sobre lo que sucede tras sus puertas?

Entonces Kim hace un inquietante hallazgo: la directora de la clínica, Celia Gardner, fue enviada allí para someterse a terapia de conversión cuando tenía dieciséis años, y eso la lleva a pensar que no es lo único que ocultan. Pero, todavía recuperándose de

las secuelas del caso anterior, ¿tendrá la suficiente fuerza como para desenterrar los oscuros secretos de la familia Gardner y detener a un asesino que parece no haber terminado aún?

«**Sin exagerar, este es el mejor libro que he leído**».

Nigel Adams Bookworm ★ ★ ★ ★ ★

«¡Madre mía! **Con cada libro** que publica Marsons de **Kim Stone**, pienso que no puede **superar al anterior**, ¡pero **cada vez es MEJOR! Estoy completamente obsesionada**».

firepitandbooks ★ ★ ★ ★ ★

«**¡Amo a Kim Stone!** Debo admitir que solté un pequeño grito de emoción cuando lo leí... **Fascinante, emocionante**... ¡Me enganchó desde la primera página! **¡La Reina del Crimen lo ha vuelto a hacer!** ¡Fabuloso, fabuloso, fabuloso!».

Stardust Book Reviews ★ ★ ★ ★ ★

«¿Por qué me lo hago a mí misma cada vez? ¿Por qué no puedo ser una lectora sensata y **saborear cada frase**? ¿Por qué tengo que **detener el universo, sentarme** en una habitación tranquila,

silenciar a los niños y al marido **y devorarlo de una sentada?»**.

Bookreviewercakemaker ★ ★ ★ ★ ★

«Kim Stone ha vuelto y, madre mía, qué libro. Una historia con muchos fondos y un caso muy complejo y emotivo».

Jen Med's Book Reviews ★ ★ ★ ★ ★

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



La amante del médico

Hurst, Daniel

9788742813263

300

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

La mujer o la amante. ¿Quién se vengará?

Yo era la otra, la amante. Todos me culparon de la muerte del **doctor Drew Devlin**, y he pagado el precio por tener una relación con el hombre equivocado.

Lo perdí todo: mis amigos, mi familia, mi casa e incluso mi libertad. **Fern**, la retorcida mujer de Drew, destruyó mi mundo. Y cree que se ha salido con la suya.

Pero se equivoca. Es hora de vengarse. Por mí... y por mi bebé.

La nueva vida de Fern en la costa de Cornualles está a punto de derrumbarse a su alrededor. Estoy decidida a que todos descubran lo que pasó en realidad.

Porque, después de todo, Fern siempre me ha subestimado. Y, para cuando se dé cuenta, será demasiado tarde para la mujer del médico...

« **La mejor trama de la historia.** Por no hablar del final. Fue impactante y me dejó totalmente sin palabras » .

Blue Moon Blogger, ★ ★ ★ ★ ★

« Trepidante, intenso e imposible de soltar. **Fantástico.** Ha sido un viaje apasionante y he disfrutado de cada segundo » .

KKECReads, ★ ★ ★ ★ ★

« **El final perfecto para esta serie.** Este thriller psicológico es adictivo y de ritmo rápido. Confía en mí, no te decepcionará » .

@stamperlady50

« Este tercer libro es tan bueno y sorprendente como todos sus otros relatos. Lo he disfrutado mucho. Cinco estrellas » .

B for Bookreview

« Al autor se le dan muy bien los giros inesperados » .

The Book Review Crew

« Los lectores pueden prepararse para otro trepidante, enrevesado y alocado viaje al borde del asiento » .

Totally Addicted To Reading

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)